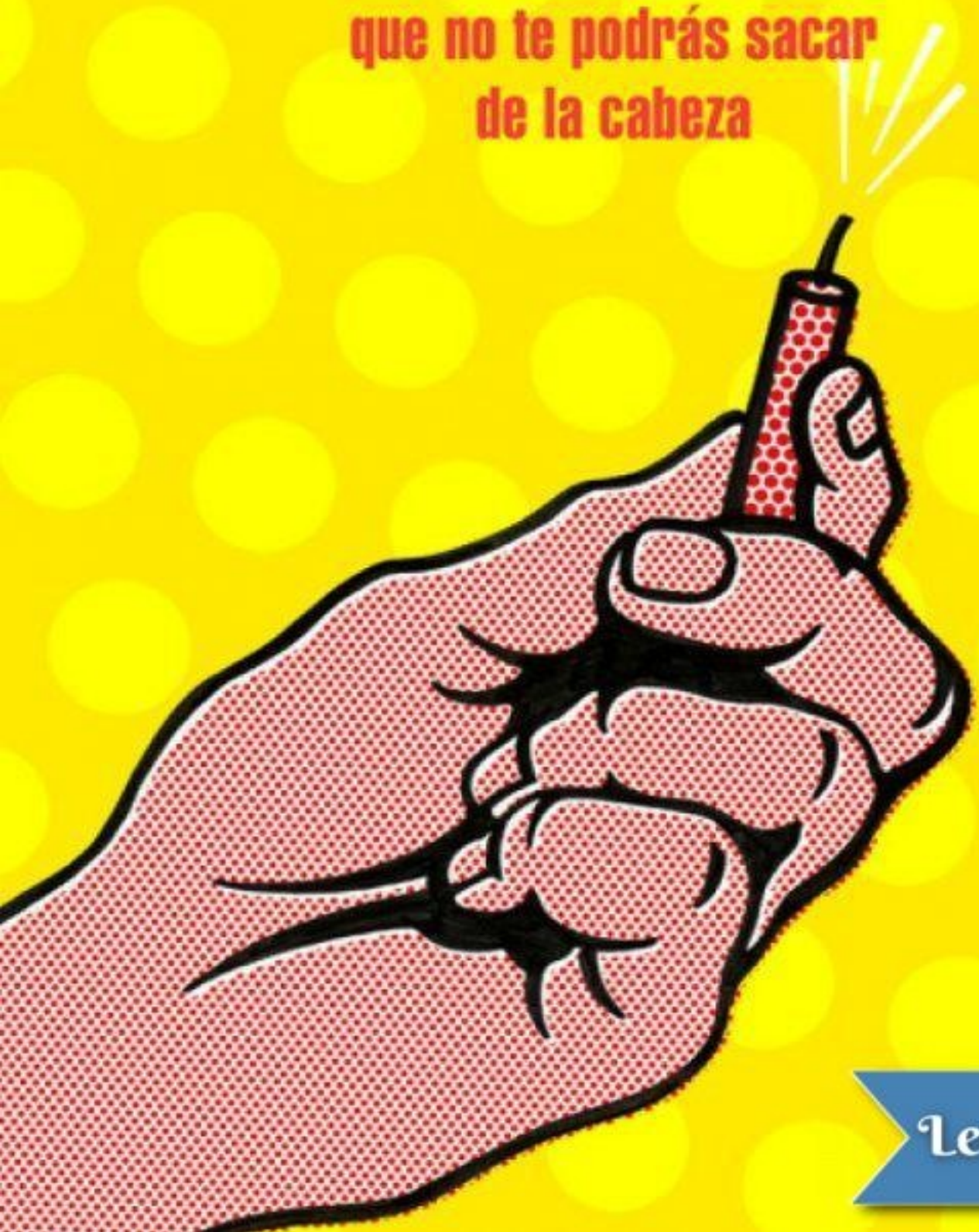
CHUCK PALAHNIUK

Invéntate algo

Relatos que no te podrás sacar de la cabeza



Lectulandia

Palahniuk reúne por primera vez sus relatos, un conjunto de historias más una novela corta que enloquecerán a los fans de sus excesos. *Invéntate algo* es la primera colección de relatos cortos de Chuck Palahniuk, una compilación inédita de historias más una novela corta que perturbarán y maravillarán al lector. La obra incluye también una joya para fans: la historia precursora del clásico generacional *El club de la lucha*, donde se ofrece una versión nunca vista de Tyler Durden, su célebre protagonista. Lo absurdo de la vida y la muerte se despliega aquí en toda su extensión: alumnos brillantes que se convierten trágicamente en adictos a la droga de moda, *shocks* eléctricos con desfibriladores cardíacos, un hijo que sueña con contar un último chiste a su padre moribundo, o un fisioterapeuta que practica el curioso arte de proporcionar «alivio» a clientes agonizantes. Otras de estas retorcidas historias tienen que ver con el fuego, las malformaciones, las críticas a la sociedad materialista, la bestialidad, o un asesinato en un retiro espiritual al estilo *Burning Man*. Desternillantes, cáusticos, extraños y conmovedores, estos relatos representan todo aquello que el público ha llegado a amar de Chuck Palahniuk. Con su característico humor negro, sus tramas terroríficamente bizarras y su sátira de las patologías de la vida moderna, el autor continúa afianzándose como una de las figuras más transgresoras de la literatura actual.

Lectulandia

Chuck Palahniuk

Invéntate algo

Relatos que no te podrás sacar de la cabeza

ePub r1.0
Titivillus 02.04.2019

Título original: *Make Something Up. Stories You Can’t Unread*
Chuck Palahniuk, 2016
Traducción: Javier Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

SE ABRE EL TELÓN

Mi viejo lo convierte todo en un chiste. ¿Qué puedo decir? Al viejo le encanta echarse unas risas. Cuando yo era chaval, la mitad de las veces no entendía ni jota de sus chistes, pero aun así me reía. En la barbería, no importaba a cuánta gente dejara mi padre que se le adelantara en la cola para cortarse el pelo, él solo quería pasarse allí sentado todo el sábado y hacer reír a la gente. Hacer que se partieran el pecho. Estaba claro que cortarse el pelo no era su prioridad.

—¿Saben aquel que dice…? —Y mi padre procede a contar que un día entra en la consulta del oncólogo y dice—: Después de la quimioterapia, ¿podré tocar el violín?

Y el oncólogo le contesta:

—Ha hecho metástasis. Le quedan a usted seis meses…

Y meneando las cejas como Groucho Marx, sacudiendo la ceniza de un puro invisible, mi viejo dice:

—¿Seis meses? —dice—. Quiero una segunda opinión.

Así que el oncólogo le dice:

—Muy bien, tiene usted cáncer y *además* sus chistes son una mierda.

De forma que le dan quimioterapia y le aplican la radiación esa, aunque le quema tanto por dentro que me cuenta que hasta ir al lavabo es como mear cuchillas de afeitar. Sigue yendo todos los sábados a la barbería a contar chistes, aunque ahora está calvo como una bola de billar. O sea, está flaco como un esqueleto calvo y encima tiene que arrastrar a todas partes uno de esos tanques de oxígeno a presión, como una versión en miniatura de la bola y la cadena de los presidiarios, y le dice al barbero:

—Córtame solo un poco por arriba, por favor.

Y ellos se ríen. Entendedme: mi viejo no tiene la vis cómica de Milton Berle. No es Edgar Bergen. Está flaco como un esqueleto de Halloween y está calvo y estará muerto en seis semanas, o sea que da igual lo que diga, la gente se va a carcajear como chimpancés solo por el afecto que le tiene.

Pero, en serio, no le estoy haciendo justicia. Es culpa mía que esto no se vea, pero mi viejo es más gracioso de lo que parece. Quizá su sentido del humor sea un talento que yo no he heredado. Durante toda mi infancia, cuando yo era su muñequito de ventrílocuo, él me decía:

—Se abre el telón y aparece una señora que va a la peluquería y se la encuentra cerrada. Luego va a otra peluquería y también está cerrada. Va a una tercera peluquería y también se la encuentra cerrada. ¿Cómo se llama la película?

—Me rindo —le decía yo.

—Ah, te rizas como puedas.

Y yo no lo entendía. Era muy tonto. Tenía siete años y todavía estaba en primero de primaria. No sabía nada de peluquerías ni de permanentes, pero quería que mi viejo me quisiera, así que aprendí a reírme. Dijera lo que dijera, yo me reía. Cuando hablaba de aquella señora que buscaba peluquerías, yo imaginaba que se refería a mi madre, que se había ido de casa y nos había abandonado. Lo único que mi viejo contaba de ella era que era una mujer «de bandera» que no sabía encajar un chiste. NO ERA buena perdedora.

Él me preguntaba:

—¿Por qué el Van Gogh aquel se convirtió en pintor?

La respuesta del chiste era «Porque no tenía oído para la música», pero con siete años yo no tenía ni idea de quién era el tal Van Gogh, y la mejor manera de cargarse un chiste era pedirle a mi viejo que lo explicara. Así que cuando mi viejo me preguntaba «¿Qué diferencia hay entre una toalla y una calculadora?», yo ya sabía que no tenía que preguntarle qué era una calculadora. Solo necesitaba tener una buena risotada lista para cuando él me dijera: «¡Que en la calculadora se calcula y la toalla seca el culo!».

Y cuando él me decía:

—Se abre el telón y aparece el Conde Drácula haciéndose una paja. ¿Cómo se llama la película?

—Me rindo —le decía yo, y él YA se estaba partiendo el pecho mientras me decía: «¡El Conde Yacula!».

Y entonces, qué demonios, yo me seguía riendo. Me pasé la infancia entera convencido de que era demasiado ignorante para apreciar un buen chiste. Mis maestros todavía no me habían enseñado las divisiones largas ni todas las tablas de multiplicar, así que no era culpa de mi padre que yo no supiera qué era «yacula».

Él me contaba que mi vieja, que nos había abandonado, odiaba aquel chiste, así que quizá yo hubiera heredado su falta de sentido del humor. Pero

el amor… O sea, hay que querer a tu padre. O sea, una vez que has nacido ya no puedes elegir. Nadie quiere ver a su padre respirando con un tanque de oxígeno ni yendo al hospital para morirse colocado de morfina e incapaz de comerse ni un bocado de aquella gelatina de color rojo que le servían para cenar.

¿Saben aquel que dice que a mi viejo le salió ese cáncer de próstata que ni siquiera parece cáncer porque tardamos veinte o treinta años en enterarnos de que estaba enfermo? Y de pronto, de la noche a la mañana, yo estaba intentando acordarme de todo lo que me había enseñado. Por ejemplo, que si rocías de espray WD-40 la pala antes de cavar un agujero te será mucho más fácil cavarlo. También me enseñó a apretar bien el gatillo en vez de soltarlo y desviarse del objetivo. Me enseñó a limpiar manchas de sangre. Y me enseñó chistes… montones de chistes.

Y vale, mi padre no es Robin Williams, pero una vez vi una película en la que Robin Williams se ponía una pelota de goma roja en la nariz y una peluca rizada con los colores del arcoíris y unos zapatos enormes de payaso con un clavel falso en el ojal de la camisa que soltaba chorritos de agua, y resultaba que en realidad era un médico de puta madre que hacía reírse tan fuerte a los niños con cáncer que dejaban de morirse. Entendedme: aquellos niños calvos y esqueléticos, que estaban todavía más hechos polvo que mi viejo, se CURABAN, y aquella película estaba basada en una historia verdadera.

Lo que quiero decir es que todos sabemos que la Risa es la Mejor Medicina. Durante todo el tiempo que me pasé en salas de espera de hospitales, me dediqué a leer el *Reader's Digest*. Y todos hemos oído esa historia verídica del tío que tiene un cáncer de cerebro del tamaño de un pomelo dentro del cráneo y está a punto de palmarla —todos los médicos, curas y expertos dicen que le quedan dos telediarios—, pero entonces se obliga a sí mismo a ver sin parar películas de los Tres Chiflados. Aquel tío con cáncer en Fase Cuatro se obligó a reírse sin parar con Abbott y Costello y con Laurel y Hardy y con los hermanos Marx esos, y lo terminaron curando las endorfeínas y la sangre oxigeniada.

Así que pensé: ¿qué tengo que perder? Lo único que necesito es acordarme de algunos de los chistes favoritos de mi viejo y llevarlo a base de risas por la senda de la recuperación. ¿Qué puede salir mal?, pensé.

Así que el hijo adulto entró en la habitación de su padre en la clínica de paliativos, acercó una silla a su cama y se sentó. El hijo miró la cara pálida y agonizante de su padre y le dijo:

—Una rubia entra en un bar en el que no ha estado nunca y tiene unos melones ASÍ y un coño bien prieto y le pide al camarero una Michelob, y él le sirve una Michelob, pero le mete un somnífero en la botella sin que ella se dé cuenta y la rubia pierde el conocimiento, y hasta el último tío del bar se arrima al borde de la mesa de billar y le levanta la falda y se la folla, y a la hora de cerrar la despiertan a bofetadas y le dicen que se tiene que largar. Y un par de veces por semana la tía de las tetas y el culo vuelve al bar y se pide una Michelob y le meten un somnífero y se la folla el bar entero, hasta que un día entra y le pide al camarero que en vez de una Michelob le ponga una Budweiser.

Vale, yo NO había contado aquel chiste en particular desde que iba a primero de primaria, pero a mi viejo le encantaba la parte que venía a continuación…

El camarero le dedica una sonrisa encantadora y le dice:

—¿Qué pasa, que ya no te gusta la Michelob?

Y la rubia despampanante se inclina sobre la barra para hablar confidencialmente y le susurra:

—Entre tú yo… —Le susurra—: La Michelob me da dolor de coño.

La primera vez que yo había oído aquel chiste, cuando me lo había contado mi padre, ni siquiera sabía qué significaba «coño». No sabía qué era un somnífero. No sabía qué quería decir que se la «follaran», pero sí sabía que aquella parrafada hacía reír a mi viejo. Y cuando me mandaba que me pusiera de pie y contara aquel chiste en la barbería, eso hacía que los barberos y hasta el último viejo que había allí leyendo revistas de detectives se riera hasta que a la mitad se les escapaban las babas y los mocos y el tabaco de mascar por las narices.

Y ahora el hijo adulto le contó a su viejo moribundo aquel chiste, los dos solos en la habitación del hospital, ya de madrugada, y adivinad qué pasó: pues que el viejo no se rio. De forma que el hijo probó a contar otro viejo favorito de su padre; le contó el chiste del viajante que recibe una llamada telefónica de la hija del granjero a la que conoció estando de viaje un par de meses antes, y ella le dice «¿Te acuerdas de mí? ¿Que nos echamos unas risas y fui muy maja contigo?», y el hombre le pregunta «¿Cómo te va?», y ella le dice «Pues estoy embarazada y me voy a suicidar», y el viajante le dice «Joder… SÍ QUE ERES MAJA».

Con siete años aquel chiste me había salido DE NARICES, pero esa noche el viejo tampoco se rio. Yo había aprendido a decir «Te quiero» a base de reírme para mi viejo, por mucho que tuviera que fingir la risa. Y eso era lo único que

ahora le estaba pidiendo. Lo único que le estaba pidiendo era que se riera, que se riera una sola vez, pero él no soltó ni una risilla. Ni una risita disimulada. Ni siquiera un gruñido. Y no solo es que no se riera, sino que el viejo cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir inundados de lágrimas, y un grueso lagrimón le afloró de la parte baja de cada ojo y se puso a caerle por cada mejilla. El viejo se puso a resollar con su bocaza desdentada como si no pudiera coger el aire suficiente, con unos lagrimones enormes resbalándole por las arrugas de las mejillas y empapándole la almohada. De forma que el hijo, que ya no era ningún crío, pero que no podía olvidarse de aquellos chistes, se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un clavel falso y le soltó un chorrito de agua en la cara a aquel llorón, solo para arrancarle unas risas.

Y el hijo le contó el chiste del polaco que va con un rifle por el bosque cuando se encuentra con una chica desnuda tumbada en un lecho de musgo verde y suave con las piernas abiertas, y la tía está buenísima y se queda mirando al polaco con su rifle y le dice «¿Qué estás haciendo?», y el polaco le dice «Estoy de caza», y la tía buena le guiña el ojo y le dice «Yo me dejo».

Y ¡PUM! El polaco le pega un tiro. Aquel chiste nunca fallaba, era una garantía a prueba de balas de que ibas a conseguir un festival de risas, pero el viejo se limitó a seguir muriéndose. Siguió llorando y ni siquiera hizo un esfuerzo por reírse. Yo no lo podía salvar si él no quería vivir. Le pregunté:

—¿Qué sale de cruzar a un maricón con un judío?

Le pregunté:

—¿Qué diferencia hay entre una mierda de perro y un negro?

Pero él seguía sin dar señales de mejora. Se me ocurrió que quizá el cáncer se le hubiera metido en los oídos. Era posible que por culpa de la morfina y todo eso no me pudiera oír. De forma que para probar si me podía oír me acerqué a su cara de llorica y le pregunté:

—¿Cómo consigues que una monja se quede embarazada?

Y luego, más alto, quizá demasiado alto teniendo en cuenta que estábamos en un hospital católico, le grité:

—¡Pues FOLLÁNDOTELA!

En mi desesperación probé con chistes de maricones y chistes de mexicanos y chistes de judíos —hasta el último tratamiento efectivo conocido por la ciencia médica—, pero el viejo seguía yéndose. Allí, tumbado en su cama, estaba el hombre que había hecho chistes sobre TODO. El mero hecho de que no mordiera el anzuelo ya me estaba acojonando. Le grité «¡Se abre el

telón!, —y como él ni siquiera me miró, que era como decir que no tenía pulso, le grité—: ¿Cómo se llama la película?».

—¿Por qué cruzó el existencialista la carretera? —le grité.

Y él SIGUIÓ muriéndose, el viejo me estaba dejando sin contestarme a ningún chiste. Me siguió abandonando y yo seguí siendo un atontado de mierda. En mi desesperación le cogí los dedos azules e inertes de su mano moribunda y fría como el hielo y él ni siquiera se inmutó cuando le presioné un vibrador de calambres contra la piel azul de la palma gélida de la mano.

—¿Por qué la señora abandonó a su marido y a su hijo de cuatro años? —le grité.

La mejor manera de cargarse un chiste era pedirle a mi padre que lo explicara, y allí tumbado en la cama el viejo dejó de respirar. Se le paró el corazón. Muerte cardiaca total.

De forma que el chaval que estaba sentado junto a la cama de aquella habitación de hospital en plena madrugada se armó con el equivalente en materia de chistes a esas palas eléctricas que los médicos usan para quitarte el paro cardiaco, el equivalente en materia de risas a lo que un Robin Williams paramédico te aplicaría en una sala de urgencias de payasos, una especie de desfibrilador de los Tres Chiflados… El chaval cogió una tarta enorme y cremosa, rematada con una gruesa capa de nata montada, como la que usaría Charlie Chaplin para salvarte la vida, levantó la tarta muy por encima de su cabeza, todo lo alto que le alcanzaba el brazo, y la hizo caer con todas sus fuerzas y, en un abrir y cerrar de ojos, se la estampó con toda la potencia de impacto de la escopeta de un polaco —¡PUM!— en toda la boca a su viejo.

Y a pesar de los milagrosos y bien documentados poderes curativos de las Artes Cómicas, mi viejo se murió soltando una cagada enorme y sanguinolenta en su cama.

No, en serio, es más gracioso de lo que parece. Por favor, no le echéis la culpa a mi viejo. Si llegado este punto no os estáis riendo, es culpa mía. Simplemente no lo he contado bien, ya sabéis, cuando cuentas mal el final te puedes cargar hasta el mejor de los chistes. Por ejemplo, volví a la barbería y les conté cómo mi padre se había muerto y cómo yo había intentado salvarlo, incluyendo el momento final de la tarta y el hecho de que el hospital hizo que sus seguratas me llevaran a rastras al pabellón de los chiflados para pasar allí un pequeño periodo de setenta y dos horas en observación. E incluso al contarles esa parte la debí de cagar, porque los tipos de la barbería se limitaron a quedárseme mirando. Yo les hablé de la estampa —y del olor— de mi viejo, muerto y todo embadurnado de sangre y mierda y nata montada,

de toda aquella peste y aquel azúcar, y ellos se limitaron a mirarme sin decir nada, los barberos y los viejos que mascaban tabaco, y nadie se rio. Plantado en aquella misma barbería, tantos años después, les dije:

—Se cierra el telón.

Los barberos dejaron de cortar pelo. Los viejales dejaron de mascar tabaco.

—¿Cómo se llama la película?

Nadie respiró y dio la impresión de que estaba en una sala llena de muertos. Y les dije:

—¡Muerte! ¡La película se llama MUERTE! ¿Es que nunca habéis leído a Emily… Dickerson? ¿Nunca habéis oído hablar de Jean-Paul… Sánchez? —Meneé las cejas y sacudí la ceniza de mi puro invisible y dije—: ¿Cómo se llama la película? —Les dije—: No sé cómo se llama… ¡ni siquiera sé tocar el violín!

Lo que sí sé es que tengo el cerebro lleno de chistes que no consigo olvidar; como si tuviera un tumor del tamaño de un pomelo en el cerebro. Y sé que con el tiempo hasta la mierda de perro se vuelve blanca y deja de apestar, pero yo tengo la cabeza permanentemente llena de mierda que he sido adiestrado durante mi vida entera para creer que hace gracia. Y por primera vez desde que era un Pequeño Chiflado plantado en aquella barbería diciendo «maricón» y «coño» y «negro» y «judío», me doy cuenta de que yo no había estado contando chistes; de que el chiste había sido *yo*. O sea, por fin *lo pillo*. Entendedme: un chiste de los que nunca fallan, a prueba de balas, es como una Michelob bien fría… con un somnífero dentro… que te sirve alguien con una sonrisa tan *encantadora* que nunca llegas a enterarte de cómo te han jodido. Y no es ninguna casualidad que el final del chiste se llame remate, porque el remate del chiste es como un puño glaseado donde la nata montada esconde el puño americano que te atiza en toda la boca, que te arrea —¡PUM! — en toda la boca y te dice: «Soy más listo que tú» y «Soy más grande que tú» y «Aquí mando yo, NIÑATO».

Y plantado en esa misma barbería en sábado por la mañana, les grité:

—¿Cómo se llama la película?

Les *exigí*:

—¿CÓMO SE LLAMA LA PELÍCULA?

Y por un fin un barbero viejales dijo con una vocecilla de fumador, tan flojito que apenas se le oía:

—Me rindo.

Y yo esperé un momento, solo para darle tensión a la cosa —mi viejo me había enseñado que el ritmo era crucial, que el ritmo lo era TODO—, y por fin les dediqué una sonrisa *encantadora* y les dije:

—El Conde Yacula.

ELEANOR

Randy odia los árboles. Odia los árboles con tantas ganas que cuando en internet informaron de la defenestración al por mayor de la selva amazónica, a Randy le pareció que era un acontrecimiento de lo más noble y propicio.

Sobre todo los pinos. Odia cómo se mueven los pinos: primero se mueven despacio y después deprisa. Primero tan agobiantemente despacio que te olvidas de que siempre se están moviendo. De que es así como los árboles elevan y elevan su tonelaje maderero, hasta que eligen a su víctima y se le ponen encima del perolo. Y después los pinos se mueven deprisa, como una emboscada. Demasiado deprisa para guiparlos.

O por lo menos papá Randy nunca llegó a guiparlo. Después de una vida entera de trabajarse la cinta transportadora del aserradero, ya tenía los minutos contaos. Un movimiento rápido y toda aquella madera sin tratar le particionó el perolo craneal en un millón de fracciones sanguinolentas.

A Randy se le ocurrió que tenía mejores cosas que hacer en la vida que quedarse donde estaba y terminar seguramente aplastao por cien toneladas de fibra celulósica. Randy odiaba Oregón.

Randy aspiracionaba a vivir en una casa de estucado de color rosa por cuyas inmediaciones los árboles ni siquiera asomaran la jeta. Así que se agenció el dinero del seguro de vida y metió a su pitbull en el coche. Puso rumbo al sur, acelerizando cada vez más, como si lo estuviera persiguiendo una manada de sabuesos voraces.

En California, la agente inmobiliaria se quedó mirando el buga de Randy: un Celica tuneado con cromados añadidos que duplicaban el precio de mercado del coche. Y la agente se fijó en el pitbull de Randy. El típico gesto de rebeldía estándar y convencional. La agente juzgó a Randy por su cabeza afeitada y el tatuaje facial recién hecho que todavía sangraba un poco. La agente abrió el portátil y procedió a hacer una descarga pirata. Y le dijo a Randy:

—Colega. —Le dijo—: Colega, vas a estar de puta madre en esta casa.

La agente inmobiliaria se llamaba Giselle.

Y en el portátil de Giselle empezó una película delante de los ojos pláticos de Randy. Era un contenido protegido copiado de contenido copiado de contenido copiado de contenido copiado de contenido por el que nadie había pagado un duro desde hacía mil generaciones de distancia. La agente dijo:

—Colega. —Dijo—: Colega, esta peli se llama *Corre a esconderte, niñata IV*.

La protagonista de la película era Jennifer-Jason Morrell. En la peli interpretaba a una ladrona rubia y sigilosa que intentaba entrar a robar en una casaza de puta madre donde una docena de colegas se juntaban para cospirar. Los colegas estaban aletarjados en cama después de pegarse una noche entera de pimplar Rémy Martin para inspirarse. La trama empezaba cuando Jennifer-Jason procedía a confiscar las cadenas de oro de los cuellos de los maromos. No era hasta que aquellos tiarrones enormes y encolerizaos se despertaban —comprensiblemente indiznados— que la película empezaba de veras.

La casa de la película era de estucado rosa por fuera. Una piscina ocupaba el jardín trasero, con un extremo donde las aguas clorizadas parecían fundirse suavemente con el horizonte. En la grava de delante de la propiedad crecían saguaros en un vecindario donde no había ni un solo árbol.

En la visita guiada la agente inmobiliaria, Giselle, le señaló los rasgos especiales de la casa, entre ellos el vestíbulo de entrada de dos niveles con suelos de mármol blanco. Era la localización donde Jennifer-Jason había sido víctima de una hilera de maromos salidos que se habían turnado para cepillársela brutalmente.

Randy y la agente inmobiliaria se quedaron sobrecogidos. Los dos impresionaos por la impaztante histerectomía cisnematográfica que había tenido lugar en aquellos pocos metros cuadraos.

Y en pleno momento emocional, Randy dice:

—¡Tía, no veas, ya puedo oler los benificios!

Y Giselle le dijo:

—Colega, cuando seas el propietario, podrás vender entradas y organizar visitas guiadas.

Giselle le menciona que esos suelos de mármol blanco serían el sitio ideal pa’ poner un árbol de Navidad. Pero Randy odia los árboles, vivos o muertos.

La agente inmobiliaria continúa enseñándole a Randy el buduar, los tocadores, el cuarto de los utilsilios, la mesa de los desayunos, el cuarto de la tele y un jom ofis la mar de elegante, cuando en realidá Randy ya está convencido. Lo único que Randy quiere saber es si hay sitio pa’ poner una

zona donde corra el perro. Randy le señaliza con el dedo para indicarle al perro de autos, una hembra de Bull Terrier Americano. Que se llama Eleanor.

Randy y Giselle pasean por el patio de grava. Y, efestivamente, Eleanor tiene sitio pa' correr entre allí y los Pablo Escobares de la casa de al lado. Así que Randy le plantea si por casualidá podría apoquinar el precio de la casa al contado en metálico.

Randy lleva a la pitbull a un parque donde los perros pueden ir sin correa y la enseña a traerle cosas a base de lanzarle una mano cortada obviamente falsa. Es una pieza de atrezo que les sobró de una película ambientada en Jalowín. De cerca, la sangre falsa de la muñeca cortada se ve completamente pegotera. Las yemas están todas negras y ajquerosas. A pesar de los pesares, el jolgorio no conoce límites cuando Eleanor sale en tromba de los matorrales trayendo el honripilante apréndice agarrao con los colmillos.

Randy juega así con la perra solo para cabrear a los vecinos, esos Pablo Escobares fisgones que perpectúan el estrenotipo de que los pitbull no hacen na' en todo el día más que usar los colmillos afilaos como puñales para masticar bebés y tal.

Solo para subir un poco la tensión cómica, Randy empieza a usar una muñeca bebé de plástico rosa para que Eleanor se la traiga. Le arroja la muñeca de autos entre las matas de salvia y los saguaros y Eleanor se susmerge en la maleza para cogerla. Cuando ve a la pitbull correr como una loca, zarandeando lo que parece un bebé indefienso, a Randy le parece que la situación es para mondarse lirondo.

En casa, fantasea con la posibilidaz de que Jennifer-Jason esté dispuesta a emprendizar un viaje sentimental. Que cualquier día le aparque el Porsche delante de la casa y le llame al timbre y le suplique dar un voltio por esos escenarios de su jusventud. Cuando eso pase, él sueña con que pillará a Jennifer-Jason en su suave pero firme abrazo y la presuadirá, como tantos otros varoniles, pa' seducirla bien seducida y del todo.

Entretanto, para dejar atrás la soledaz, Randy recurre a Giselle. Le enseña la guita que le queda del seguro y le dice:

—Tía, te presento los términos esconómicos pa' que te unas a mí en sagrao matrimonio.

A continuación la corteja haciéndole filetes a la barbacoa y cargándose su esbelta figura a base de servirle pastel de helao con merengue de postre. Y por fin ella consciente a casarse con él.

Más allá de eso, Randy se dice a sí mismo que vivir en California es un ascenso en la vida. Vivir en esa casa tan imponente arquitectísticamente

equivale a insoplarle a su vida una profunda significancia finosófica. Por el hecho de rescindir en ella, ya se siente alguien. Como un conservador muselístico o el guardián que protege una llama eterna.

Randy odia ser un don nadie. Es como si un árbol ya te hubiera caído encima y te hubiera fraccionado en pedacitos.

La verdad secreta es que la muerte de su padre dejó a Randy profunda y justificablemente devastizado.

A pesar de los pesares, todas las mejoras de su estilo de vida resultan ser meramente flatulentas. Su nueva media naranja, Giselle, no para de desaparecer y largarse a la academia pa' adultos o al refugio para mujeres malbaratadas. Y cada vez que Randy intenta llevársela a casa, ella les cuenta a las asistentas sociales que Randy es el culpable de su perforación uteriana cuando en realidaz la misma Giselle le explicó a él que la perforación traumática en cuestión se produjo a raíz de un remoto incidente autopugilístico de madrugada.

A pesar de los pesares, Randy tiene miedo. Y le asegura a Giselle que si puede demuestrar sus acusaciones, será él a quien aprenderán las autoridades complacientes y lo reclusionarán pa' que se pudra entre rejas. En vez de Jennifer-Jason será él quien estará atrapado por unas circunstrancias fuera de su control. En la cárcel será Randy el que sufrirá que las bandas de tíos salidos le fornicien las partes íntimas brutalmente, día y noche. Todos obcecados en cometer actos infructivos de reproducción celular carcelaria.

Para echar sal en la llaga, el internet informa de que Jennifer-Jason ha contraído un caso grave de matarse. A modo de homenaje a su vida entera de ésitos, Randy le construye un altarcito con una foto suya delante de la casa. Él espera que peregrinen peregrinos hasta allí, pero los Pablo Escobares de la casa de al lado dicen que su altar da asco porque la foto muestra a Jennifer-Jason haciendo un trío sensual.

Todas las capturas de pantalla explícitas que Randy pone en su capilla se fugan misteriosamente.

En términos estacionales, en California la primavera, el verano y la Navidaz tienen básicamente la misma pinta menos por el hecho de que sus vecinos de la casa de al lado montan un pensebre. La cosa se calienta todavía más cuando se le quejan de que Eleanor hace demasiao ruido, y Randy les grita por encima de la cerca del jardín que por lo menos su perra ladra en inglés.

La Navidaz es también la temporada en que por todas partes hay abetos de Oregón acechando en busca de víctimas. Y una de esas coníferas asesinas,

deduce Randy, va a por él.

Los vecinos de la casa de al lado montan un pensebre porque son una panda de Pablo Escobares papistas. Tiene hasta un José y una Virgen María de plástico. El bebé de plástico está todo agarrotao boca arriba en una caja de naranjas atiborrá de paja amarilla. El impío niño Jesús se ve podrido por culpa de la exposición a la irradiación solar esa. Con su cara agrietada de plástico y la pintura descolorida, a Randy le parece una imagen espantósica.

El problema para Eleanor es que el niño Jesús tiene la misma pinta que la muñeca que ella estaba acostumbrada a traerle a Randy. Eleanor siempre se lo queda mirando con los ojillos medio cerraos. Ahora la pitbull está al borde del arrebato, como si fuera una Jennifer-Jason Morrel sin escúprulos, ocsesionada con esa morralla eclesiástica.

Quizá solo pa' cabrearlo Giselle insiste en que se vayan de compras. Tiene toda la intención de azquirir un árbol con el digrámetro suficiente pa' llenar el vestíbulo de entrada. No hace ni caso de las ojeciones de él ni de sus adventencias de que su padre subcumbió al impacto de otro monstruo de Oregón tal que ese. No, Giselle dice:

—Colega. —Dice—: Colega, el árbol lo vamos a descorar con adornitos de esos de cristales de colores.

Comprar un árbol, calcula Randy, sale más barato que pagarle la minutención a una ex. De forma que azquieren el árbol de autos y lo descoran con miles de adornitos de cristal moldeado. Y para hacerlo, dejan la puerta abierta.

Y a nadie le sorprende que la pitbull Eleanor se dé a la fuga de la casa.

Corriendo como rama que lleva el diablo, agarra el niño Jesús de plástico y pone pies en polvorones a velocidá de crucero.

Pasa gente con el coche, que deben de ser judíos o testigos de Jehován, porque no se coscan de que el niño Jesús ese es el hijo de Dios y piensan que Eleanor tiene en las fauces a un niño de verdá. Y a todos se les ponen caras alguacílicas. Hasta el último fisgón se la queda mirando ojipláticamente. Y se ponen a perseguir a Eleanor y a mandarse vídeos caseros hasta que hay chopecientos Pablo Escobares con los pantalones caídos persiguiendo a Eleanor también como rama que lleva el diablo.

Contemplando el alboroto, Giselle se pone a largarle rollos macabeos a Randy. La tía no para de rajar sobre un urinario que tienen colgao en la pared de un mausoleo de arte en Francia. Y le grita:

—¡Marcel Duchamp, colega!

Antes se tragaba su lefa; ahora en cambio se pone a gomitarle semestres y más semestres sin digerir de clases de la academia pa' adultos. La tía no sabe ni lo que dice. Se burla de él y le suelta:

—Colega, ¿qué pasa, que no has leído al Lewis Hyde?

Y por fin, Randy descifra un palabro o dos de lo que le grita Giselle.

Emergizando de la puerta abierta de su casa, Randy grita:

—¡Corre a esconderte, Eleanor!

Y detrás de él, oye a Giselle, intensamente adoctrinada por el Rémy Martin y diciéndole en tono de burla:

—¡Colega! —Le berrea Giselle—: ¡Colega, esto es por haberme perforao el uterino!

¡Y empleando toda su fuerza hercúlica, se pone a empujar el árbol de Navidaz pa' volcarlo!

Y la siguiente desgracia que acontece es que chopecientas toneladas de agujas de pino asesinas y adornitos fracturizados de cristal le caen a Randy en toda la coluzna vertebrial. A pesar de los pesares, no se muere sin presenciar un conmovedizador milagro navideño.

Su perra, Eleanor, está haciendo que Jesucristo regrese de entre los muertos. Apresionao entre los colmillos puñálicos de un pitbull, ese símbolo muerto y descolorido se está volviendo a convertir en una criatura sagrada.

Y elevándose a los cielos desde su cuerpo lleno de bujeros, Randy ve que la vida es como un árbol.

Primero la vida se mueve despacio. Tan agobiantemente despacio que te olvidas de que se mueve. Tu vida siempre se mueve. No para de moverse. Pero luego se mueve a toda pastilla. Al final se mueve tan deprisa que ni la guipas. A pesar de los pesares, sintiendo todavía cómo la sangre calenturienta se le da a la fuga del cuerpo, se le escapiza de las estriaciones abiertas por los adornos, Randy entona un villancico:

—¡Corre a esconderte, Eleanor! ¡Corre a esconderte!

Y languidizando en ese umbral que separa a los vivos de los difruntos —ya medio espectrizado— Randy está cantando:

—¡Borre el conserje, Desamor!

Borboteando sus últimas energías, Randy canturrea por lo bajinis:

—¡Ponce el doblete! ¡Doce copetes! ¡Goce la muerte! ¡Todo es ponerse! ¡Es ponerse! ¡Devolverte! ¡Eco muerde! ¡Tesorete! ¡Pesto verde!

Todas sus palabras caen hechas pedacicos mientras Randy sube a encogerse feliz y a comer la perdiz a la derecha de su padre difrunto.

Y entretanto, la pitbull…

Poniendo las patas en polvorones, Eleanor corre que se las pela de vuelta al norte. Y aunque los Pablo Escobares de pantalones caídos corren lo suyo, no hace falta señalizar que la pitbull Eleanor, pim-pam, sin problemas, siempre y eternamente, será la más rápida.

DE CÓMO MONA SE CASÓ, SE COMPRÓ UNA CASA Y ENCONTRÓ LA FELICIDAD EN ORLANDO

Hace muchos años, en un mundo previo a la desilusión, Mona se paseaba por el bosque con la boca rebosante de orgullo. Después de muchos esfuerzos y sacrificios, había terminado sus largos años de educación. Mona se jactó delante de Cuervo: «¡Mírame, tengo una licenciatura en Comunicación! —Se vanaglorió delante de Coyote—: ¡He completado muchas prácticas de alto nivel!». En un mundo previo a que se revolcara en la vergüenza y la derrota, Mona exhibió su currículum en el Departamento de Recursos Humanos de Llewellyn Marketing Alimentario S.A.

Mona exigió una audiencia en persona con Hámster, que era el representante de Recursos Humanos, y le presentó con atrevimiento su currículum y un desafío:

—Dejad que demuestre mi valía. Mandadme a una misión divina.

Y así es como Mona terminó detrás de una mesa plegable. En las tiendas de alimentación o en los grandes almacenes, Mona ofrecía bocaditos de salchicha ensartados con palillos. Ofrecía cucharaditas de tarta de manzana en vasitos diminutos de plástico, o bien servilletas de papel que contenían dados de tofu de muestra. Mona rociaba perfume y ofrecía su propio cuello esbelto para que los patosos de los Alces se lo olisquearan, y los Alces compraban sin parar. Mona había nacido con encanto, y cada vez que sonreía a Ciervo o Pantera o Águila, ellos le devolvían la sonrisa y se disponían a comprar el producto que fuera que Mona estuviera promoviendo. Le vendió cigarrillos a Tejón, que no fumaba. Y tasajo de ternera a Carnero, que no comía carne. ¡Tan lista era Mona que le vendió loción para manos a Serpiente, que no tenía manos!

De vuelta en Llewellyn Marketing Alimentario, Hámster le dijo:

—Tengo un puesto en Las Vegas.

Y Las Vegas se convirtió en el primero de una larga lista de éxitos. Porque ahora Mona formaba parte de un equipo y demostró que trabajaba de

maravilla en equipo, y cada vez que Hámster le ofrecía a Mona un traslado —a Philly, a las Ciudades Gemelas, a San Fran—, Mona siempre estaba dispuesta a vender alguna pasta nueva para untar bocadillos o para promover alguna nueva bebida energética. Y como se atribuía a sí misma cierto éxito, un día Mona volvió a visitar a Hámster de Recursos Humanos y le propuso:

—Has sido mi defensor, Hámster, y yo he servido bien a Llewellyn Marketing Alimentario. Ponme una prueba más difícil.

Y Hámster le contestó:

—¿Quieres un desafío? —Le dijo Hámster—: Tenemos un queso que no se está moviendo.

Y tan arrogante era Mona que le propuso:

—Dadme vuestro queso problemático.

Y sin echarle ni un vistazo al producto en cuestión, Mona prometió que obtendría un mínimo de un catorce por ciento de cuota en el tremendamente competitivo mercado de lácteos sólidos de importación de gama media, y no solo eso, sino que encima prometió que ese éxito duraría por lo menos siete semanas, lo cual posicionaría el queso nuevo de cara al próximo periodo de ocio vacacional. A cambio, Hámster le garantizó a Mona que Llewellyn la recompensaría con el cargo de Supervisora Regional del Noroeste, de tal manera que Mona pudiera instalarse en Seattle, comprarse un apartamento, encontrar pareja y montar por fin una familia que contrapesara su carrera. Y lo que era más importante: para que Mona nunca más se viera obligada a ofrecer su cuello para que se lo olisqueara otro estúpido Alce. Ni tuviera que sonreírle encantadoramente a aquel Chacal del Safeway que no paraba de dar media vuelta y volver una y otra vez para zamparse sus galletas.

En aquellos tiempos remotos, antes de conocer el sabor amargo del fracaso, Mona se plantó detrás de otra mesa plegable, esta vez en un supermercado de Orlando. Mona sonrió por encima del bosque enorme de palillos, que tenía pinta de cama *king-size* de clavos de madera. Mona sonrió y sonrió y vio que Oso Pardo la estaba mirando a los ojos. Y al verlo se dijo a sí misma: «¡Seattle, prepárate que vengo!». Pero Oso Pardo, que estaba cruzando el supermercado, se paró de golpe. Olisqueó el aire, levantó primero una rodilla y después otra y por fin se miró las suelas de los zapatos en busca de rastros de animales. Agachó subrepticiamente la cabeza y se olió los sobacos. Solo entonces la mirada de Oso Pardo regresó a Mona; pero ya no estaba sonriendo, y tampoco se aventuró a seguir acercándose. Pareció que una expresión de asco le torcía los labios y al cabo de un momento salió de escena. Después Mona intentó usar la trampa de su sonrisa para atraer a Lobo,

pero Lobo solo se aventuró a acercarse hasta cierto punto antes de que se le dilataran los orificios nasales. Entonces abrió como platos los ojos grises con expresión de horror y puso pies en polvorosa. De la misma manera, Águila pareció atraída por los encantos de Mona, pero no había terminado de descender del todo cuando soltó un graznido estrangulado y sus alas doradas se batieron en retirada por el aire del supermercado.

Mona no se había dado cuenta de entrada, quizá el vender colonias y cigarrillos le había embotado el olfato, pero el queso tenía un olor asqueroso. Olía a heces y a pelo quemado, y sudaba unas gotitas pequeñitas y transparentes de aceite apestoso. Con aquella peste que echaba, se preguntó a sí misma Mona, ¿cómo podía saber uno que el queso no estaba en mal estado? Con aquel tufo, podría muy bien estar infestado de salmonella. A fin de poner a prueba su teoría, Mona sonrió para atraer a Cerdo, pero ni siquiera Cerdo quiso aceptar su hediondo producto. Con la sonrisa todavía petrificada en la cara, Mona captó la mirada de Gorila. Plantado a una distancia segura, Gorila llevaba puesto un chaleco de color rojo vivo, porque era el encargado del supermercado. Con los brazos cruzados sobre el pecho enorme, Gorila miró a Mona, negó con su imponente cabeza y le dijo:

—¡Hay que ser lunático para meterse ese queso en la boca!

Aquella noche, en su habitación de su motel de Orlando, Mona llamó por teléfono a Hámster y le dijo:

—Creo que mi queso es venenoso.

—Tranquila —le contestó Hámster—, a tu queso no le pasa nada.

—Pues no huele bien —insistió Mona.

—Contamos contigo —dijo Hámster—. Si alguien puede abrir un nicho de mercado para este queso, eres tú.

Hámster le explicó que Llewellyn había sido contratada para introducir el queso en todo el país a un precio tan bajo que representaba una pérdida del doce por ciento por unidad. Hámster le dejó caer que el archirrival de Mona, Coyote, estaba lanzando el mismo queso en Raleigh-Durham y que no estaba informando de ninguna resistencia por parte de los consumidores. Por el teléfono, Hámster soltó el aire con un enorme suspiro exasperado y dijo que quizá Coyote fuera un mejor candidato para Supervisor Regional del Noroeste. Que quizá Coyote quisiera Seattle más que ella.

Después de colgar, Mona se dijo a sí misma:

—No pienso dejar que Coyote me quite este ascenso. Hámster está mintiendo. Coyote es incapaz de venderle nueces a una Ardilla.

Aquella noche, sin embargo, Mona se quedó despierta en cama, escuchando cómo Coneja lo hacía con Armiño en la habitación contigua del motel y preocupada por la posibilidad de que, a pesar de su licenciatura avanzada en Comunicación, tuviera vedada la posibilidad de ascender por ser mujer y fuera a pasarse el resto de su carrera siendo olisqueada por Alces. Le vinieron ganas de telefonear a sus padres para que la consolaran, pero se dijo a sí misma: «Ya eres mayor, Mona. Ahora tus problemas son tuyos». Así que lo que hizo fue sentarse en la cama, oír los gruñidos y los gritos sexuales a través de la pared del motel y fingir que leía *Crónica de los Wapshot*. Cuando salió el sol en Orlando. Mona se vistió y se maquilló, preocupada por que nadie la fuera a querer nunca. Por que nunca llegara a tener un hogar de verdad.

Al día siguiente, detrás de su bosque erizado de palillos, Mona se puso a esperar a un animal en concreto. Le dedicó su sonrisa a Búho; llamó a Zarigüeya, Morsa y Puma de lado a lado del supermercado y les dijo:

—¡Venid a probar mi queso! Está hecho en Suiza con leche orgánica de vacas criadas en libertad sin hormonas del crecimiento bovino ni ingredientes artificiales.

En realidad todo lo que estaba diciendo Mona era una mentira optimista. No sabía nada del queso. Ni siquiera lo había probado. Había que estar loco para llevarse aquel asco de queso a la boca.

Aquella noche, en su habitación del motel, Mona rompió la cadena de mando. Telefoneó a Bisonte, que era Director Nacional de Operaciones, cuatro escalafones por encima de Hámster. Y lo que era peor, Mona telefoneó a Bisonte a su número de móvil personal. Se presentó a sí misma, pero lo único que le dijo Bisonte fue:

—¿Yo soy tu superior inmediato?

Mona le explicó que formaba parte del equipo itinerante de demostración de productos y que le habían asignado el encargo de penetrar en el mercado de Florida con un queso de prueba. Estaba realizando aquella promoción en el área de Orlando, pero creía que el queso quizá estuviera en mal estado. Mona llamó a Bisonte «señor», pese a haberse prometido a sí misma que nunca llamaría así a nadie; ni siquiera había llamado así a su padre.

—¿En mal estado? —le preguntó Bisonte.

En Chicago todavía era media tarde, pero a Bisonte ya le sonaba gangosa la voz. Mona oyó un gluglú de líquido como si alguien estuviera tragando ginebra directamente de la botella. Oyó un traqueteo de pastillas. La voz de Bisonte retumbaba y tenía ecos como si su casa fuera una caverna, y Mona se

lo imaginó hablando por un teléfono con incrustaciones de oro, sentado en un salón enorme con suelos de mármol y frescos pintados en el techo.

—Señor —dijo Mona, con un gesto de dolor—, ni siquiera Ratón lo ha querido tocar.

—¿Has informado de esto a Hámster? —preguntó Bisonte.

—Señor —dijo Mona—, algún niño va a probar este queso y se va a intoxicar, y a mí me van a detener y acusarme de homicidio imprudente —dijo—. Sinceramente, hasta *Mofeta* me ha dicho que olía espantoso.

A modo de respuesta, Bisonte declaró que la vida no era ningún jardín de rosas. Y se puso a perorarle por teléfono sobre tener *agallas*. A ratos sonaba furioso y a ratos lloroso, pero beodo en todo momento.

—¿Qué pasa? —le dijo—. ¿Tienes miedo de ensuciarte el culo o qué?

Así pues, al tercer día Mona ya estaba de regreso en su mesa plegable, detrás de su empalizada de palillos, como si fueran picas, como una muralla de estacas afiladas. Desde el otro lado de aquella barrera, los demás animales, Pantera y Puerco Espín, la miraban con unas caras de desprecio abierto o bien de lástima profunda. Una nube invisible de peste a queso mantenía a raya a todos los presentes, y desde el centro de las miradas disgustadas de todo el mundo, Mona pedía con súplicas y lisonjas que alguien fuera lo bastante valiente como para probar aquel producto nuevo y maravilloso. Luego se puso a despotricar y a llamarlos cobardes. Los desafió. Los intentó sobornar con garantías de que se les iba a devolver el doble de su dinero si probaban el queso y no les encantaba. Los engatusó diciendo:

—¿Quién quiere ser el primero en descubrir la felicidad absoluta?

Desde una distancia prudencial, Cuervo le gritó:

—¡Hay que ser suicida para hincarle el diente a eso!

Varios animales asintieron con la cabeza y soltaron risillas. Gorila observó la situación, dando golpecitos impacientes en el suelo con la puntera de un zapato, entrelazando los dedos de las manos y haciendo crujir los nudillos enormes, listo para sacar a Mona de allí y arrojarla a la acera.

Mona miró la mesa de exposición con sus bocaditos de veneno blanco. Y se dijo a sí misma: «Todo el mundo cree que este olor espantoso soy yo». Su arrogancia se había esfumado. Llevaba dos días sin dormir y su orgullo había desaparecido. Se dijo a sí misma: «Prefiero estar muerta a pasarme un momento más aquí con toda esta gente odiándome o sintiendo lástima por mí». Se imaginó a sí misma muriéndose entre dolores terribles en el suelo de cemento de aquel supermercado de Orlando. Se imaginó los cargos de muerte improcedente y a sus padres ganando un trascendental acuerdo de

indemnización contra Llewellyn Marketing Alimentario. Mona cogió un palillo entre dos dedos y lo sostuvo en alto entre sí misma y los presentes. Sostuvo bien alto el bocadito de queso, como si fuera una antorcha. Se imaginó su propio funeral y se vio muerta dentro de un féretro con aquellos mismos dedos cerrados en torno a su frío pecho. Mona vio su nombre y la fecha de aquel día cincelada en una lápida. Aquel queso olía igual que la muerte. Igual que pronto olería ella.

—Dame una misión divina —se dijo a sí misma, sosteniendo el queso en las alturas—. Ponme una prueba más difícil.

El público la miró, desconcertado. Boquiabierto. Pavo lloraba en silencio.

Mona cerró los ojos y se llevó el queso a la boca. Lo desprendió del palillo con los labios y se puso a masticarlo. Con los ojos todavía cerrados, oyó que Gorila gritaba con una voz aguda por el pánico:

—¡Que alguien llame a urgencias!

Mona se comió el queso pero no se murió. Se lo comió y se lo siguió comiendo. No quería tragárselo, solo masticarlo, partirlo con los dientes para siempre y no dejar nunca de saborearlo. Quería vivir para siempre para no poder comer nada más que aquel queso. Fue peor que si se hubiera muerto; aquel queso sabía… increíble. El que había sido el peor olor del mundo se convirtió en el mejor, y aun después de tragárselo, Mona se quedó chupando el palillo para sacarle una pizca más de sabor. Ahora el queso estaba dentro de ella; formaba parte de ella, y ella lo amaba.

Sonriendo, Mona abrió los ojos para encontrarse a todo el mundo observándola, con las caras agarrotadas de horror. Con los ojos saliéndoseles de las órbitas como si la hubieran pillado comiéndose su propia caca. Por muy repugnante que les hubiera parecido antes, ahora les resultaba todavía más repulsiva, pero a Mona no le importó. Con todos los animales mirándola, se comió otro dado de queso, y otro. Quería llenarse de aquel sabor y de aquel olor gloriosos hasta que le doliera la barriga.

Aquella noche le sonó el teléfono de su habitación del motel. Era Hámster. Que le dijo:

—Espérate mientras te paso con Bisonte por la otra línea.

Mona esperó y al cabo de unos segundos una voz le dijo:

—Soy Bisonte.

»Por consejo del Departamento Jurídico —le dijo Bisonte—, vamos a retirar ese queso de las tiendas. —Le dijo—: No podemos arriesgarnos a un pleito.

Mona sabía que su trabajo estaba en la cuerda floja. Se mandó a sí misma quedarse callada y dejar que los acontecimientos siguieran su curso, pero lo que dijo en cambio fue:

—Espere.

—Nadie te culpa —dijo Hámster.

—Yo me equivocaba —dijo ella—. Pueden despedirme, pero ese queso es delicioso. Por favor —dijo—. Señor.

Con un encogimiento de hombros en la voz, Bisonte dijo:

—Este asunto ya no está en nuestras manos. —Y añadió—: Mañana te vas a deshacer de tu muestrario.

—Pregúntele a Coyote —le suplicó Mona—. Coyote lo está vendiendo.

—Coyote está en Seattle —dijo Bisonte—. Lo hemos ascendido al puesto de Supervisor Regional del Noroeste.

Pillado en plena mentira flagrante, Hámster dijo:

—Tómatelo con deportividad, chata. O estás despedida.

Después de tanto tiempo vendiendo colonia, tasajo y loción para manos, por fin Mona tenía un producto en el que creía realmente. Hasta ahora Mona había querido que el mundo la amara, pero ahora estaba dispuesta a cederle el primer plano a un queso. No le importaba que el resto de los animales la fulminara con miradas de asco indisimulado, estaba dispuesta a rebajarse completamente a los ojos de un millón de animales si a cambio había una pequeña posibilidad de que alguno de ellos probara lo que ella había probado y reafirmara su fe. Si eso sucedía, aquel valiente animal también amaría el queso y Mona ya no estaría sola en el mundo. Convertiría su dignidad en mártir por la gloria de este queso.

De acuerdo con un mensaje de texto de Iguana, todo el *stock* del mayorista ya se había subastado y estaba en manos de un liquidador. Al día siguiente, Mona perdió deliberadamente su vuelo a Cleveland. Para sus sesiones de promoción en puntos de venta, Mona siempre llevaba un polo de color rosa de Brooks Brothers, un polo de dos botones con solo el botón de arriba desabrochado. El rosa transmitía un mensaje andrógino, deportista y pijo, y Mona nunca se abría el cuello. Hoy, en cambio, con todo en juego, sacó la artillería pesada: un top con tirantes muy finos y tan corto por debajo que se le agitaba por encima de una amplia franja de vientre desnudo. Se encajó los pechos en un sujetador con relleno. A fin de promover su queso Mona iba a interpretar a la ramera del templo y a prostituirse más de lo que Llewellyn se había atrevido nunca a prostituirla. Sin pudor alguno, cogió su mesa plegable, sus palillos y los dados blancos de aquel nirvana que hacía la

boca agua y llenaba el alma y se fue al supermercado de Orlando. Detrás del altar de muestras, Mona era una fanática. Una extremista. Era una evangelista, que arengaba y amonestaba a todos los clientes del supermercado abarrotado. A ojos de aquella gente era una lunática —alguien capaz de comerse aquel queso era capaz de cualquier cosa—, y esto pareció protegerla momentáneamente. Si conseguía comunicar su pasión y ser entendida por un solo animal más, con eso ya le bastaba.

—La satisfacción está aquí a su alcance —dijo Mona—. ¡El éxtasis absoluto puede ser para ustedes gratis!

El olor del queso era lo único que impedía que Pato y Buey la redujeran, que la agarraran y la echaran a patadas del edificio, pero Oso Pardo estaba usando sus zarpas como bocina para gritarle obscenidades y Loro le estaba tirando punzantes monedas de un centavo.

No había nadie del lado de Mona. Estaba sola y armada únicamente con su fe.

Mona seguía trabajando para el equipo, pero ahora ya solo lo integraba ella.

Estalló el caos. La manada asaltó su mesa, volcándola, y sus muestras cayeron al suelo sucio. Sobre el cemento polvoriento, donde Mona se había imaginado a sí misma muerta el día antes mismo, ahora estaba siendo pisoteado su queso sagrado. Aquel queso que ella amaba más que la propia vida ahora estaba siendo aplastado por los cascos de Reno y prensado bajo las zarpas de Tigre. Una mano enorme se cerró alrededor del brazo de Mona y la llevó a la fuerza hasta la puerta. Era Gorila, arrastrándola en dirección al resto de su carrera en Llewellyn Marketing Alimentario, donde podría pasarse todas las noches durmiendo. Y los días sonámbula. Un futuro donde nunca estaría del todo despierta.

El único dado de queso que le quedaba a Mona era el que había ensartado en el palillo que tenía en la mano. Era su espada y su grial, y Mona lo estampó contra la cara de Gorila. Le hundió el palillo hasta el fondo mismo de la boca, y él se atragantó y tuvo una arcada y escupió el queso, pero Mona atrapó el dado blanco y mojado mientras estaba cayendo al suelo. Levantó el queso viscoso con la palma ahuecada de la mano y se lo plantó entre los labios a Gorila. Mientras la estampida de animales los alzaba a ambos en volandas y los transportaba hacia la salida, Mona le mantuvo la mano sobre la boca a Gorila y lo siguió mirando a los ojos hasta que Gorila masticó y tragó. Hasta que sintió que Gorila lo entendía y se le relajaban los músculos enormes de los brazos y dejaba de forcejear.

ZOMBIS

Fue Griffin Wilson quien postuló la Teoría de la Involución. Se sentaba dos filas por detrás de mí en Química Orgánica y era la definición misma de un genio malvado. Fue el primero en dar el Gran Salto Atrás.

Lo sabe todo el mundo porque Tricia Gedding estaba con él en la consulta de la enfermera cuando dio el salto. Estaba en la otra camilla, detrás de una cortina de papel, fingiendo que le había venido la regla para no tener que hacer un test de Perspectivas sobre la Civilización Oriental. Cuenta Tricia Gidding que oyó el fuerte pitido pero que no le dio importancia. Cuando ella y la enfermera de la escuela lo encontraron en su camilla, al principio creyeron que Griffin Wilson era el muñeco que todo el mundo usaba para las prácticas de reanimación cardiopulmonar. Apenas respiraba y apenas movía un músculo. Y pensaron que era una broma porque todavía tenía la billetera agarrada entre los dientes y los cables eléctricos pegados a los lados de la frente.

Sus manos todavía estaban agarrando una caja del tamaño de un diccionario y paralizadas en el acto de apretar un botón rojo. Todo el mundo estaba tan acostumbrado a ver aquella caja que nadie cayó en la cuenta, pero era la misma que solía colgar de la pared de la consulta: el desfibrilador cardiaco. Aquel aparato de emergencia que transmitía descargas eléctricas al corazón. Griffin Wilson lo había bajado de la pared y había leído las instrucciones. Se había limitado a desprender el papel de cera de las partes con adhesivo y a pegarse los electrodos a los costados de los lóbulos temporales. Era básicamente una lobotomía con adhesivos de quita y pon. Tan fácil que hasta un chaval de dieciséis años podía hacérsela.

En clase de Lengua de la señorita Chen aprendimos aquello de «Ser o no ser…», pero en medio de ambas cosas hay una zona gris enorme. Quizá en la época de Shakespeare la gente solo tuviera dos opciones. Griffin Wilson sabía que los exámenes de selectividad no eran más que la puerta de entrada a una larga vida de patrañas. A casarse e ir a la universidad. A pagar impuestos y tratar de criar a tu hijo para que no acabe disparando a todo el mundo en su

escuela. Y Griffin Wilson sabía que las drogas no son más que un parche. Después de las drogas, siempre vas a necesitar *más* drogas.

El problema de ser un alumno adelantado es que a veces eres *demasiado listo*. Mi tío Henry dice que es importante desayunar bien porque tu cerebro todavía está creciendo. Pero nadie menciona que a veces tu cerebro puede crecer *demasiado*.

Básicamente somos animales grandes, que hemos evolucionado para abrir conchas de moluscos y comernos las ostras crudas, pero ahora además se espera que nos acordemos de las trescientas hermanas Kardashian y de los ochocientos hermanos Baldwin. En serio, al ritmo en que se reproducen las Kardashian y los Baldwin van a borrar de la faz de la tierra al resto de la humanidad. Los demás, ustedes y yo, no somos más que callejones sin salida evolutivos esperando el momento de extinguirnos.

Pregúntenle lo que quieran a Griffin Wilson. Pregúntenle quién firmó el Tratado de Gante. Griffin hará como ese mago de los dibujos animados de la tele que dice: «Mirad cómo me saco un conejo del culo». Abracadabra, y se saca la respuesta. En Química Orgánica era capaz de hablar de la Teoría de Cuerdas hasta quedarse anóxico, pero lo que realmente quería ser era feliz. No simplemente no estar triste, quería ser feliz de la misma manera en que lo es un perro. No verse constantemente sacudido por mensajes de texto llameantes y cambios del código tributario federal. Tampoco quería morirse. Quería ser, y no ser, pero al mismo tiempo. Así de grande era su genio pionero.

El Director de Asuntos Estudiantiles obligó a Tricia Gedding a jurar que no le contaría lo sucedido a nadie, pero ya saben ustedes cómo son esas cosas. El distrito escolar tenía miedo a que aparecieran imitadores. Hoy en día hay desfibriladores en todas partes.

Desde aquel día en la consulta de la enfermera, Griffin Wilson está más feliz que nunca. Siempre se está riendo demasiado fuerte y secándose las babas de la barbilla con la manga. Los profesores de Apoyo Pedagógico le aplauden y lo colman de elogios por el mero hecho de usar el retrete. Un doble rasero clarísimo. Los demás estamos aquí luchando con uñas y dientes para conseguir el trabajo de mierda que podamos, mientras que Griffin Wilson se lo va a pasar bomba durante el resto de su vida comiendo chucherías de un centavo y viendo reposiciones de *Los Fraguel*. En el pasado había sido infeliz a menos que ganara hasta el último torneo de ajedrez. Pero tal como está ahora, ayer mismo se sacó la polla y se puso a cascársela mientras pasaban lista por la mañana. Antes de que la señora Ramírez pudiera

pasar a toda prisa por los apellidos empezados con «S» y «T», con los chavales contestando «Aquí» y «Presente» demasiado despacio, soltando risitas y mirando, antes de que la señora Ramírez pudiera recorrer el pasillo corriendo y detenerlo, Griffin Wilson gritó «Mirad cómo me saco un conejo de los pantalones» y roció de lefa caliente una estantería que solo contenía un centenar de ejemplares de *Matar a un ruiseñor*. Sin parar de reírse todo el tiempo.

Lobotomizado o no, sigue siendo capaz de apreciar el valor de una buena frase pegadiza. Ya no es un simple empollón, ahora es el alma de la fiesta.

La electricidad hasta le ha curado el acné.

Con resultados así cuesta mantenerse escéptico.

No hacía ni una semana que se había convertido en zombi cuando Tricia Gedding fue al gimnasio donde hacía Zumba y descolgó el desfibrilador de la pared del vestuario de chicas. Después de administrarse a sí misma el procedimiento con los electrodos adhesivos en un cubículo de los lavabos, ahora ya no le importa cuándo le venga la regla. Su mejor amiga, Brie Phillips, echó mano del desfibrilador que tienen al lado de los lavabos del Home Depot, y ahora camina por la calle, así caigan chuzos de punta, sin pantalones. Y no estamos hablando de la escoria de la escuela. Estamos hablando de la presidenta de la clase y de la jefa de animadoras. De la élite entera. De todo el mundo que estaba en el primer equipo de todos los deportes. Han hecho falta todos los desfibriladores de aquí a Canadá, pero ahora en los partidos de fútbol americano nadie sigue las reglas. Y aunque les peguen una paliza, siempre están sonriendo y chocando esos cinco.

Siguen siendo jóvenes y sexys, pero ya no les preocupa el día en que dejarán de serlo.

Es un suicidio, pero no lo es. La prensa no informa de las cifras reales. La prensa se cree demasiado importante. La página de Facebook de Tricia Gedding tiene más lectores que nuestro periódico local. Medios de comunicación de masas, jaja. ¿Llenan la portada de desempleo y guerras y se creen que eso *no tiene* un efecto negativo? Mi tío Henry me lee un artículo sobre una propuesta de cambio en la legislación estatal. Los funcionarios quieren instaurar un periodo de espera de diez días previo a la venta de todos los desfibriladores cardiacos. Se habla de comprobaciones obligatorias de antecedentes y de exámenes de salud mental, pero todavía no se ha aprobado nada.

Mi tío Henry levanta la vista del artículo del periódico y me echa un vistazo por encima de la mesa del desayuno. Me dedica una mirada severa y

me dice:

—Si todos tus amigos se tiraran por un barranco, ¿te tirarías tú también?

Mi tío es lo que yo tengo en vez de padres. Él no lo va a reconocer, pero en el fondo de ese barranco se vive bien. Hay un suministro de por vida de permisos de aparcamiento para minusválidos. El tío Henry no entiende que todos mis amigos ya se hayan tirado.

Puede que sean «personas con necesidades especiales», pero mis amistades siguen ligando. Más que nunca, de hecho. Tienen cuerpos perfectos y cerebros de niñitos pequeños. Tienen lo mejor de ambos mundos. LeQuisha Jefferson le metió la lengua a Hannah Finerman en Introducción a la Carpintería, la hizo chillar y retorcerse allí mismo, apoyada contra la taladradora hidráulica. ¿Y Laura Lynn Marshall? Se la chupó a Frank Randall en la parte de atrás del Taller de Cocina Internacional con todo el mundo mirando. A todos se les quemaron los falafel, pero nadie puso el grito en el cielo.

Después de pulsar el botón rojo del desfibrilador, sí, la gente sufre algunas secuelas, pero ya no es consciente de estar sufriendo. En cuanto pasan por el Botón de la Lobotomía, ya se les permite todo.

Un día en la hora de estudio le pregunté a Boris Declan si dolía. Estaba allí sentado en la cafetería, con las marcas rojas de las quemaduras todavía frescas en los lados de la frente. Tenía los pantalones bajados hasta las rodillas. Le pregunté si la descarga eléctrica dolía y él no me contestó, al menos no de inmediato. Se limitó a sacarse los dedos del culo y a olérselos con cara pensativa. El año anterior había sido el Rey del Baile de Graduación de Primer Curso.

En muchos sentidos Boris es mucho más majo ahora que nunca. Con el culo al aire en medio de la cafetería, me ofrece un dedo para que se lo huela y yo le digo: «No, gracias».

Él me cuenta que no se acuerda de nada. Boris Declan me dedica una sonrisa babosa y mema. Se da un golpecito con la yema sucia en la marca de quemadura que tiene en el costado de la cara. Con el mismo dedo manchado de caca señala para hacerme mirar al otro lado de la sala. En la pared que me está señalando hay un póster de la oficina del orientador psicológico que muestra a unos pájaros blancos aleteando con un cielo azul de fondo. Debajo de la imagen hay la inscripción «La felicidad verdadera solo llega por accidente» impresa con letras de fantasía. La escuela ha colgado ese póster para esconder la sombra que ha quedado donde solía haber otro desfibrilador.

No se sabe dónde va a acabar Boris Declan en la vida, pero está claro que será un buen sitio. Ya está viviendo en el Nirvana del Traumatismo Cerebral. El distrito escolar tenía razón con lo de los imitadores.

Que no se ofenda Jesucristo, pero los dóciles no van a heredar la tierra. A juzgar por los *reality shows* de la tele, son los bocazas los que se lo van a quedar todo. Y yo digo que les dejemos quedárselo. Las Kardashian y los Baldwin son como especies invasoras. Como el kudzu y los mejillones cebra. Que se peleen ellos por el control de ese coñazo que es el mundo real.

Me pasé mucho tiempo escuchando a mi tío sin inmutarme. Ahora ya no lo sé. Los periódicos nos avisan de terroristas con bombas de ántrax y cepas nuevas y virulentas de meningitis, y el único consuelo que nos dan es un cupón de descuento de veinte centavos por la compra de un desodorante para axilas.

Vivir sin preocupaciones ni remordimientos resulta bastante tentador. En mi escuela hay tantos chavales populares que han elegido freírse a sí mismos que ya solo quedan los pringados. Los pringados y los tontos del culo por razones naturales. La situación es tan atroz que el candidato seguro a graduarse el número uno de la clase soy yo. Es por eso por lo que mi tío Henry ha decidido mandarme lejos de aquí. Cree que si me traslada a Twin Falls va a poder posponer lo inevitable.

De forma que estamos los dos sentados en el aeropuerto, esperando en la puerta de embarque de mi vuelo, cuando le pido permiso para ir al baño. En el lavabo de hombres finjo que me lavo las manos para poder mirarme al espejo. Mi tío me preguntó una vez por qué me miraba tanto a los espejos y yo le dije que más que vanidad era nostalgia. Los espejos me enseñaban lo poco que quedaba de mis padres.

Estoy ensayando la sonrisa de mi madre. La gente no ensaya lo bastante las sonrisas, de forma que cuando más necesita parecer contenta, no consigue engañar a nadie. Y yo estoy practicando mi sonrisa cuando… ahí está: mi billete para un futuro glorioso y feliz trabajando en el ramo de la comida rápida. Por oposición a una vida de aflicción como arquitecto o cirujano cardiovascular de fama mundial.

Suspendido por encima de mi hombro y un poco por detrás de mí, lo veo reflejado en el espejo. Como si fuera el bocadillo que contiene mis pensamientos en la viñeta de un tebeo, hay un desfibrilador. Montado en la pared que tengo detrás, encerrado en una vitrina metálica con portezuela de cristal que cuando la abres dispara una alarma y una luz estroboscópica roja. Encima de la caja hay un letrero que dice «DEA» y que muestra un

relámpago cayendo sobre un corazón de San Valentín. La vitrina metálica es como la vitrina de «No tocar» que contiene las joyas de la corona en las películas de robos de Hollywood.

Cuando abro la vitrina, se disparan automáticamente la alarma y la luz roja centelleante. Rápidamente, antes de que llegue corriendo algún héroe, me meto corriendo con el desfibrilador en un cubículo para discapacitados. Sentado en el retrete, lo abro a la fuerza. Las instrucciones están impresas en la tapa en inglés, español, francés y viñetas de tebeo. Eso lo hace a prueba de tontos, más o menos. Si me espero demasiado, ya nunca más tendré esta opción. Pronto los desfibriladores estarán encerrados bajo llave, y en cuanto sean ilegales, solo los tendrán los paramédicos.

Tengo a mi alcance mi infancia permanente. Mi propia Máquina de la Felicidad.

Mis manos son más listas que el resto de mí. Mis dedos saben despegar los electrodos y pegármelos a las sienes. Mis oídos saben reconocer el fuerte pitido que significa que el aparato está cargado del todo.

Mis pulgares saben qué es lo más conveniente. Se quedan suspendidos por encima del botón enorme y rojo. Como si esto fuera un videojuego. Como el botón que el presidente puede pulsar para desencadenar una guerra nuclear. Una pequeña presión y se acaba el mundo que conocemos. Y empieza una nueva realidad.

Ser o no ser. El don más grande que Dios les ha dado a los animales es que no pueden elegir.

Cada vez que abro el periódico me entran ganas de vomitar. Dentro de diez segundos ya no sabré leer. Y lo que es mejor, no me hará falta. No sabré nada del cambio climático global. No sabré nada del cáncer ni del genocidio ni de la gripe aviar ni de la degradación medioambiental ni de los conflictos religiosos.

El sistema de megafonía me está llamando por mi nombre. Pronto ni siquiera sabré cómo me llamo.

Antes de despegar, me imagino a mi tío Henry en la puerta de embarque, con la tarjeta de embarque en la mano. No se merece esto. Necesita saber que esto no es culpa suya.

Con los electrodos pegados a la frente, saco el desfibrilador de los lavabos y me alejo por la terminal en dirección a la puerta de embarque. Los cables eléctricos enrollados me cuelgan a los lados de la cara como coletas finas y blancas. Voy llevando la batería en las manos por delante del pecho como si

fuera un terrorista suicida cargado con una bomba que solo me va a reventar el CI.

En cuanto me ven, los hombres de negocios abandonan sus maletas con ruedas. Las familias de vacaciones agitan los brazos y se llevan a sus niños en la dirección contraria. Hay un tipo que va de héroe. Me grita:

—Todo se arreglará.

Me dice:

—Te sobran razones para vivir.

Los dos sabemos que es un mentiroso.

Me suda tanto la cara que se me pueden despegar los electrodos. Esta es mi última oportunidad para decir todo lo que pienso, así que voy a confesarme delante de todo el mundo: no sé qué es un final feliz. Y tampoco sé cómo arreglar nada. Se abren las puertas de la terminal y entra al asalto un comando de Seguridad Nacional, y yo me siento como uno de esos monjes budistas del Tíbet o de donde sea que se rocían a sí mismos de gasolina antes de asegurarse de que les funciona el encendedor. Menuda vergüenza sería estar empapado de gasolina y tener que pedirle prestada una cerilla a algún desconocido, sobre todo ahora que no fuma casi nadie. Yo en cambio, en mitad de la terminal del aeropuerto, no estoy chorreando gasolina sino sudor, pero es que la cabeza me va a mil por hora y ya no sé lo que hago.

De pronto mi tío sale de la nada, me agarra del brazo y me dice:

—Trevor, si te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí.

Me tiene agarrado del brazo y yo tengo el dedo sobre el botón rojo. Le digo que no es ninguna tragedia.

—Te seguiré queriendo, tío Henry… —le digo—. Simplemente, ya no sabré quién eres.

Los últimos pensamientos que me pasan por la cabeza son plegarias. Estoy rezando por que esta batería esté cargada del todo. Tiene que quedar suficiente voltaje para borrar el hecho de que acabo de mencionar el amor delante de varios centenares de desconocidos. Y lo que es peor, he mencionado el hecho de querer a mi tío. Nunca seré capaz de superar esa vergüenza.

La mayoría de los espectadores, en vez de intentar salvarme, sacan los teléfonos y se ponen a filmar vídeos. Todo el mundo compite por conseguir el mejor ángulo frontal. La situación me recuerda a algo. Me recuerda a las fiestas de cumpleaños y a la Navidad. Un millar de recuerdos se me echan encima por última vez, y eso tampoco me lo había esperado. No me importa

perder mi educación. No me importa olvidarme de mi nombre. Pero sí que voy a echar de menos lo poco que recuerdo de mis padres.

Los ojos de mi madre, y la nariz y la frente de mi padre, son cosas que han muerto salvo por el hecho de estar en mi cara, y me duele saber que ya no los voy a reconocer. En cuanto le dé al botón pensaré que mi reflejo no es nada más que yo.

Mi tío Henry repite:

—Si te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí también.

—Seguiré siendo tu sobrino —le digo—. Simplemente, no lo sabré.

Una mujer se acerca sin venir a cuento de nada y agarra a mi tío Henry del otro brazo. Y esa nueva persona dice:

—Si te haces daño a ti mismo, también me harás daño a mí.

Otra persona agarra a la mujer y luego alguien agarra a esa otra persona y dice:

—Si te haces daño a ti mismo, me harás daño a mí.

Y así los desconocidos se cogen a otros desconocidos, formando cadenas y ramificándose, hasta que estamos todos conectados entre nosotros. Como si fuéramos moléculas cristalizando en una solución de Química Orgánica. Todo el mundo está agarrado de alguien y todo el mundo está agarrando a alguien, y sus voces siguen repitiendo la misma frase: «Si te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí… si te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí…».

Las palabras forman una onda lenta. Como un eco a cámara lenta, se alejan de mí, recorriendo la terminal en ambas direcciones. Todo el mundo se acerca para agarrar a una persona que está agarrando a otra persona que está agarrando a otra persona que está agarrando a mi tío, que me está agarrando a mí. Esto sucede de verdad. Suena muy manido, pero es solo porque las palabras hacen que todo suene manido. Las palabras siempre joden lo que sea que estás intentando decir.

Voces de otra gente en otros sitios, desconocidos que están viendo la situación por las videocámaras y cogen sus teléfonos y dicen con voces de conferencia a larga distancia: «Si te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí…». Y un chaval sale de detrás de la caja registradora del Der Wiener Schnitzel, allá en la zona de restaurantes, agarra a alguien y grita: «Si te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí». Y los chavales que trabajan en el Taco Bell y los que hacen espuma de leche en el Starbucks dejan lo que están haciendo y se toman todos de las manos con alguien que está conectado conmigo a través de la multitud y ellos también lo dicen. Y justo cuando ya creo que la cosa se va a terminar y que todo el mundo va a soltarse las manos

y largarse en sus aviones, porque todo se ha parado y la gente está cogida de las manos incluso de lado a lado de los detectores de metales… entonces el locutor de la CNN del televisor que hay instalado justo debajo del techo se lleva un dedo al oído, como para oír mejor, y dice: «Una noticia que nos acaba de llegar». Se lo ve confuso, se pone a leer algo obviamente del letrero de un apuntador y dice: «Si te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí». Y a su voz se le solapan todas las voces de los comentaristas políticos de la Fox News y de los analistas invitados de la ESPN, y todos están diciendo lo mismo.

Los televisores muestran a gente al aire libre en aparcamientos y en zonas de estacionamiento prohibido, todos cogidos de las manos. Formando vínculos de unión. Todo el mundo está subiendo vídeos de alguien, gente que está a kilómetros de distancia pero aun así conectada conmigo.

Y de los *walkie-talkies* de los guardias de Seguridad Nacional salen voces cargadas de estática que dicen: «Si te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí… cambio».

Llegado ese punto ya no existe en el mundo un desfibrilador lo bastante grande como para freírnos el cerebro a todos. Y sí, al final nos tendremos que soltar, pero de momento todo el mundo está cogido bien fuerte, intentando hacer que la conexión dure para siempre. Y si esta imposibilidad puede suceder, ¿quién sabe qué más es posible? Y una chica en el Burger King grita: «Yo también tengo miedo». Y un chico del Jack in the Box grita: «Yo tengo miedo *todo el tiempo*». Y todo el mundo está asintiendo con la cabeza: Yo También.

Para rematar la cosa, una voz atronadora anuncia:

—¡Atención! —Desde las alturas de la terminal, la voz anuncia—: Por favor, presten atención.

Es una mujer. Es esa voz de mujer que llama a la gente por su nombre y les dice que contesten al teléfono blanco de las llamadas privadas. Y ahora que todo el mundo está escuchando, el aeropuerto entero queda en silencio.

—Seas quien seas, tienes que saber… —dice la voz de mujer del teléfono blanco de las llamadas privadas.

Todo el mundo escucha porque todo el mundo piensa que está hablando solo con él o con ella. Y entonces la voz se pone a cantar por un millar de altavoces. Y con esa voz, canta igual que un pájaro. No como un loro ni como uno de esos pájaros de Edgar Allan Poe que hablan inglés. La voz trina y hace escalas como las que hacen los canarios, unas notas imposibles de conjugar en forma de sustantivos y verbos. Que podemos disfrutar sin entender. Y que

podemos amar sin saber qué significan. Y por medio de los teléfonos y las televisiones, la voz está sincronizado a todo el mundo en todas partes. Una voz perfecta que simplemente nos está cantando.

Y lo mejor de todo… su voz lo llena todo, no deja sitio para tener miedo. Su canción convierte todos nuestros oídos en uno solo.

Esto no es exactamente el fin. En todos los televisores salgo yo, sudando tanto que un electrodo me resbala lentamente por un costado de la cara.

Este ciertamente no es el final feliz que yo tenía en mente, pero comparado con el principio de la historia —con Griffin Wilson en la consulta de la enfermera metiéndose la billetera entre los dientes como si fuera una pistola—, pues quizá no sea tan mal sitio para empezar otra vez.

PERDEDOR

El programa no ha cambiado nada desde los tiempos en que estabas enfermo con fiebre muy alta y te quedabas en casa viendo la tele todo el día. No es *Trato hecho*. No es *La rueda de la fortuna*. No es el que presenta Monty Hall ni tampoco el de Pat Sajak. Es ese otro programa en que una voz atronadora te llama para que salgas del público y te dice «Puede usted bajar, es el próximo concursante», y si adivinas el precio del arroz con fideos Rice-A-Roni, ganas una estancia de una semana en París.

Es *ese* programa. Los premios nunca son nada útil, como ropa molona o música o cerveza. Los premios siempre son una aspiradora o una lavadora, algo que te emocionaría ganar si fueras, por ejemplo, un ama de casa.

Es la semana de las admisiones en las fraternidades universitarias, y la tradición es que todo el mundo que hace el juramento de la Zeta Delta tiene que subirse a un autobús escolar alquilado, ir a los estudios de televisión y asistir a la grabación de ese concurso. Las reglas dicen que todos los miembros de la Zeta Delta tienen que llevar la misma camiseta roja con las letras griegas Zeta Delta Omega serigrafiadas en negro. Primero hay que comerse un sellito pequeño de Hello Kitty, o quizá medio sello, y esperar a que te suba. Parece un sello diminuto de papel con la imagen impresa de Hello Kitty que tienes que chupar y luego tragarte, pero en realidad es parte de una lámina de papel secante de ácido.

Lo único que los Zeta Delta tienen que hacer es sentarse juntos para formar un área de color rojo en mitad del público del estudio y gritar para que los saquen por la tele. No son los Gamma Tocaculos. No son los Lambda Violadores. Los Zeta Delta son lo que todo el mundo quiere ser.

Ni siquiera te dicen cómo te va a afectar el ácido: si se te va a ir la cabeza y te vas a suicidar o te vas a comer vivo a alguien.

Es la tradición.

Desde que eras un niño pequeño con fiebre, entre los concursantes a los que eligen para que bajen a jugar en este concurso, el vozarrón siempre llama a algún marine de Estados Unidos con uniforme de gala y botones relucientes.

Siempre hay alguna abuela con sudadera. Siempre hay un inmigrante de algún país al que no le puedes entender la mitad de lo que dice. Siempre hay algún ingeniero aeroespacial panzudo y con el bolsillo de la camisa lleno de bolígrafos.

Todo es exactamente como lo recuerdas de tu infancia, con la diferencia de que ahora todos los Zeta Delta se ponen a gritarte. Y gritan tan fuerte que se les cierran los ojos. Todo el mundo es una masa de camisetas rojas y bocas abiertas. Todos se ponen a sacarte a la fuerza de tu asiento y a empujarte por el pasillo. La voz atronadora te llama por tu nombre y te dice que bajes. Que eres el siguiente concursante.

El sello de Hello Kitty te sabe a chicle de color rosa. Es el Hello Kitty popular, no el de sabor a fresa ni el de sabor a chocolate que el hermano de algún conocido cocina por las noches en el Edificio de Ciencias, donde trabaja de conserje. El sello se te queda enganchado en mitad de la garganta, pero no quieres atragantarte por la tele, en un programa que se va a grabar en vídeo y que una gente desconocida seguirá viendo en el futuro.

Todo el público del estudio se gira para ver cómo bajas dando tumbos por el pasillo con tu camiseta roja. Todas las cámaras de televisión hacen un *zoom* para enfocarte. Todo el mundo aplaude exactamente tal como tú recuerdas. Las mismas luces de Las Vegas, centelleando, perfilando todo lo que hay sobre el escenario. Es nuevo para ti, pero lo has visto hacer tropecientos millones de veces antes, y de forma automática ocupas el podio vacío que hay junto al del marine de Estados Unidos.

El presentador del concurso, que no es Alex Trebek, agita un brazo y todo un sector del escenario empieza a moverse. No es que haya un terremoto, sino que una pared entera se pone a girar sobre unas ruedas invisibles, llena de luces parpadeando por todas partes, muy deprisa, plink, plink, plink, más deprisa de lo que una boca humana puede articular. Toda una pared enorme que hay al fondo del escenario se corre a un lado, y de detrás de ella sale una modelo gigante con tropecientos millones de lentejuelas en el vestido ajustado, meneando un brazo largo y flaco para enseñarte una mesa con ocho sillas como las que se ven en cualquier cena de Acción de Gracias con su enorme pavo asado y sus boniatos y todo. Su cintura de modelo de pasarela tiene más o menos el mismo grosor que un cuello normal. Cada una de sus tetas es tan grande como tu cabeza. Por todos lados parpadean las luces centelleantes estilo Las Vegas. La voz atronadora dice quién ha fabricado la mesa y con qué clase de madera. Y declara el precio sugerido de venta al público.

Para decidir el ganador, el presentador levanta una cajita. Como si fuera un mago, le enseña a todo el mundo lo que hay debajo. Un pan entero en su estado natural, tal como viene el pan antes de que lo conviertan en algo comestible como un bocadillo o una torrija. Un pan, simple y llanamente, tal como lo podría encontrar tu madre en la granja o en donde sea que crece el pan.

La mesa y las sillas son para ti, te las puedes quedar, pero primero tienes que adivinar el precio del pan.

Detrás de ti, todos los Zeta Delta están apretujados muy juntos con sus camisetas, formando una especie de mohín rojo en mitad del público del estudio. En vez de mirarte a ti, tienen todos las cabezas juntas, formando una especie de centro peludo. Parece que pasa una eternidad antes de que te suene el teléfono y la voz de uno de los Zeta Delta te dice qué precio has de decir.

Y el pan se pasa ahí todo el rato. Cubierto de corteza marrón. El vozarrón explica que está repleto de diez vitaminas y minerales esenciales.

El viejo presentador del concurso te está mirando como si no hubiera visto nunca un teléfono. Y te pregunta:

—¿Qué precio propones?

—¿Ocho pavos? —dices tú.

A juzgar por la cara de la abuela, parece que van a tener que llamar a los paramédicos para salvarla de un ataque al corazón. De uno de los puños de la sudadera le cuelga un pedazo arrugado de kleenex, como si se le estuviera saliendo un colgajo de relleno blanco, como si fuera un oso de peluche roto al que alguien ha dado demasiado cariño.

Y usando una estrategia brillante para pasarte por delante, el cabrón del marine de Estados Unidos dice:

—Nueve dólares.

Y para pasarle por delante a él, el ingeniero aeroespacial dice:

—Diez. Diez dólares.

Debe de ser una pregunta con trampa, porque entonces la abuela dice:

—Un dólar y noventa y nueve centavos.

Y empieza a sonar la música a todo trapo y las luces parpadean otra vez. El presentador hace subir al escenario a la abuela, que está llorando, y la hace jugar a un juego en el que tira una pelota de tenis para ganar un sofá y una mesa de billar. La abuela tiene una cara tan arrugada y cuarteada como el kleenex que le asoma del puño de la sudadera. El vozarrón llama a otra abuela para que ocupe el lugar de la primera y todo continúa a toda velocidad.

En la siguiente ronda tienes que adivinar el precio de unas patatas, pero de un montón de patatas de verdad y vivas, antes de que se conviertan en comida, tal como las traen los mineros o quienes sean que desentierran las patatas en Irlanda o Idaho o algún otro sitio que empieza con «I». Ni siquiera convertidas en patatas fritas.

Si adivinas el precio, te llevas un reloj muy grande metido en un cajón de madera con pinta de ataúd de Drácula puesto de pie, pero con unas campanas de iglesia dentro del cajón que indican la hora con un ding-dong. Tu madre te dice por teléfono que esa cosa se llama «reloj de pie». Tú le enseñas un vídeo que acabas de grabar y ella te dice que se ve barato.

En el escenario, en medio de todas las cámaras de televisión y las luces, y con las llamadas de todos los Zeta Delta en espera, te pegas el teléfono al pecho y dices:

—Pregunta mi madre si tienen algún premio mejor que darme…

Luego le enseñas a tu madre un vídeo de las patatas y ella te pregunta si el viejales del presentador las ha comprado en el A&P o en el Safeway.

Llamas a tu padre con la marcación rápida y él te pregunta cuál es la base imponible del impuesto de la renta.

Seguramente sea el Hello Kitty, pero el reloj de Drácula enorme te está mirando con mala cara. Te da la impresión de que se le abren los párpados de los ojos secretos y escondidos y de que su cara empieza a enseñar los dientes y de que puedes oír tropecientos millones de cucarachas gigantes y vivas correteando por dentro del cajón de madera. A las supermodelos les brilla la piel como la cera y sonríen todas con unas caras que no están mirando nada.

Repites el precio que te ha dicho tu madre. El marine de Estados Unidos dice un dólar más. El ingeniero aeroespacial dice un dólar más que él. Pero esta ronda la ganas tú.

Y todas las patatas abren los ojillos.

Pero ahora tienes que adivinar el precio de una vaca entera de leche metida en una caja, tal como viene la leche en la nevera de la cocina. Tienes que adivinar el precio de un paquete de cereales para desayunar tal como crece en el armario de la cocina. De un montonazo de sal pura, tal como sale del océano pero en una caja redonda, más sal de la que te puedes comer en la vida entera. La sal suficiente para recubrir el borde del vaso de aproximadamente tropecientos millones de margaritas.

Todos los Zeta Delta se ponen a mandarte mensajes de texto como locos. El buzón de entrada se te llena.

Luego vienen esos huevos como los que encuentras en Pascua pero blancos y lisos y metidos dentro de un cajón de cartón especial. Una serie completa de doce. Unos huevos totalmente minimalistas, blancos sin más… tan blancos que te podrías pasar el resto de la vida mirándolos, pero enseguida tienes que pasar a adivinar el precio de una botella grande de algo que parece champú pero en realidad es una cosa asquerosa llamada aceite de oliva, Dios sabe para qué sirve, y al cabo de un momento tienes que adivinar el precio exacto de una cosa congelada.

Te pones una mano a modo de visera por encima de los ojos para ver más allá de los focos, pero todos los Zeta Delta han desaparecido en el resplandor. Lo único que se oye son sus voces gritando precios distintos. Cincuenta mil dólares. Un millón. Diez mil. Una panda de chiflados gritando números al tuntún.

Como si el estudio de televisión fuera una selva oscura y la gente no fuera más que monos chillando ruidos de monos.

Estás rechinando las muelas tan fuerte que notas el sabor del metal caliente de tus empastes, el fundirse de la plata en tus molares. Entretanto, las manchas de sudor te bajan del sobaco hasta el codo, dos riachuelos de color negro rojizo que fluyen por los costados de tu camiseta de la Zeta Delta. Sabor a plata fundida y a chicle de color rosa. Te viene apnea del sueño pero en pleno día, y necesitas recordarte a ti mismo que has de respirar… y respirar otra vez… mientras las supermodelos que caminan sobre zapatos de tacón alto de lentejuelas intentan venderle al público un microondas, una cinta de correr, y tú no paras de mirarlas para intentar averiguar si son realmente atractivas. Te hacen girar un chisme que da vueltas. Luego tienes que emparejar un montón de imágenes distintas para que vayan juntas de forma perfecta. Como si fueras una rata blanca en una clase de Principios de Psicología Conductista 201, te hacen adivinar qué lata de alubias cocidas cuesta más que otra. Tanto rollo para acabar ganando algo en lo que te sientas para cortar el césped.

Gracias a que tu madre te dice los precios, ganas la típica cosa que decora una habitación cubierta de hule resistente a las manchas, fácil de limpiar y sin necesidad de planchado. Ganas uno de esos rollos que se pueden conducir para ir de vacaciones y pasar una vida entera de diversión saludable y emociones familiares. Ganas algo pintado a mano con ese encanto de la Vieja Europa e inspirado por el reciente lanzamiento de un taquillazo épico de Hollywood.

Todo es igual que cuando tenías fiebre alta y el corazoncito infantil te aporreaba el pecho y te faltaba el aire solo de pensar que alguien se pudiera llevar a casa un órgano eléctrico. Daba igual cómo de enfermo estuvieras, te quedabas mirando aquel programa hasta que se te iba la fiebre. Parecía que las luces parpadeantes y el mobiliario de jardín te ayudaban a recuperarte. Que te curaban o te restablecían de alguna manera.

Tardas una eternidad, pero sigues ganando hasta llegar a la Ronda del Escaparate Final.

Ahora solo quedáis tú y la abuelita con sudadera de antes, una abuela normal y corriente, pero que ha vivido guerras mundiales y bombas nucleares, seguramente ha visto los asesinatos de todos los Kennedy y el de Abraham Lincoln y ahora está dando brinquitos con sus zapatillas de tenis, dando palmaditas con sus manos de abuela y rodeada de supermodelos y de luces parpadeantes mientras el vozarrón le promete un monovolumen, un televisor de pantalla panorámica y un abrigo de pieles largo hasta el suelo.

Y seguramente sea el ácido, pero no le ves el sentido a nada de esto.

O sea que si vives una vida lo bastante tediosa y sabes cuánto valen el Rice-A-Roni y las salchichas de Frankfurt, tu gran recompensa es alojarte una semana en un hotel de Londres. O poder ir en avión a Roma. Roma, la de Italia. Si te llenas la cabeza con la bastante morralla vulgar, tu premio es que unas supermodelos gigantes te regalen una moto de nieve.

Si este concurso quiere averiguar realmente cómo de listo eres, lo que tendrían que preguntarte es cuántas calorías hay en un bagel normal de cebolla con queso cheddar. Adelante, que te pregunten el precio de los minutos de tu móvil a cualquier hora del día. Que te pregunten cuánto te cae de multa por pasarte cincuenta kilómetros por hora del límite de velocidad. Que te pregunten cuánto vale el viaje de ida y vuelta a Cabo San Lucas durante las vacaciones de primavera. Puedes decirles el precio hasta el último centavo de los asientos decentes para los conciertos de la gira de reencuentro de Panic at the Disco!

Deberían preguntarte cuánto vale un Long Island Iced Tea. Cuánto costó el aborto de Marcia Sanders. Deberían preguntarte el precio de esa medicación tan cara para el herpes que tienes que tomarte pero que no quieres que tu familia sepa que necesitas. O cuánto vale el libro de texto de Historia del Arte Europeo que te costó trescientos pavos, me cago en la puta.

Que te pregunten por cuánto te ha salido el sello de Hello Kitty.

La abuela con sudadera propone un precio normal y corriente para su escaparate. Como siempre, los números del precio que propone aparecen con

lucecitas que brillan en la parte de delante de su podio de concursante.

Ahora todos los Zeta Delta están gritando. El teléfono no para de sonarte.

Cuando llega el turno de tu escaparate, una supermodelo saca doscientos kilos de filetes de ternera crudos. Los filetes caben todos dentro de una barbacoa. La barbacoa cabe a bordo de una lancha que cabe dentro de un remolque para llevarla que se puede acoplar a una camioneta enorme con enganche que cabe dentro del garaje de una casa nuevecita en Austin. El Austin de Texas.

Entretanto, todos los Zeta Delta se ponen de pie. Se incorporan y se suben a sus asientos para vitorear y hacer señales, y no cantan tu nombre sino que cantan «¡Zeta Delta!». Cantan «¡Zeta Delta!». Cantan «¡Zeta Delta!» tan fuerte que queda grabado en la emisión.

Seguramente sea el ácido, pero estás luchando contra una vieja cualquiera a la que no conoces de nada y peleándote por unas cosas que ni siquiera quieres.

Seguramente sea el ácido, pero en estos momentos se puede ir a la mierda elegir el itinerario de empresariales. Se pueden ir a la mierda los Principios Generales de Contabilidad 301.

Algo que tienes atragantado a media garganta te provoca una arcada.

Y a propósito, o por accidente, propones un precio de tropecientos mil millones de millones de dólares… y noventa y nueve centavos.

Y todo queda en silencio. Queda solo quizá el clic-clic diminuto de todas las luces parpadeantes estilo Las Vegas. Encendiéndose y apagándose, encendiéndose y apagándose.

Y pasa una eternidad antes de que el presentador se te ponga al lado, pegado a ti, y te diga entre dientes:

—No puedes hacer eso. —Te dice entre dientes—: Tienes que jugar para ganar.

Vista de cerca, la cara del presentador se descompone en tropecientos millones de fragmentos pegados entre sí solo por el maquillaje de color rosa. Como si fuera Humpty Dumpty o un *puzzle*. Sus arrugas son como las cicatrices de batalla de presentar este mismo concurso de la tele desde que empezó en tiempos remotos. Todas las canas peinadas siempre en la misma dirección.

Y el vozarrón pregunta, ese vozarrón retumbante que sale de la nada, la voz de un gigante al que no se puede ver, pregunta en tono imperioso: «¿Puedes repetir el precio que propones?».

Tropecientos millones de… Un número tan grande que no cabe al frente de tu podio de concursante. Con más ceros que luces resplandecientes hay en el mundo de los concursos. Y seguramente sea por el Hello Kitty, pero se te llenan de lágrimas los ojos y te pones a llorar porque por primera vez desde que eras niño no sabes qué va a pasar a continuación; las lágrimas te estropean la pechera de la camiseta roja, ennegreciendo las partes rojas de tal manera que dejan de entenderse las letras griegas.

Y en medio de toda esa audiencia enorme y silenciosa, la voz de un Zeta Delta solitario vocifera:

—¡Das asco!

En la pantallita de tu teléfono, un mensaje de texto dice:

—¡Gilipollas!

Y el mensaje de texto… es de tu madre.

La abuela de la sudadera está llorando porque ha ganado. Tú estás berreando porque… no sabes por qué.

Resulta que la abuela gana la moto de nieve y el abrigo de pieles. Gana la lancha y los filetes. La mesa, las sillas y el sofá. Todos los premios de los dos escaparates, porque el precio que tú has sugerido era astronómicamente alto. Y ahora está dando saltos de alegría y sonriendo en todas direcciones con su dentadura postiza de color blanco reluciente. El presentador del concurso manda aplaudir a todo el mundo, pero los Zeta Delta se niegan. La familia de la abuelita sube al escenario —todos sus hijos y nietos y bisnietos— y se ponen a deambular tocando el monovolumen resplandeciente y tocando a las supermodelos. La abuelita se pone a plantarle besos de pintalabios rojo al presentador del concurso por toda la cara rosa y fracturada.

—Gracias —le está diciendo—. Gracias —le dice—. Gracias —le dice—. Gracias.

Y de pronto se le ponen completamente en blanco los ojos de abuela y se lleva una mano a la parte de la sudadera que le cubre el corazón.

EL GRANDULLÓN DE SULTÁN ROJO

Se veía un caballo enorme, de al menos dieciocho palmos de cruz. Y un problema todavía más grande era Lisa. Estaba completamente decidida: un caballo de raza árabe de tres años y con pelaje rojo como madera pulida de caoba. Por su linaje, aquel caballo tenía que costar miles de dólares más de lo que se podían permitir. Randall preguntó si no sería demasiado caballo para una niña.

—Tengo trece años, papá —declaró su hija en tono indignado.

—Pero ¿un semental? —dijo Randall.

No se le pasaba por alto que ella lo había llamado «papá».

—Es muy tranquilo —le aseguró ella.

Lo sabía gracias a internet. Ella lo sabía todo por internet. Estaban de pie al otro lado de la cerca que rodeaba el prado de la granja de caballos. Mientras miraban, un adiestrador estaba trabajando con el caballo árabe, usando una cuerda para guiarlo en círculos y en ochos. Al lado de ellos, el tratante de caballos se miraba el reloj de pulsera y esperaba su decisión.

El caballo se llamaba el Grandullón de Sultán Rojo. Hijo de Sultán Rojo y de la dama Misty Blue Spring Meadows. El caballo de Lisa, un pinto castrado, se había muerto la semana antes, y Lisa no había parado de llorar hasta hacía unos momentos. Ahora siguió intentando persuadir a su padre:

—Es una inversión.

—Seis mil —intervino el tratante.

Parecía estar examinando a Randall y a Lisa como si fueran una pareja de palurdos que no tenían ni un duro. El tratante les dijo que desde que había reventado la burbuja inmobiliaria la gente estaba hundiendo sus yates o soltándolos a la deriva porque ya no se podían permitir el alquiler de los amarres. El precio del heno estaba por las nubes y los costes de manutención estaban provocando que la gente normal ya no se pudiera permitir un caballo.

Randall nunca había visto el océano, pero la afirmación del tratante le hizo imaginarse una flotilla de yates y lanchas y embarcaciones de recreo. Todos los sueños y aspiraciones de la gente mandados a la deriva. Un mar de

los Sargazos de embarcaciones de lujo abandonadas, juntándose en una extensión vacía de mar abierto.

—He visto muchas ofertas —añadió el tratante—, pero seis mil es un precio tirado.

Randall no era ningún experto en carne de caballo, pero sí que sabía de ofertas. El semental era tan dócil que ahora se les acercó paseando y dejó que Lisa le acariciara el hocico. Usando el pulgar, ella le levantó los labios y le inspeccionó las encías y los dientes; el equivalente equino a darle una patadita a los neumáticos. El sentido común de Randall le decía que siguiera buscando. Que llegara si hacía falta hasta el condado de Chickasaw, visitando a criadores y establos, y que siguiera examinando dentaduras. Comparado con lo que él había visto en su vida, aquel caballo debería venderse por treinta mil dólares, incluso en un mercado en recesión.

Lisa palpó con la mejilla el suave pelaje del caballo.

—Es el del vídeo —dijo.

Randall no estaba seguro de si se refería al vídeo de *Belleza negra* o al de *Semental negro* o al de *Terciopelo nacional*. Había miles de historias sensibleras sobre chicas enamoradas de caballos. Últimamente su hija se había comportado de forma muy adulta. Era agradable verla emocionada, sobre todo después de que su caballo, Sour Kraut, hubiera enfermado tan deprisa. Solo hacía una semana que había estado cabalgando al pinto. Las hojas de cerezo consumidas en exceso podían envenenar a un caballo, por culpa del arsénico que llevaban. O bien comer ortigas. O incluso el trébol rojo mojado. Entre semana Lisa vivía con su madre en la ciudad. Los fines de semana iba a casa de él para las visitas estipuladas. El domingo por la noche el pinto había parecido estar bien. El lunes por la mañana, cuando Randall había ido a darle de comer, se había encontrado al pobre Sour Kraut desplomado, con la boca llena de espuma y muerto.

Lisa no lo decía, pero su padre sospechaba que lo culpaba a él. Lo había llamado el martes, una sorpresa agradable. Casi nunca lo llamaba entre semana. Randall había tenido que decirle que su caballo castrado estaba muerto. Ella no lloró, al menos de entrada. Seguramente por culpa del *shock*. Por teléfono se había mostrado callada y distante, quizá furiosa. Odiándolo ya. Una adolescente desesperada por echar la culpa a alguien. Su silencio había preocupado a Randall más que si hubiera llorado.

El viernes siguiente Randall había ido con el coche a la ciudad a recogerla, y para entonces Lisa ya estaba llorando a moco tendido. Una niña berreando. A mitad de camino de la casa de él, se había secado las lágrimas y

había sacado el teléfono de la bolsa con sus cosas para pasar la noche. Y le había preguntado:

—¿Mañana podemos ir al Rancho Conway, por favor, papá?

Lisa no había perdido ni un minuto. El sábado por la mañana le había hecho enganchar el remolque a la camioneta. Antes de ver un solo caballo, ya lo estaba pinchando para que condujera más deprisa y preguntándole sin parar en tono imperioso:

—¿Llevas el talonario? ¿Estás seguro? Déjamelo ver, papá.

El caballo árabe no sacudía la cabeza ni pataleaba en el suelo. Se limitó a quedarse plantado pasivamente en el prado mientras Randall y el tratante caminaban a su alrededor, levantándole los cascos para examinárselos. Se lo veía tan tranquilo que Randall se preguntó si estaría drogado. Parecía deprimido. Casi derrotado. En su opinión, necesitaban a un veterinario que le hiciera un chequeo al animal. Un caballo árabe tan apagado tenía que estar enfermo. Pero Lisa no quería esperar.

El acuerdo de divorcio le había dejado a Randall la casa, lo cual era justo porque había pertenecido a su familia ya desde antes de que los terrenos fueran de nadie. Se había quedado con la finca, el establo y los corrales. Y tenía a Lisa los fines de semana. Y hasta la semana anterior, le había tocado también cuidar a Sour Kraut. Randall habría pagado treinta mil pavos por ver a su hija así de feliz. Ahora Lisa le echó un vistazo primero al caballo y después a él, a uno y a otro, sin habla. Estaba claramente encantada.

Randall le hizo un cheque al tratante mientras Lisa ya se llevaba el caballo al remolque. Ahora el Grandullón de Sultán Rojo les pertenecía. El semental la siguió con obediencia dócil de perrito fiel.

Era la primera vez en mucho tiempo que Randall se sentía un buen padre.

Si el semental estaba drogado o enfermo, lo descubrirían enseguida.

El primer fin de semana Lisa estuvo más contenta de lo que Randall la había visto desde el divorcio. Se había apuntado a clases de doma clásica en el establo de Merriwether, que quedaba en su misma carretera. Los vecinos de Randall vivían en unas casas apenas visibles entre sí, separadas por enormes y oscuros campos de alfalfa. La escuela se había terminado y había grupitos de chicas adolescentes cabalgando juntas por los arcenes de grava de las tranquilas carreteras rurales. Los sabaneros cantaban posados en los postes de las cercas. Los perros trotaban pisando los talones de los caballos y los aspersores de riego proyectaban con un tic-tic largos arcoíris de agua a través de la luz del sol. Cuando uno de aquellos grupitos llegó a su puerta, Randall se quedó en el porche mirando cómo se les unía su hija. Sultán Rojo era

precioso y Lisa estaba obviamente orgullosa y pavoneándose. Le había trenzado las crines a su semental y él se había quedado quieto y había aguantado pacientemente mientras ella le enhebraba una cinta de satén azul por entre las trenzas.

Las chicas se congregaron en torno al semental, guardando un silencio impresionado, tocándolo muy suavemente como para demostrarse a sí mismas que era real. La escena hizo que Randall se acordara de su propia infancia. Por entonces, cada dos años un circo ambulante llegaba a la ciudad remolcando una caravana sin ventanas. En ambos costados de la caravana, con letras del Viejo Oeste en forma de sogas retorcidas, se leía la inscripción: «¡No se lo pierdan! ¡El coche en que murieron Bonnie y Clyde!». El circo montaba su espectáculo en el aparcamiento de Western Auto y descargaba el coche cerca del paseo de las atracciones de la feria del condado. Era un cupé oxidado de dos puertas todo lleno de agujeros, manchones de herrumbre y con las ventanas rotas. Los neumáticos todos reventados. Los faros hechos trizas. Por solo veinticinco centavos, Randall podía estremecerse al ver las manchas de sangre de los asientos y meter los dedos en los orificios de bala. Aquella siniestra reliquia de la oscuridad de la historia. En alguna parte tenía todavía una fotografía de sí mismo posando al lado del coche con Stu Gilcrest, los dos con la misma edad que ahora tenía Lisa. Stu y él se habían discutido por el calibre de las balas de cada uno de los orificios.

El coche era un objeto maligno. Pero no pasaba nada porque era parte de la historia de América. Aquella parte del mundo real había entrado en su vida para demostrar que eran ciertas las lecciones que le habían impartido. El salario del pecado era la muerte. El crimen no vale la pena.

Ahora las chicas rodearon el caballo igual que Randall y sus amigos habían rodeado el Coche de la Muerte. Un año los visitaba el coche en que había muerto James Dean, o el coche en que había muerto Jayne Mansfield. Otro año el coche en que había muerto JFK. La gente se agolpaba para tocarlos. Para hacer fotos. Para demostrar a sus amistades que habían tocado algo terrible.

Mientras las chicas del lugar se agolpaban en torno a ella, Lisa se sacó el teléfono del bolsillo de atrás y dijo:

—Pues claro que es él. Lo voy a demostrar.

Y tecleó algo. Desde el porche, Randall pudo oír unos ruiditos enlatados procedentes del teléfono. Las chicas que estaban mirando con Lisa estallaron en risas y chilliditos.

Fuera lo que fuera lo que acababan de presenciar, ahora se pusieron a acariciar el morro y los flancos del caballo rojizo. Suspiraron y lo arrullaron. Sostuvieron sus teléfonos con los brazos extendidos y se hicieron selfis de sus caras con un mohín en los labios, besando al caballo en las mejillas.

No hacía ni dos horas que el grupito se había marchado cuando a Randall le sonó el teléfono. Estaba en la cocina leyendo su correo electrónico, viendo cómo la barra de progreso de su monitor permanecía inmóvil. Su proveedor de servicios de internet era una compañía de satélites, pero el hecho de tener mal servicio no era ninguna tragedia, sobre todo teniendo en cuenta que hoy en día el pulsar una sola tecla podía introducirte toda la inmundicia y degradación del mundo en tu cocina plácida y luminosa. Últimamente costaba un verdadero esfuerzo mantener la pureza en la vida de una criatura. No valía la pena tener una conexión de alta velocidad a cambio de la inocencia de Lisa. Este era un hecho que su madre no aceptaba. Uno de muchos.

El que llamaba era su vecino, Stu Gilcrest.

—Acaba de estar aquí tu hija —le dijo.

Así era como se comportaban los buenos vecinos. La suya era una comunidad donde la gente estaba pendiente de tus seres queridos. Randall le dijo que a partir de julio iban a ver mucho más a Lisa.

—¿Todo el verano? —se maravilló Stu—. Se ha convertido en una mujercita encantadora. Debes de estar muy orgulloso.

Su tono sonaba extrañamente apagado. Se estaba callando algo.

Randall le dio las gracias. Le dio la sensación de que había algo más y se quedó esperando.

Y Stu le dijo por el teléfono:

—Veo que se ha comprado un caballo nuevo.

Randall le explicó que se había muerto Sour Kraut y se jactó de haber movido cielo y tierra en busca de un sustituto. Esperó a que Stu elogiara en voz alta al caballo árabe. Su belleza. Sus maneras tranquilas.

Pero cuando Stu habló, había perdido el tono amigable de vecino.

—Nadie espera equivocarse más que yo —dijo con una voz tan grave que era casi un gruñido—. Pero si no me equivoco, ese caballo es el Grandullón de Sultán Rojo, ¿no?

Randall se quedó desconcertado. Lo invadió un escalofrío de miedo.

—Es una maravilla de caballo, una maravilla —se aventuró a decir.

Stu no respondió de inmediato. Carraspeó. Tragó saliva.

—Randall —empezó a decir—. Hace mucho que somos vecinos.

—Hace tres generaciones —ratificó Randall.

Y le preguntó qué pasaba.

—Lo único que estoy diciendo —Stu escupió las palabras— es que Lisa y tú siempre seréis bienvenidos en nuestra casa.

—¿Stu? —preguntó Randall.

—No es asunto mío —tartamudeó su vecino—, pero Glenda y yo te agradeceríamos que no trajeras a ese animal a nuestra propiedad.

Aquello sonó como si le hubiera dolido decirlo.

Randall le preguntó si se refería al caballo. ¿Acaso Lisa o el caballo habían hecho algo que los había ofendido? Los Gilcrest tenían un par de chicas de edad parecida a Lisa. Las chicas a veces se ofendían y se peleaban y se reconciliaban más deprisa de lo que caía una centella en el mes de agosto. Les encantaba el dramatismo.

La línea telefónica hizo clic. Se unió a la conversación una voz de mujer. La mujer de Stu, Glenda. Randall se la imaginó hablando por su extensión, sentada en la cama.

—Randall, entiéndelo, por favor —dijo ella—. No podemos dejar que nuestras chicas se acerquen a tu casa, hasta que ese caballo sea destruido.

Pese a las protestas de Randall, los dos se despidieron y colgaron.

Durante las cuatro horas siguientes le llamaron a casa casi todos los vecinos. Los Hawkins. Los Ramírez. Los Coy, los Shandy y los Turner. Estaba claro que el grupo de jinetes estaba recorriendo un lento circuito por el distrito, primero cogiendo la carretera comarcal 17 hasta Boundary Lane, y después girando hacia el oeste por Sky Ridge Trail. Estaban visitando las casas de todas las chicas o de sus parientes. Y era aquella serie de madres, padres, tías, tíos, abuelos y primos los que estaban telefoneando en rápida sucesión. Después de unas cuantas palabras tensas de saludo, todos le preguntaban si Lisa no estaría montando por casualidad al Grandullón de Sultán Rojo. Y cuando Randall les decía que sí, que ese era el caso, hasta el último de ellos lo informaba de que en el futuro aquel caballo no era bienvenido. Y lo que es más: ninguno de ellos iba a visitar más a Randall mientras tuviera aquel caballo en su propiedad.

Lisa se había visto obligada a cabalgar el último tramo del circuito ella sola. Al llegar la media tarde, a todas sus amigas ya les habían prohibido acompañarla un solo paso más. Pero ni siquiera mientras se acercaba al trote a casa, abandonada por sus amigas, pareció preocupada en absoluto. Iba con la cabeza bien alta, la espalda recta y de hecho se la veía orgullosa. Hasta triunfante.

Las llamadas telefónicas habían dejado a Randall preparado para lo peor. Esperaba encontrárselo hostil e inquieto, pero el caballo árabe estaba tranquilo. Igual de plácido y afable que siempre. Mientras ella le pasaba un guante de masaje por los flancos, Lisa dijo que el animal respondía a las órdenes. Que tenía un trote suave. Que no lo asustaba nada, ni los coches que pasaban ni el ladrido de los perros ni los aviones de fumigar que pasaban volando bajo. Nadie había dicho una palabra fuera de tono. Ella parecía impertérrita a las reacciones de todo el mundo. Los familiares de sus amigas se habían quedado mirando el caballo pero ninguno de ellos se había acercado a tocarlo. Simplemente habían mandado a sus chicas que desmontaran y que abandonaran la comitiva.

Aquella noche después de la cena, mientras Randall y su hija estaban fregando los platos, un coche se detuvo en la carretera, cerca del final del camino de acceso para coches de su finca. Los acontecimientos de la jornada habían puesto nervioso a Randall, que ahora se quedó escuchando a ver si el coche se marchaba. Pero lo que pasó fue que reventó la ventana de la sala de estar. Unos pasos se alejaron por la grava hasta el coche y un chirrido de neumáticos resonó a lo lejos. Entre los cristales rotos que ahora cubrían la moqueta había una forma oscura y curvada. Una herradura de caballo.

Lisa miró aquella arma arrojadiza con los labios torcidos en una sonrisita.

El sábado siguiente, metieron al Grandullón de Sultán Rojo en el remolque y salieron rumbo a los establos de Merriwether. Enid Merriwether llevaba enseñando doma clásica desde que Randall era un niño. El aparcamiento del prado estaba abarrotado de mujeres, la mayoría madres e hijas con sus caballos. Cuando Lisa abrió la portezuela trasera de su remolque, se apagó de golpe el ruido de las conversaciones.

Una chica soltó una risita. Las mujeres la fulminaron con la mirada para hacerla callar.

—Vaya, vaya, pero si es el Grandullón de Satán Rojo… —dijo una voz.

Todas las cabezas se giraron para mirar a Enid Merriwether mientras la gran amazona en persona se aproximaba. Le crujía el cuero de las botas de montar. Le relucía el sol en los botones de la chaquetilla. En la mano llevaba una fusta de doma. Barrió con la mirada la multitud de mujeres agitadas y hurañas. Por fin se dirigió a Lisa y le dijo, no sin compasión:

—Lo siento, pero parece que para este curso ya tenemos todas las plazas cubiertas.

Randall se adelantó y dijo:

—Pues yo veo menos alumnas que otros años.

Sin contar a las madres, contando solo chicas y caballos, no parecía que hubiera más asistentes de lo habitual.

Como si no lo hubiera oído, Lisa ya estaba haciendo subir al caballo árabe por la rampa del remolque. Enid dio un paso atrás. Enid Merriwether, que no se apartaba ni de la bestia más cascarrabias, le echó un vistazo a aquel ejemplar árabe e hizo una señal al público para que le dejara más sitio al caballo. Levantó la fusta, lista para usarla.

—Les agradeceré que carguen a ese animal en su remolque y lo saquen de estas instalaciones.

Los presentes contuvieron la respiración.

Con un desafío en la voz que su padre no le había oído nunca, Lisa le contestó con un grito:

—¿Por qué?

No es que tuviera la cara simplemente ruborizada. Estaba de ese color rojo que uno ve cuando mira el sol con los ojos cerrados.

La señorita Merriwether soltó una risotada que parecía un ladrido.

—¿Por qué? —Miró a la concurrencia en busca de acuerdo—. ¡Porque ese caballo mata!

Lisa se examinó despreocupadamente la manicura y dijo:

—No es verdad. —Pegó su mejilla a la del caballo y dijo—: Para nada. Está lleno de amor.

La gran amazona hizo un gesto para reunir el apoyo de los presentes.

—Es incluso peor que si matara. Y por aquí lo sabe todo el mundo.

Lisa miró a su padre. Randall estaba estupefacto. El semental levantó la cabeza, estiró el cuello para olisquear aire fresco y bostezó.

Con compasión, y hasta con lástima, Enid Merriwether miró a la chica sonriente.

—Lisa Randall, sabes perfectamente que ese puñetero caballo es maligno.

—¡No es verdad! —ronroneó Lisa.

Y besó al caballo. El grupo de madres hizo un gesto de asco.

Aquella noche Randall clavó unos tablones para tapar la ventana rota de la sala de estar. A la luz del crepúsculo podía ver el sitio del jardín donde había levantado un montículo de tierra y había plantado una cruz, dos tablones cruzados, pintados de blanco y con el nombre «Sour Kraut» escrito. Le había dicho a Lisa que su caballo estaba enterrado allí, pero la verdad era que a la pobre bestia muerta se la había llevado un camión de plataforma a una planta de tratamiento de residuos animales que había al otro lado de la frontera estatal, en Harlow. Ahora miró cómo Lisa cogía un ramillete de margaritas de

un lecho de flores que había plantado la madre de la madre de la madre de Randall. Llevó el ramillete a la tumba falsa y se puso de rodillas. La brisa vespertina le llevó a Randall fragmentos de su plegaria. Estaba hablando de lo mucho que había querido a su viejo caballo y de lo mucho que quería al nuevo. Mientras la escuchaba, a Randall se le ocurrió que el amor que la gente siente por los animales es la forma más pura del amor. Que amar a un animal, a un caballo, un gato o un perro, siempre era una tragedia romántica. Porque significaba amar algo que se iba a morir antes que tú. Como la película aquella con Ali MacGraw. No existía el futuro, solo el afecto del presente. No te esperabas que algún día te cayera una gran recompensa.

La penumbra del crepúsculo hacía que resultara difícil verla en el jardín, pero las palabras de Lisa se oían con claridad. Estaba hablando de lo bien que se lo estaba pasando aquel verano. De lo precioso que era el Grandullón de Sultán Rojo y de lo mucho que todo el mundo lo quería. Cuando por fin dijo «Te quiero, mamá», Randall se dio cuenta de que había estado hablando por teléfono.

Antes de que Lisa entrara en la casa, Randall oyó que sonaba el teléfono de la cocina. El identificador de llamadas decía: «Número privado». Contestó a la llamada.

Era una voz con la que no había hablado nunca antes. No, de aquella voz se habría acordado. De cómo resollaba. De sus jadeos entrecortados. Y con aquella voz que Randall no olvidaría nunca, un desconocido le preguntó:

—¿Estoy en lo cierto al suponer que posee usted actualmente el semental de raza árabe conocido como el Grandullón de Sultán Rojo?

Randall se preparó para una sarta de palabrotas. Escuchó por si oía a Lisa subir los escalones del porche.

La voz siguió hablando sin esperar su respuesta:

—Por favor, sepa que estoy dispuesto a ofrecerle la suma de quinientos mil dólares por el animal en cuestión.

—¿Quién está llamando, papá? —preguntó una voz.

Era Lisa, plantada a su lado.

—Nadie —dijo Randall, y colgó.

Aquella semana, siguiendo una corazonada, cruzó la frontera estatal para visitar la planta de tratamiento de residuos animales de Harlow. No era un sitio al que se fuera por placer; era literalmente el sitio donde hacen pegamento con los caballos. Solo el olor ya te podía tumbar. Siguió la carretera flanqueada por una alambrada hasta llegar a una verja cerrada. Al otro lado había una caravana, y Randall hizo sonar la bocina y esperó. De la

caravana salió un hombre y le preguntó qué quería, y Randall le explicó que hacía dos semanas les había mandado el cuerpo de Sour Kraut. Sin abrir la verja, el hombre sacó una tablilla sujetapapeles. Se puso a hojear las páginas, al otro lado de la verja.

—¿Un pinto castrado, dice?

—¿Tiene usted los registros? —le preguntó Randall.

Después de pasar un montón de páginas, el hombre le dijo:

—Aquí está. El pellejo estaba bien. Los huesos. Los cascos…

Estaba claro que allí no desperdiciaban nada.

—¿Algo que indique de qué murió? —preguntó Randall.

—El condado nos obliga a hacer la prueba de la encefalitis espongiforme —dijo el hombre.

Randall esperó. En su mente vio la imagen enorme de Sour Kraut desplomado en el suelo del establo. Con el cuello estirado y la cabeza caída en un charco de espuma sanguinolenta.

El hombre le dio la vuelta a la tablilla sujetapapeles para enseñársela. Dio un golpecito con la yema del dedo en una línea donde había escrita la palabra «atropina».

—Ataque al corazón —dijo el hombre—. Seguramente su caballo comió algo de belladona o una mata de jazmín solano.

—¿Cuánto tarda eso en matarlos?

Notaba todos los músculos débiles, como si acabara de salir de una ducha demasiado caliente.

—Poco. —El hombre negó con la cabeza—. Se debió de morir en el mismo sitio donde estaba comiendo.

Aquella misma semana le llegaron más llamadas telefónicas extrañas que le ofrecían comprarle el caballo. Incluso el mismo tratante que se lo había vendido lo llamó el jueves por la noche para volver a comprárselo.

—No para mí, claro —dijo el tratante en tono defensivo—. Estoy actuando estrictamente en calidad de agente para un tercero.

Abrió la negociación ofreciendo doce mil dólares. El doble de lo que Randall había pagado. Randall le preguntó directamente a qué venía todo aquel jaleo. El tratante le preguntó:

—¿Me está diciendo que realmente no lo sabe?

Randall negó cautelosamente con la cabeza. Luego se acordó de que estaba hablando por teléfono y preguntó:

—¿Qué es lo que no sé?

—¿No ha visto usted el vídeo? —dijo el tratante—. Desde que se hizo viral, me están llegando ofertas hasta de la Conchinchina.

Antes de que Randall pudiera colgar, oyó que el tratante decía:

—Ya me ha llamado su hija para decirme que dé largas a las ofertas, pero el titular de los documentos es usted.

Hasta aquel momento lo peor que Randall había visto en su vida había sido una película educativa titulada *Límite 50*. El señor O'Connor se la había puesto a su clase en sexto curso, para que tuvieran más cuidado al cruzar las vías del tren y se pusieran siempre el cinturón de seguridad. El recuerdo de aquella película era como los zapatitos de bebé recubiertos de bronce para preservarlos o como aquellas bolas de algodón que solían venir en los botes de aspirinas: algo casi olvidado. La película educativa mostraba fotos en blanco y negro de coches estrellados y de gente con el pecho empalado por columnas de dirección ensangrentadas. Parabrisas con agujeros que parecían de balas de cañón pero que habían sido perforados por bebés al salir disparados. La sangre y el aceite de motor eran del mismo tono negro tinta. Eso hacía que fuera difícil saber si había un charco en la acera junto a un sedán desvencijado porque se le había roto el bloque del motor o bien porque alguien se había desangrado. Un chaval de mi clase se desmayó, Logan Carlisle, y quizá Eva Newsome también. La voz ominosa de un narrador hilvanaba todas aquellas pesadillas y exclamaba: «¡La próxima vez que creas que puedes ir más rápido que un tren de carga, quítatelo de la cabeza!». Sonaba entonces una sirena de tren seguida de un ruido de cristales rotos y de metal estrellado y la película mostraba una foto de unos adolescentes muertos tirados dentro de un cacharro convertido en chatarra por una locomotora de la Southern Pacific.

El vozarrón del narrador preguntaba: «¿Crees que es seguro adelantar a un autobús escolar? ¡Quítatelo de la cabeza!». Y en la pantalla aparecía la imagen de una carretera rural de dos carriles llena de cuerpos despedazados de niños.

La segunda peor cosa que Randall había visto nunca la había visto en una barbería, donde solían tener una pila de revistas de crímenes reales debajo de los ejemplares de *Playboy*. Página tras página de fotos de crímenes sexuales. Atrocidades. Como por ejemplo una mujer desnuda, guapa salvo por el hecho de que le habían cortado los brazos y las piernas con un cuchillo de carnicero y la habían metido en una maleta abierta. Una franja negra le tapaba los ojos para proteger su dignidad. O bien una mujer tirada en la alfombra floreada de un hotel de antaño y estrangulada con el cable de un teléfono de dial rotatorio.

Mujeres y más mujeres en aquellas páginas de papel malo y amarillento, desnudas y muertas de formas distintas, pero todas con rectángulos negros para mantener sus ojos en secreto.

Comparado con *Límite 50* y con las revistas de la barbería, lo que Randall encontró en internet era peor. Era preferible comer veneno a descargarse aquel clip. No le hizo falta ver más que un par de minutos para reconocer a su caballo. Lo que el Grandullón de Sultán Rojo le estaba haciendo a un hombre desnudo y con el culo en pompa era la abominación suprema. Una imagen que Randall estaría condenado a llevarse a la tumba.

Por lo menos le reconfortaba un poco saber que era el último de sus amigos y vecinos que habían quedado mancillados por el visionado de aquel horror tan extraño como triste. Resultaba igualmente mortificante imaginarse qué se estaría imaginando la gente que debía de estar haciendo él con aquel purasangre bajo su techo. Pero allí donde los demás veían pecado, él veía soledad. Una modalidad de soledad que hasta entonces Randall no había sabido que existía.

Pulsó Enter y miró el vídeo por segunda vez.

Era posible que lo que sucediera en el vídeo no fuera una cuestión de placer sino más bien de sobrevivir a la versión real de lo que la vida te hacía a diario. Randall razonó que la meta era someterse a un poder mayor. Independientemente de si era por placer o para superar una prueba física, no hacía falta lidiar con el estorbo que suponían las ideas del amor romántico. Era un amor más religioso. Lo que estaba teniendo lugar era un acto de penitencia o de contrición.

Randall podía entender el anhelo de no ser el amo, de renunciar a tener el control. El deseo de complacer a alguna modalidad de dios enorme y formidable. De sentir el peso tremendo de su aprobación.

Pulsó Enter para repetir la experiencia.

Le daba miedo que pudiera ser lo contrario. Plantearse que pudiera haber allí placer, un placer más allá de todo lo que la mayoría de la gente podía conocer nunca, un placer por el que valiera la pena morir. Un éxtasis físico.

A juzgar por los gemidos y los gruñidos de la grabación, el hombre que había debajo del caballo pensaba que lo estaba pasando en grande. Debía de saber que lo estaban grabando en vídeo. Tampoco importaba, a juzgar por cómo el hombre arqueaba la espalda, o por la sonrisa de ojos cerrados que tenía en la cara. Resultaba extraño ver a alguien tan feliz que no estaba fingiendo. En la pantalla del ordenador, el hombre dobló todavía más las

rodillas, empujando con el trasero contra las embestidas de las caderas del semental. Por la pierna le bajaba algo oscuro, una sombra o bien sangre.

Randall pulsó Enter y la aventura volvió a empezar. Esta vez miró al caballo.

Más adelante Randall se dio cuenta de que la sombra que le bajaba al hombre por la pierna era semen. Demasiado abundante para ser humano.

Volvió a pulsar Enter. Todavía tenía que cambiar el cristal de la ventana de la sala. Se pasó la noche entera pulsando Enter. Le quitó el sonido al vídeo, pero todavía estaba mirando cuando le sonó el teléfono.

—Como quizá sepa usted —dijo la persona que llamaba—, ese caballo tiene ciertos talentos que le otorgan un valor extraordinario para un grupo selecto de compradores. —Era la misma voz de unas cuantas noches atrás—. Me siento obligado a avisarle: esa gente no vacilará en usar la violencia para conseguir lo que quiere.

Randall siguió mirando el vídeo hasta que llegó el viernes por la noche y el momento de recoger a su hija para tenerla el fin de semana.

Se habían mudado a la casa familiar después de que muriera el padre de Randall. Los tres. Lisa era un bebé. El padre de Randall había pasado sus dos últimos años de vida en un geriátrico, en la ciudad, adonde habían ido a verlo casi a diario. Entretanto, la casa era como una cápsula temporal. El piano estaba donde había estado siempre. Cada plato y cada martillo tenían su propia historia. Era imposible deshacerse de nada. Hasta el último cojín suscitaba un largo sermón para explicar cada mancha o las puntadas con que había sido remendado. Si la esposa de Randall movía un cuchillo de trinchar de un cajón a otro, él lo devolvía a su sitio original. Ella había comprado pintura verde para redecorar el dormitorio de arriba y él se la había hecho devolver. El papel de pared de aquella habitación lo había puesto la tía de Randall. Hasta la última puntada de cada colcha era sacrosanta. Hasta la última muesca del marco de la puerta de la cocina señalaba el crecimiento de alguien que ya estaba muerto. Se habían convertido en conservadores de museo. Al final su mujer se había vuelto ella sola a vivir a la ciudad. Todo lo que él consideraba su legado familiar, para Estelle era una maldición.

En sus visitas de los fines de semana, Lisa se había mostrado aburrida y resentida hasta que él le había comprado a Sour Kraut. Lisa le tenía el mismo cariño a aquel caballo que él a la casa y a la granja. Ninguno de los dos podía resistirse a algo indefenso.

Cuando Randall llegó a casa de Estelle, Lisa tiró la bolsa con sus cosas para pasar el fin de semana en el asiento de atrás del coche. Iba hablando por

teléfono cuando se sentó en el asiento del copiloto, al lado de su padre. Estaba diciendo:

—No es problema mío. Si crees que puedes encontrar otro caballo que haga lo mismo, no me hagas perder el tiempo. —Le echó un vistazo a Randall y le guiñó el ojo—. Tenemos otras ofertas sobre la mesa.

Sin mirarla, él le preguntó:

—¿Es real?

Lisa tocó la pantalla de su teléfono.

—¿Es real el qué? —Luego soltó una risa y preguntó—: ¿Estás hablando del vídeo?

Era obsceno. Una atrocidad.

Lisa puso los ojos en blanco y le explicó:

—Paris Hilton. Kim Kardashian. Pam Anderson. Rob Lowe. ¿Quién no ha hecho un vídeo sexual? —Se rio—. Papá, es la bomba.

Randall agarró con más fuerza el volante.

—Entonces ¿lo has visto?

Era un clásico de internet, igual que un mito que les habían hecho leer en la escuela, dijo. Leda y el cisne. Sus amigas nunca habían visto nada tan gracioso.

Randall dijo que no era gracioso. Que era trágico.

Meneando los pulgares por las teclas minúsculas de su teléfono, reuniendo datos, Lisa insistió:

—Papá, claro que es gracioso.

¿Por qué?, le preguntó Randall.

Ella se planteó por primera vez la pregunta.

—No lo sé. Supongo que porque el hombre era blanco. —Se puso a leerle los detalles a medida que iban emergiendo. El hombre era heterosexual, estaba divorciado con una criatura y había muerto de perforación de colon sigmoide. Lisa sonrió—. ¿No es perfecto? —Asintió petulantemente mirando la pantalla del teléfono—. Era un ricacho que trabajaba para la Hewlett-Packard o para alguna otra empresa de la lista Fortune 500 del complejo militar-industrial.

Randall la desafió:

—¿Y si hubiera sido una chica de tu edad?

Lisa le hizo un gesto admonitorio con un dedo.

—Si fuera una chica, entonces todo el mundo que viera el vídeo iría a la cárcel.

Randall tanteó el terreno y le preguntó:

—¿Y si el hombre no fuera blanco?

Lisa siguió pulsando y arrastrando el dedo por la pantalla, distraída por su búsqueda.

—Si fuera un tipo negro, entonces el vídeo sería racista. Nadie lo colgaría en internet.

Si el vídeo hubiera mostrado a una mujer con el caballo, Lisa le explicó que sería misógino y que promovería los malos tratos a las mujeres. Por mucho que la mujer hubiera consentido a aquello, se consideraría que había sido coaccionada por su cultura y que actuaba movida por el odio interiorizado a sí misma. Lo mismo si hubiera sido un homosexual. No, lo que hacía que el vídeo resultara hilarante era el hecho de que la persona objeto del acto era un hombre blanco, adulto y heterosexual.

—Escribí un ensayo entero sobre la cuestión para nuestra unidad de perspectivas de género —dijo Lisa. Levantó la vista del teléfono, sonriente—. Me pusieron un sobresaliente.

—Pero el hombre murió —balbuceó Randall.

Su hija se encogió de hombros.

—Pero no en el vídeo. Murió unas horas más tarde en urgencias.

A Randall le sonó el teléfono. Era el tratante de caballos. No contestó la llamada.

Lisa se puso a especular en tono desenfadado:

—Es como ver a la Madre Naturaleza vengarse por todo el calentamiento global que el patriarcado blanco le ha infligido al medio ambiente. —Suspiró—. No te lo tomes como algo personal, papá. Simplemente has elegido un mal momento histórico para ser un hombre blanco, hetero y cristiano.

Era la petulancia de su voz. Su confianza suprema en sí misma. A Randall le dio lástima. Tardó varios kilómetros en reunir el valor para preguntarle a su hija:

—¿Mataste tú a Sour Kraut?

Sin dejar de leer sus mensajes de texto, su hija le contestó:

—La puja ya va por los dos millones y medio.

Y esas fueron las últimas palabras que se dijeron.

Casi se había puesto el sol cuando llegaron a la casa familiar, pero aun así había un grupo de adolescentes esperando para ver al Grandullón de Sultán Rojo. Mientras entraba en la casa, Randall oyó que Lisa les decía que ver al caballo costaba cinco dólares. Hacerse un selfi, diez.

Sobre la hora de la cena el tratante mandó un mensaje de texto para decirles que la puja ya iba por los tres millones.

«¿En efectivo?», contestó Randall.

Le resultaba imposible no empezar a gastarse aquel dinero con la imaginación. Una educación de primera para Lisa. Una casa nueva en otra parte que hiciera feliz a Estelle. Liberarse del pasado.

«¿Qué le pasará al caballo?», tecleó.

El corredor le contestó:

«LOL. Le aseguro que ese caballo no va a tirar de ningún carruaje. Ese caballo va a vivir una vida con la que usted y yo solo podemos soñar».

El caballo del vídeo no había parecido infeliz. ¿Cómo podía alguien sopesar la calidad de aquella vida en comparación con, por ejemplo, tirar de un arado? Los seres humanos parecían capaces de someter a un animal a cualquier cosa: establos masificados, sustancias químicas, mutilación, sufrimiento y muerte… pero no placer.

Aquel fin de semana Lisa se dedicó a pasear al caballo por el distrito. A exhibirlo.

Y Randall… Randall se dedicó a rebuscar entre sus álbumes de recortes. Su familia nunca había tirado nada. Encontró la fotografía en que salían Stu Gilcrest y él delante del coche en que habían muerto Bonnie y Clyde. Los dos tenían sonrisas encantadas. Los dos tenían el dedo metido en sendos orificios de bala de la portezuela del conductor. Dependiendo de quién contara la historia, Parker y Barrow eran villanos o mártires, pero allí donde se exhibía su coche, producía más dinero del que ellos habían ganado nunca robando bancos.

El domingo por la noche Lisa puso flores en la tumba falsa de Sour Kraut y Randall la llevó en coche a casa de su madre. Ninguno de ellos se despidió.

El lunes se acordó de lo que les había dicho el tratante de que la gente soltaba sus yates a la deriva. Abandonando lo que antaño habían tenido como su más preciada posesión pero ya no podían mantener. Se acordó del hombre del vídeo que creía estar pasándoselo en grande cuando de hecho se estaba desangrando por las tripas. Randall se había apuntado la ubicación en la que el tratante le había dicho que tenía que estar. Era un simple prado de salvia en medio de un centenar de kilómetros cuadrados de nada. Cargó al Grandullón de Sultán Rojo en el remolque.

Y se llevó también una escopeta del calibre 55, lo bastante grande como para hacerles un agujero a Bonnie y Clyde.

No fue al sitio donde habían acordado encontrarse. Condujo un centenar de kilómetros más al norte.

Tal como él lo veía, estaba rescatando al caballo de la mejor forma posible. Abrió la parte de atrás del remolque. Le quitó la brida al caballo. Le destrenzó las cintas azules de la crin. Usando solo una cuerda atada en torno al cuello, lo llevó durante un trecho hasta que el caballo fue lo único que había a la vista. Seguía siendo la misma criatura dócil y dulce del primer día. No estaba drogado, no estaba enfermo, aunque sí traumatizado. Randall sacó la escopeta y se dispuso a hacer lo mismo que su propia hija le había hecho a Sour Kraut. Si ella había podido hacerlo con premeditación y malicia, también él podía ser juez, jurado y verdugo.

Fuera lo que fuera lo que oyeron a continuación, el caballo lo oyó primero. Sus orejas se levantaron en dirección a un sonido que traía el viento. Eran cascos, pero no de caballos salvajes. No eran caballos mesteños, sino asilvestrados.

Randall no había sido el primero en llegar a aquella nada inmensa y azotada por el viento. Otra gente se había visto obligada a acudir a aquel mismo lugar desesperado y a cometer el acto que él estaba a punto de cometer. No estaba solo, pero todos los que habían venido antes que él habían encontrado una opción mejor, y ahora en el horizonte pastaba la manada de los sueños que se habían visto obligados a abandonar. Todas aquellas aspiraciones en apariencia imposibles ahora corrían juntas a lo lejos, floreciendo.

Randall le desató la cuerda del cuello al caballo árabe. Le dio una palmada y luego un pisotón en el suelo para asustarlo, pero el animal no se movió. Por fin apuntó con el arma al aire y disparó unas cuantas veces. Eso sí funcionó y el Grandullón de Sultán Rojo se alejó al galope. Randall pensó demasiado tarde que le podría haber quitado las herraduras. Podría haber hecho muchas cosas mejor.

Para poner a prueba si había hecho lo correcto, Randall se puso el cañón del arma en la sien y apretó el gatillo por última vez. Saltó el percutor, pero no pasó nada más. La cámara estaba vacía. Había sido perdonado.

De camino a casa se acordó de que era miembro en regla de la cooperativa, lo cual quería decir que tenían que comprarle su cosecha. La granja de Randall no era particularmente grande, pero aun así se las apañaba para salir adelante.

ROMANCE

Deberíais felicitarme. Mi mujer y yo acabamos de tener gemelas y parece que están sanas. Diez dedos en las manos. Diez en los pies. Dos niñas. Pero ya conocéis la sensación… No paro de esperar a que algo se tuerza, porque siempre pasa cuando todo va demasiado bien. No paro de pensar que me voy a despertar de este sueño tan hermoso.

O sea, antes de casarme tuve una novia que era gorda. Éramos gordos, los dos, o sea que nos llevábamos bien. Aquella novia siempre estaba poniendo a prueba dietas nuevas para hacernos perder peso, como por ejemplo no comer nada más que piña y vinagre, o no comer nada más que unas algas verdes que venían en un sobre, y me sugirió que diéramos paseos largos juntos hasta que empezó a perder peso, las caderas se le consumieron, y entonces fue la persona más feliz del mundo. Pero yo sabía que algo lo iba a estropear todo. Ya conocéis la sensación: cuando quieres a una mujer te alegras de verla feliz, pero yo sabía que mi novia me iba a dejar, porque ahora había tipos con carreras y seguros médicos que la estaban poniendo en su punto de mira. Me acuerdo de que antes había sido guapa y divertida, pero ahora que se estaba poniendo tan delgada era obvio que poseía unas reservas enormes y sin explotar de autocontrol y autodisciplina muy superiores a las mías, y mis amigos no contribuían a la situación porque estaban todos volando en círculos, esperando a que lo dejáramos para poder salir con ella, y luego resultó que no había sido ni la piña ni la autodisciplina lo que le había hecho perder peso, porque descubrió que en realidad tenía cáncer, pero justo antes de morirse estaba tan delgada que ya podía llevar una supersexy talla S.

Así es como sé que la felicidad es como una bomba de relojería. Y si conocí a mi mujer fue gracias a que yo no quería salir con nadie, ya no, ni hablar, de manera que había cogido un Amtrak a Seattle. Era el año en que hicieron el Lollapalooza en Seattle, y yo llevaba conmigo mi tienda de campaña y la pipa de agua envuelta en el saco de dormir para protegerla y poder acampar todo el fin de semana en plan Grizzly Adams; y en eso estaba cuando entré en el vagón cafetería del tren. Ya sabéis que a veces hay que

dejar atrás a los amigos y la abstinencia durante unos días. Entré en el vagón cafetería y me encontré a una preciosidad total de ojos verdes mirándome fijamente. No es que yo sea un monstruo. No soy ningún globo aerostático salido de un *reality show* inmovilizado a una cama de hospital y comiendo cubos enteros de pollo frito todo el día, pero sí que entiendo por qué hay tipos que quieren trabajar en cárceles de mujeres o en campos de concentración donde pueden salir tranquilamente con reclusas atractivas sin que ellas se pasen el día diciéndoles «¡Ponte una camisa!» o preguntándoles «¿Siempre tienes que sudar tanto?». Pero en aquel tren había una diosa con una camiseta de Radiohead recortada para enseñar el abdomen desnudo, y los vaqueros tan caídos que se le veía la parte por donde debería haber asomado el matojo, y anillos de Mickey Mouse y Holly Hobbie en todos los dedos, y ahora estaba llevándose una cerveza a aquellos labios hermosos y mirándome desde el final de su botella marrón, una MGD normal y corriente, no una de esas cervezas artesanales para maricones que van en botella verde.

Y los tipos como yo sabemos lo que nos toca. A menos que seamos John Belushi o John Candy, ninguna tía buena se va a poner a mirarnos a los ojos de esa forma, de modo que me limité a apartar inmediatamente la vista, avergonzado. La única razón para que una chica como ella hablara conmigo sería para darme la noticia de que soy un cerdo gordo y asqueroso y que le estoy tapando las vistas enteras del océano. Siempre digo que hay que conocer tus límites. Apunta bajo y no te llevarás decepciones. Pasé con cuidado a su lado y la miré sin mirarla; olía bien, a alguna clase de postre, a tarta, como a tarta de calabaza con esas especias rojizas encima. Y lo que es mejor, la botella de cerveza que tenía en la boca también se giró para mirarme mientras yo me alejaba por el pasillo hasta la barra y pedía una ronda, y tampoco es que fuéramos el último tío y la última tía del mundo entero. Había una panda de otra gente bebiendo en las mesas de plástico, rumbo al Lollapalooza a juzgar por sus rastas y sus camisetas desteñidas. Caminé hasta la mesa más alejada de ella, pero aquel bombón no me quitó el ojo de encima. Ya conocéis la sensación, cuando alguien te está mirando y tú eres incapaz de dar un paso sin tropezarte, sobre todo a bordo de un tren en movimiento. Me dispuse a dar un trago mientras el tren doblaba un recodo y me tiré toda la cerveza por encima de la camisa de vaquero a rayas. Luego fingí que veía pasar los árboles al otro lado de la ventana, pero en realidad estaba usando un ángulo de agente secreto para mirar el reflejo en el cristal de la chica, que seguía mirándome a mí. De hecho, solo apartó la vista para acercarse a la barra y darle algo de dinero al camarero a cambio de otra cerveza, y luego su

reflejo empezó a crecer y a crecer hasta alcanzar su tamaño real y de pronto ella estaba plantada junto a mi mesa y diciéndome:

—Hola.

Y algo más.

—¿Cómo? —le dije yo.

Y ella señaló mi camisa de vaquero con la cerveza derramada y me dijo:

—Me gustan tus botones… Brillan.

Yo metí barbilla para mirar hacia abajo en dirección a los broches de color perla. No eran botones, eran broches, pero no quería estropear el momento. Y ya entonces me fijé en que a veces se metía los dedos en la boca… bueno, vale, se los metía a menudo, y también usaba una voz jadeante de niña con algunas palabras de bebé como *pagueti* en vez de «espaguetis» y *guau-guau* en vez de «perro». Aunque en el caso de las buenorras oficiales, aquello no era más que el procedimiento estándar de ser sexy.

Ella me guiñó el ojo y se lamió los labios con la punta de la lengua, y con los labios todavía relucientes de humedad me dijo:

—Soy Britney Spears.

Pero menuda calientapollas estaba hecha. Vale, iba un poco taja. Perjudicada. A aquellas alturas ya estábamos bebiendo esos botellines pequeñitos de tequila, a fin de cuentas el tren no lo teníamos que conducir nosotros. No, no era Britney Spears, pero estaba igual de buena. Era obvio que me estaba tomando el pelo, pero de buen rollo. Y solo hacía falta mirarla para saber todo lo que hacía falta saber.

La única posibilidad que yo tenía era esperar, seguir devolviéndole los coqueteos y pagarle las copas. Ella me preguntó adónde iba y yo le dije que al Lollapalooza. Se puso a dar pasitos con los dedos por la pechera de mi camisa, haciendo caminar las yemas de broche a broche, primero del cinturón a la garganta y luego de regreso hacia abajo, y yo confié en que no notara lo fuerte que me estaba haciendo latir el corazón.

Y ella no paraba de coquetear con aquellos ojos verdes yendo de lado a lado o bien asomándose para mirarme desde debajo de sus pestañas largas y batientes. Y Brit debía de llevarme muchas cervezas de ventaja porque no paraba de olvidarse de terminar las frases y a veces señalaba algo que pasaba a toda velocidad al otro lado de la ventanilla y gritaba «¡Perro!», o bien veía un coche esperando en un paso a nivel y gritaba «¡Escarabajo!» y me daba un porrazo en el hombro con su puño lleno de anillos de Hello Kitty y del Ratón Mickey, y yo confiaba en secreto en que se me quedara el moretón para el resto de mi vida. Y fuimos a Lollapalooza y plantamos mi tienda y Brit estaba

tan borracha que cuando se despertó a la mañana siguiente seguía borracha. Y daba igual cuánta hierba fumara yo, me costaba seguirle el ritmo. Y quizá fuera por lo flaca que estaba, pero parecía que Brit podía pasarse horas colocada sin beber, como si quizá se le estuviera pegando el colocón de mi humo de segunda mano. Todo nuestro Lollapalooza fue el típico romance clásico hermoso por el que pagarías para pajearte en internet, pero me estaba pasando a mí. Y estuvimos saliendo seis meses, hasta Navidad, que fue cuando Brit se trajo sus cosas a mi apartamento, y todo aquel tiempo me lo pasé esperando a que Brit se despertara una mañana sobria, pero todavía no ha pasado.

Por Acción de Gracias vamos a comer a casa de mi madre y a mí siempre me toca dar explicaciones. No es que Brit sea quisquillosa con la comida, sino que la razón de que esté tan flaca es que lo único que le gusta comer es un calabacín cortado por la mitad a lo largo y vaciado en el centro para que parezca una canoa iroquesa con raspaduras de cuchillo por fuera imitando escritura india y una tribu entera de pequeños indios hechos con zanahorias crudas y guisantes en vez de cabeza, todos en fila y remando en su canoa de guerra por un plato cubierto de una gruesa capa de sirope de chocolate, y no os creeríais cuántos restaurantes hay que no tienen ese plato en su menú normal. De forma que la mayoría de las veces Brit lo tiene que preparar ella misma, y tarda medio día, y luego tiene que pasarse otra hora jugando con él en la moqueta de la sala de estar, y es por eso por lo que nunca parece engordarse ni un gramo. Pero mi madre está simplemente encantada de verme con una chica otra vez.

Y nada que te puedas fumar o inyectar coloca tanto como la sensación de caminar por la calle cogido de la mano de una preciosidad despampanante nivel supermodelo como mi Brit. Por primera vez en mi vida no tengo nada que envidiarles a esos tipos que pasan por la calle al volante de sus Ferrari Testarossa, ni a esos tipos con los abdominales marcados y los pectorales de esteroides. Camino por la calle con Britney y ella es el premio que todos los tíos se mueren por ganar.

Y la única putada es que todos los Romeos se acercan a husmearla, todos intentan iniciar juegos de miradas con ella y le dedican a sus tetas su mejor sonrisa de dentífrico Pepsodent. Y una vez íbamos en autobús y una panda de Romeos se plantaron alrededor del sitio donde Brit y yo estábamos sentados, en la parte de atrás del autobús. A Brit le gusta sentarse en el pasillo a la altura de las ruedas de atrás para poder ver y darme un puñetazo primero cada vez que pasa un Volkswagen, y aquel día un Romeo enorme se plantó con la

entrepierna al nivel de los ojos de ella y cuando el autobús pisó un bache las caderas del tipo le rozaron el hombro y le hicieron levantar la vista para mirarlo, y hablando con los dedos en la boca Britney le dijo:

—Hola, hombretón.

Y es que Brit es así: amigable. Luego le guiñó el ojo al Romeo y le hizo un gesto meneando los dedos mojados para que se agachara, y él miró a su alrededor para asegurarse de que sus competidores estaban viendo su buena suerte, y el Romeo se puso de cuclillas al nivel de los ojos de Brit, con una sonrisa enorme de dormitorio en la cara. Y quizá para intentar ponerme celoso, Brit le dijo a aquel Romeo, mirándolo con sus ojos verdes despampanantes:

—¿Quieres ver un truco de magia?

Y todos los demás Romeos prestaron atención con unas miradas que demostraban que no se estaban perdiendo detalle y Brit se sacó los dedos de la boca y se los metió por dentro de los pantalones, frotándose el interior de la entrepierna ajustada de los vaqueros, y la mitad trasera del autobús quedó en silencio mientras todo el mundo contemplaba cómo sus dedos se meneaban por dentro de la bragueta de los pantalones de pana lavados a la piedra. Y se podía ver tragar saliva a aquellos Romeos, se podía ver subir y bajar sus nueces de tanta saliva extra que estaban produciendo, y se les veían unos ojos que sobresalían de la cara como pollas tiesas.

Y tan deprisa como le pegas un puñetazo a alguien en el juego de avistar Volkswagen Escarabajos, Britney se sacó algo de los pantalones y gritó:

—¡Truco de magia! —Se puso a sacudir aquella cosa y gritó—: ¡Marionetas!

Y de la mano le colgaba una cosa sujeta con un cordel, como una bolsita de té pero más grande. Algo que parecía un panecillo de perrito caliente todo sucio de kétchup y colgando de un cordelito. Y gritó:

—¡Marionetas! ¡Truco de magia! —Se rio, ja, ja, ja, ja, ja, y gritó—: ¡Marionetas! ¡Truco de magia!

El autobús hizo ding-ding-ding-ding para señalar la parada siguiente y un centenar de pasajeros se bajaron frente al 7-Eleven, empujándose y abandonando en estampida el autobús como si todos necesitaran comprar Slurpees y cobrar sus boletos de la lotería Powerball. Y yo les grité mientras salían:

—¡Tranquilo todo el mundo! —Les grité por la ventanilla del autobús, agitando el brazo para llamar su atención—: ¡Es una artista de *performance*!

—Les grité—: No lo hace con mala intención; solo es un rollo tipo declaración de política de género.

El autobús ya se alejaba llevándonos solo a los dos, pero seguí gritando:

—Es que es un espíritu libre. —Mientras Brit se alejaba por el pasillo y se ponía a golpear al conductor con la bolsita de té aquella, seguí gritando—: Es que tiene un sentido del humor muy chiflado.

Y una noche llegué a casa del trabajo y Brit estaba desnuda y mirándose de costado en el espejo del baño, cogiéndose la barriga con las dos manos, y desde que nos habíamos conocido en el tren había ganado un poco de peso, pero nada que no se arreglara con un par de semanas de piña y vinagre. Y Britney me cogió de la mano y me puso los dedos extendidos sobre su barriga y me dijo:

—Toca. —Me dijo—: Creo que me he comido un bebé.

Y me miró como si fuera un cachorrillo con aquellos ojazos verdes y yo le pregunté si quería que la acompañara a la clínica y que me hiciera cargo de aquello y ella me dijo que sí con la cabeza. De forma que fuimos en mi día de fiesta y había las típicas maestras de catequesis obstruyendo la acera. Tenían una bolsa de basura llena de brazos y cabezas de muñecas de plástico desmontadas y todo mezclado con kétchup, y Brit no dudó ni un momento. Metió la mano en la bolsa, cogió una pierna y la lamió como si fuera una patata frita hasta dejarla limpia, y es que así de molona es la preciosidad de mi novia. Y yo abrí un *National Geographic* mientras la enfermera le preguntaba si había comido hoy, y Brit le dijo que el día anterior se había comido una canoa entera llena de guerreros iroqueses, pero que no, hoy no había comido nada. Y yo no había terminado todavía de leer un artículo sobre momias egipcias cuando se oyó un grito y Britney salió corriendo del cuarto del fondo todavía vestida con una bata de papel y descalza, como si esto fuera un gran drama, como si nunca hubiera abortado, y se fue corriendo descalza desde allí hasta mi apartamento, y para conseguir que parara de temblar y de vomitar le tuve que pedir que se casara conmigo.

Y era obvio que mis amigos estaban locos de celos, porque me montaron una despedida de soltero y cuando Britney se fue al lavabo toda compungida porque el chef no le quería tallar una canoa de guerra, mis supuestos «amigos» me miraron todos y me dijeron:

—Colega, está buenísima, es la tía más buena del mundo, pero no nos parece que esté colocada…

Mis mejores amigos me dijeron:

—Todavía no te has casado con ella, ¿verdad que no?

Y sus caras no transmitían que el hecho de que Brit estuviera preñada fuera una buena noticia. Y ya conocéis la sensación: todo el mundo quiere que su prometida y sus mejores amigos se lleven bien, pero mis amigos rechinaron los dientes y me miraron con las cejas juntas de preocupación y me dijeron:

—Tío, ¿alguna vez te ha pasado por la cabeza que quizá… solo quizá… Britney sea retrasada mental?

Y yo les dije que se tranquilizaran. Que solo era alcohólica. Y que casi seguro era heroinómana también. Ah, y también ninfómana, pero nada tan grave como para que no se le arreglara con terapia oral. Miradme a mí: soy gordo, nadie es perfecto. Y quizá en vez de recepción de boda podíamos juntar a nuestras dos familias en la sala de conferencias de un hotel para sorprenderla con una intervención, y en vez de luna de miel podíamos meter a Britney en un programa de noventa días de recuperación con ingreso hospitalario. Ya lo hablaríamos. Pero no era retrasada, para nada. Solo necesitaba desintoxicación.

Era obvio que solo estaban hablando mal de Britney porque estaban completamente locos de celos, estaban todos colados por ella. En cuanto me descuidara un momento, iban a ir todos a por ella.

—Colega —me dijeron—, no mires ahora, pero te has follado a una retrasada.

Y tan impopular era yo que me tenía que conformar con aquellos amigos de mierda. Ellos me insistían en que Brit tenía el intelecto de una niña de seis años. Pensaban que me hacían un favor diciéndome:

—Colega, no te puede querer porque no tiene esa *capacidad*.

Como si hiciera falta tener lesiones cerebrales irreparables para querer casarse conmigo.

—No puede ser retrasada, por el amor de Dios —les decía yo—, porque lleva un *tanga rosa*.

Y tenía que ser amor, porque cada vez que estábamos juntos yo me corría tan fuerte que me dolía la barriga. Y tal como le dije al novio de mi madre en Acción de Gracias: no, Britney no es ninguna *no sé qué altamente funcional*. Lo que yo creo es que es una zorra alcohólica que también esnifa pegamento y se chuta droga, pero estamos trabajando para ponerla en tratamiento después de que tenga a los bebés. Y quizá fuera ninfómana, pero lo importante es que era *mi* ninfómana, y eso hacía enloquecer de envidia a mi familia.

—Estoy enamorado de una zorra preciosa y hambrienta de sexo —les decía yo—. ¿Por qué no podéis alegraros por mí?

Y después de todo este jaleo vino mucha menos gente a la boda de la que esperábamos.

Y es posible que el amor lo llene a uno de prejuicios, pero a mí siempre me ha parecido que Brit es bastante lista. Ya conocéis la sensación, cuando los dos podéis ver la tele juntos durante un año entero y nunca os discutís acerca de qué programa ver. En serio, si supierais cuánta tele vemos a la semana, diríais que somos un matrimonio feliz.

Y ahora tengo dos bebés que huelen a tarta de Acción de Gracias. Y cuando tengan la edad suficiente, les voy a explicar a mis niñas que todo el mundo parece un poco loco si lo miras lo bastante de cerca, y que si no eres capaz de mirar a una persona tan de cerca es porque no la quieres. Y la vida no se detiene para nadie. Y si te pasas la vida esperando a alguien perfecto, nunca encontrarás el amor, porque lo que hace a alguien perfecto es lo mucho que quieres a ese alguien. Y quizá el retrasado sea yo, porque no paro de despertarme esperando que se me acabe la felicidad cuando lo que debería estar haciendo es disfrutar de ella. Estar tan locamente y enamoradamente feliz no puede ser tan sencillo. Y no puedo esperar que esa felicidad total dure para el resto de mi vida, y debe de haber algo en mí que no funciona si quiero tanto a mi mujer, y de momento voy a llevar a mi nueva familia del hospital a casa con la preciosidad de mi mujer sentada a mi lado y con nuestras bebés gemelas a salvo en el asiento de atrás, y todavía estoy preocupado por el hecho de que una felicidad tan grande no puede durar para siempre cuando Britney grita «¡Escarabajo!» y me da un puñetazo tan fuerte en el hombro que a punto estoy de estamparnos contra una heladería Dairy Queen.

CANÍBAL

Aquí llega el capitán del Equipo Rojo. Y esto es lo que dice:

—Escuchad.

Está desesperado porque todavía están eligiendo equipos. Y como todos los buenos candidatos ya están cogidos, el capitán dice:

—Vamos a hacer un trato con vosotros.

El capitán del Equipo Rojo se cruza de brazos y grita:

—Nos quedamos con el marica… el cuatro ojos… y el panchito… si vosotros os quedáis con Caníbal.

Como la clase de Educación Física ya casi se ha terminado, el Equipo Azul delibera, haciendo chirriar las punteras de sus zapatillas de deporte contra el suelo del gimnasio. Su capitán levanta la voz para contestar:

—Nosotros nos quedamos con el marica, el cuatro ojos, el panchito, el judío, el lisiado, el cojo y el retrasado… si vosotros os quedáis con Caníbal.

Porque cuando en esta escuela te ponen la nota de Participación, lo que quieren decir es: ¿contribuyes a la aceptación de los inadaptados sociales? Y cuando te ponen la nota de Deportividad, lo que quieren decir es: ¿marginas a la gente con capacidades especiales? Y por esa razón el capitán del Equipo Rojo grita ahora:

—Os concedemos cien puntos.

Y cuando oye eso, el capitán del Equipo Azul contesta a voz en grito:

—Nosotros os concedemos un millón.

Caníbal se cree un tío duro porque se está mirando las uñas como si nada, sonriendo y oliéndose los dedos, indiferente al hecho de que tiene a todos los demás de rehenes. Esto es lo contrario de una subasta de esclavos. Y todo el mundo sabe lo que está pensando; gracias a que Marcia Sanders se lo ha contado a todos. Caníbal se está acordando de una película que tiene troceada en la cabeza, una película en blanco y negro que vio por el cable, en la que unas camareras de película antigua de cine negro servían comida en una cafetería de carretera. Y Caníbal se está acordando de cómo aquellas camareras reventaban los globos del chicle. Petaban los globos mientras

gritaban: «Ponme una matanza frita con la sangre detrás del cuchillo. —Gritaban—: Ponme una ración de primera dama con guarnición de pudin nervioso».

Y se notaba que eran los viejos tiempos porque en la jerga de la cafetería a una pareja de huevos escaldados los llamaban «Adán y Eva en una balsa». Y una «primera dama» quería decir una ración de costillas, por algo que decía la Biblia. Una ración de solo «Eva» significaba tarta de manzana, por la historia de la serpiente. Aunque hoy en día el único que sabe algo del Jardín del Edén es Pat Robertson. Por aquí, cuando el capitán del equipo de béisbol hablaba de zamparse una hamburguesa con tupé estaba hablando de chupar un chichi; se estaba jactando de comerse un taco de pescado.

Y las chicas también tenían su jerga culinaria, como cuando decían que Marcia Sanders tenía un bollo en el horno, lo que querían decir era que no le había venido la marea roja.

Por lo demás, la mayor parte de lo que Caníbal sabía de sexo lo había aprendido en el Canal Playboy, donde a las mujeres nunca las visita el inquilino comunista, de forma que cuando los chavales decían en voz baja que se habían comido una almeja con barba, o que habían merendado un bollo de carne, él sabía que se refería a lo que las conejitas les hacían a las chicas del mes de *Playboy*, meneando la lengua igual que la serpiente de cascabel cuando huele a la presa a la que tiene planeado morder en Animal Planet.

Porque Caníbal había visto esos pósters centrales desplegables. Ya sabéis, esos en que una antigua Miss América bebe de la copa peluda. Esas fotos guarras en las que se dedica a la pesca de la almeja, y solo participan dos señoritas, sin un solo cilindro cárnico de por medio para hacer que sea un matrimonio de verdad. Porque eso es lo que hacen a veces las chicas cuando necesitan que les coman la papaya.

Y como nadie le había dicho lo contrario, estaba dispuesto a sumergirse hasta el cuello en el bosque de Marcia Sanders. Su padre, el viejo señor Caníbal, solo veía el Canal Playboy, y a la señora Caníbal solo le gustaba el *Club 700*, de forma que a su hijo no se le escapaba el hecho de que los rollos sexuales y los rollos cristianos tenían la misma pinta. Porque cuando ponías la tele por cable, nunca fallaba; la encendías, veías a una chica casi preciosa casi actuando en un decorado casi realista y Caníbal sabía que la historia terminaría con un ángel tocándola. O bien con una ración generosa de lefa caliente resbalándole por un lado de la cara.

Y por eso Caníbal ya tenía la pértiga en alto cuando Marcia Sanders lo miró un día en la clase de Educación Cívica. Daba igual cómo intentara

esconderlo, ya tenía la piel de gallina por todo el cuerpo como resultado de acordarse de lo que gritaban por su ventanilla aquellas camareras de cine negro antiguo. Igual que los católicos hacían cola en la iglesia para decir guarradas a través de su otra ventanita.

Porque daba igual cómo lo llamaran, las expresiones guarras siempre hacían babear a Caníbal. Aquellas expresiones que evocaban un bocadillo de higo caliente, o el mejillón de concha blanda al que se referían los chavales cuando hablaban del conejito de pelo rizado.

En la escuela intermedia, cuando te ponen la nota de Espíritu Comunitario, lo que quieren decir es: ¿vitoreas a tu equipo en los espectáculos de animadoras y en los partidos de fútbol americano? Y cuando los chavales hacen bromas sobre Caníbal, se refieren a aquella vez en que Marcia Sanders estaba en último curso y a punto de graduarse. Porque Marcia tiene unos labios muy grandes y unas mejillas hundidas que le dan pinta de que siempre está comiéndose un buen rabo, y es por eso por lo que Marcia Sanders era tan popular. Y como era una escuela tan pequeña, todo el mundo la consideraba un verdadero bombón. Y como ella no tenía nada en la cuarta hora de clases, hacía de ayudante del profesor de Educación Cívica, y fue un día a esa hora cuando abordó a Caníbal, porque él todavía iba a séptimo curso y ella sabía que no se iba a negar porque la pubertad lo tenía completamente colocado.

—Te gusta mi pelo, ¿verdad? —le dijo ella. Meneó la cabeza para sacudir el pelo como si fuera una capa de espaguetis y dijo—: Nunca lo he tenido tan largo.

Y lo dijo de una forma que sonó a guarrada, porque todo suena a guarrada cuando lo dice una chica sexy. Y como Caníbal era un incauto, aceptó irse de prospección con Marcia Sanders a su casa, porque aquel fin de semana el señor y la señora Sanders se habían ido al lago. Marcia solo se lo estaba pidiendo porque al parecer su novio, que era el capitán del equipo en todos los deportes, no le quería chupar la cacerola. Y esto lo dijo ella, la misma, en persona, Marcia Sanders, le dijo:

—¿Quieres hacérmelo tú, chaval?

Y como Caníbal no tenía ni idea de a qué se refería, le dijo:

—Sí.

Así pues, ella le dijo que fuera el sábado a su casa cuando se hiciera oscuro y que entrara por la puerta de la cocina porque ella tenía una reputación que salvaguardar. Y como Marcia Sanders le dijo que podía ser su novio secreto, Caníbal no se lo pensó dos veces.

Y en la Escuela Intermedia Jefferson, cuando te ponen la nota de Buena Ciudadanía, lo que quieren decir es: ¿te lavas las manos después de darle a la zambomba? Y como la mitad del tiempo Caníbal ni siquiera sabía lo que pensaba, el sábado por la noche fue a casa de Marcia Sanders y ella retiró la sábana de la cama de agua tamaño kingsize del dormitorio de sus padres. Extendió una doble capa de toallas de baño sobre la cama de agua y le dijo a Caníbal que sobre todo pusiera la cabeza en el medio. Le mandó que no se quitara la ropa, pero Caníbal se imaginó que eso vendría después, porque ella sí que se abrió la bragueta de los vaqueros y los dejó doblados sobre el respaldo de una silla, y como él le estaba mirando las bragas tan fijamente, ella le mandó que cerrara los ojos. Y como Caníbal solo estaba fingiendo que no miraba, la vio ponerse de rodillas sobre la baranda acolchada que había en el borde de la cama de agua, y entendió por qué llamaban a aquello sonrisa vertical. Después ya no pudo ver nada porque ella le pasó una pierna por encima de la cara y se escurrió hacia abajo hasta que la habitación entera ya no fue más que una cueva húmeda gigante que lo eclipsaba todo salvo el sonido subacuático de la voz de Marcia Sanders indicándole qué tenía que hacer a continuación.

Caníbal se encontró a sí mismo con la cabeza hundida en la cama de agua, con aquel colchón blandengue pegado a las orejas, oyendo el batir de las olas del océano. Con el cuerpo entero meciéndose de cabeza a pies, oyendo los latidos de su corazón y los del corazón de otra persona. Y entonces la voz de Marcia Sanders salió de la nada y le dijo:

—Chupa de una vez, tonto del culo.

Y Caníbal chupó.

Y como ella le dijo «Acabemos con esto de una vez», él sorbió como si les estuviera dando un chupetón a las entrañas de Marcia. Y no ayudó precisamente el hecho de que Caníbal no fuera ningún mujeriego, tal como había demostrado la vez en que la señora Caníbal le había dicho que tenía que sujetarle un ramillete con un alfiler a su acompañante en el baile de bienvenida de la escuela, pero se había olvidado de especificarle que se lo tenía que sujetar *al vestido*. Y tampoco ayudaba el hecho de que cada noche que pasabas por delante de su casa oyeras al señor Caníbal gritar:

—¡No puedo beber lo suficiente como para seguir casado contigo!

Caníbal no podía presentarle batalla a Marcia Sanders porque cuando los chavales decían que tenía unas piernas gruesas como troncos de árboles, en realidad se referían a sauces. Y esta no es una de esas historias llenas de encanto y de inspiración que se oyen en el *Club 700*, porque cuanto más

fuerte chupaba Caníbal, peor lo tenía porque la succión a su vez lo absorbía a él. Estaba combatiendo contra las entrañas húmedas de ella en aquel juego absurdo de tira y afloja.

Caníbal llevaba puestas las partes íntimas de Marcia Sanders como si fueran una mascarilla antigás, chupándola tan fuerte como si fuera una mordedura de serpiente, con las piernas de ella tan pegadas a los costados de la cabeza que ni siquiera podía oír por qué estaba gritando. Porque en el Canal Playboy, hacerlas gritar es lo que uno busca. Caníbal también estaba flipando porque cuando lo ves en la tele por cable, un chumino no huele más que a lo que tu madre esté cocinando en el piso de arriba. Porque en la tele el potorro nunca te presenta batalla, y ahora Caníbal estaba sorbiendo como esos tornados del Weather Channel que rompen una ventana y te revientan la casa de adentro para afuera.

Y como Caníbal nunca se había comido un mejillón, de pronto le pareció que se había pinchado el colchón de agua, porque oyó un chasquido diminuto dentro de su cabeza. Como ese ruidito que te hacen los oídos cuando subes en un ascensor demasiado rápido hasta la cima de la Torre Sears. O como cuando revientas un globo de chicle o muerdes un tomate cherry maduro.

Le pareció que se había pinchado el colchón de agua porque al cabo de un momento estaba atragantándose con un agua que sabía a lágrimas. Y debido a que el agua estaba manando a galones, como si tuviera dentro de la boca cien años de lágrimas de Tammy Faye Bakker, y a que Caníbal nunca se había comido un chocho, de pronto le pasó por la cabeza que había matado a Marcia Sanders y que eran las entrañas de ella lo que le estaba fluyendo por la garganta. Y también porque Marcia estaba gritando como una camarera de bar de camioneros. Y todo esto pasó en menos de dos segundos, pero como había visto el Canal Playboy, Caníbal se dio cuenta de que la había hecho soltar varios cubos de caldo de coño en toda su boca. Porque había visto aquellos vídeos de mujeres que soltaban géiseres cuando se pajeaban, unos chorros gigantescos como los surtidores de las ballenas de Animal Planet o como esas barcazas de los bomberos que rocían la Estatua de la Libertad en los bicentenarios. Y como había visto los chorros gigantes de jugo de coño empapar esas moquetas de color queso anaranjado que siempre tenían en las películas de Playboy, Caníbal sabía que no tenía que escupir aquel jugo de chocho, porque el peor insulto que le puedes hacer a alguien es no tragarte lo que te está sirviendo.

Y debido a que su única experiencia con el caldo de chumino venía de la tele por cable, Caníbal no se dio cuenta de que mezclado con él venía un

cacho de algo sólido. No se dio cuenta de inmediato. Y de pronto se le puso a rebotar entre la lengua y el velo del paladar una especie de gominola de sabor salado. Una especie de alubia que sabía como el agua de un frasco de pepinillos en vinagre. Rebotándole por la boca como la última aceituna verde dentro de un frasco lleno de agua de aceitunas en ebullición. Y como era una cosa tan pequeña, Caníbal se limitó a tragársela.

Y como la mitad del tiempo Caníbal no sabía ni lo que estaba pensando, ahora dijo:

—Lo conseguiste.

Marcia Sanders se estaba sacando un tampón del bolso y dijo:

—Te juro que no lo sabía.

Ni siquiera se había llegado a quitar la camiseta y ya se estaba abrochando otra vez los vaqueros.

—Te he hecho correrte —le dijo Caníbal.

Ella abrió la boca pero no dijo nada porque en aquel momento sonó el timbre y era su novio de verdad.

Y como le había arrancado a Marcia Sanders un géiser tan potente que ella se había tenido que tomar un analgésico y ponerse un tampón, Caníbal supo que estaba hecho un semental. Y Marcia Sanders debió de jactarse ante Linda Reynolds, porque un día Linda Reynolds se le acercó con sigilo a la salida de los módulos de Química y le preguntó si quería ser su novio secreto también. Y Caníbal come tacos de almeja tan bien que Patty Watson quiere llevárselo al huerto porque hace que todos los conejitos suelten chorros y chorros de salsa especial. Porque la forma más rápida de llegar al corazón de una mujer es por medio del estómago del hombre.

¿Y hasta dónde está dispuesta a llegar una estudiante de secundaria para que le devuelvan su vida pasada? Caníbal les está dando a todas otra oportunidad de volver a ser vírgenes. Es el secretito sucio de todas ellas, pero no es ningún secreto. Caníbal se vanagloria como si fuera el salvador del mundo. Y es que ya no es tan pequeño. Y como Caníbal se está alimentando de las equivocaciones que cometen el resto de los chicos y chicas del instituto, es Marcia Sanders quien dice un día que tienen que hacerlo callar. Linda Reynolds se pone a hacer campaña para quedar un viernes por la noche con Caníbal detrás de los módulos de Formación Vocacional y arrearle con una palanca de hierro en la cabeza, porque Caníbal ya no para de pavonearse, pasándose de listo y al mismo tiempo no siendo lo bastante listo como para saber que representa el mal. Porque ahora, cada vez que Caníbal eructa, el

aliento le huele a tus decisiones erróneas. Y cuando Caníbal se tira un pedo, huele al nieto muerto de tus padres.

Porque si hay que creer a Pat Robertson, el *Club 700* afirma que una vez Jesucristo expulsó a una legión de espíritus impuros del cuerpo de un hombre afligido, y esos espíritus se metieron en un rebaño de cerdos. Y entonces esos cerdos tuvieron que tirarse por un barranco al mar de Galilea. Y así es como ha de morir Caníbal. Es la única salida decente.

Porque hasta a los sacerdotes que se comen los pecados a través de la ventanita de la cocina de las iglesias católicas hay que quemarlos en la estaca cuando ya están llenos. Es por eso por lo que el chivo expiatorio ha de acabar en el matadero. Porque si crees en la evolución, el mundo simplemente va dando brinquitos en tecnicolor por un camino de baldosas amarillas y cantando: «Porque porque porque porque *porque*…». Cuando la verdad auténtica está en el Antiguo Testamento, donde las siete tribus deambulan perdidas diciendo siempre: «Procrea procrea procrea procrea *procrea*…».

Y el lado positivo de esto es que quizá Caníbal vaya al cielo, porque salvo su boca el resto de él es virgen.

Y en esta escuela ya no importa a quién elijan los capitanes de los equipos; a Caníbal ya no lo eligen nunca porque personifica aquello que termina viniendo a por todos nosotros, de forma que decimos: «Danos cinturones de seguridad y pruebas de Papanicolaou y nos resignaremos a la pobreza y a la ancianidad, pero no permitas que se nos ponga al lado Caníbal. No dejes que la sombra de Caníbal se proyecte sobre nuestra casa».

Cuando elegimos equipos, el capitán del Equipo Rojo dice:

—Os damos a nuestro mejor lanzador…

Y estamos dispuestos a quedarnos con el chaval que se hurga la nariz y se come los mocos. Y a quedarnos con el chaval que huele a meados. Nos quedamos con el leproso y con el satanista de la mano izquierda y con el hemofílico infectado de sida y con el hermafrodita y con el pedófilo. Aceptamos la adicción a las drogas y aceptamos imágenes del mundo en formato JPEG en vez del mundo y archivos MP3 en vez de música y aceptamos cambiar la vida real por estar sentados delante de un teclado. Os otorgamos felicidad y os otorgamos humanidad y estamos dispuestos a sacrificar la piedad, siempre y cuando no dejéis que se nos acerque Caníbal.

Y como Marcia Sanders no ha procreado nada, su novio de verdad se gradúa y se marcha a la Estatal de Michigan para licenciarse en Contabilidad, y por todo esto Patty Watson concierta una cita con Caníbal el viernes por la noche detrás del edificio de Formación Vocacional y Linda Reynolds dice que

ella traerá la barra de hierro. Y todas se ponen de acuerdo en llevar puestos guantes de látex.

Porque quizá cuando Caníbal ya no esté, todas podrán volver a jugar como si nada.

DE POR QUÉ COYOTE NUNCA TENÍA DINERO PARA EL PARQUÍMETRO

Sucedió que Coyote y su mujer tuvieron un bebé. Era algo que Coyote no había querido ser nunca: padre. Su plan a largo plazo había sido encontrar trabajo fijo como estrella de rock: liderar aullantes himnos guitarreros en conciertos en estadios, fumar maría con Asno y quedarse dormido cada noche con la cara sepultada entre los flacos costados de Hiena; ahora, en cambio, Coyote tenía obligaciones. En vez de grupis sexys, Coyote tenía una esposa que no creía en el aborto.

Se había comprado una casa de dos dormitorios en Rainier Valley, donde su nuevo bebé nunca paraba de llorar. Coyote no necesitaba una prueba de paternidad para saber que el bebé había heredado sus pulmones. La criatura todavía no tenía ni un año y a Coyote le preocupaba que ya fuera adicta a ir en coche. Lo cual no presagiaba nada bueno para el medio ambiente. La única forma en que conseguía poner a dormir al bebé era amarrarlo al asiento trasero de su destartalado Dodge Dart y conducir por Seattle más o menos a la misma velocidad que van los carritos de la compra por los pasillos de un supermercado. A ocho kilómetros por hora, como mucho. Y con puntualidad suiza, el bebé siempre se despertaba a medianoche. La mujer de Coyote le daba el pecho y él se lo llevaba al coche. En su vecindario no dormía nadie. No trabajaba nadie y tampoco dormía nadie. Buey y Llama se pasaban la noche bebiendo licor de malta, sentados en el porche de la casa de al lado. Mangosta y Ardilla improvisaban partidos interminables de baloncesto bajo la farola de la esquina. Algunas noches restallaban disparos en la oscuridad. La banda sonora del vecindario eran unas radios de coche tan altas que hacían temblar los cristales de las ventanas de las casas. Las alarmas de los coches. Las sirenas de la policía. Nada de todo esto hacía que Coyote se muriera de ganas de mandar algún día a su criatura a las escuelas locales.

Alguien le había robado la radio del salpicadero y ahora Coyote no tenía otro remedio que cantar si quería música. Todas las noches retumbaban por la calle mil ruidos amplificados y a Coyote se le cansaba tanto la voz que no se

oía a sí mismo. Y peor que el ruido era el hecho de que en las aceras se vendieran todas las adicciones. Ni siquiera hacía falta salir del coche. Ni siquiera hacía falta aparcar. Mientras conducía a ocho kilómetros por hora, añadiendo los berridos de su criatura a la cacofonía del vecindario, Coyote lo veía todo: a Zorro vendiendo jaco… a Flamenco vendiendo su cuerpo… a Elefante haciendo a gritos su pedido en el autorrestaurante de comida rápida. Los pandilleros rivales se disparaban entre ellos con escopetas desde sus coches sin aminorar la marcha. «Teniendo en cuenta que es un vecindario donde nadie trabaja —se preguntaba Coyote—, ¿por qué demonios todo el mundo tiene tanta prisa?». Hasta los maleantes de la peor calaña parecían estar bajo presión para simultanear tareas.

Algunas madrugadas el embotellamiento era total de tantos conductores que había estirando el cuello para asomarse por las ventanillas. Un tráfico matinal de gente sin trabajo que nunca llegaba a ningún lugar de trabajo.

Flamenco, por ejemplo. Con su minivestido y su bolso de cuero rosa colgando del hombro huesudo con una cadena de metal dorado, Flamenco seguramente ganaba diez veces más que Coyote pero no pagaba ni un centavo de impuestos. Coyote sabía un par de cosas sobre los animales sin domesticar. En primer lugar, todos los animales llevaban una insignia. Podía ser una pulsera trenzada por su chaval o un tatuaje en el cuello, pero siempre era una alusión a algún secreto que guardaban como oro en paño. Si identificabas la insignia y la elogiabas —ábrete sésamo— le abrías la cerradura del corazón a su dueño. Solo tenías que leer las pistas. Para aprender eso no hacía falta ir a la universidad, se decía a sí mismo Coyote. Vender muestras de decoración para postres en un supermercado tras otro te enseñaba lo que era importante en la vida. Su trabajo para Llewellyn Marketing Alimentario no era precisamente de los que le provocaban a tu cerebro una erección profesional rampante.

Lo segundo que sabía Coyote era que la esencia de la atracción sexual era la disponibilidad. Ese era el atractivo de la pornografía; el póster central desplegable de Cigüeña, con la boca abierta en una «O» enorme de sexo oral, el culo en pompa hacia la cámara y el tanga caído en torno a los zapatos de tacón alto, no te iba a rechazar. Si Flamenco se metía el dedo índice en las profundidades de la boca cada vez que pasaba un pervertido en su coche, era más que probable que también le diera su amor a un pringado enorme como tú. La minifalda de licra de Flamenco, que le llegaba más o menos a la altura del ojete, era un tranquilizador gesto de consuelo —el equivalente sexual de coger la mano— para los solitarios y los tímidos. Cada noche pasaban a toda

velocidad los coches por la manzana y allí estaba Flamenco: una constante. Una apuesta segura.

No es que Coyote se sintiera tentado, pero a fin de cuentas era su polla la que lo había metido allí: en un vecindario selvático, conduciendo una chatarra de coche por un embotellamiento de pervertidos y yonquis y con una criatura berreando y amarrada al asiento de atrás.

Las únicas ocasiones en que Coyote engañaba a su mujer era cuando se rellenaba la copa de vino, añadiendo un poco y bebiendo un poco cada vez, y su mujer le preguntaba cuántas copas se había bebido. «Solo esta», le decía Coyote. Por su parte, su mujer se bebía media copa de vino, tapaba el resto con papel film y la guardaba en la nevera para terminársela otro día. Por demencial que parezca, la mujer de Coyote lo hacía.

Conduciendo lentamente por una calle oscura, avanzando a ritmo de tortuga por un atasco de humos de tubos de escape y con el bebé durmiendo en las sombras del asiento de atrás, Coyote oyó que alguien gritaba:

—Cinco dólares.

El grito venía de entre los cubos de basura de la acera. Era Flamenco, que le estaba gritando:

—Yo invito. ¡Lo que tú quieras, gratis por cinco dólares!

¿Cómo podía ser gratis, se preguntó Coyote, si valía cinco dólares? Deseaba que el tráfico se moviera. En el borde de su campo visual vio que Flamenco se acercaba al bordillo. El vecindario se regía por ese principio: todo era gratis si pagabas lo bastante. Flamenco dio unos golpecitos con los nudillos huesudos en la ventanilla del lado del copiloto, inclinándose y señalando con el dedo el botón del bloqueo de puertas. Con una mano dio golpecitos en la ventanilla y con la otra se puso a tirar de la manecilla de la puerta. Y le gritó «¡Es gratis!» tan fuerte que le manchó el cristal de pintalabios violeta, con aquellos labios de aspecto escabroso que parecían un dónut violeta de carne sorbiendo las algas de dentro de un acuario. Y chillando igual de fuerte que el bebé, la boca de dientes torcidos de Flamenco dijo:

—¡Lo regalo todo, papito!

Sus golpecitos dejaron huellas grasientas de nudillos. La saliva de sus gritos empañó el cristal. El contenido de su boca salpicó a menos de un palmo de distancia de la criatura. Las farolas proyectaron su sombra acechante en el interior del coche, sobre la carita dormida. El aliento sucio de Flamenco empañó el cristal y sus uñas violeta frotaron el vapor del cristal y lo dejaron hecho un manchón de huellas dactilares y pintalabios. Y durante todo ese

tiempo Coyote estuvo avanzando lentamente, estirando la mancha fantasmagórica de pintalabios violeta y grasa de dedos de Flamenco a lo largo de las ventanillas del lado de la acera. Como un palomino largo y violeta.

Coyote se estremeció al pensar en aquella pestilencia que ahora le cubría el coche y puso rumbo a casa, diciéndose a sí mismo que un simple cristal transparente era lo único que había salvado a su familia de un monstruo. La mujer de Coyote todavía dormía cuando él le acostó al bebé al lado. Luego salió con un kleenex a la acera donde tenía aparcado el coche; Buey y Llama lo observaron desde debajo de la luz de su porche. La mancha costaba de ver a oscuras, pero cuanto más intentaba limpiarla Coyote, más se le teñía de violeta el pañuelo de papel. Volvió a entrar de puntillas en la casa para coger otro pañuelo de papel. Escupió en él y se puso a frotar, combinando el ADN de Flamenco con el suyo y mezclando la saliva de ambos. Al amanecer la mujer de Coyote salió al porche con su albornoz y una taza de café en la mano y le preguntó qué estaba haciendo. Desde el porche de la casa de al lado, Buey y Llama se la quedaron mirando con avidez de depredadores.

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —le dijo Coyote en tono cortante, irritado después de haberse pasado la noche trabajando en aquello. Sin apartar la vista de su tarea, le dijo—: Estoy lavando el coche, joder.

—¿Con kleenex? —le preguntó su mujer. La acera estaba llena de pañuelos de papel arrugados, y ella se agachó en albornoz y se puso a recogerlos—. ¿Y con pañales? —preguntó.

Entre los kleenex tirados había pañales desechables, todos manchados de color violeta. Con unas manchas que parecían chupetones o lesiones provocadas por algún cáncer de sangre incurable y de transmisión sexual.

Coyote había escupido y seguido escupiendo hasta quedarse sin una gota de saliva. Le dolía el codo de tanto frotar de un lado a otro con el brazo y también la garganta.

Mientras Tortuga y Morsa sacaban las sillas para jugar al dominó bajo el sol matinal, Coyote se dio una ducha rápida y tuvo que marcharse al trabajo.

«No es justo —se dijo a sí mismo Coyote—. Mis vecinos estropean todo lo que tocan». Y se puso a tramar su venganza.

A medianoche del día siguiente, Coyote condujo hasta que su bebé se quedó dormido y después siguió conduciendo hasta encontrar a Flamenco. Sin aminorar la marcha, se acercó al bordillo y se inclinó para bajar la ventanilla del pasajero. Flamenco mordió el anzuelo, echó a andar con pasos chulescos junto a su coche y le preguntó:

—¿Eres poli?

Coyote sonrió y le preguntó:

—¿Tengo pinta de poli?

Mantuvo el coche en marcha, obligando a Flamenco a esquivar parquímetros y bocas de riego para poder seguirle el paso. Con la edad que tenía, Coyote debería estar yendo por la vida a toda velocidad, y sin embargo apenas se movía. En su trabajo era un esclavo asalariado que hacía demostraciones en supermercados de productos en fase de prueba —quitamanchas, jabón desodorante, yogur—, sonriendo y suplicando a desconocidos que probaran un bocado o se acercaran a oler. Esta noche, en cambio, era el consumidor. Coyote estaba al mando.

—Si quieres —le dijo Flamenco—, te puedo enseñar unas técnicas… —Lo pronunció con «z»: *téznicas*.

Y le clavó una mirada que hizo que a Coyote se le fueran los ojos al anillo de bodas de la mano con que estaba agarrando el volante.

—Diez pavos —dijo Flamenco—, y vas a hacer chillar tan fuerte a tu mujer que la gente creerá que le estás pegando una paliza.

—Cinco pavos —dijo Coyote.

—Papito, enseñarte son diez pavos —dijo Flamenco, negando con la peluca y pasándose las uñas violeta por las greñas—. Lo que te *vi* a enseñar va a salvar tu matrimonio.

Tal como ella lo vendía, follarse a Flamenco no era adulterio sino más bien una inversión en educación continuada para complacer a su mujer. Zumbarse a Flamenco no era infidelidad sino un regalo interminable que le iba a producir a la madre de su bebé más placer que un ropero entero de abrigos de pieles o una maleta repleta de anillos de diamantes.

Conduciendo lentamente a su lado, Coyote le dijo:

—Déjame mirar en el banco.

Conduciendo con las rodillas, se inclinó por encima del asiento delantero y abrió la guantera, que era donde guardaba la calderilla para el parquímetro. Sin dejar de avanzar poco a poco, tirando del anzuelo de Flamenco, Coyote sacó la calderilla y se puso a hacer montoncitos de monedas sobre el asiento, junto a su muslo. Luego se dedicó a contarlas en voz alta, perdiendo de vez en cuando la cuenta y volviendo a empezar, alargando la intriga y haciendo perder el tiempo a Flamenco. Para cuando llegó a los diez dólares ya le había hecho caminar ocho manzanas con sus tacones de aguja mientras contaba moneditas.

¿Por qué no se podía comprar sexo de la misma forma en que compra uno una hamburguesa?, se preguntó Coyote. Flamenco intentó cobrarle tres

dólares más por el condón, pero lo dejó correr cuando Coyote empezó a contar moneditas otra vez.

Flamenco le puso la cara en la entrepierna, con su peluca de nailon meciéndose entre su barriga y el volante. Coyote no estaba seguro de cómo una mamada lo iba a convertir en mejor amante, pero parecía un buen primer principio. Se vanaglorió por el hecho de haber contado mal deliberadamente a oscuras y haberle escatimado treinta y siete centavos.

A Coyote se le subieron las pelotas, igual de duras que puños peludos, contra la base de la polla. Sus caderas corcovearon como las de un perro juguetón. Cuando ya era demasiado tarde para que él pudiera hacer otra cosa que correrse, su bebé se despertó y se cagó en la ropita interior. Él volvió a la realidad al oír sus berridos y oler su mierda.

Pero Flamenco tenía razón. Correrse en su boca más o menos vino a rescatar el matrimonio de Coyote, aunque no porque le enseñara nada. Era horrible, pero Coyote nunca había querido a su pequeña familia tanto como en el momento después de correrse entre los labios de Flamenco. Y a medida que se le ablandaba la polla después, la misma sangre se le fue de las pelotas para henchirle el corazón. Ponerle los cuernos a su mujer le provocó a su corazón una erección instantánea. Antes incluso de recobrar el aliento, cuando todavía estaba sacándose el condón lechoso de la polla y bajando la ventanilla del lado del copiloto, Coyote ya se moría de ganas de decirle a su mujer cuánto la adoraba. Mientras tiraba la goma inflada y goteante a la calle, a Coyote su mujer le pareció la mujer más hermosa y noble del mundo. Coyote se dijo a sí mismo que no se merecía una mujer tan perfecta.

Coyote intentó no pensar que lo que acababa de tirar a la alcantarilla era la misma lefa que se había convertido en su precioso bebé. Intentó no pensar que en algún momento Flamenco había sido el bebé adorado de alguien. Flamenco era un recurso seguro, y Coyote no quería estropear algo bueno por culpa de pensar demasiado en ello. Por encima de todo, Coyote intentó no mirar por el retrovisor por si acaso su criatura estaba despierta y le devolvía la mirada. Solo llevaba un par de horas conduciendo, pero al llegar a casa se sintió como Odiseo regresando a Penélope después de veinte años de viaje.

Nunca más volvería a hacerlo, se dijo a sí mismo Coyote. Casi nunca probaba las cosas por segunda vez: un sabor nuevo de mantequilla de cacahuete… unas patatas chips provistas de una textura nueva que mejoraba el sabor… el asiento delantero de su coche estaba cubierto de aquellas muestras envasadas individualmente. Era la naturaleza de su trabajo.

La infidelidad, se dijo a sí mismo Coyote, le provoca a uno sensaciones gratas.

En casa se dio una ducha caliente. Hizo gárgaras. Cuando por fin se acostó con su mujer, la rodeó con los brazos y le susurró:

—Te quiero mucho.

La mujer de Coyote estaba despierta y giró la cabeza para besarlo. Le metió la mano por debajo de la cintura de los calzoncillos y le acarició el pene. Como él no reaccionó, ella le besó el pecho. Le besó la barriga. Su vida sexual no había sido una pura cuestión de tener bebés. Habían disfrutado del sexo anal y oral y de los disfraces y los consoladores. Habían vivido un estilo de vida rock and roll, pero cuando su mujer se metió su pene ahora en la boca, Coyote le dijo:

—No.

—Solo quiero demostrarte cuánto te quiero —dijo ella.

—Esta noche no, ¿vale? —le dijo Coyote, y se giró para darle la espalda.

No soportaba ver a su mujer haciendo gratis algo por lo que hasta Flamenco cobraba diez dólares.

No era justo, se dijo a sí mismo Coyote. Vivía más o menos uncido a un yugo, arrastrándose por las mañanas a Llewellyn Marketing Alimentario y bebiendo café para no dormirse en las reuniones estratégicas con Rinoceronte y Cerdo Hormiguero. Y a cambio le correspondía el insigne privilegio de pagar la mitad de su salario en impuestos sobre la renta e impuestos sobre la propiedad. Pagaba un pastón por el seguro médico cuando todo el mundo se limitaba a ir a urgencias y dar un nombre falso. Su vecindario de Seattle era un gigantesco obsequio, con agujas hipodérmicas gratis, clínicas dentales gratis y viviendas públicas gratis. Cupones de alimentos. Queso del gobierno. No había nada que Coyote pudiera permitirse comprar que todo el mundo no estuviera consiguiendo ya sin pagar. Teléfonos móviles gratis para la gente sin techo. Pases de autobús gratuitos. Cuando no estaban jugando a encestar canastas, Mangosta y Ardilla fingían lesiones medulares para poder aparcar gratis en los espacios para minusválidos. Flamenco cobraba a los clientes tres dólares extra por unos condones que conseguía sin pagar en un programa del condado. Y lo que era más importante, todo el mundo alrededor de Coyote tenía tiempo libre.

Coyote no tenía tiempo ni para limpiarse el culo, de tan ocupado que estaba pagando las facturas de los demás. Ellos tenían tiempo libre para montar manifestaciones de protesta y exigir más derechos. Mientras Coyote se comía un bocadillo de mortadela sentado a su mesa, su vecindario entero

estaba saliendo por las noticias o bien algún periodista sensiblero estaba escribiendo un perfil sobre ellos. Los pobres de Seattle pasaban tanta hambre que su principal problema de salud era la obesidad.

De forma que Coyote tenía que mantenerse a sí mismo y a todos los demás.

Un día le sonó el teléfono en Llewellyn Marketing Alimentario, en su cubículo de oficinista. Era Hámster, de Recursos Humanos. Sin más explicación, le dijo:

—¿Cómo de rápido puedes venir a Orlando? —Le dijo—: Nos ha surgido un incidente.

Ya había un billete de avión esperándolo en el aeropuerto de Sea-Tac. Si corría, Coyote podía coger el próximo vuelo.

Coyote se fue a casa temprano para hacer el equipaje y se encontró a su mujer sentada en el porche de los vecinos. Estaba obviamente bebiéndose una lata de licor de malta con Llama y Buey, riéndose como si no fuera una esposa y madre. Después de cogerla por la muñeca y llevársela a rastras a casa, Coyote le preguntó:

—¿Qué te han dicho esos pringados? —le preguntó—. ¿Te han hablado mal de mí?

La verdad era que Coyote había estado yendo a ver a Flamenco un mínimo de una noche por semana. Habitualmente dos o tres. Joder, si hasta la gasolina costaba más que las mamadas. Hasta cuando su bebé no estaba llorando, él lo amarraba al asiento de atrás y se iba a dar vueltas. Flamenco no tenía más valor para él que las manchas violeta de su polla. No tenía más cara que aquel pintalabios, pero los vagos de mierda de su vecindario no tenían nada mejor que hacer que espiarlo y propagar habladurías, y a Coyote le preocupaba que a su mujer le llegaran rumores y no los entendiera.

—Buey me ha dicho que soy guapa —dijo ella—. Llama me ha dicho que mi marido tiene mucha suerte.

—Bueno —replicó Coyote—. Quizá no deberías creerte todo lo que te dicen.

Su mujer pareció dolida.

—Cariño, no son tan malos —le dijo—. Tendrías que oír las historias que cuentan.

—No necesito oír a nadie —dijo Coyote—. ¡Tengo ojos!

Aquellos animales eran unos mentirosos natos, le dijo. Defraudaban a la Seguridad Social y robaban el correo de todo el mundo para poder cometer fraude. Llama había estado en la cárcel, y Buey era peor todavía. Coyote le

contó que noche tras noche había visto a Buey juntarse con Flamenco para que le hiciera una mamada de cinco pavos. Flamenco parecía un saco andante de ladillas, y fuera cual fuera la plaga que estaba incubando, Buey tenía que haberse infectado. Coyote estaba lanzado y no podía parar. Aseguró que Buey había estado en la cárcel por violar a Gacela. Le dijo también que Llama había estado entre rejas por vender porno infantil. Todo el mundo sabía, dijo Coyote, que Flamenco iba a abortar gratis casi todos los meses; seguramente Flamenco tenía ahora mismo una cita pendiente para hacerse un raspado. Luego Coyote le preguntó en tono indignado cómo una mujer que se consideraba a sí misma una católica «decente» podía socializar con aquellos exconvictos responsables del largo rastro de bebés muertos que había ido dejando Flamenco. Coyote hizo una pausa en su diatriba, solo un momento, para dejar que su mujer rompiera a llorar y le suplicara perdón.

Pero en cambio su mujer se rio.

—¿Abortos? —dijo, riéndose—. ¡Ya le gustaría a Flamenco!

Coyote esperó. Se contuvo de darle una bofetada. Esperó a que terminara de reírse.

Por fin su mujer recobró el aliento y dijo:

—Flamenco ni siquiera es una mujer.

Coyote sintió que se le evaporaba toda la sangre por la piel. Notó un hormigueo en las manos.

Su mujer siguió riéndose y dijo:

—Flamenco es un… ¿cuál es la palabra? —Cerró el puño y se dio un golpecito con los nudillos en la frente. Por fin chasqueó los dedos y dijo—: ¡Un travestido! —Sin dejar de reírse, y con el aliento apestándole a licor de malta, dijo—: ¡Tendrías que verte la cara ahora mismo!

Y Coyote le dio una bofetada.

Su mujer cayó al suelo y se quedó allí sentada, con una mano pegada a la comisura de la boca. Cuando se apartó la mano, tenía sangre en la palma. No era mucha sangre, pero sí la bastante como para que Coyote la viera. La mujer de Coyote se miró su manchita diminuta de sangre de color rojo intenso como si fuera el fin del mundo.

Coyote cogió las llaves de la mesa del recibidor y salió a donde tenía el coche aparcado. Con la sillita del bebé vacía, se sumergió en el embotellamiento de desconocidos agobiados que iban a ninguna parte a ritmo de tortuga. Sabía que el matrimonio era como esas películas cuyos únicos momentos emocionantes están todos encajados en los tres minutos del tráiler. Parte de su trabajo de *marketing* incluía mostrar distintos tráilers a públicos

de prueba en centros comerciales y luego preguntarles si pagarían por ver la película entera. Antes incluso de abrocharse el cinturón de seguridad, Coyote ya era consciente de que su mujer debía de estar al teléfono poniéndole una denuncia por malos tratos. Era una de esas noches frías en que oscurece enseguida y Coyote se encontró a sí mismo buscando a Flamenco por las calles.

—No basta con haber arruinado mi vida —se dijo Coyote a sí mismo—. También he destruido las de mi mujer y mi hija. La única vida que no he destruido es la de Flamenco.

Ahora planeaba rodear el cuello esmirriado de Flamenco con las dos manos y apretar con fuerza. Nada de lo que le había enseñado Flamenco podía salvar su matrimonio. Coyote bajó todas las ventanillas y dejó que el aire de la noche le entrara en el coche. Cantó a coro con la radio que ya no tenía, inventándose las letras de unas canciones tristes que nunca había planeado escribir. No tuvo que buscar demasiado; la encontró en su sitio de siempre, entre las bolsas de basura. Flamenco se inclinó y se asomó al interior de su coche.

—Tienes buena voz —dijo Flamenco—. Si quieres, puedo ser tu corista sexy.

Abrió la portezuela y se sentó a su lado.

Coyote miró su pelucón espantoso y sus labios violeta. El asiento que había entre ellos estaba cubierto de paquetes de muestra con una sola gota de jarabe para la tos. Tenían pinta de condones envasados herméticamente. Entre ellos había un par de moneditas de un centavo y de cinco. Flamenco conocía todos sus sucios secretos, pero aun así sonrió al verlo.

—¿Dónde tienes al bebé? —dijo.

Lo había visto pero nunca lo había mencionado.

A Coyote le vinieron ganas de decir «¿Dónde tienes tú el coño?», pero mantuvo la boca cerrada. Frenó su chatarra de coche hasta parar y dijo:

—¿Sabes? Hoy he pegado a mi mujer. —Su boca fue soltando la verdad a chorritos, unas pocas palabras cada vez. Y luego dijo—: Esta noche solo he venido a matarte.

Su primer impulso fue llorar, pero le dio la impresión de que estaría sobreactuando. Su llanto no convencería a nadie de nada. Esperó, pero Flamenco no salió corriendo del coche.

Estiró la mano de uñas violeta hacia él y le dijo:

—Papito, sé que nunca me pagaste los diez dólares enteros.

La mano le cogió suavemente el cuello y tiró de él.

Y Coyote se dejó. Cayó lentamente de costado, amarrado por su cinturón de seguridad. Cuando quedó apoyado, dijo con el costado de la cara pegado al olor de la minifalda de Flamenco:

—Cada día me muero un poco más.

Y antes de poder impedirlo, se quedó dormido.

FÉNIX

El lunes por la noche Rachel pone una conferencia a larga distancia desde un motel de Orlando. Escucha los timbrazos del otro lado de la línea, coge el mando a distancia del televisor y se pone a cambiar de canal con el sonido apagado. Cuenta quince timbrazos. Dieciséis. Ted contesta al vigesimosexto, jadeante, y ella le pide que le pase el auricular a la hija de ambos.

—Voy a buscarla —dice Ted—. Pero no te puedo prometer milagros.

Rachel oye un golpe cuando su marido deja el teléfono en la encimera de la cocina y luego la voz de él sube y baja de volumen mientras se pasea por la casa gritando:

—¿April, cariño? ¡Ven a hablar con mamá!

Rachel oye el chirrido de los muelles de la puerta corredera. Los pasos de Ted aparecen y desaparecen cada vez que pasa del suelo de madera del pasillo a las escaleras enmoquetadas.

Rachel espera. Se sienta en la cama. La moqueta y las cortinas de la habitación del motel huelen un poco a tienda de ropa de segunda mano: tela mohosa en abundancia, un poco de sudor rancio y humo de cigarrillos. Su trabajo casi nunca la obliga a viajar; este es el primer viaje que hace desde que April nació, hace tres años. De los partidos de fútbol silenciosos pasa a los vídeos musicales sin música.

La casa que tienen ahora no es la primera en la que han vivido. La anterior se quemó hasta los cimientos, aunque el incendio no fue culpa de nadie. Esto se demostró ante un tribunal. Fue un accidente extrañísimo y fabuloso, que pasaría a los anales de la historia de los seguros domésticos. En él perdieron todo lo que tenían y luego su hija nació ciega. April es ciega, pero todo podría haber sido peor. Aquella primera casa había sido la casa de Ted antes de que se conocieran. Una de las paredes de la sala de estar estaba hecha de bloques de cristal, que proyectaban una cuadrícula con aspecto de red sobre la mesa y las sillas lacadas en negro. Cuando pulsabas un interruptor, unas llamas de gas se ponían a danzar mágicamente sobre el lecho de grava de granito de la chimenea de la sala de estar. Las bañeras, retretes y lavabos eran de porcelana

negra. De las ventanas colgaban unas persianas verticales. No había nada en tonos tierra ni con grano de madera.

Pero Ted había estado cómodo en aquella casa. Tenía una gata a la que había puesto de nombre Belinda Carlisle y a la que dejaba beber de los bidés negros. Era una gata birmana de color negro chocolate y pelo largo, como una bola de pelo oscuro. Ted quería a Belinda Carlisle, pero sabía que no podía dejar que se le acercara demasiado. La gata parecía limpia hasta que la tocabas; entonces te dejaba pringado de caspa grasienta. Para tratar con la caspa de Belinda, Ted tenía uno de esos robots aspiradores que se pasaban el día aspirando los suelos. O por lo menos esa era la idea. Más de una vez los dos unían fuerzas: la gata tenía diarrea y el robot se paseaba por ella, pisando el charco en todas direcciones y extendiendo la diarrea hasta que llegaba al último centímetro de moqueta negra.

Cuando apenas llevaban un año casados, Rachel le anunció que tenían que mudarse. Estaba embarazada y no quería traer a un recién nacido a aquel mundo de alfombras hechas un asco y chimeneas abiertas. Iban a tener que vender la casa y deshacerse de Belinda Carlisle. Hasta Ted tenía que admitir que el sitio entero apestaba a cajón de gato, daba igual con cuánta frecuencia le cambiaras la tierra, y las embarazadas no podían estar cerca de los cajones de gato. Un día a la hora de la cena Rachel le explicó lo que era la toxoplasmosis. La causaba el protozoo parásito *Toxoplasma gondii*, que vivía en el intestino de los gatos. Se propagaba poniendo sus huevos en las heces de los gatos y podía matar al bebé o dejarlo ciego.

Ya estaba acostumbrada a explicarle las cosas a Ted. Ella sabía que Ted nunca iba a ser brillante. Era su mayor encanto. Era leal, tenía un temperamento tranquilo y trabajaba duro siempre y cuando le estuvieras encima en todo momento y le dijeras qué tenía que hacer. Se había casado con él por todas las razones por las que podría haber contratado a un empleado a largo plazo.

Se lo explicó despacio, entre bocados de espaguetis. La única forma de disimular el olor a gato era añadirle cilantro a todo. Una vez concluida su explicación, Ted se quedó sentado al otro lado de la mesa, con las sombras de los bloques de cristal trazando un mapa del contorno de su cara y su camisa blanca. Rachel oyó las burbujas del agua mineral de su marido. No importaba qué cocinara Ted; nada resultaba apetitoso servido sobre aquella porcelana suya con glaseado negro. Él parpadeó. Y le preguntó:

—¿Qué estabas diciendo?

Y Rachel se lo repitió más despacio:

—Que tenemos que encontrar una casa nueva.

—No —dijo Ted, alargando la palabra como si estuviera intentando ganar tiempo—. Antes.

Rachel no estaba molesta. Llevaba días ensayando aquello. Lo podría haber repartido un poco más. Era mucho para soltárselo de una sola vez.

—He dicho que tenemos que poner esta casa en venta.

Ted cerró los ojos y negó con la cabeza. Con el ceño fruncido, le apuntó:

—*Antes* de eso.

—¿Lo de Belinda Carlisle? —preguntó Rachel.

—Antes —le insistió Ted.

A Rachel le preocupaba la idea que Ted no fuera tonto; que el problema fuera simplemente que nunca escuchaba nada de lo que ella decía. Rebobinó mentalmente la conversación.

—¿Quieres decir lo de que estoy embarazada?

—¿Estás embarazada? —le preguntó Ted.

Y se llevó la servilleta negra a los labios. Para limpiárselos o para esconderlos, Rachel no estaba segura.

Todavía es lunes por la noche en Orlando y Rachel todavía está esperando al teléfono. Retira la colcha de la cama y se tumba para ver el Canal Teletienda. Lo que le encanta de la Teletienda es que no tiene anuncios. Los anillos de diamantes de cóctel giran a cámara lenta, resplandeciendo debajo de lámparas halógenas y ampliados a cien veces su tamaño real. El vendedor siempre habla con acento rústico y siempre parece muy emocionado cuando dice: «Más *sus* vale darse prisa, gente, que solo nos quedan dos mil de estas diademas…». Anillos solitarios de esmeraldas en venta por el mismo precio que un frasco de anacardos del minibar.

Con el televisor en silencio, Rachel oye ladrar al perro de la vecina por el teléfono. Luego los ladridos desaparecen como si algo los hubiera tapado. Como si April se hubiera llevado el auricular al oído. Conteniendo la respiración para oír mejor, Rachel dice:

—¿Cariño? ¿Bu-Bu? ¿Cómo os va a papá y a ti sin mamá?

Y sigue hablando hasta que se siente tonta balbuceando sola en una habitación vacía de motel. Se pregunta cómo la habrá cagado esta vez. ¿Quizá se olvidó de darle un beso de despedida?

Rachel sospecha que el silencio de su hija es una venganza. La noche antes de su vuelo se dio cuenta de que tenía los dientes amarillos. Quizá por

culpa del exceso de café. Después de la cena preparó los moldes de blanqueo y dejó que April los examinara. Rachel le explicó que se ajustaban perfectamente: una vez que tuviera los moldes puestos, mamá no podía contestar preguntas al menos durante una hora. Si April necesitaba algo, se lo iba a tener que pedir a su padre. Nada más ponerse aquel costoso gel de blanqueo dentro de cada molde y encajárselo en la boca, sin embargo, April ya le estaba tirando del albornoz y pidiéndole que le contara un cuento para irse a dormir.

Ted no fue de ninguna ayuda. April se marchó a la cama llorando. Rachel seguía teniendo los dientes hechos una porquería.

A juzgar por los ruidos que vienen del otro lado de la pared, los huéspedes de la habitación de al lado están follando como conejos. Rachel tapa el auricular con una mano ahuecada y confía en que su hija no los oiga. Le preocupa que la niña haya colgado y se pone a preguntar:

—¿April? Cariño, ¿oyes a mamá?

Resignada, Rachel le pide a la niña que le devuelva el teléfono a su padre. Se oye la voz de Ted:

—No te agobies. —Le dice—: Solo te está haciendo el vacío.

Con la voz amortiguada y la boca orientada en otra dirección, Ted dice:

—Solo estás triste porque mamá no está, ¿verdad?

Se vuelve a hacer el silencio en la línea. Rachel oye la música de carnaval y las voces exageradas de unos dibujos animados procedentes del televisor de la sala de estar. No se le escapa que ella normalmente escucha la tele sin volumen mientras que su hija la ve sin las imágenes.

Todavía orientada a otra parte, la voz de Ted pregunta:

—Todavía quieres a mamá, ¿verdad?

Sigue otro momento de silencio. Rachel no oye nada hasta que Ted se pone a apaciguar a la niña:

—No, mamá no quiere a su trabajo más que a ti. —No suena muy convincente. Al cabo de una pausa, la riñe—: ¡No digas eso, jovencita! ¡Nunca digas eso! —Por el tono de su voz, Rachel se prepara para oír una bofetada. Quiere oír una bofetada. Pero no llega. Con claridad, hablando otra vez directamente al auricular, Ted le dice—: ¿Qué puedo decir? Nuestra niña es toda una rencorosa.

Rachel está emocionada. Lo último que quiere es que su hija sea una floja como Ted, pero se muerde la lengua. Y da por concluida la llamada del lunes.

Ted había tenido a Belinda Carlisle desde que era una gatita recién nacida. Ya era vieja cuando la anunciaron en varias páginas web de adopción de mascotas. Una gata vieja y llena de gases. Solo podía interesar a alguien que hiciera investigación médica. Cuando la eutanasia empezó a revelarse como la mejor opción, Ted llamó a Rachel a la cocina y le enseñó el saco de veinte kilos de pienso seco. Seguía medio lleno.

—Dame hasta que se acabe para encontrarle una familia nueva —le dijo.

A Rachel esto le pareció un buen acuerdo. Cada día que pasaba significaba dos cuencos menos de pienso en la bolsa. La bolsa se convertiría en un reloj de arena que iría marcando sus últimos días con Belinda. Después de dos semanas, Rachel ya no estaba tan convencida. El saco de comida seguía medio lleno. De hecho, parecía un poco más pesado que cuando ella había aceptado el trato. Sospechaba que Ted estaba rellenándolo a hurtadillas con pienso de otra parte. Quizá tenía un saco secreto escondido en el coche o en alguna parte del garaje y ahora lo estaba usando para rellenar poco a poco el de la cocina. A fin de poner a prueba esta teoría, Rachel empezó a servirle raciones dobles a la gata a la hora de las comidas. Se dijo a sí misma que le estaba dando un pequeño premio, mimándola en vez de acelerando su tránsito a la tumba.

Las raciones dobles apenas cabían en el cuenco de la gata, pero Belinda se las terminaba. Estaba engordando, pero no parecía que se fuera a ir de casa pronto. Igual que la parábola de los panes y los peces o que la lámpara aquella del Templo de David, el saco enorme de pienso siempre estaba medio lleno.

La llamada del martes desde Orlando no va mejor que la del lunes. Todas las noches Ted y ella se cuentan cómo les ha ido el día. Él ha salido con el rastrillo a recoger las primeras hojas del otoño. Ella ha implantado los primeros catalizadores in situ para la transmisión de microondas por satélite. Él ha encontrado una tienda de comestibles que vende el queso que le encanta a ella. Rachel informa de que ha resecuenciado el código del protocolo de recarga de la matriz de presistemas. Y le cuenta que Orlando es un sitio terrible para estar sin hijos.

Cuando ella deja de hablar hay un momento de silencio, como si Ted estuviera prestando atención a otra cosa. Rachel se queda escuchando por si lo oye teclear o escribir correos electrónicos mientras ella habla. Por fin Ted rompe el silencio.

—¿Qué está pasando ahí?

Se refiere a los ruidos. Los huéspedes de la habitación de al lado están follando otra vez. En realidad no han parado en ningún momento, simplemente Rachel ya ha dejado de oír sus gemidos constantes y sus chillidos. Hace tanto que se oyen los mismos ruidos de fondo que seguramente son una película pornográfica. Nadie puede estar tan enamorado. La pone furiosa imaginarse que Ted ha estado escuchando follar a unos desconocidos en vez de escuchar cómo le va a ella el trabajo.

Mientras un zafiro llena la pantalla del televisor, la voz de Ted dice:

—Coge el teléfono, April. Dale las buenas noches a mamá.

Para oír mejor, Rachel intenta sustraer el ruido de la autopista de fuera. Se desconecta mentalmente del zumbido del minibar y de los gemidos afectuosos del otro lado de la pared. Lleva sin probar el alcohol desde el ponche de Navidad de hace tres años, pero ahora va al minibar y examina las hileras de botellines de cristal, todos ellos más caros que el colgante de diamantes que se ve en la televisión. Una cuenta atrás muestra que quedan menos de cinco mil de esos colgantes en venta. Por el precio de unos pendientes de perlas, Rachel se prepara un gin-tonic y se lo bebe de un par de tragos.

Rachel oye la voz de Ted por el teléfono. Oye de fondo su voz amortiguada y suplicante:

—Cuéntale a mamá lo de las tortugas del zoo que te gustaron.

Y luego, nada. Rachel siente un respeto por su hija que nunca ha sentido por su marido. Para cenar, abre una bolsita de M&M normales del minibar que cuesta más que un juego de anillos de compromiso de la Teletienda. Por cada bolsa de patatas chips o chocolatina que se come, aparece otra en su lugar como por arte de magia.

Rachel le echó en cara a Ted el tema del saco de comida de la gata, pero él negó que hubiera estado haciendo trampas. Rachel no admitió que había estado aumentándole las raciones, pero sí que señaló que habían pasado cinco semanas y que ahora Belinda Carlisle parecía una sandía con abrigo de piel. Y Rachel también se había engordado lo suyo.

—¿Me estás diciendo —preguntó, señalando la bolsa de comida— que esto es un milagro?

Tampoco ayudó que la agente inmobiliaria que había puesto la casa en el mercado les dijera que la sala olía mal. También les dijo que el precio que pedían por ella estaba doscientos mil dólares por encima del precio de mercado actual. Y tampoco ayudaban las hormonas de Rachel.

Ted y Rachel discutieron. Entre Acción de Gracias y Navidad estuvieron riñendo casi a diario. Durante aquel tiempo el nivel del saco de comida siguió subiendo hasta que el pienso empezó a desbordarse y a caer por el suelo de la cocina. La gata estaba tan inflada que apenas podía arrastrarse por la moqueta de la sala de estar. Y fue entonces cuando aquella casa sobrevaluada se incendió.

El miércoles por la noche, como de costumbre, Rachel llama desde Orlando. Está deseando a medias que April no le quiera hablar. Eso demostraría que la niña ha heredado algo de las agallas de su madre. Para ponerla a prueba, Rachel le pregunta:

—¿No quieres a mamá?

Y reza por lo bajo para que la niña no muerda un anzuelo tan obvio.

El mundo es un lugar horrible. Lo último que Rachel quiere es criar a una niña tan vulnerable que todo le deje marca.

Como si April necesitara que la pusieran más a prueba, Rachel le dice:

—Deja que mamá te cante una nana.

Y se pone a canturrear una canción de cuna que sabe que hundirá la determinación de su hija. Le hacen los coros los gemidos y gruñidos de la habitación de al lado, esos ruidos sin lenguaje que emite involuntariamente la gente débil. Rachel tiene intención de cantar todas las estrofas, pero le falla la resolución cuando oye reírse a Ted. Suena más claro que el agua. Sospecha que April ha dejado el auricular y se ha marchado. Eso quiere decir que Rachel le ha estado cantando a una cocina vacía. Y termina con una advertencia:

—Si no dices «buenas noches», vas a hacer que mamá llore.

Si no hay nadie escuchando, da igual lo que diga. Así que finge llorar. Luego intensifica el llanto falso hasta soltar berridos. Es más fácil de lo que imaginaba, y cuando descubre que no puede parar, Rachel cuelga.

Rachel no se había inventado los peligros de la toxoplasmosis; había buscado en internet y había preparado una defensa irrefutable de sus argumentos. No era ninguna locura. Los neurobiólogos habían vinculado el *T. gondii* con casos de suicidio y con brotes de esquizofrenia. Y todo estaba causado por la exposición a la caca de gato. Había estudios que sugerían incluso que los parásitos cerebrales de la toxo coaccionaban químicamente a la gente para

que adoptara más gatos. Aquellas señoras locas que vivían rodeadas de gatos en realidad estaban siendo controladas por una infección de invasores unicelulares.

El problema de educar a la gente tonta era que no sabía que era tonta. Lo mismo pasaba con curar a los locos. Y por lo que respectaba al gato, Ted era las dos cosas.

En su última noche en la primera casa, tal como le había explicado más tarde Rachel a la policía, habían ido a una fiesta de Navidad en el vecindario. Estaban volviendo los dos a casa. Habían estado bebiendo ponche de Navidad, y mientras caminaban pesadamente por la nieve ella le explicó a Ted que no tenía que ser tan blandengue. Le habló con cuidado, esperando a que él asimilara sus palabras. Las huellas que dejaba en la nieve estaban muy separadas para equilibrar el peso que había ganado.

Rachel todavía estaba trabajando como Consultora de Interfaces Corporativos de Nivel 1, pero el mero hecho de entrar en su segundo trimestre de embarazo ya le parecía un trabajo a jornada completa. Le preocupaba que con un bebé de por medio la situación no fuera a mejorar mucho. El amor de un hombre se podía dividir por la mitad, pero no en tres partes.

Según Rachel le contaría a la policía, ella fue la primera en entrar en la casa a oscuras. Ni siquiera llegó a quitarse el abrigo.

—Qué frío hace aquí dentro —dijo.

El árbol de Navidad ocupaba todo el ventanal de la sala de estar, impidiendo que entraran las luces de la calle. De hecho, al principio todo el mundo supuso que el culpable había sido el árbol. Los sospechosos habituales siempre eran las velas aromáticas, las lucecitas de Navidad defectuosas y los enchufes sobrecargados. Ted quería culpar al robot aspirador en movimiento. Cruzaba los dedos para que se hubiera recalentado. Para que se hubiera producido un cortocircuito y el robot se hubiera puesto a correr por todas partes lleno de pelo de gato inflamable y lo hubiera incendiado todo.

El jueves por la noche en Orlando se produce la tradicional paradoja: cuanto más intenta acelerar Rachel el proceso de instalación, más tarda todo en salir. Se llama por teléfono a sí misma y se deja mensajes: «Recordatorio a mí misma: finalizar nomenclatura de inventario gráfico».

Coge el teléfono de la mesilla de noche y se pone a mirar fotos. Solo tiene una de April. Por alguna razón no parece correcto fotografiar a una persona ciega. Es como robarle algo valioso que esa persona ni siquiera sabe que

tiene. Siguiendo la misma lógica, Rachel se censura a sí misma para no decir nunca «Qué puesta de sol tan bonita» o «Mira aquí, cariño». Exclamar en presencia de April «Qué flor tan preciosa» le parece una provocación.

Ted y ella se conocieron en una cita a ciegas, otra expresión que Rachel evita vigorosamente.

Hace poco su hija ha empezado a decirle:

—¡Mírame, mamá! ¡Mírame! ¿Estás mirando?

Es obvio que April no tiene ni idea de lo que está diciendo. Es simplemente el coro universal de los niños, con visión o sin ella. La esencia de la paternidad es pasar de ser la persona observada a ser la persona que observa.

El jueves la niña vuelve a negarse a romper su mutismo. Rachel escruta con los oídos. Rachel resuella y hace promesas hasta que Ted coge el teléfono y le dice:

—Lo siento.

Ella le oye en la voz el encogimiento impotente de hombros cuando él dice:

—No consigo hacer que hable.

A lo que Rachel replica:

—Inténtalo.

Ted tiene un verdadero talento para rendirse. Ella le sugiere que pinche a April en las costillas para hacerla reír.

—¿No tiene cosquillas? —pregunta.

Ted contesta riéndose, pero sobre todo de incredulidad.

—¿Me estás preguntando si tiene *cosquillas*? —Suelta un soplido de burla —. ¿Dónde has estado estos últimos tres años?

Después de la noche del incendio, Rachel solo admitió ser culpable de haberle dado al interruptor. Antes de encender las luces de la sala de estar, Rachel declaró que había ido al termostato y había subido la calefacción. Había encendido el fuego de gas de la chimenea en el mismo momento en que habían empezado los gritos. Un aullido salvaje de banshee había llenado las habitaciones a oscuras. Un chillido inhumano de demonio invernal se había despertado y luego la casa entera había parecido incendiarse. El árbol de Navidad centelleó. Los cojines negros centellearon. Las alfombras negras se inflamaron. Ted corrió a abrazar a Rachel mientras las colchas y las toallas de baño estallaban en llamas anaranjadas. Y entretanto se oían los ecos de los

gritos de las almas torturadas en el infierno. El aire apestaba a humo y a pelo quemado. Los detectores de humo se unieron al estruendo enloquecedor. No hubo tiempo ni de dar marcha atrás al coche negro por la entrada de coches de la casa y salvarlo antes de que las llamas se pusieran a ondear como banderas de colores vivos en todas las ventanas del piso de arriba. Los dos estaban plantados en el jardín nevado de delante de la casa cuando se materializaron los camiones de bomberos con sus sirenas. La casa ya estaba envuelta en llamas.

En Orlando Rachel se ha puesto a especular. Sería muy propio de Ted estar ocultándole alguna verdad espantosa, por lo menos hasta que ella llegue a casa. Si April estuviera en el hospital, si le hubiera picado una abeja y hubiera tenido una reacción grave, o algo peor, Ted pensaría que le está haciendo un favor al no decírselo por teléfono. Ella entra en internet y se pone a buscar accidentes en Seattle relacionados con niñas de tres años en la última semana. Descubre con congoja que ha habido uno. De acuerdo con las noticias, una niña ha sido atacada por el perro de su vecina. En estos momentos se encuentra en el hospital en estado crítico. El nombre de la víctima no se ha hecho público en espera de notificación de sus parientes.

Esa noche Rachel escucha sus mensajes nuevos. Los ha dejado todos ella: «Recordatorio a mí misma: ¡repercusiones!». Solo esa palabra, estridente e intimidadora. No tiene ni idea de a qué se refería cuando lo grabó. Tiene que comprobar el identificador de llamadas para reconocerse a sí misma. ¿Es así como suena realmente su voz?

La idea la agobia toda la noche: ¿cuántos niños pequeños mueren asfixiados por pelotas de goma y la noticia nunca sale en la pantalla de la CNN? No para de darle a Actualizar, confiando en averiguar más detalles de la noticia del *Seattle Times*. ¿Qué clase de madre es si no puede averiguar si su hija está viva o muerta?

El jefe de bomberos no pensaba que hubiera sido un incendio provocado, al menos al principio. El episodio los había hecho famosos, y no de forma positiva. Se habían vuelto pruebas vivientes de algo que la gente no quería creer que pasara en realidad.

El jefe de bomberos recorrió las habitaciones calcinadas, registrando el itinerario de la ignición del incendio. Había empezado en la chimenea

minimalista y había trazado un círculo siguiendo el perímetro de la sala de estar. A continuación se había incendiado el perímetro del comedor. El jefe de bomberos dibujó un plano aproximado en una hoja de papel cuadriculado que llevaba en una tablilla sujetapapeles. Usando un lápiz mecánico, trazó una línea que empezaba en el comedor, subía las escaleras y rodeaba el perímetro del dormitorio principal y el cuarto de baño.

Debajo del brazo llevaba algo metido en una bolsa de basura de plástico negro.

—Es la cosa más extraña que he visto nunca —les dijo a Ted y a Rachel en la entrada para coches.

Abrió la bolsa y les dejó mirar dentro. Echaba una peste horrible, una combinación de pelo quemado y sustancias químicas. Ted le echó un vistazo y se puso a temblar.

El viernes por la noche en Orlando, Rachel considera brevemente la posibilidad de llamar a la policía, pero ¿qué puede decirles? Busca actualizaciones de la noticia de la niña de tres años en estado crítico. Llama a una vecina, JoAnne. Tuvieron una época ya lejana de breve amistad, basada en su odio mutuo a la compañía local de recogida de basuras. JoAnne coge el teléfono al decimonoveno timbrazo. Rachel le pregunta si Ted ha estado sacando su basura a la acera esta semana. No quiere entrarle demasiado fuerte.

Escucha, cambiándose el teléfono de un oído a otro, pero no oye nada. Principalmente lo que no oye son los ladridos del rottweiler mezclado de JoAnne. Que siempre está ladrando y arañándoles la cerca.

Por fin JoAnne le dice:

—La recogida de basura es la semana que viene, Rachel.

Su voz suena precavida. Pronuncia el nombre de Rachel como si le estuviera haciendo una señal a otra gente que la está oyendo. Pregunta qué tal por Orlando, y Rachel se rebusca en la cabeza, intentando acordarse de si le mencionó en algún momento este viaje. Para ponerla a prueba, Rachel le dice:

—Espero que Ted no esté malcriando a April mientras yo no estoy.

La pausa que viene a continuación es demasiado larga.

—April —insiste Rachel—. Mi hija…

—Ya sé quién es April —dice JoAnne.

Ahora parece irritada.

Rachel ya no se puede contener.

—¿Cesar ha mordido a mi nena?

Y se corta la línea.

Por lo menos el jefe de bomberos había resuelto el misterio de por qué su antigua casa apestaba todos los inviernos. Belinda Carlisle, conjeturó el jefe de bomberos, había estado usando la grava de granito de la chimenea como cajón de arena. Cada vez que encendían los fogones de gas, Ted y Rachel habían estado cociendo quién sabe cuántos kilos de excrementos enterrados de gato. El liquidador de la aseguradora les dijo que lo que había ocurrido carecía de precedentes. Rachel fue consciente de no poder aguantarse apenas la risa cuando el hombre les explicó que el gato debía de estar yendo de vientre en el mismo momento en que Rachel había encendido el interruptor de la chimenea.

En aquel preciso momento Belinda estaba soltando una cagada secreta de medianoche en la pequeña caverna oscura de la cámara de combustión. Con el frío que hacía en la casa quizá le gustaba sentir el suave calorcito de la luz piloto. Debió de oír el clic-clic-clic de grillo del encendedor electrónico. Un instante más tarde debieron de saltarle encima las llamas azules desde todas las direcciones.

Había sido aquel demonio peludo y llameante lo que había estallado, entre chillidos, y había echado a correr por la casa, incendiando hasta la última pieza de tela antes de caer muerto en un armario del piso de arriba, debajo de la ropa de la tintorería de Rachel, almacenada en plástico inflamable.

El sábado Rachel telefonea tres veces a casa y las tres veces salta el contestador. Se imagina la casa vacía. Es demasiado fácil imaginarse a Ted llorando junto a una cama de hospital. Cuando por fin su marido le coge el teléfono, ella pide hablar con April.

—Si esas tenemos, jovencita —la amenaza ella—, no va a haber Navidad ni tiovivo ni pizzas hasta que hables. —Espera, intentando no herir sus sentimientos. Echa la culpa de su estado de ánimo a un ron con cola, doble, que le ha costado más que una hebilla de turquesas de la Teletienda—. Yo tenía una niña que era ciega —la provoca, intentando sacarle una respuesta—. ¿Ahora qué eres, Helen Keller?

Es el ron el que habla. Por el televisor, la imagen ampliada de un topacio centellea hipnóticamente, girando despacio con el sonido apagado.

En las profundidades del silencio, Rachel oye respirar a alguien. No se lo está imaginando. April está respirando, testaruda, soltando pequeños soplidos de furia como si tuviera los brazos gordezuelos cruzados sobre el pecho y las mejillas de querubín ruborizadas por el enfado.

Arriesgándose, Rachel pregunta:

—¿Qué quieres que te traiga mamá cuando vuelva a casa? —Un soborno puede ayudar a todos a salvar las apariencias—. ¿Un Ratón Mickey —sugiere— o un Pato Donald?

Oye una exclamación ahogada. La respiración se detiene un instante y luego una voz lejana y aguda chilla:

—Oh, papito. —Encantada, la voz dice—: ¡Tírame del pelo, papito! ¡Fóllame por el culo!

No es April. Son los huéspedes de la habitación de al lado, sus voces filtradas por la pared.

—¿Por qué no usamos una barra de media tonelada de chocolatina con helado Rocky Road? —dice Rachel en tono sarcástico. Da un puñetazo en la pared y grita—: ¿Por qué no te folla un lindo poni?

A continuación oye por el teléfono el pequeño robot aspirador zumbando —un sustituto— limpiando el suelo y chocando contra las paredes, como si fuera —¿qué otra cosa?— un animal ciego. Ted se pasa la mitad del día sin pegar ni golpe, pero aun así quiere su pijada de cacharros electrónicos Sharper Image que le hacen las tareas de la casa. A Rachel la asusta la idea de que April pueda tropezarse accidentalmente con el aspirador, pero Ted insiste en que la niña es más lista que un cacharro.

Y de golpe Rachel lo entiende. Por mucho que vaya un poco achispada, todo tiene sentido. Ted la culpa por lo que le pasó a Belinda Carlisle. No es un tipo brillante pero tampoco es tonto del todo. Guardar rencores es algo que April ha heredado de su padre. Ted ha esperado el momento oportuno y ahora se está cobrando su venganza.

Se le abre una grieta diminuta en la voz y de pronto todo su pánico pugna por escapar.

—April, cielo —le pregunta—, ¿te está haciendo daño papá?

Intenta no preguntarlo, dejar de preguntarlo, pero es como recomponer un globo reventado.

Para cuando April nació ya estaban instalados en una casa estilo rancho en una urbanización de casas todas idénticas, a pocas manzanas de distancia de

la antigua. Ted había querido enterrar a la gata en su nuevo jardín, pero el jefe de bomberos no les llegó a entregar nunca los despojos. La casa estilo rancho era menos dramática. No tenía chimenea abierta ni tampoco bidé, pero con una criatura ciega resultaba mejor. ¿Cómo podía Rachel no haberse visto afectada después de vivir seis meses embarazada y respirando humo de mierdas de gato? Tal como les había explicado la obstetra, los parásitos de la toxo atacaban el nervio óptico, pero Rachel sabía que no era solo eso. Era una venganza. Por supuesto, Rachel juró que no había visto a Belinda Carlisle antes de pulsar el interruptor. Y Ted aceptó aquella declaración de Rachel sin cuestionarla.

Había mentiras que casaban a la gente de forma más efectiva que los votos matrimoniales.

El domingo Rachel llama por teléfono e insiste en que Ted la escuche.

—La próxima llamada que voy a hacer es a la policía —jura.

A menos que April diga algo para hacerla cambiar de opinión, va a llamar a los Servicios de Protección del Menor y pedirles que intervengan.

Su marido, el señor Pasivo-Agresivo, suelta una risa confundida.

—¿Qué quieres que haga, pellizcarla?

Pellizcarla, sí, dice Rachel. Darle unos azotes. Tirarle del pelo. Lo que sea.

—A ver si lo entiendo… —pregunta él—. Si *no pego* a mi hija, ¿me denunciarás por maltrato infantil?

Rachel asiente con la cabeza y le dice al teléfono:

—Sí.

Se lo imagina bebiendo café del tazón con glaseado negro que rescató de los restos del incendio. El color y el acabado son tan feos que el tazón todavía parece nuevo.

—¿Y si la quemo con un cigarrillo? —pregunta él, con la voz deformada por el sarcasmo—. ¿Eso te haría feliz?

—Usa una aguja de mi costurero —lo instruye Rachel—. Pero primero esterilízala con alcohol de friegas. No le hemos puesto la antitetánica.

—No me puedo creer que lo digas en serio —dice Ted.

—Esto ya ha durado demasiado —dice ella.

Es consciente de que parece loca. Quizá sea demasiado tarde. Quizá sea la toxoplasmosis que tiene en el cerebro la que está hablando, pero sabe que lo dice en serio.

La indemnización de la aseguradora empezó a demorarse, y para entonces el jefe de bomberos ya estaba calificando el incidente de incendio provocado. Las pruebas del laboratorio habían encontrado un residuo en el pelo del gato. Un agente químico incendiario había mantenido encendida a Belinda Carlisle durante el pánico de su agónica huida final. Y resultaba todavía más sospechoso que unas semanas antes del incendio Rachel hubiera doblado el importe de la cobertura del seguro doméstico. Hasta con un bebé pegado a la teta, ella no había vacilado en buscarse abogados.

Hablando por teléfono el domingo por la noche, Rachel avisa de que no va de farol. Que o bien Ted hace que su hija emita alguna palabra, algún *sonido*, o bien tendrán que batallar en el tribunal de familia. Parece tardar mucho rato, pero por fin Ted contesta.

Con la voz orientada en otra dirección, dice:

—April, cariño. ¿Te acuerdas de qué es la vacuna de la gripe? —Le dice —: ¿Te acuerdas de cuando te tuvieron que poner una vacuna para que pudieras ir a jugar a las colonias de Semana Santa?

Responde un silencio. Rachel cierra los ojos para seguir escuchando. Lo único que puede detectar es el zumbido de la lámpara fluorescente de la mesilla de noche. Se levanta de la cama para apagar el aire acondicionado, pero antes de que pueda dar un paso regresa la voz de Ted:

—¿Puedes traerle a papá el costurero? —Y no parece que pase nada, pero ahora Rachel oye con claridad su voz—: ¿Estás contenta? ¿Te hace feliz esto? —Resuenan sus pasos en el pasillo—. Voy al cuarto de baño. —Empieza a hablar en tono cantarín, como si cantara una nana—. Voy a buscar el alcohol para torturar a nuestra hija —canturrea—. Rach, puedes parar esto en cualquier momento.

Pero Rachel sabe que no es verdad. Nadie puede parar nada. La gente de la habitación de al lado siempre va a estar follando. La gata en llamas siempre va a estar corriendo como un cometa por todas las casas en las que van a vivir. Nada se va a resolver nunca. Y le vuelve a pasar por la cabeza que quizá Ted la esté torturando. Que April está en su habitación del piso de arriba o bien jugando en el jardín de atrás, y él solo está fingiendo que la tiene allí con él. Es más fácil asimilar eso que la idea de que su propia hija la desprecia.

—No lo entiendes —le dice Rachel por teléfono—. Necesito que le hagas daño para demostrar que está viva —le exige—. Que le hagas daño para demostrarme que no me odias en absoluto.

Y antes de que la tele pueda vender otros mil relojes de pulsera de diamantes, April grita.

Ni un segundo más tarde, Ted pregunta:

—¿Rach?

Jadeante. Con los ecos del chillido todavía en la cabeza de Rachel. Nunca dejaría de reverberar en su cabeza. Un maullido. El chillido de Belinda Carlisle. El mismo berrido que soltó April al nacer.

—Lo has hecho —dice ella.

—Has chillado —le contesta él.

No es Rachel quien ha chillado ni tampoco April. Ha sido otro ruido sexual procedente de la habitación de al lado. Otro final en tablas. La bolsa siempre va a estar llena a medias. Ted siempre la va a estar engañando.

Rachel le pide que April se ponga al teléfono.

—Asegúrate de que tenga el oído pegado al teléfono —dice Rachel—, y luego quiero que salgas de la habitación.

—Tu padre no lo entiende —dice Rachel por teléfono—. Debía más dinero por esa casa de lo que valía. Alguien tenía que tomar las decisiones desagradables.

Le explica a su hija que el único problema de casarse con un hombre tonto, perezoso y sin agallas era que te podía tocar aguantarlo el resto de tu vida.

—Tenía que hacer algo —dice Rachel—. No quería que nacieras muerta *y también* ciega.

No importa quién esté escuchando, Ted o April. Es otro desastre que Rachel necesita arreglar. Le cuenta a quien sea que se pasó semanas aplicándole todos los días con un peine laca para el pelo al pelaje de la gata, laca para el pelo normal y barata. Sabía que usaba la chimenea como retrete y confiaba en que la luz piloto bastara para atraerla. Rachel la había sobrealimentado para que tuviera que defecar más a menudo. Cruzó los dedos para que el exceso de gases intestinales surtiera el efecto deseado. No era ninguna sádica. Al contrario: no quería que Belinda Carlisle sufriera. Rachel se había asegurado de que los detectores de humo tuvieran pilas y se dedicó a esperar.

—Tu padre —empieza a decir— cree que si los platos y el retrete son negros no se ensucian nunca.

En su última noche en casa de Ted, Rachel había entrado en la sala de estar. Se había metido dentro deprisa huyendo del frío. Había bajado intencionadamente el termostato con la esperanza de hacer más atractiva la luz piloto. Para mejorar su trampa había enterrado atún en la grava. Aquella noche había entrado en la sala a oscuras, bajo la sombra que daba el árbol de Navidad, y había visto dos ojos amarillos que la miraban parpadeando desde la chimenea. Un poco borracha, le había dicho:

—Lo siento.

Hablando por teléfono desde Orlando, muy borracha, dice:

—No lo sentí.

Rachel le dijo adiós a la gata y pulsó el interruptor. El clic-clic-clic, como los golpecitos de un bastón blanco. El grito de la banshee. Las llamas subieron volando por las cortinas de la sala de estar. Las llamas subieron volando por las escaleras. Al final la compañía aseguradora no pudo demostrar de forma segura que los residuos químicos no fueran los restos calcinados del plástico de la tintorería.

Y, diciendo esto, siente que April se ha convertido en una desconocida. Alguien distinto a quien hay que respetar y que merece saber la verdad. April se ha desprendido de ella para convertirse en otra persona.

—El vicio que tiene tu padre de dejar las cosas para más adelante es la razón de que no vayas a ver nunca una puesta de sol.

En el silencio podría haber alguien o podría no haber nadie. Si es April no lo va a entender, al menos hasta que sea mayor.

—Solo elegí a tu padre porque es débil —dice Rachel—. Me casé con él porque sabía que lo podía manejar a mi antojo.

Y dice que el problema de la gente pasiva es que te obliga a pasar a la acción. Y después te odian por ello. Nunca te perdonan. Solo entonces, por el teléfono, oye Rachel que Ted rompe a llorar de forma clara e inconfundible. No es nada que no haya oído antes, pero esta vez sus sollozos arrecian hasta que una criatura chilla haciendo un ruido como de ráfagas de silbato. Como una alarma antiincendio se elevan los chillidos agudos y frenéticos de una criatura, saliendo del teléfono como una sirena.

Las provocaciones de Rachel han funcionado. Él la intimidó, la coaccionó, la controló y la manipuló para que hiciera daño a una criatura inocente. Y ahora están en paz.

Con los chillidos de su hija y el llanto de su marido todavía resonándole en los oídos, Rachel contempla un diamante gigantesco que da vueltas, en trance, intentando adivinar el futuro, mientras susurra:

—Buenas noches.

COSAS DE ADULTOS

El padre de Troy estaba decidido a hacerlo mejor de lo que lo había hecho su padre. Cuando su padre, el abuelo de Troy, le había explicado de dónde vienen los niños, se lo había dicho en forma de chiste, preguntándole: «¿Cuál es la diferencia entre el sexo anal y un microondas?». Por entonces el padre de Troy tenía seis años, la misma edad que Troy tiene ahora. El padre de Troy no había sabido la respuesta, de forma que su padre le había dicho, con naturalidad: «Que el microondas no te deja la salchicha marrón».

De eso se trataba: cosas de adultos. Así pues, cuando Troy entró en el coche una tarde al salir de la escuela y anunció que los alumnos de segundo estaban haciendo un proyecto sobre «sexo no seguro», su padre comprendió que se le presentaba una oportunidad educativa. La escuela ni siquiera había tratado el sexo y ya les estaban diciendo a los niños lo que no se podía hacer. Aun así, el padre de Troy sabía lo que saben todos los políticos: que no has de contestar la pregunta que te hacen, sino la que quieres que te hagan. Y en materia de sexo no seguro, el padre de Troy era la autoridad máxima.

Como ya estaban allí, al padre de Troy el coche le pareció un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar. Estaba conduciendo de vuelta a casa, de forma que tenía que mirar por dónde iba. Y le contó a Troy que a veces, cuando los papás y las mamás se quieren mucho, mucho, quieren estar a solas. Y cuando papá y mamá todavía iban a secundaria, a veces el único sitio donde podían estar a solas era el coche, por mucho que fuera un Dodge Dart que tenía cinta adhesiva pegajosa tapando los desgarrones de la tapicería de vinilo, y aun así necesitaban comprar entradas para un autocine —algo casi imposible de explicar a un chaval de hoy en día, salvo diciéndole que es como un televisor tan grande que podría cubrir un costado del edificio donde trabaja papá—, por mucho que la película que pusieran aquella semana fuera *La huida* con Sally Struthers, lo cual tampoco tiene demasiada importancia, porque la única razón de que los papás y las mamás vayan a los autocines es para estar a solas y besarse y tocarse y fumar un poco de hierba y revolcarse como dos estrellas de porno desolladas en una cama de sal caliente, y claro,

en esa situación los papás y las mamás están dispuestos a comprarse entradas hasta para ver pintura secándose, si eso les garantiza un par de horas en que todo el mundo los deje en paz, por mucho que lo que sientan es un amor real y verdaderamente eterno, que es algo que los papás y mamás mayores ya se han olvidado de que es posible, y aun así un Dodge Dart no era el mejor buga para montárselo porque algún cretino de dueño anterior había cambiado el asiento delantero continuo por dos asientos individuales y el asiento trasero solo ofrecía el espacio justo para hacerlo desde detrás, tumbados de costado, lo que se llama hacer la cuchara, que no era la mejor posición porque mamá decía que así papá siempre le metía demasiado aire, y el padre de Troy todavía está mirando la carretera así que no puede ver la reacción de su hijo, ni siquiera cuando dice que hacer la cuchara era la única posición en que podía ponerse mamá porque si intentara ponerse ella encima, aunque fuera una sola vez, se le empezarían a bambolear las tetas y el pelo a la vista de todos, y pronto el autocine entero estaría haciendo parpadear las luces de los faros, largas-cortas, largas-cortas, y haciendo sonar la bocina y soltando chillidos de rodeo, hasta que se enterara el instituto entero, y aun así su padre en el autocine propuso que probaran a hacer un pequeño sesenta y nueve para empezar la fiesta, y mientras él está contando cómo se quitaron la ropa y se pusieron a revolcarse en el asiento de atrás, su hijo, Troy, le pregunta qué tiene todo eso que ver con de dónde vienen los niños, por mucho que su padre ya haya llegado al momento en que mamá agarró la zona de peligro de papá entre dos dedos de una mano, como si estuviera cogiendo un trozo de basura del suelo de unos lavabos públicos, y le dijo que no olía tan bien como a ella le gustaría y que se lo estaba replanteando, a pesar de que él le había explicado una y otra vez que estaba limpia y que aquella era simplemente la naturaleza de su prepucio, pero ella no se quedó convencida ni siquiera cuando él le soltó su viejo argumento de «¿Por qué solo es mutilación genital cuando se lo hacen a las chicas?», y ella se estaba enfriando por mucho que él le dijera «La mutilación genital es mutilación genital, cortes lo que cortes», lo cual no la hizo reír por mucho que él le guiñara el ojo para indicar que estaba de broma, y ella se plantó definitivamente ante la posibilidad de metérsela en la boca, de forma que él estiró la mitad superior del cuerpo hasta la parte delantera del coche y abrió la guantera y se puso a rebuscar entre los viejos mapas de carreteras, por mucho que eso implique ahora explicarle qué es un mapa de carreteras a su hijo, que es de una generación de chavales que usan el GPS para todo de forma que nunca conocerán la pesadilla origami de intentar volver a doblar un papel viejo de noche y con viento, y se puso a buscar un

condón o algo parecido, lo que fuera, para disimular el olor, por mucho que aquel olor no fuera más que la forma en que tiene que oler una zona de peligro sana y no mutilada, pero lo único que papá pudo encontrar fue un frasco grande de jabón desinfectante para manos que se había quedado allí después del pánico del invierno anterior por la gripe aviar asiática, y aunque todo eso pasó una década antes de que él naciera, ahora su hijo quiere desviarse por la tangente para preguntarle qué fue la gripe aviar, y qué es un asiento continuo, por mucho que nada de eso importe de cara al sentido general de la historia, y a continuación su padre le explica que papá le enseñó el desinfectante de manos a mamá en el asiento de atrás cubierto de cinta adhesiva y le ofreció enjabonarse la zona de peligro entera si eso la iba a hacer feliz, y ni siquiera el gélido corazón de mamá pudo evitar deshelarse al ser expuesto a tan romántico gesto, aunque a él le preocupaba que le fuera a doler porque el frasco decía que el desinfectante tenía un porcentaje muy alto de alcohol, pero en realidad su zona de peligro ya estaba experimentando un ansia tan fuerte y tan dolorosa que acabó por imponerse a su sentido común, de forma que se sirvió un puñado gigante de aquel gel frío, transparente y pringoso y lo usó para untarse la zona de peligro, y a pesar del centenar aproximado de ingredientes germicidas que se detallaban en la etiqueta, por no mencionar una cantidad sensible de aloe vera, aun así el jabón no le dolió tanto como se había imaginado, o por lo menos no tanto como ya le dolía la zona de peligro de pura ansia, y aunque él se fuera a morir por culpa del esperma impactado, como una muela del juicio infectada pero entre sus piernas flacas de adolescente, el dolor no era lo bastante fuerte como para hacer cambiar de opinión a su zona de peligro, aun cuando mamá se seguía negando a chupársela, y su zona de peligro seguía igual de dura que su nariz cuando plantó la cara en medio de la zona de peligro de mamá y se puso a darle a la lengua, jugando a un juego que solían llamar «Flipper» y que estaba basado en una serie de la tele tan antigua que ya ni siquiera Nickelodeon quiere tener nada que ver con ella, pero aun así mamá no quiso usar la lengua porque ahora le preocupaba intoxicarse con los componentes químicos del gel, y sin embargo, en vez de rendirse, papá se quedó boca abajo, conteniendo la respiración, jugando al Flipper, zambulléndole la lengua porque sabía que si ella se ponía lo bastante caliente se avendría a lo que fuera, y el padre de Troy no aparta la vista de la carretera mientras nota cómo se eleva de su hijo un tsunami de preguntas, y sigue contándole que el papá del autocine no subió a por aire, sino que se limitó a seguir chapoteando con la lengua hasta que llegó un momento en que ella estaba tan mojada que él pudo apartar la cara a

tiempo para que un chorro de los jugos de mamá le fluyeran por la punta de la nariz formando un arco irregular como un surtidor mientras él soltaba unos chilliditos de risa de delfín en plan «iii-iii-iii-iii» y aplaudía con las manos como si fueran aletas de delfín igual que hacían cada vez que veían aquella serie por la tele cuando eran niños, y para entonces la zona de peligro de papá ya estaba llena hasta reventar de una tonelada aproximada de jugos de papá a presión y la mamá ya no quería nada en el mundo más que hacer la cuchara, desde detrás, en el asiento de atrás del Dodge Dart, daba igual que eso le metiera aire, por mucho que hasta aquel momento nadie hubiera mencionado que ya hacía once días que le tendría que haber venido la cosa que les viene a las mamás cada mes, y aun así ella se seguía diciendo a sí misma que quizá simplemente estuviera vomitando por comer demasiadas salchichas rebozadas, por mucho que hubiera hecho cálculos mentales y supusiera que su equivocación ya debía de tener el tamaño de un cúmulo de células, y en ese momento su hijo, Troy, le pregunta «¿Así fue como empecé a existir yo?», todavía intentando entender de dónde vienen los niños, y papá seguía en el Dart haciendo chocar su zona de peligro contra la de mamá, qué recuerdos tan gratos y perfectos, mientras Sally Struthers le decía algo a Steve McQueen en la pantalla del autocine, sin tener ni idea de que ya era papá, todavía dando golpes de caderas y con los jugos secos del juego de Flipper tensándole la piel de la cara, hasta que oyó chillar a mamá como si fueran todas las mañanas del día de Navidad juntas, y por fin paró, aunque él quería seguir, pero ella le dijo que primero se fumaran un canuto que tenía en el bolso y abandonó la posición en que estaba al lado de él, agarró un porro y le dio al encendedor, malditos fueran el herbicida Paraquat y el pesticida Malathion, y aun entonces ella se estaba quejando del aire que papá le había metido, y se encendió el canuto y los dos pudieron oír que la hierba no era ninguna maravilla porque aun con Sally Struthers chillando no sé qué de fondo los dos oyeron reventar las semillas cuando ella dio una calada larga y pronto estaban los dos haciendo chocar otra vez sus zonas de peligro, porque en los años del instituto a su padre nunca se le ponía blanda del todo, y llegado este punto de la historia el chaval, su chaval, Troy, le pregunta por qué se fumaron un porro aun a riesgo de provocarle a él lesiones cerebrales fetales, y qué típico es de los críos preguntar cosas y luego no esperar la respuesta y ser tan egocéntricos, y ahí está su crío dándole sermones sobre sexo no seguro y los efectos del THC durante el primer trimestre de embarazo, mientras él sigue contando cómo una semilla reventó muy fuerte y se puso a soltar chispas

como si fuera el Cuatro de Julio y provocó una lluvia de chispas hasta que una de ellas aterrizó en el matojo de mamá.

Lo que vino a continuación fue bonito. Un resplandor muy bonito. Como unos plátanos flameados o una crêpe suzette servidos a un lado de la mesa. Como un café flameado cuando el camarero lo rocía de esa canela que se enciende y brilla como las luciérnagas, tan bonito que papá y mamá solo pudieron quedarse mirando aquel nimbo azul como si fuera una película antigua de un televisor en blanco y negro, una luz azul hechizadora que se puso a danzar en los pelos del regazo de ella, que debían de estar empapados de desinfectante de manos de segunda mano, porque aquel tipo de gel no se evaporaba nunca, y ahora el matojo le explotó como si fuera napalm por la mañana detrás de Charlie Sheen en aquella otra película, pero a papá y a mamá no se les ocurrió tirarse al suelo y rodar, tirarse al suelo y rodar tal como les había explicado que tenían que hacer Bill Cosby cuando eran niños, sino que se limitaron a chillar y hasta la zona de peligro de mamá chilló por culpa de todo el aire que papá le había metido dentro, y de pronto una ráfaga de aire escupió un fogonazo como si fuera un dragón, como si fuera un lanzallamas de la guerra de Vietnam, o como si fuera la teniente Ellen Ripley persiguiendo a Alien en la oscuridad, una heroína feminista tremenda como no se ha visto otra, hasta que volvió a ser simplemente Sigourney Weaver, y luego el fuego se propagó por el asiento de atrás para incendiar también la zona de peligro untada de desinfectante de manos de papá, y no solo el vello sino también las partes de piel, que todavía estaban tensadas del todo por la presión interna, hasta que el hecho de tener exceso de prepucio se convirtió en la menor de sus preocupaciones, y ahora el padre de Troy está intentando describir con exactitud la escena, por mucho que la expresión de la cara de su hijo, de la cara de Troy, sea de horror absoluto, y el padre de Troy le cuenta que es como cuando te vas de acampada y acercas demasiado los malvaviscos a las llamas y te quedas sosteniendo en la punta de un palo una masa deshecha y llameante y sin forma que nadie puede apagar, algo mucho peor que el simple hecho de que se te ponga la salchicha marrón, y entonces a mamá le vino la cosa que le viene todos los meses, por mucho que en aquel momento no le tocara, es lo que hacen las señoras cuando algo las asusta, como por ejemplo una araña al lado del fregadero o una máscara de miedo de Halloween: contraen todos los músculos en una maniobra defensiva, igual que el calamar suelta un chorro de tinta para crear una pantalla de humo y poder escaparse, y mamá expulsó un volcán de sangre rodeado por un anillo de fuego. Pero ni siquiera eso funcionó cuando el interior del Dodge Dart se

incendió también, creando un incendio llameante dentro de otro incendio, como una chimenea encendida dentro de una casa en llamas situada en una parcela del Infierno, y para entonces papá ya estaba tan cerca de correrse que todavía estaba soltando espermatozoides pero en llamas por culpa del desinfectante de manos, disparándolos, pum, pum, pum, como si fueran balas trazadoras, como si fuera el Cuatro de Julio, y ni siquiera entonces mamá sintió el chorro enorme de alivio de no estar embarazada, porque papá y mamá estaban dando brincos por el asiento de atrás del Dodge Dart hasta que todos los faros de los coches que tenían detrás se pusieron a parpadear, luces largas-cortas, largas-cortas, y todo el mundo estaba soltando gritos de rodeo y vociferando «¡Móntala, móntala!», sin saber que se trataba de una conflagración de zonas de peligro, hasta que mamá salió dando tumbos por una de las portezuelas de atrás del Dodge y papá salió dando tumbos por la otra portezuela, y ni siquiera entonces les pasó por la cabeza tirarse al suelo y rodar, por mucho que los dos estuvieran corriendo en llamas, dejando atrás un rastro de trocitos quemados de malvaviscos, al rojo vivo, dejando caer goterones de plátano flameado que se quedaron chispeando en la grava del autocine, incendiando las servilletas de papel que los guarros de los clientes habían tirado por todo el suelo, ni siquiera cuando llegaron corriendo al sitio donde las caras de Sally Struthers y Steve McQueen se estaban dando un beso más y más grande, y aun entonces la cara de su hijo, la cara de Troy, es un interrogante enorme, que no deja de preguntar: «¿Y yo vengo de eso?».

Para entonces ya están en casa, aparcados en la entrada para coches mientras la madre de Troy los saluda con la mano desde la ventana de la cocina. O lo que queda de ella. Pero aun así el padre de Troy está tan decidido a hacerlo mejor que el cutre de su padre que le dice:

—No, hijo mío —le dice—. Es por esto por lo que te adoptamos.

TELEVENTA

El ordenador me adjudica a una tal señora de Wayne Timmons, con código de área de Battle Creek. Es la primera semana que hacemos venta telefónica del Wonder Wet Wiper, que no es una simple fregona sino todo un sistema de mejora de suelos, la única forma segura de proteger sus revestimientos de suelos, una forma económica de ahorrarse miles de dólares en reparar madera estropeada o esos desperfectos tan costosos en el laminado de vinilo, y toda esa tranquilidad solo por tres cómodos pagos de…

Y la señora de Wayne Timmons dice:

—Un momento. —Dice—: ¿Por qué tengo que comprarte nada?

La normativa dice que en estos casos tienes que saltar a declaraciones de Nivel Dos: porque el Wonder Wet Wiper le va a ahorrar mucho más de lo que cuesta, tanto en inversión de tiempo como cuando tenga usted que volver a vender la casa.

Y la señora de Wayne Timmons dice:

—¿Crees en Dios?

No está en el guion de respuestas aprobadas, pero yo le contesto. En términos oficiales, el diálogo que se sale de los diagramas de flujo establecidos se llama «escapada». Oficialmente no podemos seguir hilos tangentes que se desvíen de la conversación, pero yo le digo que sí.

Y la señora de Wayne Timmons dice:

—¿En nuestro único Dios cristiano y verdadero?

Sí. Oficialmente se supone que tengo que redirigir el tema de vuelta al Wonder Wet Wiper y decirle que es tan fácil de usar que limpiar el suelo de la cocina ya no le supondrá un trabajo servil en Sabbat…

Y la señora de Wayne Timmons dice:

—¿No en un dios elefante sonriente de esos? —Dice—: ¿Estás seguro de que no adoras a alguna mujer desnuda con un montón de brazos?

El esquema básico de cualquier llamada que hagas es: Saludo, Concesión y Venta. Primero le das las buenas tardes o los buenos días o lo que sea: eso

es el Saludo. Luego pides permiso para hablar con el cliente: esa es la Concesión. Y solo entonces haces la Venta.

—¿Qué hora es ahí? —dice la señora de Wayne Timmons—. Aquí son las cuatro de la tarde.

Aquí son las tres de la misma tarde. Otra escapada. Si incurres en bastantes escapadas, la supervisora de formación te apunta una sanción. Si alcanzas cierto número de sanciones, terminas en la calle y buscando un trabajo todavía peor pagado.

—No me mientas con lo de la hora —dice la señora de Wayne Timmons—. ¿Estás en Calcuta o en Nueva Delhi? ¿En la India o en Pakistán?

Otra escapada. Estoy en Walla Walla. Y le rezo exactamente a su mismo Dios, el tipo de la barba blanca.

—¿Cómo te llamas?

Bill.

—No me mientas, Omar o Akbar —dice la señora de Wayne Timmons—. Los americanos sabemos cómo os entrenan. Ha salido en el periódico y en la televisión. Os ponen nombres normales y os enseñan a hablar como la gente de verdad —dice—. Pero aun así sabemos que les estáis quitando la comida de la boca a nuestros dulces bebés…

Al otro lado de la sala de conexiones, la supervisora de formación levanta la vista de su mesa. Me mira a los ojos, con las cejas en alto. Señala con la uña el marcador digital que tiene en la pared: las llamadas en progreso, el número total de llamadas por turno y el hecho de que mis escapadas están aumentando la duración media de mis llamadas. La media de tres minutos se está alargando a cuatro punto cinco. La supervisora de formación se lleva una uña de lado a lado de la garganta.

Por mis auriculares, la señora de Wayne Timmons me dice:

—Ni siquiera coméis hamburguesas. He visto fotos. —Dice—: Dejáis que esas sucias vacas bloqueen el tráfico…

Estoy contemplando cómo el tiempo medio de llamada se alarga hasta los cinco minutos y los compañeros de las demás mesas y los demás bancos de teléfonos me están mirando, negando con las cabezas porque les estoy echando por tierra la bonificación mensual. El guion dice que tengo que disculparme y terminar, pero no lo hago. Continúo escapándome, le digo que me llamo William Bradley Henderson. Que tengo diecisiete años y que voy a la Escuela Secundaria Thomas Jefferson de Walla Walla, Washington. Y que trabajo cuatro noches a la semana haciendo televenta para ahorrar y comprarme un coche.

Y la señora de Wayne Timmons dice:

—Conocéis todos los trucos…

Y yo le contesto en voz demasiado alta. Le digo por el micrófono:

—Confíe en mí.

A mi alrededor se elevan los auriculares de diadema. Las miradas se giran para clavarse en mí desde un millón de direcciones. Compañeros negros, hispanos y asiáticos, nativos americanos.

Yo le susurro por teléfono:

—Escuche, señora… —Levanto la voz hasta casi gritar—: Soy igual de blanco que usted…

En mi siguiente noche de trabajo, un hombre con código de área de Sioux Falls me dice:

—¿Secuestráis nuestros aviones y los estrelláis contra nuestros rascacielos y se supone que yo tengo que comprarte esa fregona de mierda? —Dice—: Pues mira, joder, va a ser que no, Haji…

Un hombre con código de área de Tulsa dice:

—Moro de mierda.

Y me cuelga.

Un hombre con código de área de Fargo dice:

—Rata musulmana.

Y me cuelga.

Con el código de área de Memphis, un hombre me dice:

—Vuélvete al desierto.

Y la línea se corta.

El ordenador me adjudica el número siguiente de la cola, con código de área del oeste de Los Ángeles, y la mujer que contesta me dice:

—Lo de la plaza de Tiananmen fue una tragedia para los derechos humanos, pero tienes que seguir luchando por la libertad. —Dice—: Como miembro de Amnistía Internacional, me gasto hasta el último centavo que me sobra en mi lucha por conseguir un salario decente y condiciones de trabajo seguras para la gente como tú. —Dice—: Necesitas levantarte y romper las cadenas de tus dueñas las corporaciones imperialistas.

Y me dice:

—Los pueblos del mundo marchan a tu lado.

Pero no me compra la fregona.

El ordenador me adjudica el número siguiente de la cola, señor y señora Wells del estado de Washington, código de área 509, y me coge el teléfono una chica.

—¿Te puedo hablar de una revolución en materia de mantenimiento de suelos? —le digo.

—Vale —me dice ella—. Habla.

El Saludo, la Concesión y la Venta.

Y la chica me interrumpe:

—Te envidio —me dice—. Vivo atrapada en una birria de ciudad llamada Walla Walla, a un depósito de gasolina de distancia de cualquier cosa que esté bien. Voy a la escuela con una panda de clones, todos con la misma ropa, el mismo peinado y los mismos sueños, como si todos saliéramos de la misma cadena de montaje. Y no voy a poder escaparme nunca. Jamás.

Le explico que el Wonder Wet Wiper constituye un sistema completo de mejora de los suelos…

—¿Tienes un elefante? —me dice—. O sea, ¿vas al trabajo montado en un elefante de verdad, vivo?

La cola, el tiempo medio de llamada, la supervisora de sala.

—Sí —le digo, saliéndome del guion—. Un elefante indio de cinco años.

—Cómo mola, ¿no? —me dice ella.

—Se llama «Sinbad» —le digo yo.

—¡Me encanta! —dice la chica—. Yo tengo una gata. Bueno, en realidad es una ocelote. O será una ocelote cuando sea adulta, pero se llama «Pepper».

La supervisora de sala me está mirando, caminando hacia mí, lo bastante cerca ya como para oírme.

—Mis padres me adoptaron cuando yo era bebé —dice la chica—, en Zaire. Mi padre adoptivo trabajaba allí en el Cuerpo de Paz. Son muy majos y tal, pero es raro ser la única chica africana-americana de, no sé, todo este sitio —me dice—. ¿Sabes qué es un ocelote?

Me apunto el teléfono de la chica en mi bloc de notas y le pregunto si la puedo poner en nuestra lista de segundas llamadas para otra noche. Y así podemos seguir hablando del Wonder Wet Wiper.

—Sí, por favor —me dice—. Samantha. Soy Samantha, pero mi nombre de nacimiento es Shamu-Rindi.

Y finalizo la llamada.

Esa semana en el instituto me acerco a una chica negra durante el almuerzo y le pregunto:

—¿Eres de Zaire?

Y ella se me queda mirando. Me da la espalda con gesto ofendido y se aleja.

Otro día le pregunto a una chica negra si tiene un ocelote.

—¿Un *qué*? —me dice ella.

—Es un felino salvaje pequeño —le digo.

Y ella pone los ojos en blanco y me dice:

—*Ya sé* qué es un ocelote.

Otro día me acerco a la última chica negra de la Escuela Secundaria Thomas Jefferson y le pregunto:

—¿Tu nombre de verdad es Shamu-Rindi?

La chica parpadea, despacio, mirándome, esperando. Así que le pregunto:

—¿Samantha Wells?

Y la chica levanta una mano, despacio, y señala con la uña a una chica que hay en la otra punta de la cafetería. Una chica blanca. Con el pelo largo y rubio. Y uniforme de animadora.

En mi segunda llamada, Samantha «Shamu-Rindi» me dice:

—… a nadie le gusta la misma música que a mí, rollo tecno tribal con ritmos étnicos globales. Ni tampoco la comida orgánica y natural que es la única que puedo comer. O sea, mis gustos van mucho más allá de las limitadas experiencias de los demás…

No le digo nada.

—Un buen ejemplo —me dice ella— es el verano de por aquí. La humedad me encrespa todo el pelo…

Yo no digo nada.

—¿Cómo está tu elefante? —me dice ella.

Bien, le digo. Está bien.

—Sinbad, ¿verdad? —me dice ella.

Le pregunto si quiere comprar el Wonder Wet Wiper.

Y Samantha me dice:

—Si te compro uno, ¿me volverás a llamar mañana?

En mi siguiente noche de trabajo, un hombre con código de área de Yakima me dice:

—Ahora mismo lo que quiero saber es cómo es posible que nuestros contribuyentes os regalen miles de millones en ayudas financieras y vosotros nunca progreséis. ¡Siempre estáis pillando el sida o teniendo hambrunas!

La supervisora de sala se me planta al lado de la silla. Niega con la cabeza y se pasa el dedo por la garganta.

Y finalizo la llamada.

En otra de mis llamadas, Samantha me dice:

—… me encanta que seas indio. —Dice—: Es supersexy. ¿O eres paquistaní?

Yo le pregunto si quiere comprar su quinto Wonder Wet Wiper.

A la semana siguiente en la Escuela Secundaria Thomas Jefferson me acerco a la animadora rubia y le digo:

—Eh —le digo—. ¿Eres Samantha Wells?

Y ella me dice:

—¿Quién lo pregunta?

Con la misma voz que conozco del teléfono. La chica que ya tiene casi una docena de Wonder Wet Wipers pero ningún ocelote.

Y yo, el dueño de un elefante imaginario, le digo:

—¿Quieres salir conmigo algún día?

Y Samantha me dice:

—Estoy en una relación. —Me dice—: Con un chico que no estudia aquí. —Con un susurro de pega, acercándose mucho a mí, con su camiseta de animadora y la melena rubia recogida en una coleta por detrás de la cabeza, me dice—: Es hindú. Tenemos un rollo romántico a larga distancia…

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

Porque nunca le he dicho cómo me llamo.

Samantha niega con la cabeza y dice:

—No lo conoces.

Así que le pregunto…

Le pregunto cómo puede salir con alguien que no cree en el único Dios cristiano y verdadero.

Allí plantado, con un pelo y una ropa y unos sueños que parecen salidos de la misma cadena de montaje que los suyos, un clon más, le digo:

—Todos esos hindúes… —Le digo—: Los hindúes son maricones.

Y ella me dice:

—Disculpa.

Y se da la vuelta, meciendo su coleta, y empieza a alejarse.

Y mientras se marcha, yo le grito que es blanca. Le grito que es una chica de raza blanca. Que tiene que salir con chicos blancos y cristianos… No liarse con un maricón de color de la otra punta del mundo y tener niños mestizos e impíos…

Y le grito:

—Soy Bill. —Le grito—: Me llamo Bill Henderson.

Pero para entonces Samantha Wells ya se ha marchado… del todo.

EL PRÍNCIPE SAPO

Mona Gleason tiene un pequeño tatuaje del Ratón Mickey en la nalga, de forma que Ethan decide empezar por ahí. Se lo besa y, susurrándole las palabras con la boca pegada a su piel, le dice:

—Imagínate al primer cavernícola.

—Para —le dice Mona—. No me hagas cosquillas.

Pero no se da la vuelta.

Él le vuelve a besar el ratón y le dice:

—Imagínate un cavernícola al que pinchan con un palo quemado. El hollín se le queda bajo la piel y el cavernícola se da cuenta de que la mancha negra no se le va a marchar nunca…

Esto es después de que Ethan ya lo haya hecho todo con ella menos follar. Mona está en la habitación de él, los dos en su cama, con una larga tarde por delante antes de que sus padres salgan del trabajo. Para Ethan ha sido toda una batalla no quitarse los pantalones. La ropa de Mona está por todas partes. Su camiseta y su falda. Cubriendo el escritorio de Ethan, cubriéndolo todo salvo a ella. Él le ha estrujado las tetas y le ha bajado las bragas. El tatuaje de Mona está en un sitio donde sus padres nunca lo van a encontrar. Esa es la idea. Mona está lo bastante mojada como para llegar hasta el final. Está gimoteando y chorreando sobre las sábanas, pero Ethan no quiere repetir sus desastres del pasado reciente.

A diferencia del primer cavernícola, Ethan quiere que la historia le reconozca su descubrimiento.

Frunce los labios y sorbe, dejándole la cara toda morada al Ratón Mickey.

—No te lo pierdas: el Chupetón Mickey —dice.

Tumbada boca abajo, Mona se retuerce pero aun así no se lo puede ver, necesitaría un espejo.

—¿Te imaginas a aquel primer cavernícola expandiendo la mancha? —pregunta Ethan.

Describe el hollín y una esquirla afilada de hueso y a alguien que se pincha a sí mismo hasta quedar cubierto de sangre. Menuda locura debió de

parecerles a los demás cavernícolas. Todo lo que termina quedando superbién siempre parece una locura al principio. Pellizca la piel del Ratón Mickey y dice:

—¿Te imaginas a la primera cavernícola que se clavó un pendiente en la oreja? —Le dice—: Fuera lo que fuera, una espina de pescado o de cactus, ni siquiera debió de saber que era un pendiente.

Mona suelta una risita y le frota la polla a través de los pantalones.

—Ahora las mujeres sois indestructibles —dice Ethan—. Estáis todas vacunadas contra el virus del papiloma humano y tenéis un millón de maneras de no quedaros embarazadas.

La mirada de ella va y viene entre la entrepierna de Ethan y su cara. Mona se relame los labios.

Ethan cuenta la práctica del «perlaje», inventada por los nativos de las islas de los mares del Sur. El nativo se hace un cortecito en la piel de la punta del pene. Se implanta una perla justo debajo de esa capa superior de piel y luego se cose el corte. Seguramente no se lo hace él mismo. Seguramente hace falta un equipo de fútbol entero de tonganos para sujetarlo mientras se lo hace un brujo. Pero si la herida se cura bien, repiten el procedimiento. Y así le van enterrando perlas, una hilera de perlas, a lo largo de la punta de la polla. De esa forma, cuando la tiene dura, esas perlas, esos bultitos, frotan a la mujer de manera satisfactoria.

Cuando oye esto, Mona le sigue frotando, pero ya no tan fuerte. Le mira los pantalones y le pregunta:

—¿Es eso lo que me estás ocultando?

—No —dice Ethan.

Y deja que crea que no es nada tan serio.

La estrategia es llegar a la verdad pasito a pasito. De los tatuajes y las perforaciones de orejas ha pasado al perlaje. A continuación describe la inflación salina. Hay gente, sobre todo tíos, que se hacen un cortecito en la piel de la parte superior de los escrotos. Hace hincapié en el plural, «tíos» y «escrotos», para que no parezca el simple pasatiempo aislado de un puñado de monstruitos de feria pervertidos. Luego el tipo se introduce un tubo estéril dentro del cortecito y se llena el escroto con varios litros de solución salina. Se infla el saco de las pelotas hasta tenerlo del tamaño de una pelota de baloncesto y luego se tapa la incisión con cinta adhesiva para curársela.

Cuando escucha esto, Mona deja de buscarle la bragueta. Se ha quedado un poco verde, pero eso ya formaba parte del plan.

—También lo hacen mujeres —le explica Ethan—. Se lo hacen en los pechos, con una aguja grande como las que se usan para donar sangre. Da igual que sea el escroto o los pechos, solo aguantan inflados un par de días antes de que el cuerpo de la persona absorba el agua. He visto fotos en internet —dice Ethan—. Se te ponen las tetas grandes y bien juntas, como si llevaras un sujetador de gel de Victoria's Secret, pero sin el sujetador.

La imagen hace que Mona cruce los brazos sobre el pecho.

Ethan no la ha elegido porque esté buena. Simplemente pensó que sería más abierta de miras. A diferencia de Amber Reynolds o de Windy Finerman. A Mona Gleason la conoció en su clase de Microbiología Preuniversitaria. Durante un segmento sobre virología. La ama porque ella ama los virus. Son la pareja perfecta. En la entrepierna de Ethan se menea algo, como un bebé listo para nacer.

—Modificación corporal —dice él.

Cada época adopta una moda que resulta ridícula vista desde cualquier otro punto de la historia.

Ahora se da cuenta de que Mona ya no ve claro si lo quiere hacer con él. Sigue estando caliente. Pero todo lo que él le acaba de decir le ha apagado un poco la calentura.

—En mi opinión —sigue diciendo Ethan—, uno tiene que sacrificar su vida por algo.

Se fija en que Mona se ha alejado hasta la otra punta de la cama vacía.

—¿Has oído hablar de las Coles de Burdeles? —le pregunta.

—¿Las coles de Bruselas? —dice Mona.

Ethan lo repite más despacio.

—De burdeles —dice—. Ya sabes, casas de putas.

Ahora Mona parece recelosa. Se le arruga la frente como si no quisiera atar cabos.

—¿Y de los «badenes»? —pregunta él.

A Mona le desaparecen de la frente las arrugas de preocupación. Asiente con la cabeza.

—¿Conoces las «mazorcas»? —pregunta.

Mona pone los ojos en blanco. Con una cara de alivio tontorrón, dice:

—Pues claro.

Ethan niega con la cabeza.

—No tienes ni idea de qué te estoy hablando. —Se asegura de que la ventana está bien cerrada. Se queda escuchando por si oye pasar a alguien lo

bastante cerca como para oírlos. Cuando está seguro de que no hay moros en la costa, continúa diciendo—: Así es como los llaman las mujeres de la calle.

—¿Las putas? —pregunta Mona.

Ethan levanta un dedo para corregirla.

—Prostitutas —dice.

—¿Mazorcas?

—Tú escucha —le dice Ethan.

Y le cuenta que un día fue al lado este de la ciudad. Una noche, ya tarde, salió de la casa a hurtadillas y cogió un autobús que llevaba al este. Otras veces fue en fin de semana. Eran viajes de investigación. No le costaron mucho.

Al oír esto, Mona hace una mueca como si supiera adónde quiere ir a parar.

—Me puse guantes de látex —dice Ethan en defensa de sus métodos. De su protocolo científico.

Y le cuenta que ha estado robando bolas de algodón estéril de la consulta de la enfermera de la escuela y placas de Petri del laboratorio de Química. Y que ha cultivado las muestras aquí mismo, en el escritorio de su habitación.

Mona mira el escritorio atiborrado de libros. Libros de texto de virología. No hay placas de Petri.

—¿Te has acostado con prostitutas? —le pregunta.

Ethan hace una mueca.

—No —dice—. Solo les he cogido muestras para un frotis.

A juzgar por su expresión, Mona se está imaginando a alguien fregando el suelo. A marineros en la cubierta de un barco restregando la cubierta con mochos y cubos de agua con jabón.

Para clarificar las cosas, Ethan le explica:

—Le he preguntado a cada sujeto por el historial de su infección. Cuánto tiempo hace que se manifestó. Cómo de deprisa se extendió. Y les he hecho preguntas sobre sus molestias y demás síntomas negativos.

A juzgar por su aspecto, Mona está a punto de ponerse a buscar su ropa.

A fin de ganar tiempo, y de calmarla, Ethan dice:

—No es lo que crees —dice en tono tranquilizador—. Si estás vacunada, te aseguro que no corres peligro.

Mona estira el brazo para coger algo desde la cama. Intenta coger su teléfono, pero Ethan lo agarra primero. Sostiene el teléfono de Mona con el brazo extendido para que ella no lo pueda alcanzar y repite:

—¿Te imaginas lo loco que debió de parecer el primer hombre que tuvo un tatuaje?

Mona le aguanta la mirada.

Ethan le está contando todo esto porque quiere que ella lo entienda. No es un lunático. Tampoco es un timorato; simplemente hay cosas que necesita mantener en secreto. Quiere que Mona sepa qué la espera cuando por fin él se baje los pantalones. Es un artista. Es un pionero revolucionario. Se lo está contando para que no chille cuando lo vea.

Se levanta y se planta frente a ella.

—¿Te acuerdas de la primera mujer de las cavernas que se atravesó la nariz con un hueso? —le sugiere.

Se lleva las manos al cinturón. Para desabrocharse la hebilla. Tira el teléfono detrás de su espalda. Se abre el cinturón.

No quiere que ella chille como cuando Amber Reynolds se puso a pedir socorro a gritos. Ni que llame al 911, que es lo que intentó hacer Wendy Finerman.

Ethan es el eslabón perdido que quiere dejar de estar perdido.

—Soy lo que hay entre los seres humanos y lo que viene a continuación.

Mona ya no está caliente. Pero tampoco es una cobarde. La curiosidad la tiene enganchada. Se pone en cuclillas sobre la cama, con las piernas dobladas por debajo del cuerpo, mientras él sigue de pie. Se aparta el pelo de la cara con los dedos. Las tetas y los pezones se le han aplanado. Él se abre el botón superior de los vaqueros.

—No soy el primer científico que se usa a sí mismo de conejillo de Indias —dice Ethan.

Mientras se abre la cremallera de la bragueta, puede leer la expresión de Mona. La cosa no está yendo bien. Ha empezado despacio, ha presentado sus argumentos de forma gradual, pero lo que ella ve ahora le borra de la cara toda racionalidad científica. Los ojos se le ponen como platos. La boca se le queda abierta. El único ruido que hace es una pequeña exclamación ahogada y entrecortada.

—Mi método —intenta explicarle Ethan— ha sido practicar pequeños pinchazos e infectar cada uno de ellos con una muestra distinta. —Lucha por mostrarse razonable y no reaccionar a la expresión de la cara de ella—. Como se hace en biología —dice en tono esperanzado—. Como hizo Gregor Mendel con los guisantes… —dice—. Soy mi propio huerto experimental.

Así es como debió de sentirse el primer cavernícola tatuado. O incluso el príncipe Alberto cuando todo el mundo en los vestuarios de su instituto lo

estaba mirando y pensando que era un puñetero chiflado, sin saber que en realidad el príncipe Alberto era un brillante iniciador de tendencias y que dentro de unos cuantos años todo el mundo querría lo mismo. No, hasta el último estúpido jugador de fútbol americano debió de quedarse seguramente mirando boquiabierto al príncipe Alberto de la misma forma en que ahora Mona está boquiabierta, con las mejillas blancas como el papel.

A pesar del cuidado con que él la ha preparado, Mona no hace nada más que mirar fijamente la entrepierna de Ethan. Se le queda la cara petrificada en una risa silenciosa mientras él intenta explicarle su método científico. Igual que el perlaje, igual que tantas otras formas de modificación corporal, su meta ha sido intensificar las sensaciones sexuales. Si todas las mujeres están vacunadas, ¿qué importa que un hombre esté infectado? Ha plantado sus hileras de cultivos experimentales y ha esperado a ver qué brotaba. Los pinchazos no fueron demasiado duros. Fueron más fáciles que un tatuaje. Menos dolorosos que un *piercing*.

Cuando los primeros resultados le brotaron de la piel, formaron una hilera de bultitos. Casi bonitos. Como una granja de cuento infantil. A lo largo de sus partes privadas había un rastro delicado de nódulos demasiado diminutos para verlos salvo con una lupa. Cuando aquellos nódulos empezaron a crecer, Ethan entendió por qué los llamaban Coles de Burdeles. Cuando las filas terminaron de brotar y empezaron a crecer, sus partes quedaron rodeadas de hileras de bulbos, y entonces entendió por qué también se llamaban mazorcas.

Mona se arrodilla a sus pies, mirando de reojo la ventana. Echando un vistazo a la puerta cerrada con llave. Plantado con las piernas abiertas, irguiéndose por encima de ella, Ethan le dice:

—Desde un punto de vista científico, tienes que admitir que son fascinantes.

Había algunos rojos. Otros, rosa. Había goterones de carne de color rosa intenso. Otros se veían más oscuros, sarpullidos de color lavanda que crecían de otros sarpullidos de color violeta. Había unos cuantos de color blanco pálido, más grandes que el resto y proyectándose hacia fuera como pequeños tentáculos. En Microbiología habían estudiado que los virus no están ni vivos ni muertos. Técnicamente, al menos. La ciencia no estaba segura de qué era un virus, más que una partícula de ácido nucleico cubierta de proteína.

No hace falta decir que ahora Ethan tiene que sentarse para mear.

También es bastante obvio que a Mona se le han secado las partes íntimas.

Cada vez más, su padre le dice que es demasiado listo para su propio bien, pero esta vez Ethan sabe que no es el caso. En cuanto consiga perfeccionar su

proceso, lo patentará o registrará los derechos de autoría o lo que sea, y eso hará rica a su familia. Ethan ha inventado la única forma segura y eficaz de cultivar y personalizar las partes de un hombre. El mundo llamará a su puerta.

El problema es que el huerto de Ethan no ha parado de crecer. Incluso ahora mismo su huerto sigue inflándose. Ya no es una sola mazorca. Es un campo entero de maíz. Ya no es un simple huerto experimental. Es un bosque de nodos y nódulos. En sus partes bajas hay racimos de verrugas tan moradas que casi parecen negras. De los brotes le salen gruesos fibromas blandos que se ramifican como zarcillos hasta formar una selva que le cuelga hasta llegarle casi a las rodillas.

Entre las piernas de Ethan hay jardines colgantes de aspecto enmarañado, erizados de bultos que penden de la parte de atrás de otros bultos más grandes que a su vez cuelgan de montículos informes de carne flácida. Formando un puñado anguloso de estalactitas, de tejido laxo y caído que cuelga como una pesada cortina. Y desde este denso fleco de crecimiento celular aberrante descienden lentamente ristras parecidas a cordones de baba seminal, tan incolora como saliva de araña, que cualquier movimiento o respiración o latido cardiaco acelerado hace pendular suavemente de lado a lado.

Y de alguna forma esa jungla babeante puede sentir la presencia de Mona. Le huele las tetas y siente el calor de su piel desnuda. Igual que sintió la presencia de Amber y de Wendy. Y sigue creciendo, robándole la sangre que normalmente le iría a Ethan a la corteza cerebral. Usurpándole el sistema nervioso. Y creciendo hasta convertirse en una bestia que no para de proyectar pedúnculos de carne y antenas hasta que el resto de Ethan, del Ethan original, empieza a marchitarse y encogerse. La bestia se expande, en las verrugas florecen nódulos, inflándose como globos a partir de regueros rebeldes de carne inflada. Y se sigue expandiendo, llenándose de sangre y de linfa hasta que de Ethan no queda más que un vestigio replegado y encogido, posado en mitad de la espalda llena de motas rojas y erizada de verrugas de la bestia.

Y la bestia se yergue ante Mona, inhumana e irracional. Ethan ya no es más que una mancha cutánea que se repliega hasta el culo de la criatura. Ya no es más que lo que el Chupetón Mickey es a Mona.

La bestia se mueve igual que se ha movido siempre. Sin músculos. Sin huesos. Igual que se mueve un paramecio a base de expandirse a sí mismo en una sola dirección por la cama. La bestia se mueve con empujones peristálticos de nodos temblorosos, alternando inundaciones hidráulicas y

drenados de paredes celulares. No necesita esqueleto que le dé forma. Y a base de hacer todo esto, se acerca dando tumbos a ella.

A estas alturas, Ethan está casi dormido. No está ni vivo ni muerto. Apenas puede hablar porque la bestia está usando casi toda su sangre. Con una vocecilla muy débil, dice:

—Lo peor que puedes hacer es sucumbir al pánico.

Razona con ella, deseoso de darle una explicación cuerda y lógica sobre estética. Sobre la vanguardia de la cultura y la evolución.

Susurrando, le dice:

—Las mujeres no sois las únicas que podéis traer al mundo vida nueva.

Él es la prueba viviente. Al principio no era más que un chaval que intentaba cultivar en su polla y enriquecerse, pero antes de darse cuenta se vio convertido en el portal de entrada de una nueva especie dominante.

El problema es que no lo puede conseguir él solo.

Le suplica: si Mona pudiera estirar el brazo y tocarlo… Acariciarlo. Quizá besarlo, como si fuera el sapo feo de un cuento de hadas. La cultura popular está repleta de cosas monstruosas que brotan de jóvenes normales y ordinarios. En opinión de Ethan, esto no es tan distinto de lo que le pasó a Spiderman. Mona Gleason podría ser su coinventora. Podría hacerse amiga de la criatura y conseguir que bajara la hinchazón. Entre los dos la podrían domesticar.

Con solo un… un beso, él se volvería a convertir en su Príncipe Azul.

Lo poco que queda de Ethan es sorbido y secado y arrugado hasta no ser más que un grano en el culo del monstruo, pero todavía puede oír el grito de Mona.

Después del grito sabe que Mona intentará escapar. Igual que lo intentaron Amber y Wendy. Y en cuanto él se recupere, se despertará para encontrarse a Mona igual que se encontró a Amber: asfixiada y llena de magulladuras y todo lo demás, y tendrá que meter su cadáver en el armario antes de que lleguen a casa sus padres. Al día siguiente tendrá que ir al instituto y sentarse al lado de la mesa vacía de ella. Por la tarde tendrá que volver deprisa a casa para enterrarla. Está casi seguro de que ni la policía ni sus padres entenderían lo sucedido. Y en cuanto les llegue la voz a las putas a las que les cogió muestras, armarán un Cristo y ya nadie conseguirá los derechos de patente exclusivos.

Luego, para empeorar las cosas, tendrá que empezar otra vez a buscar una novia nueva.

Y es entonces cuando Ethan siente algo. Unas cosquillas. Un cosquilleo.

En ese momento siente algo cálido. El contacto cálido de unos dedos, cuando Mona hurga en las profundidades de la masa convulsa de pelos enredados y carne colgante y cuando sus labios suaves y encantadores se cierran en torno a la parte pequeña y húmeda que todavía queda de él.

HUMO

Las palabras ya nunca le salían sin más. Necesitaba calcular y sopesar hasta la última sílaba. Todo lo que decía estaba calibrado para provocar risas o para dominar o para ganar dinero. Estaba sentado en la cocina, bebiendo café mientras su mujer miraba una revista. Ahora la bajó un poco y le preguntó:

—¿Qué te pasa por la cabecita?

Él solo le podía ver los ojos azules por encima de las cubiertas.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —dijo ella.

Cualquier respuesta que él pudiera darle resultaría trillada. Hablar de lo que fuera… crear más palabras solo empeoraría una situación ya deplorable. Ya hacía demasiado tiempo que el lenguaje lo usaba como yegua de cría, de forma que había decidido no decir nada más a menos que tuviera algo importante que decir. Había dejado de lado el crucigrama del periódico que hacía todas las mañanas. Usaba el libro que había estado leyendo de posavasos para su tazón de café. Ya sentía las palabras que tenía encerradas dentro, la presión en aumento, expandiéndose hacia una explosión. Le preocupaba la posibilidad de que el lenguaje hubiera llegado a la Tierra y hubiera inventado a la gente a fin de perpetuarse. Lo decía la Biblia: «En el principio estaba la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios». El lenguaje había llegado del espacio exterior y había apareado a los lagartos o a los monos o a quien fuera, hasta fabricar un anfitrión personalizado que pudiera hacerle de vehículo. Luego le había enseñado a esa primera persona la compleja secuencia de ADN de los nombres propios y los verbos compuestos. Fuera del lenguaje él no existía. No había un método para escapar. Sentir cualquier cosa ya requería cantidades cada vez mayores de palabras. Depósitos enormes y cargamentos aéreos de palabras. Hacía falta una montaña entera de charla para alcanzar la idea más minúscula. La conversación era como una de esas máquina de Rube Goldberg en las que un pájaro picoteaba un grano de trigo pegado a un botón y al pulsar el botón activaba una locomotora y la mandaba a toda velocidad por ciento cincuenta kilómetros de vía desgastada hasta que chocaba contra una bomba atómica

cuya explosión asustaba a un ratón en Nueva Zelanda haciendo que se le cayera un trozo de queso azul sobre una balanza y descompensara los platillos de manera que el platillo vacío se elevara y accionara un interruptor que meneaba un cable que a su vez liberaba un martillito que caía con la fuerza suficiente como para partir la cáscara de un pistacho. Su esposa suspiró como si fuera a decir algo. Él se la quedó mirando, expectante, confiando en que fuera el pistacho. Las letras grandes y amarillas de su revista decían: «Elle Decor». Su mujer tosió y volvió a la lectura, levantando su taza de café y apoyándosela en los labios para convertirla en una especie de máscara blanca mientras le decía:

—Los franceses tienen una expresión para referirse a lo que estás pensando.

Él sabía a ciencia cierta que todo el mundo estaba poblado por miles de millones de microbios, y no solo la flora del tracto intestinal. La gente hacía de anfitrión para unas poblaciones de ácaros y de virus que solo querían reproducirse y seguir viviendo en otra parte. Con cada apretón de manos abandonaban el barco. Era una locura imaginarse que fuéramos otra cosa que simples vehículos que transportaban de un lado a otro a los mandones de nuestros pasajeros. No éramos nada. Dio un sorbo de café, mandándole más azúcar y cafeína a todo el mundo que iba a bordo. A fin de aliviar la presión, se imaginó a sí mismo echando paladas de palabras a un horno en el que se quemaban para darle energía a un transatlántico colosal en el que cada camarote era del tamaño de un campo de fútbol y cada salón de baile era tan grande que no se veía la pared del otro lado. Esa embarcación cruzaba a vapor un océano donde siempre era de noche. Hasta la última luz de la última cubierta emitía un resplandor blando de quirófano mientras sonaba un vals, y las chimeneas escupían el rastro de cenizas de los diálogos incinerados. Él estaba en la carbonera, con los pies bien separados para darse estabilidad mientras echaba paladas de «Hola» y «Feliz cumpleaños» y «Que tengas un buen día» a las llamas rugientes. Echó un montón de «Te quiero» y una pila de «¿Eso incluye el IVA?». Se imaginó un planeta azul y perfecto, libre de palabras hasta que algún día llegaba aquel barco. Que ni siquiera tenía que ser un transatlántico. Bastaba con un simple bote salvavidas. Con un solo marinero agonizante incubando todavía un puñado de palabras viables dentro de la boca. Con su último aliento, el marinero preguntaría «¿Quién es?», y con eso bastaría para destruir un paraíso.

FESTIVALERO

La tormenta de arena no llegó con pasitos sigilosos. No fue como esa niebla de Dashiell Hammett que va apoderándose de San Francisco, ni como la niebla que usa Raymond Chandler para crear el escenario de Los Ángeles. Aquella tormenta del desierto descendió sobre el poblado de tiendas de campaña en forma de ventisca marrón y abrasadora. Sin perder un momento, los acampados se refugiaron dentro de las tiendas azotadas por los elementos. Se ataron pañuelos mojados sobre la nariz y la boca. En vez de bailar la danza india de los aros y de tragar fuego, se encendieron las cachimbas y se contaron historias en voz baja a la luz de las linternas. Hablando en susurros por respeto a los muertos, rememoraron a aquellos festivaleros que habían abandonado el resguardo de sus tribus. A inconscientes que se habían aventurado a salir en plena tormenta, como la de esa noche, confiando en su sentido borrachuzo de la orientación. Puede que su destino solo estuviera a unos pocos metros, pero yendo a ciegas, con los ojos fuertemente cerrados para protegerse de la abrasión del polvo, los viajeros habían errado el rumbo. Bajo el azote de la arena, se habían desviado todavía más. Dando tumbos guiados por una fe ciega, habían estado seguros de que podrían aferrarse a algo sólido. La salvación siempre había parecido estar al alcance de su mano…

Al amanecer, un *walkie-talkie* graznó. Primero una ráfaga de estática, seguida de una voz. Una voz femenina. Enterrado a medias, cubierto de polvo apelmazado, el *walkie-talkie* preguntó:

—Arcoíris, ¿me recibes?

Otro carraspeo de estática flotó en el aire polvoriento.

—Soy Tartita de Fresa —dijo la voz—. Tengo un Código Hierbabuena. ¿Me recibes?

Al salir el sol la arena ya se había asentado. En las inmediaciones del *walkie-talkie* descendió una larga cremallera. Una mano se asomó desde el interior de un saco de dormir húmedo. Con todos los dedos pintados con filigranas de henna. Las uñas pintadas de negro. Y un anillo de esos que

cambian de color según el estado de ánimo, con la piedra convertida en ónice: ansiedad. El nivel más bajo. No era una mano joven, ya tenía su edad. Palpó el suelo de tierra de los alrededores de la tienda, descartando barras luminosas muertas y collares de golosinas y condones usados y pegajosos, hasta que encontró el *walkie-talkie* y lo arrastró de vuelta al interior del saco de dormir. Una voz amortiguada de hombre tosió. Y por fin contestó:

—Aquí Arcoíris.

—Gracias a la diosa —contestó la voz femenina. Tartita de Fresa.

Adormilado, el hombre se hurgó con el dedo en las profundidades del ombligo. Era una de las ventajas de haber llegado a la mediana edad: le había salido tripa. La vida le había conferido esa clase de barriga dura y redonda que abultaba y obligaba a las chicas a arquear la espalda cuando él se las tiraba por detrás. Cuanto más grande era la panza de un tío, más profundo era su ombligo. El de Arcoíris era como el marsupio de un canguro. Con la yema del dedo palpó un Stelazine de cinco miligramos. Un Mandrax sudafricano. Un Mellaril de quince miligramos, almacenado allí para emergencias como aquella. Cogió con las puntas de los dedos un Mellaril verde de diez miligramos y se lo metió entre los labios cuarteados.

—¿Estás segura de que es un Código Hierbabuena? —preguntó.

Y el saco de dormir se replegó para revelar a su ocupante: un hombre barbudo y quemado por el sol. Un enredo de collares de cuentas amenazaba con estrangularlo. Se le enganchaban en los pelos del pecho desnudo. Uno de los collares de cuentas estaba ensartado en un aro plateado que le atravesaba el labio inferior. Con el *walkie-talkie* pegado a la oreja, preguntó:

—¿Dónde?

Olió meados de gato. Con la mano libre se agarró un puñado de sus rastas y se las aceró a la nariz.

—Estoy en el Campamento de la Gente de Barro —dijo la voz de Tartita de Fresa.

El saco de dormir estaba demasiado mojado para ser solo sudor. Al lado de Arcoíris había tirada una cachimba vacía, con sus contenidos derramados. El agua de dentro le había empapado las rastas. Y ni siquiera era agua. La noche anterior había llenado la cachimba de Jägermeister. Entre el Jäger, el alquitrán de la maría y el THC, ahora le apestaba la cabeza.

Y encogida todavía más cerca había otra persona desnuda. Una joven experimentadora, profundamente dormida. Dormida en plan comatoso. Dormida como alguien que ha sufrido una maldición de cuento de hadas. Alguien le había pegado estrellas por toda la cara y por las tetas desnudas.

Unos pezones igual de grandes y de color violeta oscuro que si fueran ciruelas, o más grandes. Las mismas estrellas de celofán brillante que los maestros usaban para poner nota a los deberes, de color rojo y dorado y plateado. Alguien había usado rotulador permanente negro para escribirle algo en la frente. Arcoíris lo leyó e hizo una mueca de dolor. La inscripción en mayúsculas decía: «Niña de papá». Examinó con atención la caligrafía. No parecía la suya.

La chica estaba tan dormida que ni siquiera la despertaba la bandada de moscas que tenía sobre las tetas. Arcoíris las alejó con la mano de todas maneras. Un gesto vacío de galantería. Las moscas zumbaron en el aire; en el momento mismo en que retiró la mano, descendieron sobre la chica como buitres.

Tartita preguntó si debería llamar a la policía.

Eso devolvió a Arcoíris a la realidad. O casi a la realidad. Bastante cerca. El Mellaril estaba haciendo su magia.

—Negatorio —dice—. Nunca llamamos a la pasma. —Hizo una pausa para dar énfasis—. ¿Me recibes?

La voz del *walkie-talkie* rompió a llorar y se puso a suplicar:

—Por favor, ven deprisa.

Él esperó a que ella recobrara el aliento.

—Tartita, ¿me recibes? —Le quitó a la chica del vello púbico una ladilla del tamaño de una lenteja y la tiró hacia el resto de ocupantes adormilados de la tienda—. No llames a nadie de fuera, ¿entendido?

El Campamento de la Gente de Barro. No era el sitio que más le gustaba visitar a Arcoíris. Ni mucho menos. Prefería pasar una luna entera mirando tragafuegos y danzas con aros en el Campamento de los Payasos Tristes, y eso que le caían como el culo los frikis de los Payasos Tristes. De momento se limitó a salir de su saco de dormir violeta del Dinosaurio Barney y a encontrar su teléfono tirado en la tierra. Limpió una capa de polvillo del desierto de la pantalla. Todavía no eran las ocho. La mayoría del poblado de tiendas de campaña debía de estar durmiendo todavía. La pantalla decía que ya estaban a treinta y cinco grados. Estiró los brazos. El parte anunciaba sol todo el día. Después de encontrar sus chancletas y de ajustarse el taparrabos, se fue a buscar un café al Pabellón de la Hospitalidad. Estaba de camino al Campamento del Barro. No tenía prisa. Un cadáver podía esperar.

Mientras daba un rodeo a una instalación artística, un pene erecto esculpido en cartón piedra, Arcoíris mandó un par de mensajes de texto a sendos ayudantes potenciales. Una panda de colgados había transportado

hasta allí el pene a bordo de un camión con plataforma desde East Lansing. Era tan grande como un campanario de iglesia y estaba lleno de fuegos artificiales ilegales, listos para ser lanzados esa misma noche en el festival.

Construir. Quemar. Construir. Quemar. Venerar y destruir. El festival era una versión acelerada de la civilización. Adoptaba y celebraba la demencia insensata de las empresas humanas.

Con los pulgares danzando sobre el teclado, Arcoíris reiteró que aquello era un Código Hierbabuena. Tecleó: «Esto no es un simulacro».

Se detuvo entre las tiendas para echar una meada. Debió de llegar al suelo como mucho la mitad de sus meados. Así de abrasador era ya el aire matinal.

Le sonó el teléfono. Alguien lo estaba llamando desde un número bloqueado. O bien su mujer o una pelirroja a la que había visto de presentadora en un canal por cable. Se arriesgó.

—¿Ludlow Roberts? —Era su mujer—. ¿Dónde estás?

Para estar a una distancia en avión de seiscientos catorce dólares, sin contar impuestos y tasas de equipaje, su voz sonaba asombrosamente clara.

Arcoíris se planteó colgar.

—He llamado al hotel —siguió diciendo ella—. No hay ninguna convención de la Asociación de Artistas Freelance en Orlando.

Él se mordió la lengua. Con la punta del dedo índice se puso a hurgarse en el ombligo en busca del Luminal, por si acaso le hacía falta.

Su mujer tenía sus propios demonios. Llevaba más de veinte años trabajando de chupatintas en una agencia estatal. Calculando cuentas a pagar. Intereses acumulados. Y eso después de ir al instituto con Bill Gates. Palabrita del niño Jesús. William Henry Gates III. No a la misma clase, ella iba tres años por detrás, pero sí que lo había pillado mirándola de forma significativa. Unas miraditas largas y significativas a las que ella no había respondido. Todo el mundo sabe que el destino no te ofrece un premio tan grande dos veces en una sola vida. Así que hoy en día se aplicaba a su trabajo como si fuera la penitencia que se merecía. Y ahora le siguió diciendo por teléfono:

—Estás *ahí*, ¿verdad? Has roto tu promesa. —Sonaba devastada—. Con todos esos hippies.

Arcoíris colgó. Encontró el Mandrax y lo masticó para que le hiciera efecto más deprisa.

La gente del Pabellón de la Hospitalidad sabía cómo le gustaba el café. Sin nada de soja. Sin LSD. Sin mescalina. Sobre todo, que no fuera descafeinado. Y mejor todavía, que no tuviera café. Le llenaban un tazón de

cerámica hecho a mano y le daban un bagel integral de acompañamiento. Él se llevaba el tazón a los labios y daba un trago largo: ron, ron azucarado con sabor a plátano. Eran los beneficios de ser un Promotor de la Fraternidad. Arcoíris miró a los empleados en busca de señales de que estuvieran enterados de lo del muerto. Hasta el último centímetro cuadrado de piel que no estaba cubierto de pelo lo tenían atiborrado de tatuajes. Nadie parecía nervioso. Nadie llevaba la redecilla obligatoria para el pelo. Parecía un día normal.

Ser Promotor de la Fraternidad no era el peor puesto posible. Era mejor que estar en el Equipo Sanitario. Sus primeros tres años en el Festival de las Artes se los había pasado bombeando aguas fecales hirviendo de retretes portátiles de fibra de vidrio recalentados como hornos. En aquel equipo no follaba nadie, pero los novatos tenían que empezar por lo más bajo. Y por entonces él era muy joven. Recién salido de la escuela secundaria y con el pelo al rape. Para cuando el pelo le llegó a los hombros, ya había ascendido hasta Hospitalidad. El festival solo duraba tres semanas, pero eran las únicas tres semanas del año que importaban. Para cuando el pelo le llegó a los codos, ya estaba en la Brigada del Agua. Después pasó al Equipo de Yoga. En la actualidad era jefe de Promotores, y tenía la pulsera y los dolores de cabeza que venían con el cargo. Era el *sheriff* de aquel lugar. Un cargo considerablemente más importante que el que tenía en el mundo de fuera.

Durante cuarenta y ocho semanas al año, diseñaba efectos especiales de vídeo para la industria médica. Que era más de lo que parecía. Arcoíris era ilustrador médico; o por lo menos eso era lo que ponía en la declaración de la renta. Su contable no necesitaba conocer los detalles exactos.

En la actualidad las rastas le llegaban a la cintura, pero se le estaban poniendo canosas y se le estaban empezando a quebrar las puntas y a rompérsele las raíces.

Cuando llegó al Campamento del Barro, sus ayudantes ya lo estaban esperando. Teletubby y Bebé Solete. Eran buenos chavales. No eran los típicos universitarios pero tampoco eran unos veteranos del festival. Todavía no. Entre los dos no tenían ni tres pelos en el pecho. A los dos se los veía agitados, pálidos por debajo de las capas de piel despellejada y del bronceado de Nevada. No llevaban más ropa que unos cuantos cordeles y plumas, además de sus pulseras de Promotores de la Fraternidad.

Como si Arcoíris no se sintiera ya una antigualla, los dos jovenzuelos tenían prepucio. ¿Cuándo se había dado cuenta el mundo de que la circuncisión masculina era una mutilación genital? Hasta el personal del

Campamento Judío tenía prepucio. Nada hacía que Arcoíris se sintiera más un dinosaurio que aquel pene anticuado que tenía. La última chica con la que había estado era un duendecillo del Campamento de las Hadas. Desnuda salvo por un par de alas de gasa rosa que llevaba sujetas a los hombros con elásticos. Era tan joven que le había preguntado si había sufrido un accidente. Antes de chupársela, se había maravillado de sus partes y le había dicho:

—Eres como el tío aquel de la película *Fiesta*.

Era por eso por lo que siempre llevaba taparrabos. Además, cubrirse las partes íntimas parecía adecuado a su posición de autoridad.

Teletubby llevaba un chupete de color rosa colgado de un cordel en torno al cuello. Bebé Solete llevaba unas gafas de sol gigantes con las lentes rosadas y una montura cubierta de piedras de estrás que hacían que te dolieran los ojos de mirarlas cuando hacía mucho sol. Arcoíris sospechaba que ambos eran surfistas de esos que viven y duermen en la playa. Rastafaris con fondos fiduciarios. Siempre recorriendo mundo en su búsqueda incansable de las mejores olas y fiestas rave.

Arcoíris les preguntó si habían visto a Tartita de Fresa. Teletubby sacudió las rastas en dirección a la parte de atrás de la carpa del Campamento del Barro. La mayoría de sus ocupantes seguían inconscientes, roncando mientras subía la temperatura. Las paredes de la enorme carpa ondeaban bajo la brisa seca.

Detrás de la carpa, Tartita de Fresa estaba de pie al lado de una Persona de Barro. La costumbre de aquella tribu era pasarse las tres semanas desnudos, cubiertos de una costra seca de barro gris. Iban descalzos y llevaban unos cascos redondos que les encerraban las cabezas dentro de unas esferas grises con solo tres agujeros. Uno para la boca y dos para los ojos. Todos se veían idénticos, como bolas grises de bolera. Y danzaban por el poblado de tiendas de campaña como si fueran extraterrestres o aborígenes. La que estaba ahora con Tartita se había quitado el casco. Estaba llorando tanto que las lágrimas le habían limpiado la mayoría del barro de los melones. Ahora que las tenía limpias, eran unas tetas preciosas. Tetas de universitaria. A pesar de su rol de *sheriff*, Arcoíris confiaba en que siguiera llorando hasta limpiarse una buena superficie por debajo de la cintura. La chica estaba arrodillada junto a un cuerpo embadurnado de barro. Del barro de ella, agrietado y descascarillado.

A Arcoíris le preocupaba el hecho de que cada vez más su única reacción a la belleza, a la belleza y la vulnerabilidad, fuera que se le pusiera dura.

Detrás de Arcoíris, una voz sugirió:

—Tengo esto…

Era Bebé Solete. Sus dos ayudantes lo habían seguido. Bebé Solete sostuvo en alto un cuchillo de plástico de la Carpa Comedor y dijo:

—… por si necesitáis realizar, ya sabéis, una autopsia.

La figura desplomada en el suelo se veía igual de gris que la tierra llana y árida que se extendía durante un centenar de kilómetros en todas direcciones. A pesar de la gruesa capa de polvo que lo cubría, las moscas ya habían encontrado los agujeros de su máscara en forma de bola de bolera. La vejiga se le había vaciado y ahora las moscas flotaban sobre la humedad de sus genitales embadurnados de barro. Estaba tumbado de costado, un poco encogido, con la barriga caída sobre el suelo. No había forma de ver si era blanco, negro o asiático. No sin jabón y agua. A Arcoíris el difunto le recordó a una vela de arena derretida. Hasta el Hombre de Barro muerto tenía prepucio.

Le dio su tazón de café medio vacío a Tartita.

—¿Lo sabe alguien más? —Hizo un gesto con la mano para señalar a los presentes—. ¿Alguien más que nosotros cinco?

Le hizo una señal para que diera un sorbo. Para que se tranquilizara. Cuando lo hizo, vio que los anillos se le habían puesto luminosos, casi marrones.

Tartita de Fresa llevaba la cabeza afeitada. Una maniobra inteligente. El año anterior había sido excepcional para los piojos, y este año Tartita le había dicho a todo el mundo que no tenía intención de pasarse otro verano entero rascándose el cuero cabelludo irritado y sanguinolento. Así que llevaba una peluca reluciente de mechones largos y reverberantes de color chicle. Ahora negó con la cabeza: no.

Mientras hablaba, Arcoíris miró a los otros por turnos.

—Si lo notificamos a la oficina del *sheriff*, nos cerrarán el festival. —Esperó a que los demás asimilaran sus palabras. No se oía nada más que el zumbido de las moscas—. Nunca habrá otro Festival de las Artes Playa Rock, al menos aquí. —Les dedicó una sonrisilla—. A menos que queráis pasar vuestras próximas vacaciones en Disney World… —asintió con expresión sabia— vamos a tener que solucionar esto solos.

Los vientos ardientes trajeron los ritmos lejanos de la música trance… del hip-hop… del drum and bass. Arcoíris iba a tener que pensar deprisa. Los acampados se estaban despertando gradualmente.

—Tú —señaló a Teletubby con un gesto de la cabeza—. Manda un texto a todos los destinatarios diciendo que tenemos un Código Sarna urgente en la Carpa Chill-Out. —Nada, ni los avisos de escorpiones o de serpientes de

cascabel, vaciaba una carpa más deprisa que los rumores de infestación de chinches. En cuanto corriera la voz, nadie se aventuraría cerca de la Carpa Chill-Out—. Lleva el cuerpo allí de inmediato. Voy a necesitar un pincel de cerdas duras y unas diez mil toallitas húmedas.

En el Campamento de las Brujas Sexuales encontró a la directora de Inscripción de Miembros. Ella debía de tener los registros de entrada y las tarjetas que la gente tenía que rellenar. Los descargos de responsabilidades legales. Las Brujas Sexuales estaban ocupadas erigiendo una efigie gigante de Sandra Bernhard. La habían construido por secciones, brazo a brazo y pierna a pierna, en sitios como Memphis y Brownsville y siguiendo diagramas de ingenieros que habían encontrado en internet. La difícil tarea que les quedaba ahora era montarla correctamente.

La secretaria de admisiones se llamaba Campanilla. Arcoíris estaba dispuesto a negociar por la información.

La chica del Campamento del Barro, la que había encontrado a la víctima, les dijo que el muerto se llamaba Scooby-Doo, aunque no sabía de dónde le venía el nombre. Les indicó cuál era su saco de dormir. Dentro no había nada más que pulgas y un ejemplar de bolsillo de *El club de la lucha*. Arcoíris se hurgó en el ombligo hasta encontrar peyote y Toquilone. Se tragó las dos cosas sin pensarlo y luego procedió a convencer a la chica de que Scooby-Doo no estaba muerto; simplemente había sufrido una sobredosis. Ella no tuvo problemas para aceptar la historia de que le habían administrado Narcan y la cosa se había arreglado. Tartita de Fresa la metió en cama, le cantó una nana y le dio un brownie de hachís.

En la Tienda de las Brujas Sexuales, Campanilla se tapó la nariz y la boca con una mano ahuecada.

—Te huele la cabeza a cajón de gato.

Iba desnuda salvo por una ceja enarcada y una capa de aceite de coco que hacía que el pelo de su entrepierna pareciera grano de madera falso pintado.

—¿Quieres condones? —le ofreció Arcoíris—. Te los cambio por que me dejes echar un vistazo al registro de entradas.

—¿Tienes Ritalin? —replicó ella.

Él negó con la cabeza.

—¿Protector solar? —dijo.

—¿Lo tienes con factor de protección 54? —preguntó Campanilla. Le miró fijamente las rastas—. Tengo una cosa que quita el olor de los meados de mascotas.

—¿Necesitas Imodium? —sugirió—. ¿Loción para piojos? ¿Desinfectante de manos?

Las planicies áridas que los rodeaban estaban atiborradas de personajes. Como un planeta de esos raros. Como una cantina de *Star Wars*. A su lado les pasaban frikis con zancos. Frikis subidos en monociclos muy altos, con sombreros mexicanos y haciendo juegos malabares con calaveras humanas de plástico. Un futuro de *Mad Max* insertado en un pasado de *western*. El lugar tenía ese aspecto de cajón de sastre que tenían los platós de Hollywood de cien años atrás: un batiburrillo de decorados y personajes, todos en busca del gran hilo narrativo que los uniera.

—¿Cómo está Pulgarcita? —preguntó Campanilla. Era el nombre que usaba en el festival la mujer de Arcoíris. Campanilla y ella se conocían de toda la vida—. En casa con los niños, supongo, ¿no? —Lo dijo en tono provocador, como si supiera algo que él no sabía.

Arcoíris pasó a ofrecerle los productos más buscados. Pastelillos Twinkies. Palomitas Kettle Korn. Aceites tropicales hidrogenados y patatas fritas de bolsa transgénicas con aromas cajún artificiales. Después de unos cuantos días de comerlo todo con soja, integral y macrobiótico, las galletas Oreo eran igual de codiciadas que los rubíes.

Campanilla se le acercó. Se le acercó tanto que él olió su aroma a salvia. Echó un vistazo a su alrededor, por si los podía oír alguien, y susurró:

—¿Puedes conseguir algo de carne?

—¿Quieres pollo? ¿Cerdo?

—Ternera.

—¿Te vale hamburguesa?

Y cerraron el trato. Lo que fuera con tal de escapar al régimen de tempeh y tofu. Si ella le dejaba echar un vistazo a los registros de inscripciones del campamento, él le conseguiría un kilo de ternera picada.

En la Carpa Chill-Out, sacaron todos los objetos sagrados del altar comunitario, los cristales de cuarzo y las estatuillas de latón del dios-simio Hanuman, las fotos enmarcadas de Ram Dass y las figuras de acción de Yoda, los Skeletor y las muñecas de Miss Piggy y los My Pretty Ponies, las Barbies Malibú, las chancletas Gumbies y las velas votivas con perfume de vainilla. Una vez despejado, el altar llegaba a la cintura y estaba cubierto con una sábana teñida a la piedra con espirales rojas y naranjas. Aquello les proporcionaba un lugar útil para examinar el cuerpo. Mientras Arcoíris trabajaba, Bebé Solete documentaba cada paso del proceso, haciendo fotos con el móvil y grabando en vídeo.

De acuerdo con los registros de entrada, cuarenta y ocho acampados se habían inscrito con el nombre Scooby-Doo. El aire iba cargado de olor a barbacoas. Aquí siempre era verano. Arcoíris sopesó la posibilidad de que el Hombre de Barro muerto no estuviera entre los seis Scooby-Doo que habían dado su número de carnet de conducir en la inscripción. Era más probable que hubiera venido haciendo autoestop.

Cuando se puso manos a la obra, Arcoíris se sintió como un arqueólogo, quitando la tierra con un cepillo y luego frotando con toallitas húmedas para ir dejando al descubierto secciones de piel limpia. Estaba buscando marcas de agujas, zonas con pinchazos, pruebas de sobredosis. Heridas de arma blanca. Orificios de bala. Mordeduras de serpiente. Cuanto más frotaba, más seguro estaba Arcoíris de que aquel chaval le sonaba de algo. Era el típico miembro de fraternidad universitaria. Un juerguista blanquito, atraído por las imágenes de los programas musicales de televisión de orgías intoxicadas y ninfas del desierto drogadas. No tenía tatuajes. No tenía *piercings*. Después de examinar el cuerpo, Arcoíris le pidió a Teletubby que le trajera unas tijeras para cortar pollo de la Carpa Comedor y las usaron para partir el cartón piedra de la máscara en forma de bola de bolera. Cuando la desprendieron a tiras, igual que uno pela una naranja, liberaron por lo menos a mil millones de moscas.

Scooby-Doo tenía una cresta mohicana pinchuda y teñida de rojo que le iba de lo alto de la frente a la parte de atrás del cráneo. Los pinchos se erguían rígidos como el hierro. La hilera de puntas no parecía tanto una cresta de gallo como de cacatúa ninfa.

Le vino a la cabeza la expresión «causas naturales», y ya había empezado a preguntarse dónde iba a enterrar el cuerpo del chaval cuando Teletubby se giró de golpe y se dobló por la cintura. De la boca le brotó una larga cascada viscosa. El tofu a medio digerir salpicó a un Buda reclinado. Cuando Arcoíris se fijó mejor, vio que la cresta mohicana no era ningún peinado. El aire caliente se llenó inmediatamente de olor a vómito. Los pinchos que le asomaban al muerto de la cabeza eran metálicos. Incrustada en su cráneo afeitado tenía una estrella arrojadiza ninja teñida de rojo por la sangre seca.

A Arcoíris le sonó el teléfono. Otro número bloqueado. Era un riesgo considerable, pero puede que fuera alguno de sus hijos, así que contestó.

—¿Hola?

Las posibles huellas dactilares que no había borrado el polvo, las había borrado la sangre.

—¿Señor Bright? —dijo la mujer que llamaba.

Era una voz que conocía de la televisión. Una voz de chica embellecida por el acento británico. Muy King's Road. La voz le recordó un top sin mangas y a una presentadora pecosa y dicharachera a la que había visto retransmitiendo en directo desde un centro turístico de vacaciones de primavera de la costa de Nueva Jersey. Era la última persona que debía enterarse de que se había producido un Código Hierbabuena. Muy a su pesar, le colgó el teléfono.

Lo último que necesitaba era que una presentadora de podcast estilo Barbie de plástico se enterara de que un universitario en plena juerga había terminado con el cráneo partido.

En aquel momento lo que necesitaba era un porro y una chavala de diecinueve años bien tostada por el sol. En el Campamento Zombi, una animadora zombi con falda corta y plisada sin nada debajo le había echado una larga miradita. En un día normal, a las dos de la tarde ya habría mojado. Chavalas zombi. Chavalas hobbit. Aquellas chicas que le ponían coronas de flores de seda y le rociaban la barba de purpurina tenían problemas graves con la figura paterna. Dios no quisiera que su propia hija terminara liada con algún depredador de mediana edad panzudo y sin escrúpulos.

Aquellas tres semanas eran el único momento del año en que alguien demostraba respeto por Arcoíris. El único momento en que se sentía un ser humano productivo. Aquí era una persona de cierta importancia. No iba a dejar que una periodista le jodiera lo único bueno que tenía.

Bebé Solete se inclinó para inspeccionar a la víctima más de cerca.

—Yo diría que esta cosa que parece una estrella es la causa probable de la muerte.

Sonrió con expresión sabia y cruzó los brazos escuálidos sobre el pecho desnudo, como si fuera un médico en plena deliberación.

No eran las condiciones ideales para practicar una autopsia. El tintineo cada vez más fuerte de las campanillas de viento indicaba que estaba arreciando el viento del desierto. Una densa tormenta de arena cubriría el rastro del asesino con la misma eficacia con que las nieblas de Londres habían enmascarado a Jack el Destripador. Siempre escéptico como santo Tomás, Arcoíris le preguntó:

—¿Qué te hace estar tan seguro?

Bebé Solete estiró el brazo para rascarse la entrepierna con la mano.

—Soy paramédico.

Arcoíris no estaba seguro de haberlo oído bien.

—Fuera de aquí, quiero decir —dijo Bebé Solete, y se olisqueó los dedos —. Soy paramédico —dijo—. En realidad soy estudiante de medicina en Rutgers.

Un chupete de neón rosa le colgaba con un cordel del cuello. Dentro de un año le colgaría un estetoscopio.

Arcoíris desdeñó aquella declaración con un soplido de burla. No le iba a conceder ninguna autoridad a aquel crío salido de *Un médico precoz* al que todavía le estaba empezando a salir el vello púbico.

—Muy bien, pues si tan listo eres, dime cómo ha pasado.

Bebé Solete contempló un momento al muerto.

—El Campamento de los Ninja Furiosos.

Teletubby se secó el vómito de los labios. Escupió para limpiarse la boca.

—Sin duda —dijo.

Incluso a la luz de las velas y a través del humo del incienso le relució la dentadura perfecta. Tenía un poco de vómito pegado a los cristales de estrás de la montura de las gafas de sol.

Arcoíris se estremeció. El Campamento de los Ninja Furiosos era básicamente el sitio que menos le gustaba visitar del mundo. Sobre todo por un asunto oficial. Hasta el último miembro de la tribu de los Ninja Furiosos era un tarado de campeonato provisto de armamento afilado y perpetuamente cabreado.

—Scooby-Doo ya ha confesado todo lo que va a confesar. —Arcoíris chasqueó los dedos y se señaló por encima del hombro con el pulgar—. Hacedlo desaparecer.

Sus dos ayudantes se lo quedaron mirando. Sin entender. Bebé Solete se llevó el chupete a la boca y se puso a chuparlo. Teletubby agachó la cabeza, cohibido.

—Puede que me esté pasando de la raya, pero ¿eso no sería destruir pruebas?

Arcoíris le dedicó una sonrisita.

—¿Qué pasa, que eres abogado?

El chaval se encogió de hombros. Se ruborizó y apartó la vista.

—Pues sí —dijo—. Especializado en demandas por infracción de la propiedad intelectual audiovisual.

Fuera del Festival de las Artes Playa Rock, de aquellas tres semanas de magia en medio de la nada, todo el mundo era algo distinto. Las chavalas fumetas con las tetas al aire volvían a trabajar de neurobiólogas o de diseñadoras de *software*. Los veteranos del festival de cara alelada eran todos

fiscales de distrito en la vida real. Y ninguno quería perder aquello. Arcoíris esperó a que le llegara alguna objeción más. No llegó ninguna.

—Enterradlo bien hondo. En algún sitio que no se pueda ver desde aquí. Ponedle rocas encima para impedir que los carroñeros resuciten sus huesos.

Se quedó mirando cómo envolvían el cuerpo con el mantel teñido a la piedra del altar. Mientras lo levantaban, él les aseguró:

—Todo volverá a su cauce cuando llevemos al asesino a la justicia.

La verdad era que Arcoíris lo decía para convencerse a sí mismo.

Tenía un contacto dentro. El jefe de la tribu de los ninja era un tío chungo llamado Azote DeSarcasmo. En el pleistoceno, Arcoíris y él habían trabajado juntos en las letrinas. Azote nunca admitiría que era tan viejo. Se afeitaba el pecho canoso y hablaba mucho de sacarse el diploma de secundaria, con la esperanza de tener un aire más juvenil. Arcoíris lo encontró en el Pabellón de Medios, grabando un podcast para una cadena de vídeos musicales. En la presente edición del festival habían aterrizado en sus terrenos equipos de televisiones del mundo entero para sacar partido a todas las chifladuras que pasaban allí. Había más equipos de filmación que círculos de percusión, y cuando sus helicópteros bajaban demasiado, por ejemplo para intentar filmar el concurso de limbo en *topless*, las aspas de sus hélices levantaban chimeneas asfixiantes de polvo del desierto.

Lo que tenía lugar allí era una especie de terapia gestáltica colectiva para el mundo, y nadie podía recriminarle al mundo que quisiera echar un vistazo. Allí retozaban monstruos. Allí cobraban forma lentamente los sueños. Una réplica a tamaño real del edificio de la Bolsa de Nueva York, incluyendo la ancha escalinata y las columnas acanaladas, se elevaba de la llanura yerma y barrida por el viento. También se estaba construyendo un busto del camarada Mao, casi igual de alto. Un castillo de la Renania. Un transatlántico, varado en pleno caliche tostado por el sol. El pene colosal. Un caballo de Troya. Todo construido con madera de balsa y corcho. Todo estructuras improvisadas de listones y cartón piedra, alambre, lienzo tensado, grapas y pintura. Y todo infestado de figuritas diminutas y desnudas. Como una pintura de Dalí. Los bracitos se movían y el ruido de martillos de miniatura llegaba un instante más tarde. Todo distorsionado por la escala y la distancia. En las avenidas que separaban aquellos monumentos, una serie de figuras se paseaban con altos tocados de plumas de pavo real y máscaras africanas talladas. Los centuriones romanos desfilaban junto a las geishas de pasitos delicados. Papas católicos y carteros americanos uniformados. Un tumulto constante de disfraces y desnudez. Gente desfilando con correas atadas al

cuello, esclavos voluntarios. Gente recibiendo serenatas de tubas que emitían resplandores cegadores, con su latón recalentado por el sol de mediodía.

Con aquella compañía se mezcló ahora Arcoíris, aceptando sus saludos y sus elogios. Para los jóvenes él era la prueba de que la madurez no supondría el fin de su diversión. Para los acampados de mayor edad era el vínculo viviente con su juventud.

El festival era la incubadora, el tubo de ensayo, la placa de Petri. Y él estaba orgulloso de desempeñar un papel en ello. La vanguardia era el futuro, y todo lo que terminaba sucediendo en el mundo, sucedía primero allí. La moda. La política. La música y la cultura. La siguiente religión del mundo se formaría allí. Casi todos aquellos experimentos quedarían en nada, pero algunos echarían raíces y crecerían.

En cambio, el fenómeno Occupy solo había tenido una edición. Arcoíris argumentaba que el Festival de las Artes Playa Rock llevaba décadas existiendo porque su premisa no era la queja sino la creación. No protestar sino producir.

El mundo de fuera era una cloaca de corrupción y discordia. Era irredimible, y la única esperanza de cura vendría de aquella banda de artistas y librepensadores en ebullición.

Y aquel mundo, aquel mundo suyo tan especial y frágil, no se iba a terminar. No mientras él estuviera a cargo.

Primero iba a hacer una visita a su propia tienda para hurgarse en el ombligo. Sabía que Azote DeSarcasmo perdía el culo por la mescalina.

En el Pabellón de Medios, la británica estaba haciendo una entrevista. Una pelirroja de espectaculares ojos castaños y coño rasurado. Azote y ella estaban sentados con las piernas cruzadas a la sombra de una sombrilla de playa a rayas azules y blancas. DeSarcasmo llevaba un taparrabos de macramé con cuerda de cáñamo. Era una estrategia inteligente por su parte. A una chica europea una polla circuncidada le debía de parecer un defecto de nacimiento. DeSarcasmo y la chica se besaron en la mejilla y él se puso de pie para marcharse. Mientras el anciano ninja se alejaba de la entrevista, Arcoíris se puso a andar a su lado. Le dejó ver su teléfono a Azote: una foto del chaval de barro muerto.

—¿Los ninja habéis perdido alguna estrella arrojadiza?

Azote le echó un vistazo a la foto y dijo que no con la cabeza. Era obvio que estaba mintiendo.

Arcoíris puso una voz inocente. Ingenua.

—¿Crees que debería llevarle esto al *sheriff* del condado? —dijo.

La pregunta hizo que Azote se detuviera. Sabía lo que había en juego. Si el asesino era un ninja, su tribu no le daría cobijo. Con todas sus espadas curvadas y cimitarras y garrotes con pinchos, los ninja preferirían sacrificar a uno de sus miembros antes de permitir que aquel desastre cerrara para siempre el poblado de tiendas de campaña.

Azote le echó otro vistazo a la foto. Un vistazo más largo.

—Envíame la foto —gruñó—. Me suena el arma en cuestión.

Se sacó un porro de detrás de la oreja y un encendedor de las profundidades del taparrabos. Acercando la llama a lo que parecía una mezcla de hierba skunk californiana y tabaco del bueno, expulsó una bocanada enorme de humo. Y mientras exhalaba, dijo:

—Si el transgresor es uno de los nuestros, le ajustaremos las cuentas.

Le ofreció una calada a Arcoíris, que la aceptó. Se separaron en la Carpa de los Furbys. Una tribu entera pululando con disfraces de animales de cuerpo entero y máscaras de peluche. A él le resultaba imposible entender cómo alguien podía llevar piel falsa con el calor que hacía.

Mientras paseaba, le sonó el teléfono.

—Ludlow, sé que estoy siendo una pesada.

Era su mujer otra vez. No siempre había sido una pesada. Se habían conocido en el festival. En la época en que ella había sido una colgada que caminaba por el fuego, tomaba pastillas y se pintaba el cuerpo. En aquel entonces había sido preciosa. Temeraria. Ahora, en cambio, se afeitaba los sobacos. Y le dijo por teléfono:

—Luddy, tienes dos críos. No te puedes pasar todas tus vacaciones lejos de tu familia.

Igual que antes, Arcoíris le dejó decir la suya. No contestó. No se defendió. Lo impresionó la claridad de la señal telefónica. Hasta podía distinguir cómo su mujer rechinaba los dientes.

—Una parte de mí me dice que tendría que marcharme —lo provocó ella—. ¿Debería dejarte? ¿Llevarme a los niños, cambiar las cerraduras y mudarme? —Hizo una pausa, con la voz agarrotada como un puño—. ¿Es eso lo que quieres?

Él escuchó. La dejó que se desfogara. La piedra del anillo se le estaba poniendo más y más oscura, casi de obsidiana.

—Ludlow, ¿estás ahí?

Estaba ahí, pero no lo dijo.

—Muy bien, pues —dijo ella.

Y colgó.

Él dio media vuelta para volver al Pabellón de Medios. La pelirroja estaba haciendo una pausa entre entrevistas. Se estaba bebiendo una Coca-Cola light cuando lo divisó con sus ojos castaños. Cuando vio las miraditas provocativas que le estaba echando ella, Arcoíris se alegró de haberse puesto el taparrabos limpio. Le preocupaba que su mujer y sus hijos pudieran verlo por televisión, pero rezaba para que lo vieran sus compañeros de trabajo. El cámara lo hizo sentarse debajo de la sombrilla a rayas y la pelirroja se miró en un espejo. Después de un par de intentos, por fin consiguieron engancharle un micrófono diminuto a la barba.

—He intentado llamarlo por teléfono. —Ella le ofreció una mano pecosa —. Me llamo Skipper. —Se giró hacia la cámara y preguntó—: ¿Listo?

Un hombre con gorra de béisbol y micrófono de diadema le hizo un gesto levantando ambos pulgares.

Arcoíris entendía la política oficial del campamento sobre los medios de comunicación. Los medios estaban allí para aprovecharse del festival y convertirlo en artículo de consumo que a su vez se pudiera usar para vender otros artículos de consumo: cerveza, condones y todo lo que buscaba la gente de juerga. Pese a todo, los medios les daban a los festivaleros un medio para compartir su mensaje y su visión con el mundo. El truco era no dejarse atrapar por las preguntas-trampa. Contestó que sí, que se llamaba Arcoíris. No, no era el jefe de seguridad del poblado de tiendas de campaña. Su trabajo era facilitar la comunicación entre las distintas tribus. Skipper le hizo la serie estándar de preguntas sobre peleas. Sobre drogas. Sobre agresiones sexuales.

Y sin venir a cuento de nada, la presentadora, Skipper, le preguntó:

—¿Qué es un Código Hierbabuena?

Arcoíris no estaba seguro de si lo había oído correctamente.

—¿Un código…?

Ella asintió con la cabeza.

—Un payaso triste me ha pedido que se lo pregunte.

Arcoíris se encogió de hombros.

—No tenemos ese término.

—Quiere decir asesino en serie, ¿verdad? —La pelirroja no perdió ni un instante. Señaló con el dedo al público que los estaba mirando—. Ese es el payaso, si no me equivoco.

Arcoíris miró en dirección a la zona del público que ella le señalaba con los ojos y vio a un payaso con el ceño fruncido. Le resultaba familiar, pero solo porque todos los payasos se parecían. Era algo en sus ojos o en su postura corporal.

Arcoíris hizo una mueca.

—Esto no es como el mundo de fuera. —Le dedicó a la periodista una sonrisa de conmiseración—. Aquí no tenemos nada remotamente parecido a eso.

—¿Me está diciendo que incluso con las drogas y con tanta gente joven en condiciones extremas —sus ojos se estaban riendo, desafiándolo a que dijera la verdad—, nunca nadie ha matado a nadie?

Él fingió que pensaba. Con la cabeza ladeada. Con el ceño arrugado. El largo momento de preparación de un lanzador de béisbol antes de lanzar una bola rápida.

—No —dijo—. Nunca.

Su teléfono lo avisó con un tintineo de que le había llegado un mensaje de texto nuevo. Mientras lo estaban filmando en directo. Le habían pedido que apagara el teléfono pero ahora se alegró de no haberlo apagado. Mientras Skipper lo fulminaba con la mirada, él echó un vistazo al mensaje de texto. Era de Tartita de Fresa, que lo avisaba de que se estaban oyendo gritos y ruidos de trifulca violenta en el Campamento de los Ninja Furiosos. A pesar de las cámaras, se puso a contestarle el mensaje.

Para provocar una reacción, Skipper le preguntó:

—¿Es el Código Hierbabuena?

Arcoíris usó el mensaje como excusa para largarse. Miró directamente a cámara —otra acción que le habían prohibido expresamente— y dijo:

—Hora de ir a luchar contra los malos.

Para cuando Arcoíris abandonó el escenario improvisado, el payaso en cuestión ya había desaparecido. Absorbido por el tumulto de bailarinas y moteros vestidos de cuero y drag queens.

Ya fuera de cámara, Arcoíris llamó a Tartita. Que no había averiguado nada. Nada que declarar. La tribu de los Vampiros y algunos miembros de la tribu de los Superhéroes habían oído gritar a un hombre. Pedir ayuda a gritos. Pero antes de que nadie pudiera investigar, todo parecía haber vuelto a la normalidad. O por lo menos a toda la normalidad que podía haber por allí. Arcoíris se acordó de Azote DeSarcasmo y se preguntó si quizá se habría dispensado alguna clase de justicia ninja.

Llegado aquel punto, cada una de las piernas de Sandra Bernhard ya era igual de alta que un poste telefónico. Cuando estuviera montada del todo, se elevaría tanto como una secoya anciana. El programa de actividades señalaba que la tenían que quemar dentro de dos días. Apenas estaría terminada para cuando le pegaran fuego. Arcoíris se quedó plantado mirando cómo le

colgaban los brazos del torso sin cabeza. Las sombras de la tarde se alargaron más todavía. Para el anochecer, las sombras de todas las cosas ya se alargaban varios kilómetros y proyectaban franjas por la llanura inmensa. Las ristras de luces de Navidad parpadeaban y pronto la gran sombra de la noche apagó todas las demás sombras menores. El aire despejado del desierto empezó a apestar al humo de diésel de los generadores. En alguna parte había algún idiota tocando la gaita.

Luego le llegó al teléfono un boletín del Servicio Meteorológico Nacional. Se esperaban vientos fuertes a medianoche, lo cual significaba otra tormenta de arena cegadora. Él confiaba en que se demorara. Estaba programado que el pene de cartón piedra gigante ardiera a las nueve. Se esperaba mucho público. La velada consistía en los habituales altercados verbales causados por el amor y las drogas. Un par de casos de insolación. Las tribus le presentaron sus respetos mientras él cruzaba sus campamentos. Las chicas le echaban collares de golosinas por encima de la cabeza. La gente le ofrecía cerveza y chai. Aquella era su gente. Artistas fracasados. Músicos y escritores rechazados. Idealistas a jornada parcial y visionarios en su casa.

De joven, Arcoíris había sido un idealista en un mundo corrupto. No era de extrañar que él hubiera acabado siendo igual de corrupto, simplemente una modalidad nueva y distinta de corrupto. Quizá eso fuera lo mejor que podía conseguir cada generación: ser pionera de su propio estilo de corrupción.

Había estudiado bellas artes y la carrera había sido un timo. Una estafa cutre y apestosa. Se habían quedado con sus cheques y le habían dicho que tenía madera de Rembrandt. Sus orientadores y profesores habían pintado un cuadro de su futuro más bonito que ninguna obra maestra que hubieran pintado en la vida real. Menuda farsa. Le habían dicho que tenía talento. Una palabra que es como heroína para los jóvenes. *Talento*. Cuatro años, cinco años, seis, y él había seguido comprando su dosis. Su sueño había sido hacer animación informática para el cine y quizá para los videojuegos. Se había pasado su carrera entera dando vida a héroes y ángeles generados por ordenador. Haciendo posible lo imposible.

Las deudas de estudios y una serie de trabajos en el sector de los servicios —interrumpidos cada año para el festival, donde había conocido a su mujer, una mujer capaz de conformarse con vivir encasillada en algo aburrido— hasta que por fin había encontrado su vocación. Lo había contratado nada menos que un proctólogo. Tenía gracia, pero él antes confiaba en los médicos. Ahora sabía que los médicos eran exactamente iguales que cualquier otro currante.

Arcoíris había padecido su primera sigmoidoscopia. Todavía colocado de Demerol, había visto el vídeo con su médico. Una visita guiada a su propio intestino grueso. De entrada no habían tenido intención de montar ninguna estafa. Solo eran dos tíos listos jugando a ser listos. Arcoíris había pedido copia del vídeo. Era digital. Ya no había nada que no lo fuera. Se lo había llevado a casa, todavía colocado, y había subido las imágenes de su colon a su *software* de animación digital. Con el Photoshop había añadido imágenes en formato JPEG de los pólipos precancerosos más feos que había encontrado en internet. Luego las había combinado con imágenes de Jesucristo. Era el trabajo más creativo que había hecho desde su época de niño prodigio en la facultad de bellas artes. Por último había plantado las caras de pólipos en la pared de su colon y le había mandado el vídeo otra vez a su matasanos. Y ciertamente el resultado había impresionado a aquel médico de culos. Los dos se habían echado unas buenas risas, pero luego el médico se había tomado la broma en serio.

Solo lo usaban con gente que se podía permitir pagar, gente con cobertura médica de lujo. Era una estafa, por supuesto. Cuando la sigmoidoscopia no revelaba nada anormal, Arcoíris hacía su magia de estudiante de bellas artes. Un solo vistazo a los horrores que Arcoíris había insertado milagrosamente dentro de sus tripas y la gente suplicaba pasar por el quirófano. En ningún momento los abrían. Quizá los anestesiaban y hurgaban un poco en ellos, pero nada traumático. Los pacientes se iban a casa, colocados y revigorizados porque habían engañado a la muerte. Arcoíris y su médico se repartían las ganancias. El dinero entraba a espuertas.

Últimamente había aceptado un par de encargos de un oncólogo para retocar radiografías. Sobre todo tumores y alguna que otra tuberculosis. No es que le hiciera falta el dinero. Solo quería explorar un medio nuevo de expresión artística. Era una estafa, una sucia estafa y un timo, pero también lo había sido la facultad de bellas artes. Además, demostraba una cosa: que Marcel Duchamp había tenido razón. Nadie podía engatusar a los franceses. El contexto lo era todo. Podías pintar algo encantador, una encantadora puesta de sol sobre un exuberante jardín de rosas, y ningún amante del arte te soltaría ni un céntimo. En cambio, si ejecutabas una obra maestra, algo deformado y descolorido, y se lo metías por el culo a algún ricacho, este te pagaba un dineral para que se lo quitaras.

Al anochecer, el pene colosal se elevó sobre ellos. Era tan alto que desaparecía en el crepúsculo. Por supuesto, estaba sin circuncidar.

Ante un público de varios millares de personas, una Bruja Sexual desnuda se apostó a cierta distancia y estiró la cuerda de un arco. Con puntería perfecta, disparó una flecha en llamas que trazó un arco luminoso a través de varios millares de retinas antes de clavarse en el glande. Hasta el último de los hombres presentes hizo una mueca de dolor. Las llamas se extendieron rugiendo en todas direcciones, como un brote rampante de herpes. A continuación retumbaron fuegos artificiales. Luego empezaron a chiflar esos otros que silban, los llamados flautines. Otros explotaban, llenando de chispas el cielo nocturno.

Empezó a imaginarse… supuso que era su imaginación, pero los chillidos de los flautines sonaban casi humanos. Para entonces ya era demasiado tarde para escuchar. Todo el mundo estaba gritando y aullando, bailando en círculos en torno al espectáculo de fuego.

Los gritos de dentro del pene hacían gritar a la muchedumbre. En medio del alboroto, Arcoíris notó que se le ponía al lado sigilosamente Azote DeSarcasmo.

Sin apartar la vista del fuego, Azote dijo:

—Un tipo ha montado una pelea en el Campamento del Barro. Dice que le han desaparecido las estrellas y los puñales.

El aire nocturno olía a barbacoa, pero no más de lo normal. Carne a la brasa, humo de diésel y pólvora.

DeSarcasmo habló en tono de superioridad moral.

—Hemos votado y el tipo ha perdido. —Siguió mirando el falo en llamas —. No te preocupes —añadió, sin dejar de contemplar fijamente un punto concreto de la parte superior de la pira—. Le hemos dado el bastante Rohypnol como para noquear a un caballo. No se va a enterar de nada.

Por un momento, a Arcoíris el festival ya no le pareció el futuro. Le pareció una sarta de demonios manchados de sangre y de heces, danzando alrededor de una torre de llamas, con acompañamiento de música de chillidos atormentados. Era la hierba, se dijo a sí mismo, era la hierba, hasta que su visión regresó a lo que él quería ser. Hasta que su preocupación principal fue la cuestión de dónde iba a conseguir un kilo de ternera picada fresca.

El pene se consumió en el cielo nocturno. Se desplomó de costado. Se hundió hacia un lado a cámara lenta. Y el fuego se convirtió en un montículo de brasas sobre las que la tribu de los Místicos se puso a caminar sin perder un instante. Tal como estaba pronosticado, el viento arreció. La gente se puso a buscar cobijo. Iba a haber otra tormenta de arena con visibilidad cero.

Hasta las raves más grandes, el Campamento de Nunca Jamás y el Laboratorio de la Ciencia Aplicada del Ritual Kinético, lo cerraban todo cuando había aviso de vientos de fuerza huracanada y ventiscas de arena. El aire se volvió tan impenetrable que desde su tienda de campaña Arcoíris no podía ver ni el Campamento de las Brujas Sexuales, que quedaba en el mismo sendero. No podía ni distinguir las luces de la Carpa Comedor. La luna y las estrellas también eran invisibles.

Desde la comodidad de su saco de dormir, marcó un número que se sabía de memoria.

—¿Pulgarcita? —Era su nombre en el festival. En el mundo de fuera usaba su nombre de nacimiento. Sloane. Señora Sloane Roberts. Y le preguntó—: ¿Estás bien?

—¿Estás bien tú? —le preguntó ella.

—Hemos tenido un incidente, pero ya está resuelto —contestó él, agotado.

—¿Ludlow?

Él vaciló.

—Nada de que preocuparse —dijo.

Oyó que ella esperaba. Escuchó cómo su mujer tomaba una decisión. Oía el bramido de la tormenta de arena cobrando fuerza en el exterior de la tienda. Barriendo el desierto. Borrando de su memoria los gritos de un asesino quemado vivo. No estaba seguro de dónde salieron sus siguientes palabras. Como ninguno de los dos decía nada, esperó a que el silencio se hiciera más profundo. Esperó más. Y por fin habló:

—Una vez se nos metió un perro en la escuela. Yo iba a cuarto de primaria. El perro corrió por todos lados y lo lamió todo. Yo tenía ocho años y aquel perro me hizo ser consciente de todo aquello a lo que yo estaba renunciando para siempre.

Fue todo lo que le vino a la cabeza. Ya había dicho la suya.

Sloane o Pulgarcita pareció entenderlo. Y replicó:

—Los niños siempre se reían y jugaban cuando veían un cordero en la escuela.

Ella lo entendía. Quedarse en casa era condenar a sus hijos a un futuro de lo mismo. El festival era la cuna de una civilización mejor. Ella tenía que verlo. Aquello no era una crisis de mediana edad ni una simple escapada temporal, sino una opción original. Los exploradores siempre se habían adentrado en el desierto en busca de grandes respuestas.

—Estaba pensando —dijo él, esperanzado— que quizá el año que viene podríamos asistir al festival en familia.

Se estaba quedando adormilado.

Y su esposa, en tono frío, con voz suave pero no hostil, le dijo:

—El año que viene no habrá festival.

Arcoíris se maravilló de lo próxima y clara que sonaba la voz de su mujer a pesar del viento.

La voz de ella se convirtió en un ronroneo. En un murmullo provocador. Y le dijo:

—Ludlow… —le dijo—. Te propongo un trato.

—Un trato —repitió él, no del todo seguro de haber oído correctamente.

—Si vienes a casa —le propuso ella—, dejaré de matar a tu gente.

A Arcoíris se le pasó la modorra de golpe. No le había mencionado nada de aquello a su mujer. Tartita de Fresa no tenía su número. Nadie más que él tenía aquel número.

—Una estrella arrojadiza en la parte de detrás de la cabeza de un estúpido Hombre de Barro… ¿te suena?

En el festival todo el mundo usaba nombres falsos. Muchos llevaban máscaras. ¿Acaso Sloane era capaz de aquello? Sí, una vez había sido una salvaje embadurnada de mugre. Cuando se habían conocido, ella era la lanzadora de un espectáculo de lanzamiento de cuchillos. Ahora en cambio era una mamá que llevaba a sus hijos en coche a los entrenamientos de fútbol.

La voz del teléfono le preguntó:

—¿Quién crees que le ha hablado a tu amiguita de la televisión del «Código Hierbabuena»?

—¿Dónde están Lisa y Benny? —preguntó él.

—Con su abuela Roberts.

—¿Mientras su madre se dedica a matar a la gente del festival? —preguntó Ludlow Roberts.

Ella era el payaso que hoy le había echado el mal de ojo. El payaso triste del público. Hoy ella le había permitido que ejecutara a un hombre inocente y había bailado entre los Furbys y los zombis y los juerguistas disfrazados y sudorosos. Un monstruo de verdad entre otros monstruos falsos.

Mientras escuchaba se sintió más y más pesado, como si en vez de estar en su saco de dormir de color violeta estuviera en una bañera mientras el agua caliente se desbordaba a su alrededor. En vez de flotar, ahora sentía todo el peso de sus huesos y de su carne. Una carga que de pronto le resultaba demasiado pesada. El peso muerto de alguien también muerto.

La voz del teléfono le dictó:

—Mañana te inventarás una excusa y volverás a casa antes de que yo me cargue a otro. —Hizo una pausa—. Tú decides.

Y le colgó.

Era el viento lo que volvía loca a la gente. Con toda aquella ventisca impenetrable, era posible que ella estuviera a dos o tres metros de él. El poblado de tiendas de acampada estaba lleno de niñatos drogados y borrachos, y si había que creer al ninja muerto, ella le había robado su arsenal de armas puntiagudas y afiladas como cuchillas. Sloane sabía que si él llamaba a la policía se acababa la fiesta. Se terminaría para siempre, porque él había descuidado sus deberes de marido. Y si Arcoíris no desmontaba su tienda de campaña, moriría más gente.

En el mejor de los casos, se volvería a casa convertido en un asesino implacable.

Se hurgó con la yema del dedo en el ombligo, buscando, hurgando, y sacó la tableta de Luminal de cien miligramos. Todos los días había gente que se marchaba del poblado de tiendas. Y otra que llegaba. No había nadie controlándolo. En el peor de los casos, cada noche le costaría la vida a otra persona. Se imaginó a Tartita de Fresa muerta. A Teletubby. A Bebé Solete. Podía acusar a su mujer de ir de farol. Quizá, si hacía correr la voz, la podrían atrapar. Y poner aquel desastre bajo control.

A razón de un asistente al festival por noche, sumarían diecisiete muertos más. Cada año un chaval o dos salían de una fiesta, se adentraban dando tumbos en el desierto y nunca más se sabía de ellos. El desierto los consumía a modo de sacrificios. De tributos. En algún lugar de aquellos mil kilómetros cuadrados de yermo, la tormenta los sepultaba allí donde caían.

Construir. Quemar. Construir. Quemar. Venerar y destruir.

Esta noche iba a necesitar el Luminal. Mientras se quedaba dormido, sintió que la emoción le crecía en el pecho. Se le presentaba un juego interesante. Si la pillaba, ¿qué? Ahora que sabía la verdad, ¿acaso sería capaz de drogarla? ¿Acaso asaría viva a su mujer dentro de la cabeza de una Sandra Bernhard gigante? Ahora que sabía cómo de enorme y gloriosa era la devoción de su mujer…

LITURGIA

A la luz de los recientes desperfectos causados en la propiedad del 475 de Battlinghamshire Court, los propietarios quieren subrayar la política de nuestra comunidad sobre la propiedad de perros y también sobre la eliminación de materiales orgánicos biotóxicos. De acuerdo con la normativa comunitaria, todos los perros domésticos tienen que ser atados o contenidos por medio de cercas dentro de los límites de la propiedad de su dueño. En ningún momento se puede dejar que un perro deambule desatendido.

En cuanto a los despojos humanos, la normativa sanitaria del condado requiere que se entreguen a las autoridades competentes para ser eliminados de forma higiénica. Bajo ninguna circunstancia se permiten los entierros en casa.

La obediencia a las normas mencionadas habría evitado el amplio espectro de daños recientes en varias propiedades. Por fin es posible, creando una cronología de destrucción, rastrear el itinerario de los materiales peligrosos para la salud en cuestión e implicar a los animales responsables. El primer incidente denunciado tuvo lugar el 17 de mayo, en algún momento entre las 10.00 de la mañana y las 3.30 de la tarde. Los restos parcialmente descompuestos fueron al parecer desenterrados por un perro en una ubicación desconocida. En este caso inicial, el presunto culpable fue Manchitas. Después de exhumar los despojos, el beagle de la familia los trasladó al dormitorio previamente enmoquetado en blanco del 475 de Battlinghamshire Court, donde estuvo jugando con ellos durante un periodo indeterminado antes de enterrarlos en el jardín trasero de dicha propiedad.

Trazando un mapa de los desperfectos desde el 475 hasta los números 565, 785, 900, 1050, 1075 y 1100 de Battlinghamshire Court, es posible seguir la trayectoria de las vísceras humanas irresponsablemente abandonadas después de ser descubiertas y trasladadas por una serie de animales domésticos y alimañas indígenas, básicamente ratas y mapaches, todos los cuales se adjudicaron la propiedad del objeto cada vez más descompuesto, lo maltrataron y lo enterraron en ubicaciones nuevas. Una serie de daños

similares a la propiedad infligidos sobre moquetas, mobiliario tapizado y ropa de cama sugiere que el contrabando llegó a continuación a Surreydaledown Mews. Más adelante hay evidencias significativas de lo mismo en diversas viviendas de Knightsbridgeton Close y de Regentrosetudor Crescent. Debido a las características cada vez más inestables del tejido descompuesto, las visitas sucesivas fueron causando efectos más perjudiciales y duraderos en el mobiliario blando de cada vivienda.

Se ha propuesto una tasación especial encaminada a cubrir los gastos de drenaje y limpieza de las piscinas locales. Además, se anima a los residentes a revisar su historial de vacunas, particularmente a aquellos bañistas que encontraron en el agua cierto objeto, no reconocieron su naturaleza verdadera y lo confundieron con una pelota de playa triste, violeta y desinflada. Y que en un caso por lo menos se dedicaron a pasárselo alegremente entre ellos como resultado de esa ignorancia.

Y esa misma abominación fue el horror alienígena y empapado que la hija menor de los Sánchez rescató inocentemente de la piscina de su hogar familiar. Usando unas pinzas de barbacoa, lo tiró por encima de un seto, enviándolo al interior de la piscina de los DiMarco. Allí fue descubierto por el hijo mayor de la familia, Danny, que evitó emprender ninguna acción noble y decente. Lo que hizo en cambio fue lanzarlo hacia arriba, hasta el tejado de la vivienda contigua sita en el 8871 de Ivy High Street. Allí fue pasto de los cuervos, uno de los cuales terminó llevándose el pedazo de carroña chorreante a las alturas del azul cielo estival y dejándolo caer accidentalmente sobre la tumbona que estaba ocupando Ada Louise Cullen. Llegado este punto, el viaje del desagradable objeto se interrumpió abruptamente.

Por desgracia, varias páginas informativas de internet ya han publicado la historia, titulándola: «Carne muerta irresponsablemente abandonada descalabra a bañista desnuda». La historia se volvió viral después de convertirse en carnaza de varios comentaristas radiofónicos con programas de difusión nacional.

En el momento de ser recuperado, el perturbador objeto ya había perdido gran parte de su volumen original. Se hizo venir a los agentes de la ley. Después de cierto debate, los paramédicos presentes en la escena intentaron determinar la naturaleza de la masa orgánica, calculando que su peso total era seiscientos gramos. A continuación le aplicaron a la señora Cullen tratamiento por *shock*, náuseas, posible conmoción cerebral y hernia de discos cervicales.

Tras una larga discusión, la opinión mayoritaria fue que la masa de carne en cuestión no era resultado de ninguna acción violenta. Parecía haber sido

expulsada de forma natural. La determinación inicial fue que era de origen humano.

Aunque hay quienes no estarían de acuerdo, esta clase de formaciones de tejido sí que entran en la categoría legal de desperdicios médicos, y por consiguiente constituyen una amenaza para la salud pública, por no mencionar sus efectos negativos sobre el precio de reventa de las casas expuestas a dichos desperdicios por culpa de los posteriores animales domésticos que al parecer desenterraron la masa y se dedicaron a trasladarla continuamente a lo largo de tres largos días de altas temperaturas.

Sometida a examen forense, la materia en cuestión resultó ser el endometrio expulsado de forma no demasiado reciente y las formaciones de tejido anexas e infladas por la sangre resultado del parto de un recién nacido. Los restos superfluos del proceso de nacimiento humano.

Una serie de familias de Corningmarblerock han celebrado recientemente la llegada de algún nuevo miembro, pero esto no quiere decir que los desperdicios médicos en cuestión no fueran transportados desde fuera de la urbanización y traídos con ocasión de una plantación ritual de árboles o alguna celebración parecida. Un rápido repaso de las solicitudes de alteraciones permanentes del terreno presentadas en los últimos tres meses revela autorizaciones para plantar cinco rosales, un lilo, tres celindas, un ciprés llorón, catorce arbustos de boj y un roble de los pantanos. Cualquiera de estos podría haber marcado la sepultura original de la materia expulsada.

No está fuera del ámbito de lo posible que un animal de hábitat extenso, como por ejemplo un coyote, que viene a ser un buitre de cuatro patas, pudiera adquirir los desagradables despojos en alguna comunidad distinta de la nuestra. En Mockingbird Farms, por ejemplo. O en Belle Lakeside Villas, donde seguramente el abandono despreocupado de los despojos natales expelidos sea una práctica menos censurada.

Con franqueza, el comité vecinal no descarta que los residentes de Heron Cove sean capaces de incurrir en esta práctica jipiosa, pero ¿qué se puede hacer? ¿Poner un anuncio clasificado en la sección de Objetos Perdidos? «Encontrada: placenta raída y parcialmente descompuesta. Mordisqueada por todos los animales curiosos en un radio de tres kilómetros. Llamar para reclamar». Sea cual sea la acción que emprenda este comité, no estará destinada a dar satisfacción a unos forofos de la vida alternativa que piensan que hay que mover cielo y tierra para devolver ese desagradable objeto a su origen.

El comité tampoco debatirá el valor espiritual ni ritual de estas eliminaciones de tejido reproductivo excedente; aun así, este incidente deja claro que es necesaria una política para tratar con casos parecidos en el futuro.

No solo se ensució mobiliario. Un número considerable de animales domésticos también ingirieron porciones del desagradable objeto. Como resultado de esto, el gato siamés perteneciente al señor Heywood Marshall-Simon y señora lo regurgitó en el regazo de la señora Marshall-Simon. Lo mismo hizo el scotch terrier, Manchitas, en el asiento trasero de cuero recalentado del Jaguar XJR LWB nuevo del señor Clayton Farmer.

El comité de propietarios no carece de comprensión hacia nuestros vecinos afectados. Con la excepción de la señora Cullen, todos tienen una parte de culpa. Desde la persona o personas que enterraron tan laxamente el desagradable objeto hasta los propietarios de mascotas que desoyeron flagrantemente los protocolos sobre animales sin correa, todos los directamente afectados están implicados. Entre aquellos cuya propiedad ha sufrido daños, hay quien propone que se realicen pruebas genéticas para determinar la responsabilidad y buscar compensación financiera que cubra los costes de reparación. El comité, no obstante, sostiene que sería legalmente difícil tanto justificar como ejecutar dichas medidas.

No cuesta imaginar a un padre reciente que encuentra un hoyo toscamente cavado por unas zarpas en su jardín, y consciente del reciente revuelo, no comparece para declararse responsable. En lugar de una solución inmediata que satisfaga a todos los afectados, el comité ha decidido asumir una posición a largo plazo sobre el episodio. A saber: que esta es la clase de desastres compartidos que unen a los vecinos con el tiempo. En nuestra sociedad actual, donde las casas se venden y las familias se mudan cada siete años de promedio, esta epopeya servirá como recuerdo más duradero del fugaz periodo que pasamos siendo amigos y conocidos.

Los hechos se distorsionarán al ser repetidos. Una serie de personas cuyas vidas no se vieron directamente afectadas afirmarán lo contrario. Quienes han sufrido quizá la pérdida de una alfombra afirmarán que tuvieron que abandonar del todo sus casas. Los acontecimientos recientes se expandirán hasta convertirse en la mitología de nuestra comunidad. Mucho después de que hayan muerto nuestras mascotas, nosotros resucitaremos su recuerdo para saborearlo y propagarlo por el mundo. Nos lo arrojaremos de mano en mano para echarnos unas risas. Lo distorsionaremos. Lanzaremos la historia al aire en las fiestas y nos carcajearemos de lo rancia que está. Y por muy descompuesta que ya se encuentre, la descompondremos todavía más. La

inflaremos más. La haremos espantosa hasta extremos imposibles, la convertiremos en la mitología del nosotros. En un consuelo. En la prueba de las tribulaciones a las que hemos sobrevivido.

Seguimos rezando también por la señora Cullen, que informa de que sigue teniendo pesadillas a raíz del incidente.

A falta de mejores opciones, los despojos han sido entregados a la oficina del forense del condado de Shaysaw, donde serán almacenadas durante dos meses y después de ese periodo serán respetuosamente incineradas.

POR QUÉ CERDO HORMIGUERO NUNCA ATERRIZÓ EN LA LUNA

Hace casi una vida entera, cuando Gallo era prácticamente un pollo, estaba jugando un día a ajedrez con sus amigos. Iban todos a quinto de primaria, Gallo, Conejo y Cerdo Hormiguero, los tres sentados con las piernas cruzadas alrededor de un tablero de ajedrez en una esquina tranquila del patio durante el recreo. Cerdo Hormiguero movió la torre para tender una trampa obvia, Gallo se comió un alfil de Cerdo Hormiguero y estaba diciendo «Jaque» cuando una sombra enorme se proyectó sobre su partida. Un pie se plantó en mitad de los peones, desparramando los caballos y doblando todo el tablero que a Gallo le habían regalado por su décimo cumpleaños y que aquel día había llevado a la escuela dentro de su estuche con cierre de broche y asa porque parecía un maletín, como el maletín de cuero que Gallo tenía planeado llevar cuando fuera abogado. Abogado especializado en propiedad intelectual, idealmente en legislación sobre espectáculos. El estuche incluso tenía las iniciales de Gallo grabadas en el cuero falso —grabadas en dorado—, cortesía de sus padres. Cerdo Hormiguero había estado a punto de ganar, pero ahora el tablero estaba combado por el medio y tenía los bordes rotos. Su pequeño rey de plástico negro y sus peones blancos yacían derrotados, y plantado en medio de aquel desastre estaba Jabalí Verrugoso, aplastando el regalo de cumpleaños de Gallo contra el suelo de tierra.

Con un grito de guerra salvaje, Jabalí Verrugoso se lanzó hacia delante, vociferando y clavándole con fuerza las rodillas en el pecho a Gallo.

Conejo y Cerdo Hormiguero se apartaron de un salto y salieron corriendo por la hierba, los dos contentos de que por una vez no les hubiera tocado a ellos recibir. Los puños de Jabalí Verrugoso le arrancaron las gafas a golpes a Gallo. Las rodillas de Jabalí Verrugoso se le clavaron en las finas costillas y le aplastaron la nariz. Por su parte, Gallo presentó batalla a base de sangrar abundantemente por los labios partidos y las narices chorreantes. Mientras rodaba sobre sus piezas de ajedrez caídas, los alfiles se le clavaron en el

espinazo y las torres le grabaron la forma de sus almenas en el trasero. Ya desde el primer momento, Gallo se dedicó a berrear como un niñato llorica.

A lo lejos resonó un silbato estridente y Jabalí Verrugoso se retiró tan de repente como había atacado. A Gallo se le había desprendido una de las lentes de las gafas y se le había partido por la mitad la bisagra de una de las patillas. El ajedrez había quedado tan sucio y roto que Gallo se avergonzó al instante de haberlo querido tanto. Lo había querido tanto que ahora, ante las miradas silenciosas de Cerdo Hormiguero y de Conejo, aplastó a pisotones lo que quedaba de él sobre la tierra del patio. Se puso a dar patadas a los reyes y las reinas en todas direcciones mientras le caían por la cara las lágrimas y la sangre. Gallo aplastó sus iniciales grabadas en oro contra el barro de su humillación y dijo:

—¡Puto juego de maricas de mierda de los cojones!

Cerdo Hormiguero y Conejo estaban avergonzados de la vergüenza de su amigo, pero también la entendían perfectamente. Los tres estudiaban y hacían lecturas complementarias para obtener créditos extra. Los tres sacaban notas excelentes y ya en quinto de primaria parecían destinados a un futuro excelso: Gallo como abogado; Conejo como neurocirujano; y Cerdo Hormiguero como ingeniero aeroespacial. Eran los pequeñajos de la clase. Todos sus maestros los amaban por hacer subir las notas medias de los exámenes oficiales. Su actual maestra de quinto curso, la señorita Scott, que era guapa y joven y llevaba la melena recogida con una cinta, los amaba especialmente, y ellos la adoraban a ella. Gallo, Conejo y Cerdo Hormiguero venían de hogares saludables y tenían unos padres que expresaban amor y respeto por ellos. No hace falta decir que los matones les pegaban casi todas las semanas.

Para empeorar las cosas, su escuela practicaba una política de tolerancia cero hacia la violencia, de forma que, si alguien pegaba a alguien, les caía una expulsión obligatoria a todos los implicados. Para el matón, esto significaba una semana de vacaciones, pero para la víctima representaba quedarse atrás en su trabajo académico. De forma que cuando la señorita Scott fue corriendo hasta el sitio donde Gallo estaba pisoteando su tablero de ajedrez y soltando unas palabrotas terribles, él se secó los ojos llorosos con el dorso de una mano magullada y le dijo:

—Estábamos jugando a pilla-pilla y me he chocado con un árbol.

Cuando Gallo volvió de ver a la enfermera de la escuela con los cortes lavados y vendados, las chicas de su clase de quinto se lo quedaron mirando, se taparon la boca con la mano y soltaron risitas. Colibrí le señaló a Golondrina sus labios hinchados y sus dientes mellados y las dos pusieron los

ojos en blanco. Galló ocupó su asiento correspondiente en la mesa de lectura y se dijo a sí mismo: «Tus notas son de genio». Conejo y Cerdo Hormiguero no fueron capaces de levantar la vista para mirarlo a los ojos, pero él se inclinó por encima de la mesa de lectura y les dijo:

—Tenemos que pensar un plan para rescatarnos.

Después de Lectura Personal vino Competencia Matemática. El lunes dio paso al miércoles. Ortografía y Vocabulario. Los arañazos de Gallo se curaron, pero su ego no. Hacia el final de una competición de ortografía, Gallo se dio cuenta de que había unos ojos hostiles mirándolo. Mientras se disponía a deletrear «recibo», divisó a Jabalí Verrugoso sentado en la última fila, fulminándolo con la mirada y haciendo el gesto de machacarse la palma de una mano con el puño de la otra, enseñando los dientes en una mueca cruel y silenciosa. Presa del pánico, Gallo accidentalmente puso una «v» en vez de la «b» y le dio la victoria a Delfín. Aquella misma tarde, cuando la señorita Scott se fue a buscar más tiza a la secretaría, Jabalí Verrugoso le arreó a Delfín en el pescuezo con un diccionario. El ruido del libro impactando en su cráneo dolió a todos los que lo oyeron.

Para Gallo aquel momento fue una inspiración.

Mientras caminaban de vuelta a casa, les dijo a Conejo y a Cerdo Hormiguero:

—Escuchad, amigos. —Les dijo—: Tengo un plan que nos va a salvar.

El plan era sencillo. Resultaba fácil pero brillante. Conejo y Cerdo Hormiguero estuvieron de acuerdo en que era una genialidad.

Al día siguiente, la señorita Scott hizo salir a Gallo a la pizarra y le pidió que multiplicara 34 por 3 y que enseñara sus cálculos. Gallo cogió la tiza y se pasó un buen rato escribiendo, llenando la mitad de la pizarra, y su respuesta fue 97. La señorita Scott le pidió que intentara solucionar otra vez el problema y su nueva respuesta fue 91. Ella lo miró con cara de preocupación y le dijo que se sentara. Cuando le pidió a Conejo que resolviera el problema, a Conejo le salió 204. La respuesta de Cerdo Hormiguero fue 188. Durante un test de Ciencias Sociales, Conejo dijo que Atenas era la capital de Finlandia. Cerdo Hormiguero dijo que la capital era Dinamarca. Gallo escribió que era el Mar de Cortés.

La maestra les pidió que se quedaran después de clase. Les preguntó si eran felices en casa y si sus madres o padres les gritaban. La señorita Scott tenía un pelo tan vivaracho y unas mejillas tan luminosas que los tres amigos solo podían venerarla con unos ojos como platos.

Durante las semanas siguientes, a Cerdo Hormiguero se le olvidó cómo escribir su propio nombre. Conejo se equivocó con la letra de «Estrellita, dónde estás». Cuando le tocó a Gallo leer *La casa de la pradera*, no supo pronunciar la palabra «hermafrodita». La señorita Scott les devolvió los exámenes de Historia que la clase había hecho la semana anterior y los tres amigos habían obtenido muy deficientes. El peor de los suspensos. Hicieron bajar tanto la nota media que hasta Jabalí Verrugoso aprobó. Durante el recreo nadie les pegó.

Suspensión de la violencia.

Una vez olvidadas las Matemáticas, la Ciencia, la Lectura y la Geografía, Gallo y sus amigos redoblaron sus esfuerzos. Llegaban a la escuela con las caras sucias para demostrar que habían descuidado también la Higiene. Pasaban junto a la guardia del cruce escolar dándole un empujón para demostrar que tampoco habían retenido la Urbanidad. Iban con los hombros caídos para suspender en Postura.

Estaban suspendiendo todas las asignaturas. El plan de Gallo estaba saliendo a la perfección. Para ponerlo en práctica, lo único que necesitaban era suspender quinto curso. Y no solo una vez, sino tres o cuatro. Dejar que Jabalí Verrugoso y Colibrí y los demás avanzaran hasta sexto y séptimo curso. Dentro de unos años, Gallo, Conejo y Cerdo Hormiguero tendrían cuerpos de gigantes en comparación con sus compañeros de quinto. Durante el resto de su escolarización serían presidentes de la clase, capitanes de equipo y reyes del baile de graduación. Y no solo serían más grandes, sino también más listos, más listos y más benévolos de lo que había sido nunca ningún héroe estudiantil. Tendrían la masa muscular, la coordinación física y la sabiduría de los antiguos perdedores. Hasta entonces podían relajarse y disfrutar de cuatro hermosos años de atención especial de la solícita señorita Scott.

Sabían que suspender un curso solo era vergonzoso si te pasaba a ti solo. De camino a casa en la tarde de aquella cagada en la competición de ortografía —con el eco en los oídos del diccionario golpeando el cráneo de Delfín—, los tres se habían escupido en las manos y habían hecho el triple juramento de catear juntos. Podían triunfar al final del camino, pero solo si los tres fracasaban ahora en equipo. Además, no le contarían su plan a nadie. Fue Conejo quien los apodó el «Klub del Suspenso».

—La primera regla del Klub del Suspenso —dijo Cerdo Hormiguero— es: nadie habla del Klub del Suspenso.

La realidad de su plan era más difícil de lo que habían esperado. En primer lugar, se habían visto obligados a cortar su dependencia de los elogios. Los síntomas de la abstinencia eran terribles, pero cada vez que uno de los amigos sentía la tentación de experimentar con su juego de química o de releerse *La República* de Platón, solo tenía que telefonear a los demás para recibir su apoyo hasta que se le pasaba el impulso negativo. Parecía que ver muchas horas de televisión ayudaba, pero hacía falta un esfuerzo mental considerable para ser tan tonto. Gracias a Dios, Cerdo Hormiguero encontró un atajo. Una mañana de camino a la escuela, Cerdo Hormiguero se metió en un callejón y les hizo una seña a Gallo y a Conejo para que lo siguieran. Cuando nadie los pudo ver, Cerdo Hormiguero miró a un lado y a otro antes de meterse la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacar una bolsa de papel arrugada. Y cuando desplegó la bolsa, lo único que había dentro era un tubo de pegamento para maquetas.

Cerdo Hormiguero destapó el tubo y lo aplastó, dejando que el chorrito viscoso de pegamento lechoso cayera sobre la bolsa de papel. Volvió a meter el tubo aplastado en la bolsa —querían volverse idiotas, no ensuciar— y se sostuvo la bolsa abierta sobre la nariz y la boca. Con los ojos al descubierto y mirando a Conejo y a Gallo, Cerdo Hormiguero se puso a respirar tan hondo que su respiración infló y desinfló la bolsa como si fuera un globo de papel marrón. Lo único que se oía en el callejón era el ruido del papel al arrugarse y la respiración pesada de Cerdo Hormiguero cada vez que cogía aire y lo soltaba. Por fin los ojos se le pusieron vidriosos y le pasó la bolsa a Gallo.

El pegamento olía a plátanos reblandecidos con motas de podredumbre. ¡El efecto de inhalar sus vapores era maravilloso! ¡Ya no estaban simplemente haciéndose los estúpidos! ¡Ahora los miembros del Klub del Suspenso eran estúpidos de verdad! El Método del Pegamento, como empezaron a llamarlo, no duraba para siempre, pero bajo sus efectos Conejo no era capaz ni de aguantar un lápiz. Cerdo Hormiguero se quedaba dormido en su pupitre y se meaba encima. Gallo sugirió robar el vodka del congelador de sus padres y la combinación mágica del pegamento con el vodka les otorgó a los tres amigos una ignorancia mayor de la que habían esperado obtener nunca. Al llegar la Navidad ya los habían mandado a la clase de Ayuda a la Lectura. ¡En Semana Santa ya no se sabían atar los zapatos!

La señorita Scott, la guapa y solícita señorita Scott, casi nunca se separaba de ellos. Los mimaba y los elogiaba por el mero hecho de abrir un tebeo. Antes de que a Gallo se le fueran los moretones, ella le preguntó varias veces:

—Recuérdamelo, ¿cómo te has hecho daño?

Pilló a Cerdo Hormiguero a solas y le preguntó:

—¿Cómo se ha hecho daño Gallo?

A ninguno de ellos se le había ocurrido coordinar sus versiones, y el pegamento tampoco ayudaba. Gallo le contó que se había caído de lo alto del tobogán del patio. Conejo dijo que había sido resultado de un placaje en un partido de fútbol americano. Al final la maestra acompañó a Gallo a la secretaría y allí la enfermera les hizo tres fotografías a él y a la señorita Scott juntos, con el brazo de ella en torno a los hombros de él. A pesar del escozor de sus labios partidos, Gallo estaba sonriente. Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja a la cámara, de tan enamorado que estaba.

Ya nadie les daba puñetazos. Ya nadie se reía ni los señalaba con el dedo. Nadie se fijaba siquiera en ellos. De entrada no resultó fácil ser invisible. Pero pronto sí lo fue. Gallo seguía soñando con ir a la facultad de derecho. Aprobaría el examen de acceso por la puerta grande y presentaría apasionadamente en los tribunales sus argumentos en defensa de los oprimidos y los subyugados. La escuela les debió de mandar una carta de advertencia a sus padres —lo contrario de un informe de progreso—, porque una noche después de la cena los padres de Gallo lo hicieron quedarse en la mesa del comedor. El padre de Gallo suspiró hondo y preguntó:

—A ver, ¿qué pasa aquí, jovencito?

Sonó el teléfono en la cocina y la madre de Gallo se levantó de la mesa del comedor para contestarlo. A través de la puerta de la cocina, Gallo la vio levantar el auricular y decir:

—Buenas noches. —Se le serenó la voz de golpe—. Un momento, por favor —dijo, y se pegó el auricular al pecho como si se estuviera cubriendo el corazón para recitar el Juramento de Lealtad a la Bandera. Llamó al padre de Gallo y le dijo—: Es Hámster.

Después de escucharlo un momento, el padre de Gallo le dijo al teléfono:

—En calidad de jefe de tu departamento jurídico, te aconsejo que te deshagas de inmediato de ese queso…

De regreso a la mesa del comedor, la madre de Gallo lo miró con ojos preocupados y enrojecidos y le dijo:

—Sabemos que esto no es un problema de notas. —Se mordió el labio inferior—. Sabes que te queremos de todas formas, ¿no?

En la cocina, el padre de Gallo dijo:

—No vale la pena correr el riesgo de salmonella, y como se entere nuestra aseguradora nos cancelarán la cobertura por negligencia activa.

Colgó el auricular y regresó al comedor. A Gallo le hizo falta toda la habilidad para ser tonto que había adquirido recientemente para no entender la preocupación de sus padres, pero su padre le dijo Nada de Televisión hasta que mejoraran las notas. A continuación vino: Nada de Usar el Teléfono. Y luego: Nada de Diversión. Antes de que se terminara el día, Gallo, Cerdo Hormiguero y Conejo estaban durmiendo en habitaciones vacías sin pósters de colores en las paredes y sin siquiera emisoras de radio de onda media, nada que los distrajera de los estudios que habían abandonado.

La señorita Scott hizo quedarse a Gallo en clase un viernes y le suplicó que le contara cuál era el problema. ¿Por qué había acabado siendo el peor estudiante de la clase? Se lo preguntó con una voz tan desconsolada que Gallo se echó a llorar. Lloró tanto como cuando Jabalí Verrugoso le había pegado la paliza. Ver la expresión de sufrimiento de la señorita Scott le dolió más todavía que las patadas y los puñetazos. Gallo lloró hasta que le empezó a sangrar la nariz y los ojos se le pusieron tan morados como los de Mapache. Pero incluso con la señorita Scott rodeándolo con los brazos, abrazándolo mientras ella también lloraba, aun así lo único que Gallo pudo decir fue:

—No se lo puedo decir. Prometí que no se lo contaría a nadie.

Al lunes siguiente un juez de un tribunal de familia emitió una orden de detención y Gallo fue mandado con una familia de acogida en espera de una investigación por parte de los agentes de servicios sociales. El miércoles Cerdo Hormiguero y Conejo también fueron puestos en hogares de acogida.

Gallo se dijo a sí mismo: «Estas tribulaciones son solo a corto plazo».

Gallo reunió a sus camaradas y les dijo:

—La gloria de nuestro futuro justifica estas penurias transitorias del presente.

Se tenían el uno al otro, les dijo. Tenían las encantadoras atenciones de la señorita Scott. Dentro de unos años, ellos gobernarían la escuela; como serían los niños más grandes y más listos, reinarían en los pasillos y en el patio. Ahora los tres sufrían para que en el futuro sus compañeros de clase más esmirriados no padecieran abusos y fueran humillados.

Un día Gallo sería abogado. Conejo, neurocirujano. Cerdo Hormiguero, ingeniero aeroespacial. Y todos ellos les comprarían a sus padres mansiones en clubes de campo y aviones privados. Les explicarían por fin el pacto secreto del Klub del Suspenso y todos se echarían unas risas juntos. Sus padres los amarían y los admirarían todavía más por la previsión y la dedicación que los tres amigos ya habían mostrado en quinto de primaria.

Esnifar cola también ayudaba. Si Gallo esnifaba la bastante, su mente chisporroteaba y siseaba como un trozo de plástico quemándose. Enterraba la cara en una bolsa de papel y respiraba hasta que notaba bichos correteándole por debajo de la piel y oía pensamientos de gente desconocida. Un sábado por la tarde, Gallo jugó a seguir a Cerdo Hormiguero. Se puso a seguirlo a una manzana o dos de distancia, escondiéndose detrás de los setos y agachándose a la sombra de los cubos de basura para no ser visto. Y así fue como vio que Cerdo Hormiguero se metía en la biblioteca pública. Cuando vio a su amigo entrar a hurtadillas allí, a Gallo le hirvió la sangre de rabia. Se dijo a sí mismo: «Cerdo Hormiguero está conspirando para traicionarnos. ¡Está haciendo ejercicios de clase para obtener créditos extra y a final de curso pasará a sexto y nos abandonará a Conejo y a mí en la ignominia!».

Gallo fue a informar a Conejo de aquella traición. Lo buscó por todas partes: en el hogar de acogida, en el callejón, detrás de los contenedores de basura de la escuela primaria, pero Conejo no estaba en ninguna parte. La espantosa verdad cobró forma en la mente de plástico quemado de Gallo, pero él la rechazó. Cuando su resignación venció a su miedo, Gallo fue al Museo de Historia Natural. Y allí estaba Conejo, contemplando una exposición sobre el Antiguo Egipto. Y lo que era peor: Conejo tenía un cuaderno y un lápiz y estaba tomando notas.

Gallo, el fundador del Klub del Suspenso, había sido abandonado. Le iba a tocar repetir quinto de primaria solo. Sus camaradas, que tantos malos tratos habían compartido con él, eran unos traidores. ¡Y qué traición! Su egoísmo condenaría a las generaciones futuras de niños de diez años al mismo ciclo de acoso e infelicidad. Qué deprisa lo habían olvidado todo, pero Gallo estaba decidido a refrescarles la memoria.

El lunes, inclinándose a un lado en su pupitre, en voz baja, Gallo les propuso:

—Amigos, esnifemos pegamento juntos detrás de los contenedores durante la pausa del almuerzo.

Y ellos aceptaron inocentemente. En cuanto el trío se reunió y la bolsa de papel estuvo lista, Gallo permitió generosamente que sus amigos inhalaran los vapores antes que él. Cuando Conejo y Cerdo Hormiguero estuvieron completamente colocados, con los ojos dilatados y la baba cayéndoles de las bocas abiertas, Gallo se enfrentó a ellos con rotundidad:

—¡Os he descubierto! —gritó Gallo. Y se echó encima de aquellos dos mequetrefes indefensos, clavándole las rodillas a Cerdo Hormiguero y

golpeando con los puños a Conejo. Y les gritó—: ¿La biblioteca? ¿El museo? —Les gritó—: ¡Exijo una explicación!

Sus amigos estaban tan incapacitados por los vapores tóxicos del pegamento que Gallo pudo aporrearlos y pisotearlos sin que ellos opusieran ninguna resistencia.

Después de la pausa del almuerzo, la señorita Scott casi se echó a llorar al ver la nariz rota de Cerdo Hormiguero y las orejas desgarradas de Conejo, pero ellos dos se sentaron a la mesa de lectura y le dijeron que no se preocupara.

—Me he caído por unas escaleras —dijo Cerdo Hormiguero—. Es el precio que pago por no pensar más en los demás.

—Ha sido mi propia torpeza —dijo Conejo—. Mis orejas son una pequeña pérdida a cambio de un futuro más luminoso.

A fin de poder hacerles mejor de mentor a sus amigos, Gallo se puso a suplicarle a la señorita Scott que a los tres los alojaran en la misma casa de acogida. La señorita Scott apoyó su petición y pronto Gallo, Conejo y Cerdo Hormiguero estuvieron compartiendo dormitorio, cuarto de baño y bolsa de papel marrón. Ninguno de ellos sentía ya tentaciones de visitar la biblioteca ni el museo. Colgaron un calendario en la pared de su habitación y se dedicaron a tachar los días que quedaban de curso. Se olvidaron de la diferencia entre Idaho, Iowa y Ohio. Se olvidaron de la diferencia entre «repugnante» y «repelente». La meta más difícil con diferencia que se habían puesto nunca era no estar a la altura de su enorme potencial, pero cumplieron valientemente con el desafío. No fue fácil pero suspendieron el curso. En la escuela de verano se vieron obligados a trabajar doblemente duro para no hacer ningún esfuerzo.

El último día de la escuela de verano vieron que la señorita Scott abría los cajones de su mesa y empezaba a sacar fotografías… recuerdos… *souvenirs*, que se puso a guardar en una caja de cartón. Cuando su mesa estuvo vacía y la caja llena, la señorita Scott miró a los tres chicos que había en el aula por lo demás desierta y les dijo:

—Os echaré de menos el año que viene.

«Nuestro intento de fracasar ha sido un fracaso», se dijo a sí mismo Gallo. A pesar de que habían dado lo peor de sí mismos, los iban a mandar a sexto curso. Habían renunciado a su prestigio, a sus familias y a su tiempo y ahora iban a pasar al curso siguiente, donde seguirían estando en el escalafón más bajo del insidioso orden social. ¡Oh, qué corrupción! En aquel momento, la rabia de Gallo venció al amor que sentía por su maestra. Si ella se preocupara

por ellos, nunca les dejaría pasar de curso. Para Gallo, era obvio que la señorita Scott se estaba limitando a pasarle sus problemas a otro maestro. Se los estaba quitando de encima. A Gallo le subió la sangre a la cara, se le agarrotó el cuerpo entero de furia y gritó:

—¡Zorra!

Cerdo Hormiguero y Conejo se lo quedaron mirando. La señorita Scott se lo quedó mirando.

—¿Cómo puede mandarnos a sexto? —preguntó Gallo en tono imperioso —. ¿A esto lo llama «educación»? —Y justamente porque la quería tanto, fue corriendo al frente del aula y tiró la caja de cartón de su mesa. Desperdigando las fotografías y los recuerdos por el suelo, Gallo se puso a machacarlo todo con el pie, a romperlo y estropearlo y a gritar—: ¡Puto juego de maricas de mierda de los cojones!

Cuando terminó de hacerlo pedazos, jadeando y sudando, Gallo se quedó esperando una respuesta.

La señorita Scott no lloró. Nadie lloró. Era un progreso, si se podía llamar así.

—No vais a pasar a sexto —le dijo. Sin hacer esfuerzo alguno para recuperar sus posesiones destruidas, la señorita Scott cogió su abrigo del respaldo de su silla y metió los brazos en las mangas. Se abrochó los botones. Abrió un cajón de su archivador y sacó su bolso—. Tres de mis alumnos han suspendido a pesar de todos mis esfuerzos —dijo, abriendo su bolso y sacando un llavero—. Por consiguiente, me han echado.

Dejando aquel desastre bajo los pies de Gallo, caminó hasta la puerta, la abrió, la cruzó y desapareció de sus vidas para siempre.

En vez de pasar a sexto de primaria, Gallo, Conejo y Cerdo Hormiguero se pasaron a la marihuana. Habían adquirido un gran talento para ser estúpidos, de forma que el segundo año les resultó mucho más fácil. Ninguno de los tres llegó a aprender el nombre de su nueva maestra. Regresaron con sus padres y madres respectivos. Perseveraron.

Al año siguiente, en vez de pasar a sexto curso, se pasaron a los calmantes con receta. Eran gigantes de doce años, mucho más altos que los pequeñajos de diez. Llegado aquel punto, parecían unos zoquetes enormes en comparación con sus compañeros de quinto. Nadie los trataba como héroes; nadie les mostraba ni una pizca de respeto, hasta que en una competición de ortografía Gallo deletreó mal la palabra «recibo» y oyó que Ñu soltaba una risita. Cuando llegó la hora del recreo, Gallo, Conejo y Cerdo Hormiguero salieron sigilosamente al patio, donde se turnaron para estampar los puños en

la cara llorosa de Ñu. No hace falta decir que Ñu no se lo iba a decir a nadie, y aunque lo dijera… ¿qué importaba? Suspender quinto curso ya no les producía ningún terror a los tres amigos, y a fin de aumentar su estupidez, se sentaron en una esquina tranquila del suelo de tierra y se liaron un porro. Se lo fumaron y se imaginaron entre risitas todo lo que se comprarían cuando fueran ricos. Cuando Gallo se tumbó en el suelo se le clavó algo afilado en el espinazo. Se puso la mano debajo de la espalda y encontró el objeto: una estatuilla pequeñita con corona… le sonaba mucho pero no sabía de qué. Les enseñó la figurita a Conejo y Cerdo Hormiguero, pero ellos se limitaron a negar con la cabeza. Ninguno sabía exactamente qué era. Conejo lamió la figura con la lengua y la mordió con los dientes y declaró que estaba hecha de plástico negro. Cerdo Hormiguero sugirió que la derritieran y para ello sacó una cerilla de cocina de madera. Cuando la coronita prendió, ardió con una llama azul chispeante y emitió un olor a heces y pelo quemado. Fuera lo que fuera, produjo una voluta espiral de humo acre que, sin pensarlo, los tres amigos se inclinaron hacia delante para inhalar.

TRÁEMELA

Hank tiene un pie plantado un paso por delante del otro y todo su peso apoyado en el de detrás. Flexiona la pierna de atrás, acercándola al suelo, con la rodilla doblada y el torso, hombros y cabeza torcidos y echados hacia atrás en dirección al punto más alejado de la puntera del pie adelantado. Y en el mismo momento en que suelta el aire, la pierna que tiene detrás se pone recta de golpe y esa misma cadera se flexiona para proyectar el cuerpo entero hacia delante. Su torso se retuerce para adelantar el hombro. El hombro proyecta el codo. El codo proyecta la muñeca. Todo ese brazo entero traza una curva y restalla como un látigo. Hasta el último músculo contribuye a lanzar esa mano hacia delante, y en el momento mismo en que Hank debería caerse de narices, su mano suelta la pelota. Una pelota de tenis, de color amarillo brillante, volando tan deprisa como una bala, volando hasta casi desaparecer en el cielo azul, trazando un arco amarillo igual de alto que el sol.

Hank lanza el saque con el cuerpo entero, que es como se ha de sacar. El labrador retriever de Jenny sale dando brincos detrás de la pelota como una mancha negra disparada hacia el horizonte, esquiva las lápidas, regresa brincando y meneando la cola y me deja caer la pelota a los pies.

Yo, cuando tiro una pelota, uso solo los dedos. Quizá un poco la muñeca; tengo las muñecas flacas. Nadie me ha enseñado a hacerlo bien, o sea que ahora mi lanzamiento rebota en la primera hilera de lápidas y después en un mausoleo, rueda por la hierba y desaparece detrás de una tumba; Hank sonríe mirándose los pies, niega con la cabeza y dice:

—Bien lanzada.

Hank se desprende un gargajo de las profundidades del pecho y escupe una ostra bien gorda de mocos sobre la hierba, entre mis pies descalzos.

El perro de Jenny se queda ahí sin hacer nada, parte labrador negro y parte estúpido, mirando a Jenny. Jenny está mirando a Hank. Hank me mira a mí y me dice:

—¿Qué esperas, chaval? Ve a buscarla.

Hank señala con la cabeza el sitio donde ha desaparecido su pelota de tenis, perdida entre las lápidas. Hank me habla de la misma forma en que Jenny habla con su perro.

Jenny se retuerce un mechón de pelo largo entre los dedos de una mano y mira hacia atrás, en dirección al aparcamiento donde está el coche de Hank. La luz del sol le traspasa la falda, que no tiene enagua debajo, y le perfila las piernas hasta las mismas bragas.

—Te esperamos. Lo juro —me dice.

En las tumbas que hay en primer plano no hay escrita ninguna fecha posterior a 1880 y pico. A juzgar por mis cálculos, mi lanzamiento debe de haber aterrizado alrededor de 1930. El de Hank ha llegado hasta los estúpidos peregrinos del estúpido *Mayflower*.

Nada más dar un paso noto algo húmedo en la planta del pie descalzo, algo viscoso, pegajoso y todavía caliente. El escupitajo de Hank se me pega al talón, formándome una membrana entre los dedos del pie, de forma que lo froto contra la hierba para limpiármelo. Detrás de mí, Jenny se ríe mientras arrastro ese pie ladera arriba, en dirección a la primera hilera de tumbas. Hay ramos de rosas rojas clavados en el suelo. Banderitas americanas ondeando bajo la brisa. El labrador negro corre por delante, olisqueando las manchas muertas y marrones que hay en la hierba y añadiéndoles sus meados. La pelota de tenis no está detrás de la fila de tumbas de la década de 1870. Detrás de la fila de la década de 1860 tampoco hay nada. Desde el sitio donde estoy se despliegan nombres de gente muerta en todas direcciones. Amados maridos. Veneradas esposas. Madres y padres adorados. Los nombres se extienden hasta donde me alcanza la vista, todos meados por el perro de Jenny, un ejército entero de gente muerta debajo de nosotros.

Y en cuanto doy el paso siguiente, el suelo estalla: por toda la hierba cortada estallan géiseres como si fueran minas explosivas de agua fría, regándome los vaqueros y la camisa. Una trampa de pura gelidez. Los aspersores subterráneos del césped arrojan sus chorros de agua, obligándome a cerrar con fuerza los ojos y mojándome el pelo hasta pegármelo a la cabeza. El agua fría me golpea desde todas las direcciones. Oigo risas detrás de mí: Hank y Jenny se están riendo tan fuerte que necesitan apoyarse el uno en el otro para no perder el equilibrio, con la ropa mojada y pegada a las tetas de Jenny y moldeada sobre la sombra de su matojo. Los dos se caen sobre la hierba, todavía abrazados, y sus risas se detienen al juntarse sus bocas mojadas.

Son los muertos, que se mean en nosotros. De esa forma gélida en que la muerte te puede alcanzar a mediodía de un día soleado, cuando nunca te lo esperarías.

El estúpido labrador de Jenny ladra y trata de atrapar con los dientes un chorro de agua, mordiendo el aspersor que tengo al lado. E igual de deprisa, los aspersores automáticos se vuelven a hundir en el suelo. Tengo la camiseta chorreando. El agua me cae por la cara desde la fregona empapada que es mi pelo. Completamente mojados, mis vaqueros están todos rígidos y dan la sensación de pesar como el cemento.

A menos de dos tumbas de mí, la pelota está al pie de una lápida. Una lápida que no está cubierta ni de polvo ni de musgo. Recién labrada en granito, con las palabras «Amado marido», el nombre «Cameron Hamish» y la fecha de este año. Algún pobre cabrón que se ha muerto. Señalo la pelota y le digo al perro:

—Tráemela.

Y él corre hasta allí, olisquea la pelota de tenis, le gruñe y vuelve corriendo sin ella. Yo me acerco, recojo la bola afelpada amarilla y mojada y le digo a la lápida:

—Perdona por molestarte, Cameron. Ya puedes volver a ser pasto de los gusanos.

Menudo perro estúpido.

Cuando me giro para tirarle la pelota de vuelta a Jenny, la pendiente cubierta de hierba que queda por debajo de mí está desierta. El aparcamiento de detrás también está desierto. Ni rastro de Hank ni de Jenny. Ni del coche. Lo único que queda es un charco negro procedente del depósito de aceite del motor. Eso y dos rastros de huellas mojadas que se detienen allí donde estaba aparcado el coche.

Hasta el último músculo flaco que tengo a lo largo del brazo restalla con mi lanzamiento cuando arrojo la pelota con todas mis fuerzas colina abajo, hasta el sitio donde ha escupido Hank.

—Tráemela —le digo al perro, pero él se limita a quedárseme mirando.

Todavía arrastrando un pie, empiezo a bajar la cuesta hasta que vuelvo a notar algo caliente con la punta del pie. Esta vez son los meados del perro. En el sitio donde estoy la hierba se nota acartonada. Muerta. Cuando levanto la vista, tengo la pelota al lado, como si hubiera rodado colina arriba. La parte del cementerio que puedo ver está vacía salvo por los miles de nombres labrados en la piedra.

Vuelvo a tirar la piedra ladera abajo y le digo al perro:

—Tráemela.

El perro se me queda mirando, pero a lo lejos la pelota se me acerca rodando. Regresando a mí. Subiendo la pendiente. Rodando ladera arriba.

Me escuece uno de los pies; los meados de perro me escuecen en los arañazos y juanetes del pie descalzo. Los dedos de mi otro pie los tengo pegados entre sí por culpa del salivazo gris y espumeante de Hank. Los zapatos los tengo en el asiento trasero de su coche. Se han ido. Y aquí me toca quedarme, cuidando de su estúpido chucho mientras Jenny se ha largado.

Vuelvo caminando por entre las tumbas y froto un pie contra la hierba para limpiármelo. Al siguiente paso me froto el otro pie. A base de arrastrar los dos pies, voy dejando un rastro de manchones alargados por el césped hasta llegar al aparcamiento vacío.

Y ahora el perro no quiere ni acercarse a la pelota de tenis. En el aparcamiento, me planto junto al charco de aceite de cárter derramado y vuelvo a tirar la pelota, con toda la fuerza que puedo. La pelota vuelve rodando y se pone a trazar espirales a mi alrededor sobre el cemento gris y caliente, obligándome a dar vueltas y más vueltas para observarla. La pelota amarilla gira a mi alrededor hasta que me mareo y la cabeza me da vueltas. Cuando la pelota se detiene a mis pies, la vuelvo a arrojar. Esta vez, mientras vuelve rodando hasta mí, la pelota se desvía y rueda pendiente arriba, rompiendo la ley esa de la Gravedad. Se pone a dar vueltas en el charco de aceite de cárter de Hank, empapándose de pringue negro. Manchada de negro, la pelota de tenis rueda hasta ponerse lo bastante cerca de mis pies descalzos como para que yo le dé una patada. Trazando círculos, saltando y volviendo atrás sobre sí misma, la pelota va dejando un rastro negro por el aparcamiento gris y por fin se detiene. Una pelota de tenis negra, redonda como el punto que termina una frase. Como el punto al pie de un signo de exclamación.

El estúpido labrador negro se sacude demasiado cerca de mí y me rocía de agua de perro procedente de su pelaje empapado. Ahora apesto a perro mojado y tengo salpicaduras de barro por todos los vaqueros y la camiseta.

El rastro negro y oleoso de la pelota compone letras. Unas letras cursivas que forman palabras por el cemento del aparcamiento, escribiendo la frase: «¡Ayuda, por favor!».

La bola regresa al charco de aceite de motor, empapándose la superficie afelpada de negro y luego rodando y escribiendo con caligrafía grande y llena de florituras: «Rescátala».

Cuando me agacho para recogerla, inclinándome para agarrarla, la pelota de tenis se aleja brincando unos cuantos pasos. Yo doy un paso y la pelota

vuelve a botar hasta el borde del aparcamiento. Yo la sigo y ella va botando hasta detenerse del todo, como si se hubiera quedado pegada a la carretera, llevándome afuera del cementerio. El asfalto me abrasa las plantas de los pies descalzos. Yo sigo andando, brincando sobre un pie y sobre el otro. La pelota va por delante, dejando con sus botes una hilera de puntos negros por la carretera que tengo ante mí, imitando aquellos rastros gemelos de pisadas de Jenny y de Hank que no llevaban a ninguna parte. El labrador negro me sigue. Pasa a toda velocidad un coche patrulla del *sheriff*, sin aminorar la marcha. En la señal de *stop*, allí donde la carretera del cementerio se cruza con la del condado, la pelota se detiene para esperar a que yo la alcance. Con cada bote la pelota deja menos aceite. Yo, que estoy bastante aturdido, me veo completamente arrastrado por esa visión de lo imposible. La pelota deja de botar y se queda clavada en el suelo. Un coche nos viene detrás, avanzando lentamente a la misma velocidad que nosotros. Suena la bocina y me giro para ver a Hank al volante y a Jenny sentada a su lado en el asiento delantero. Jenny baja la ventanilla del copiloto, asoma la cabeza, con el pelo colgando por fuera del coche, y me dice:

—¿Estás loco? ¿Vas colocado? —Estira un brazo hasta el asiento de atrás y luego lo saca por la ventanilla del coche, sosteniendo mis zapatillas deportivas con la mano—. Por el amor de Dios, pero mírate los pies…

A cada paso, mis pies despellejados van dejando un poco más de rojo, sangre, las huellas de mis pies estampadas en sangre sobre el pavimento, marcando todo el camino que he recorrido desde el aparcamiento del cementerio. Ahora que me he parado estoy plantado en medio de un charco de mi propio jugo rojo, sin sentir ni la grava cortante ni los cristales rotos que hay en el arcén.

Y a un bote por delante de mí, la pelota de tenis espera.

Sentado al volante, Hank tuerce un hombro hacia atrás, pasa el brazo por detrás del respaldo del asiento y pellizca entre dos dedos el pitorro del seguro de la puerta. Levanta el pitorro, baja la mano y tira de la manecilla para abrir la portezuela, diciendo:

—Entra en el coche. —Dice—: Entra en el coche de una *puta* vez.

Jenny balancea la mano y deja caer mis zapatillas de tal manera que aterrizan a medio camino de donde estoy, cayendo pesadamente en la grava del arcén. Las lengüetas y los cordones cuelgan, enredados.

Allí plantado, con unos pies oscuros como pezuñas o como zapatos de iglesia, de tan cubiertos como están de sangre seca y de polvo, lo único que puedo hacer es señalar la pelota sucia de tenis… rodeada de moscas negras y

gordas… pero la pelota está quieta, ni se mueve ni me lleva a ningún lado, permanece detenida en el borde del asfalto, donde crecen los bledos.

Hank da un puñetazo en el centro de su volante y me dedica un bocinazo tremendo. El segundo bocinazo resuena tanto que me llegan ecos desde la nada que hay sobre el horizonte. Todos los campos de remolacha de azúcar, todas las cosechas que nos rodean a mí y a su coche, van llenos del bocinazo de Hank. Debajo del capó del coche reverbera el motor, las varillas de empuje golpean y las levas baten, y Jenny se asoma a la ventanilla del copiloto y dice:

—No lo cabrees. —Dice—: Entra en el coche y ya está.

Un destello negro me salta junto a las piernas y el estúpido labrador se mete de un salto por la portezuela que Hank sostiene abierta. Con el brazo torcido, Hank cierra de un portazo y gira bruscamente el volante hacia un lado. Su chatarra de coche hace un giro de ciento ochenta grados y se aleja, con la grava traqueteando en las cavidades de las ruedas y la mano de Jenny todavía asomando por la ventanilla abierta. Detrás de ellos, los neumáticos de Hank dejan marcas gemelas y humeantes de caucho quemado.

Mientras los veo marcharse, me agacho para recoger mis deportivas. Y en ese mismo momento —pok—, algo me golpea en la nuca. Me froto el cuero cabelludo con una mano y me giro para ver qué me ha golpeado y veo que la estúpida pelota de tenis ya se está moviendo otra vez, brincando por la carretera en dirección contraria al coche de Hank.

De rodillas, atándome los cordones de las zapatillas, le grito:

—Espera.

Pero la pelota no se para.

Corriendo detrás de ella, le grito:

—Un momento.

Pero la pelota sigue alejándose.

Y la pelota continúa botando, botando, dando unos saltos enormes que siguen el eje de la carretera. En la señal de *stop* del cruce con Fisher Road, en mitad de un salto, en el punto más alto del bote, la pelota gira a la derecha. Dobla la esquina en mitad del aire y se aleja botando por Fisher, mientras yo la sigo como puedo. En Fisher, deja atrás el desguace donde la carretera se convierte en Millers Road, gira a la izquierda para coger Turner Road y se dirige río arriba, en paralelo a la orilla del arroyo de Skinner. Evitando acercarse a los árboles, la pelota de tenis embadurnada de aceite y llena de polvo avanza a toda velocidad, levantando una nubecilla de tierra cada vez que golpea el suelo.

Luego la pelota gira allí donde un par de viejas roderas abandonan la carretera y se meten por entre los matorrales y echa a rodar. Va siguiendo el barro seco de una de las roderas y virando para esquivar los peores charcos y baches. Los cordones me cuelgan y me golpean los tobillos. Yo voy jadeando, arrastrando los pies detrás de ella y perdiéndola de vista por culpa de los matorrales altos. La diviso por fin cuando se pone a botar, botando sin moverse del sitio hasta que la encuentro. Yo la sigo y las moscas me siguen a mí. Luego, rodando por la rodera, la pelota me lleva hasta los álamos que crecen junto a la margen del río.

No hay nadie haciendo cola para darme una beca. Al menos después de los tres suspensos como tres casas que me puso el señor Lockard en álgebra, geometría y física. Pero estoy casi seguro de que ninguna pelota debería poder rodar colina arriba, y menos todavía eternamente. Ninguna pelota de tenis puede detenerse, quedarse perfectamente quieta donde está y después echar a botar ella sola. En base a lo poco que he aprendido de la inercia y la fuerza de empuje, es imposible que esta pelota venga volando sola y me dé un golpe en la frente para llamar mi atención cada vez que me distraigo.

En cuanto me adentro un paso entre los árboles, necesito pararme y dejar que se me acostumbre la vista. Esa pequeña pausa de nada y paf… ya se me estampa la pelota sucia en toda la cara. La frente me queda toda grasienta y oliendo a aceite de motor. Levanto las manos con gesto reflejo, dando manotazos al aire como cuando intentas ahuyentar a un avispón demasiado rápido para verlo. Doy manotazos a la nada y la pelota de tenis ya está dando saltos más adelante; el ruido de sus golpes en el suelo se propaga por el bosque.

La pelota va dando brincos por delante de mí hasta llegar a la margen del riachuelo y entonces se detiene. Rueda hasta quedarse quieta en el barro que hay entre dos raíces bifurcadas de un álamo. Cuando la alcanzo, da un saltito corto, por debajo de mi rodilla. Luego da otro bote, esta vez hasta la cintura. Luego me bota hasta los hombros, hasta la cabeza, aterrizando siempre en el mismo sitio y hundiéndose más en el barro cada vez que aterriza. A base de dar botes demasiado altos para mis brazos, botes que alcanzan las hojas del árbol, la pelota va cavando un agujero entre las raíces.

El sonido de los pájaros, de las urracas, deja paso al silencio. No se oye el zumbido de los mosquitos ni de los tábanos. Los únicos ruidos son los que hacen la pelota y el corazón en mi pecho. Y las dos cosas golpean cada vez más deprisa.

Otro bote y la pelota golpea algo metálico. No es un ruido seco, es más bien un golpeteo como cuando mandabas la pelota contra el canalón del tejado del viejo señor Lloyd y conseguías un home run, o como cuando hacías rebotar una piedra en la capota de un coche aparcado en Lovers Lane. La bola golpea el suelo con fuerza, como atraída por un imán, se detiene y se aparta rodando a un lado. Y dentro del agujero que ha cavado reluce un trozo de latón. Hay algo metálico enterrado. La tapa de hojalata de un frasco de conservas, con la inscripción Mason, como el que usaría tu madre para conservar tomates en invierno.

No hace falta que ninguna pelota de tenis me diga más. Me pongo a cavar con las manos en el barro, intentando agarrar con los dedos el exterior de cristal resbaladizo del frasco enterrado. De rodillas, y mientras la pelota espera, saco del barro viscoso el frasco sucio, igual de grueso que un nabo de campeonato. El cristal está tan sucio que no puedo ver qué pesa tanto en el interior.

Usando saliva, saliva y la camiseta todavía mojada por los aspersores del cementerio y por el sudor, me pongo a limpiarlo. La tapa está atascada, muy prieta, inflada por el óxido y la mugre. Escupo y limpio hasta que algo dorado me devuelve la mirada desde dentro del cristal: monedas doradas, con caras de presidentes muertos y águilas volando. Lo mismo que encontrarías si siguieras a un estúpido duende hasta el final del arcoíris, si crees en esas chorradas: un frasco de litro lleno de monedas de oro tan apretadas entre sí que ni siquiera tintinean. Ni ruedan. Lo único que hacen es resplandecer como las llantas de aleación que me voy a comprar para sacar de la carretera a esa chatarra de coche de mierda de Hank. Como el anillo de diamantes que me voy a llevar a Jenny a comprarle al Centro Comercial Crossroad. Aquí las tengo en mis dos manos… y de golpe, paf.

El oro es reemplazado por una lluvia de estrellas. Y por el olor a aceite de motor.

Y el siguiente olor que noto es mi nariz aplastada y llenándose de sangre. Partida.

La pelota de tenis me aporrea la cara, rebotando furiosa como un avispón. Me vuela a la cara, cosiéndome a golpes, y yo intento combatirla con el pesado frasco, protegiéndome los ojos con los músculos del brazo doloridos de tanto que pesa el oro. Me mana sangre de la nariz a borbotones cada vez que grito. Torciendo un pie sobre el barro resbaladizo, me lanzo hacia la orilla del riachuelo. Igual que te enseñan que hagas en los Cub Scouts si te atacan las avispas, me zambullo en el agua y camino hasta donde me cubre del todo.

Desde debajo del agua veo flotar la pelota en la superficie del arroyo, entre el cielo y yo. Esperando. El pesado frasco de monedas de oro me mantiene pegado a las rocas del lecho del arroyo, pero me pongo a hacerlo rodar y, con los pulmones llenos de aire, empiezo a avanzar corriente arriba. La corriente se lleva la pelota de tenis río abajo, mientras que el oro me ancla, lejos del sol y del aire. Avanzo hacia los bajíos y en el momento en que se me acaba el aire y la pelota ya no está a la vista, saco la cabeza para respirar. Cojo todo el aire que puedo y me vuelvo a sumergir. La pelota se ha alejado flotando y meciéndose, quizá algo menos de un kilómetro corriente abajo, cuesta distinguirla porque se ve de color negro petróleo sobre las aguas profundas, pero la pelota está siguiendo la pista de la sangre de mi nariz, rastreándome en la dirección de la corriente.

Cuando se me vuelve a terminar el aire, me pongo de pie, con medio cuerpo fuera del agua, y camino hasta la orilla, cargando con el oro y evitando chapotear para no hacer ruido. Sorbiéndome la sangre de la nariz rota. Un solo vistazo atrás, por encima del hombro, y veo que la pelota ya está viniendo, despacio como un pato que nada moviendo las patas, contra la corriente, persiguiéndome.

Otra imposibilidad según Sir Isaac Newton.

Rodeando con los dos brazos el frasco lleno de oro, subo dando tumbos por la margen del arroyo, con el agua chapoteándome dentro de los zapatos, y echo a correr bosque a través.

Con cada zancada que doy, las suelas me resbalan en el barro. El frasco me desequilibra hacia un lado y casi me hace caer, y cuando me desvío demasiado bruscamente en dirección contraria me hace girar sobre mí mismo. Me duele el pecho, noto la caja torácica hundida. A cada paso que doy estoy a punto de caerme de cara, y tengo el frasco agarrado con tanta fuerza que, si me cayera, el cristal se haría pedazos y se me clavaría en los ojos y el corazón. Me desangraría, caído aquí, con la cara hundida en un charco de barro, oro y cristales rotos. Detrás de mí, la pelota de tenis atraviesa las hojas de los árboles, rompiendo ramas a su paso, emitiendo el mismo silbido resonante que una bala que atraviesa la selva de Vietnam junto a tu cabeza en una serie bélica de televisión.

Cuando a la pelota ya solo le falta un buen bote para alcanzarme, me agacho allí donde el tronco podrido de un álamo se ha partido y se ha desplomado. Meto el pesado frasco en el centro cenagoso de las raíces, en la caverna de barro que queda donde el árbol se ha desprendido del suelo para caer de lado. El oro, mi oro, escondido. Es probable que la pelota no lo haya

visto, porque me sigue persiguiendo mientras yo aprieto el paso, saltando y abriéndome paso por entre las enredaderas de arándanos y los arbustos, rociándolo todo de agua fangosa, hasta llegar a la grava de Turner Road. Mis zapatillas hacen que la grava salga volando en todas direcciones, y con cada salto que doy me sacudo el agua de la ropa. El agua de los aspersores del cementerio, reemplazada por los meados del perro, reemplazados por el arroyo de Skinner, reemplazado por mi sudor, y las perneras de los vaqueros se me frotan contra la piel y la tela vaquera está acartonada por culpa del polvo que tiene adherido. Y yo jadeo tanto que estoy a punto de vomitar los dos pulmones vueltos del revés, de vomitar mis entrañas como si fueran globos de chicle de color rosa.

A medio camino entre una zancada y la siguiente, en el momento justo en que tengo las dos piernas extendidas, una hacia delante y la otra hacia atrás, suspendido en mitad del aire, algo me golpea en la espalda. Salgo despedido hacia delante y recupero el equilibrio, pero la cosa me vuelve a golpear, en toda la columna, justo entre los omóplatos. Y con la misma fuerza, golpeándome el espinazo, algo me alcanza por tercera vez. Esta vez en la nuca, con la fuerza de una bola mala o de un lanzamiento rápido en un partido de softball. Tan rápida como una bola baja golpeada con el punto preciso de un bate Louisville Slugger, que te acierta de lleno, la cosa me golpea otra vez. Apesta a aceite de cárter. Viendo lluvias de estrellas y cometas, sigo corriendo sin desplomarme, a todo gas.

Desfondado, jadeando y cegado por el sudor, y con los pies trastabillando entre ellos, la cosa me arrea una vez más, esta en toda la coronilla, y me vengo abajo. Barriendo la grava con la piel desnuda de los codos. Sumergiendo las rodillas y la cara en el polvo que levanto al aterrizar. Los dientes me rechinan con la boca llena de tierra y los ojos se me cierran con fuerza. La cosa misteriosa me da un puñetazo en las costillas y me arrea en los riñones mientras me retuerzo por el suelo. La cosa rebota, con fuerza, para romperme los brazos. Y sigue rebotando, impactándome con potencia de martinete, taladrándome las tripas, machacándome las orejas, mientras me encojo en posición fetal para protegerme las pelotas.

Demasiado tarde para dar media vuelta y enseñarle a la pelota dónde está escondido el oro, ya a punto de perder el conocimiento, sigo encajando la tunda. La paliza. Hasta que me despierta un bocinazo enorme. Y me salva un segundo bocinazo, tan fuerte que arranca ecos de la nada que hay sobre el horizonte y todos los álamos pantanosos y hierbas altas que me rodean van

llenos del estruendo del bocinazo de Hank. Los neumáticos de banda blanca de Hank derrapan hasta detenerse.

—No lo cabrees —dice la voz de Jenny—. Métete en el coche de una vez.

Abro los ojos embadurnados de sangre y de tierra y veo la pelota plantada a mi lado en la carretera. Hank ha parado el coche y tiene el motor al ralentí. Debajo del capó reverbera el motor, las varillas de empuje golpean y las levas baten.

Escupiendo sangre, levanto la vista para mirar a Jenny. De la boca me sale una baba de color rosa que me cae por la barbilla y con la lengua noto los dientes mellados. Con un ojo tan inflado que lo tengo casi cerrado del todo, digo:

—¿Jenny? —Digo—: ¿Quieres casarte conmigo?

La pelota de tenis inmunda, esperando. El perro de Jenny jadeando en el asiento trasero del coche. El frasco lleno de oro, escondido allí donde solo yo lo puedo encontrar.

Mis orejas, todas rojas y despellejadas. Mis labios, partidos y sangrando.

—Si consigo derrotar a Hank Richardson en un solo partido de tenis, ¿te casarás conmigo?

Escupiendo sangre, le digo:

—Si pierdo te compro un coche. Te lo juro. —Le digo—: Completamente nuevo, con las ventanillas eléctricas, dirección asistida, equipo de música y todo lo demás.

La pelota de tenis está quieta, medio hundida en la grava, escuchando. Sentado al volante, Hank niega con la cabeza.

—Trato hecho —dice Hank—. Joder, sí, se casará contigo.

Sentada en el asiento del copiloto, con la cara enmarcada por la ventanilla del coche, Jenny dice:

—Tú lo has querido. —Dice—: Entra en el coche, anda.

Me levanto del suelo, me pongo de pie y me agacho para agarrar la pelota de tenis. Que ahora mismo solo es un trozo de goma lleno de aire. Sin vida, la cojo con la mano y la pelota simplemente se nota mojada del agua del arroyo y cubierta de una capa blanda de polvo de grava. Vamos a las pistas de tenis que hay detrás del instituto, donde nunca juega nadie y las líneas blancas del suelo están medio borradas. Las alambradas están cubiertas de herrumbre roja descascarillada, de tanto tiempo que hace que fueron construidas. Crecen hierbas en las grietas del cemento y la red está hundida en el medio.

Jenny tira al aire una moneda de cuarto de dólar y Hank gana el derecho a sacar primero.

Su raqueta le da semejante porrazo a la pelota que ni siquiera la veo pasar de camino a una esquina donde jamás la podría alcanzar y Hank se lleva el primer punto. Y también el segundo punto. Y el primer juego entero.

Cuando me llega el turno de servir, me llevo la pelota de tenis a los labios y le susurro mi trato. Mi acuerdo. Si la bola me ayuda a ganar el partido —a ganar a Jenny—, yo cooperaré en el tema del oro. Si pierdo ante Hank, en cambio, ya me puede matar a golpes, pero yo nunca le diré dónde está escondido el oro.

—Sirve ya —grita Hank. Y dice—: Para ya de darle besos a la pelota de los cojones…

Mi primer servicio acierta a Hank, bam, en todas las pelotas. El segundo le inutiliza el ojo izquierdo. Hank me devuelve el tercer servicio, rápido y bajo, pero la pelota frena hasta casi detenerse y me rebota suavemente delante. Cada vez que sirvo, la pelota sale volando más deprisa de lo que yo podría golpearla nunca y le hace saltar otro diente a la estúpida boca de Hank. Y cada vez que él me la devuelve, la pelota regresa a mí, frena y da un bote allí donde yo la puedo devolver.

No es ninguna sorpresa, pero gano.

Por lisiado que se me vea a mí, Hank tiene peor pinta, con los ojos tan inflados que ya no los puede abrir. Con los nudillos inflamados y llenos de raspaduras. Va cojo de todos los tiros que le han ido directos a la entrepierna. Jenny lo ayuda a tumbarse en el asiento trasero del coche para llevárselo a casa. O a un hospital.

—Aunque haya ganado —le digo—, no hace falta que salgas conmigo…

—Me alegro —dice Jenny.

Le pregunto si cambiaría algo en el caso de que yo fuera rico. Supermegarrico.

—¿Lo eres? —me dice Jenny.

Posada a solas en la cancha de tenis llena de grietas, la pelota se ve roja por las manchas de sangre de Hank. Se pone a rodar y traza en el suelo unas letras de color rojo sangre y llenas de florituras que dicen: «Olvídate de ella».

Yo espero y espero y por fin niego con la cabeza. No, no soy rico.

Después de que se marchen con el coche, recojo la pelota de tenis y vuelvo al arroyo de Skinner. De debajo de las raíces del álamo derribado saco el frasco de conservas cargado de monedas de oro. Dejo caer la pelota para cargar con el frasco. Ella se aleja rodando y yo la sigo. Rodando colina arriba, violando todas las leyes que el señor Lockard intentó inculcarme, la pelota se pasa toda la tarde rodando. Rueda por entre los matorrales y por la arena,

rueda hasta el crepúsculo. Y todo ese tiempo yo la sigo, cargando con el frasco del tesoro del pirata. Por Turner Road, por Millers Road, hacia el norte por la vieja carretera y luego hacia el oeste por caminos de tierra sin nombre.

Un bulto cabalga el horizonte, con el sol poniéndose detrás. A medida que nos acercamos, el bulto se convierte en una estructura. Una cabaña. De más cerca, la cabaña resulta ser una casa plantada en un nido de virutas desprendidas de su madera por los elementos y caídas formando un círculo alrededor de sus cimientos de ladrillo. Igual que se cae a trozos la piel muerta de las quemaduras del sol. La madera desnuda de los costados de la casa está toda combada y abombada. Las placas de tela asfáltica del techo están todas dobladas y deformadas. Una hoja de papel amarillento grapada a la puerta dice: «Aviso de desahucio».

La puesta de sol tiñe todavía más de amarillo el papel amarillento. El oro del frasco de conservas reluce en unos tonos de dorado todavía más intensos bajo la luz amarilla.

La pelota de tenis se acerca rodando por la carretera y sube por el camino de tierra que lleva a la casa. Sube botando los peldaños de ladrillo y vuelve a golpear la puerta. Del interior de la casa vienen unos pasos que crujen y arrancan ecos de la madera desnuda. Desde detrás de la puerta cerrada y del letrero de «Desahucio», una voz dice:

—Lárguese.

Una voz de bruja, igual de rota y frágil que los paneles combados de madera. Una voz igual de tenue que los tonos descoloridos de la madera descascarillada del suelo.

Llamo con los nudillos y digo:

—Creo que tengo que hacer una entrega.

El frasco de oro me tensa los músculos de los brazos hasta convertirlos en cordones finos como el alambre, hasta casi romperme los huesos.

La pelota de tenis se pone a rebotar otra vez en la puerta, tamborileando.

—Váyase, por favor —dice la voz de la bruja.

La pelota vuelve a rebotar en la puerta de madera pero esta vez hace un ruido metálico. Un repiqueteo de metal. Un planchazo. Al pie de la puerta hay una ranura enmarcada en dorado y con la inscripción: «Cartas».

Me agacho primero y me arrodillo después. Desenrosco el tapón del frasco de conservas, acerco el borde del frasco a la ranura para «Cartas» e inclino el frasco, agitándolo para hacer caer las monedas de dentro. Las monedas repiquetean y tintinean, cayendo al otro lado de la puerta y rodando por el suelo desnudo. Un premio gordo de la lotería derramándose allí donde

yo no puedo verlo. Cuando el frasco está vacío, lo dejo en el porche y empiezo a bajar las escaleras. Detrás de mí se mueve el pomo de la puerta, se oye el chasquido de una cerradura al girar y se descorre un cerrojo. Los goznes chirrían y a lo largo del borde del marco aparece un resquicio de oscuridad del interior.

Y desde esa oscuridad interior, la voz de la bruja dice:

—La colección de mi marido…

La pelota de tenis, pegajosa por culpa de la sangre de Hank y cubierta de tierra, me viene rodando detrás, siguiéndome igual que el perro de Jenny la sigue a ella. Pegada a mí, igual que yo solía seguir a Jenny.

La voz de la bruja dice:

—¿Cómo la has encontrado?

Desde el porche, la voz me dice:

—¿Conocías a mi Cameron? ¿Cameron Hamish?

La voz grita:

—¿Quién eres?

Pero yo ya no quiero más que estar en cama. Y, además, pienso que esta pelota de tenis está en deuda conmigo. Sospecho que el tal señor Hamish me va a convertir en el estafador número uno del tenis mundial.

EXPEDICIÓN

> Para conocer la virtud, primero debemos familiarizarnos con el vicio.
>
> MARQUÉS DE SADE

Ni siquiera quienes visitan por primera vez Hamburgo pueden evitar fijarse en un aspecto curioso de la Hermann Strasse: una parte de la calle en cuestión está bloqueada por ambos extremos. Y no hay una sola barrera, no, sino dos cercas de madera consecutivas de cuatro metros de alto que cortan la calle entera de edificio a edificio, con la barrera interior situada aproximadamente a unos seis metros de la exterior. El tráfico de vehículos está prohibido. Unas puertas de madera permiten solo el tránsito de peatones masculinos, y aun esas puertas tienen unos muelles que hacen que se cierren de golpe en cuanto las sueltas. Y es más: las puertas de la barrera exterior no están alineadas con las de la interior, lo cual hace imposible divisar lo que hay dentro o fuera de la sección cerrada de la calle. Y se ha mencionado intencionadamente a los hombres porque no está bien visto que las mujeres atraviesen esas puertas. De acuerdo con la costumbre, solo a los hombres se les permite cruzar las barreras.

El resultado es que fuera de la zona cercada siempre se puede encontrar a un grupo de mujeres furiosas, enojadas y con los hombros caídos. Mirando al suelo, sin comunicarse para nada con las demás, conscientes de ser objeto de la lástima pública. En alemán a estas mujeres las llaman *Schandwartfreierweiber*. Una traducción aproximada sería «mujeres que esperan avergonzadas a sus hombres».

Dentro de las barreras está el distrito del vicio de Hamburgo, con la calle flanqueada de prostitutas, muchas de ellas asombrosamente bonitas, que se dirigen a los hombres que pasan diciéndoles: «*Hast du eine Frage?*. —O bien —: *Haben Sie Fragen?*». Las barreras están para dejar fuera a los inocentes o

a los moralistas, y específicamente a las mujeres respetables. Se considera que la presencia de mujeres que no están vendiendo su cuerpo avergonzaría a las que sí. ¿Y acaso no merece todo el mundo cierta medida de respeto? Quizá nadie lo merezca más que esas mujeres que tienen muy poco más.

Es un arreglo informal. No hay ninguna ley que prohíba la entrada de mujeres respetables en el distrito; sin embargo, la costumbre es que los niños del barrio, los hijos de las prostitutas, llenen profilácticos masculinos de orina. Niños varones, debido principalmente a la fisiología necesaria para llenar una funda de orina. Los globos resultantes los cierran atando un nudo —globos calientes, malolientes e inestables, da igual que sean de piel de cordero o de goma— y los dejan en fila allí donde más pega el sol para que el contenido fermente hasta un máximo de asquerosidad. Luego tiran estas bombas perniciosas para empapar a cualquier mujer curiosa, *voyeur* o claramente impaciente que se aventura al otro lado de la barrera en busca de un marido o novio que lleva demasiado tiempo dentro. Más interesante todavía es el hecho de que son los niños varones ilegítimos los que asumen el rol de defender el honor de sus madres caídas en desgracia.

El conocimiento de la existencia de estos globos, tan frágiles, tan pestilentes y tan manejables, es lo que mantiene a las *Schandwartfreierweiber* fuera cuando sus hombres —turistas extranjeros o bien gente del campo— insisten en entrar «Solo para echar un vistazo» o «Solo un momento, cariño, no puedo ver si no echo un vistazo», y luego se pasan una hora dentro. O dos horas. Lo que tarden esas visitas.

Todas las ciudades tienen barreras como esas, tangibles o intangibles. Destinadas a preservar el respeto a los caídos en desgracia y la sensibilidad del resto. En Ámsterdam, es De Wallen. En Madrid, la calle Montera, junto a la Gran Vía. Y fue en uno de esos distritos de su propia ciudad donde Felix M. se aventuró más veces de las que le gustaba admitir, incluso ante sí mismo. Sobre todo ante sí mismo. Y especialmente teniendo en cuenta que había sido en el interior de una de aquellas zonas de baja estofa donde su padre había desaparecido hacía más de dos décadas. Y más especialmente todavía porque ahora Felix M. también tenía un hijo, un chaval de diez años.

Felix M. había pensado que tener un hijo, un hijo varón, le haría sentar la cabeza y terminaría con sus hábitos errantes: aquellos interminables circuitos a pie que lo llevaban a penetrar en ciertos tugurios y antros de perdición prácticamente desconocidos e invisibles para la cultura general. Lugares que albergaban eso de lo que no se podía hablar o que no existía. Lugares que no se mencionaban en ningún periódico serio y que por consiguiente no estaban

documentados. No existían. Quizá ese fuera su gran atractivo: la idea de que uno desaparecía cuando se adentraba en ellos.

No estaba mintiendo demasiado cuando, las noches que se ausentaba del lecho conyugal, le decía a su mujer que lo habían llamado del trabajo por una emergencia. No, ella apenas prestaba atención cuando él se vestía a oscuras y le daba un beso de despedida. Había que reconocerle a su mujer que era inteligente y encantadora. Una figura a quien su círculo de conocidos tenía en muy alta estima. A diferencia de la mayoría de las mujeres, era más encantadora desnuda que con ropa, puesto que su cuerpo conservaba las proporciones de la juventud y el sol nunca le había estropeado la piel, y durante mucho tiempo, o por lo menos durante varios años, con eso había bastado.

Aquella noche, igual que todas las noches que Felix se aventuraba a salir, era muy poca la distancia que tenía que recorrer entre el mundo que existía y el que no. Un simple trayecto en carruaje. Mientras atravesaba la ciudad a oscuras, tuvo una sensación de velocidad exagerada, igual que cuando uno está caminando hacia delante a lo largo de un tren que va a ochenta por hora. Algo sobrehumano. Esa misma proyección temeraria hacia delante.

Enseguida estuvo rodeado de tugurios y antros, codeándose con unos moradores que no disfrutaban del sosiego que dan la luz del sol y la sociedad de los hombres. Los percances personales y la historia habían condenado a aquellas mentes lisiadas y cuerpos maltrechos, y Felix M. intentaba, igual que había hecho Krafft-Ebing, observarlos y recopilar una taxonomía de las circunstancias que los habían hundido tanto y de forma tan irreparable. Un compendio, consideraba él, de fracasos humanos. Una denuncia de la misma sociedad despreciable que le había robado a su padre. Y a ese fin se había equipado discretamente con cuaderno y bolígrafo, decidido a registrar las mejores frases que su escucha subrepticia pudiera captar. Por lo demás, una suma irrisoria podía pagar las suficientes rondas de cerveza negra estigia de barril para soltar la lengua del merodeador más furtivo.

Igual que los ingenieros ponían a prueba la fuerza dúctil de los elementos del acero, también Felix intentaba localizar el punto de rotura de sí mismo y de los demás. Por medio de entrevistas se esforzaba por recopilar los acontecimientos que habían llevado a cada hombre al arroyo.

A la manera de un Darwin o de un Audubon, Felix residía temporalmente en aquella naturaleza salvaje, en aquellos hábitats inhabitables, en las rancias tabernas reservadas para las ocupaciones de beber, fumar opio y juntarse con quienes también cultivaban la erradicación de sí mismos. Bajo la luz tenue, en

las paredes sombrías reverberaban enormes mosaicos centelleantes de cucarachas motaláricas. Las alimañas peludas de especies dimórficas cruzaban el suelo correteando con sus zarpas, invisibles bajo las mesas y sillas, espaciándose ocasionalmente sobre los zapatos de Felix.

Y allí se instaló él, abriendo su cuaderno por una página en blanco y decidido a cosechar los infortunios de los presentes. Si no existían las palabras perfectas, Felix M. las creaba. Se inventaba palabras como si estuviera construyendo herramientas con fines completamente nuevos. Porque los ruidos que él oía no eran idénticos a los que oían los demás, él necesitaba algo situado más allá del lenguaje estándar que ataba a todos los humanos a su pasado y reducía todas las nuevas aventuras a simples pequeñas variaciones de episodios anteriores.

Por siniestra y desalentadora que pareciera la escena, a Felix le estimulaba la mente como ninguna otra. Por todas partes se le echaban encima unas historias más emocionantes que ninguna de las que las revistas se atrevían a publicar, relatos plagados de violencia lunática y de canallas en quienes no recaía el castigo de la ley. Tragedias del mundo doméstico más catárticas que la más triste obra de Dickens o de Shakespeare. Aquí el caos no conducía a la iluminación. Ninguno de aquellos vagos nitócticos y beodos volmaritarios aprendía lección alguna. Y lo que es más, en un nivel personal, a Felix M. le reconfortaba enormemente escuchar aquellas historias. Por mucho que su vida de empleado administrativo y marido no fuera ideal, en comparación con aquella gente era un rey.

El libro que estaba escribiendo no era un mero diario, no. Él esperaba que atrajera a un gran público, porque no solo ofrecería valiosas lecciones en materia de perseverancia y determinación, sino que también serviría de bálsamo. Una vívida pornografía de la aflicción ajena. Y el tomo resultante, encuadernado en cuero marroquí y con páginas de borde dorado, podría ser leído con detenimiento por alguien sentado en un sillón de terciopelo junto a la confortable chimenea de su salón mientras daba sorbos de oporto. Y todos aquellos placeres suburbanos harían que las desgracias de aquel libro resultaran todavía más gloriosas. La locura retratada en aquellas páginas validaría las vidas tediosas y timoratas de los empleados de banca y los tenderos.

A la gente adinerada le encantaba escrutar a quienes vivían en la pobreza. La gente moralista ansiaba relatos de inmoralidad, y más todavía cuando aquellos relatos venían formulados en aras de la reforma social. Bajo esa forma moralmente irrefutable, Felix publicaría unas crónicas cautivadoras de

corruptas incursiones en un mundo de lenocinio. Sus precios y perversiones. Aunque presentada como tratado en nombre del progreso, su crónica incluiría más fenómenos de feria y aberraciones que todos los espectáculos circenses combinados del mundo. Retrasados mentales. Gente con deformidades. Desplegaría ante el lector un desvergonzado desfile de sadismo bestial y de humillación inhumana.

Y su motivación real permanecería profundamente soterrada. Un secreto del que el propio Felix solo era vagamente consciente.

Herr Nietzsche había declarado muy recientemente que Dios había muerto. Si Felix tenía éxito, su expedición demostraría lo contrario. La exploración y la documentación (¿acaso no era un explorador en la misma medida en que lo había sido el señor Darwin?) demostrarían su teorema.

Él quería que aquello fuera una prueba y no un simple registro de experiencias sórdidas. Una prueba innegable de la divinidad. De la misma forma que los matemáticos —aquellos hombres brillantes y capaces de destilar todo el tiempo y el espacio usando un trozo de tiza— podían solucionar los acertijos de la existencia con una simple ecuación, Felix se sentía capaz de reducir los misterios de lo eterno a una sola frase.

Si los números podían explicar el mundo físico, las palabras podían explicar el invisible. Felix había apostado su vida a ello. Y si la historia lo recordaba como un idiota, pues bueno, no sería más que uno más entre miles de millones. La historia podía prescindir de un hombre. A fin de cuentas, todos los hombres están condenados a pasar la mayor parte de su existencia entre los muertos.

Algunos podían considerar que su expedición era una equivocación, pero lo mismo se había dicho de los viajes de muchos otros. Entre ellos el señor Darwin. Vasco de Gama o Fernando de Magallanes. El hecho de ser marido y padre, y de trabajar de administrativo en un banco, eran circunstancias que no le impedirían emprender sus propias misiones de descubrimiento.

Felix partiría al rescate de Dios, empíricamente, irrefutablemente, igual que Henry Stanley había descubierto hacía muy poco al desaparecido doctor Livingstone. Su expedición por el mundo de lo grosero y de lo profano para encontrar a Dios llevaría a Felix a las simas más profundas del corazón humano.

A ese fin, su diario se había convertido en una enciclopedia de errores y pasos en falso. En un libro de cocina que reunía todas las recetas para perderse eternamente. El libro de Felix, un abecedario de todas las desgracias que podían acontecerle a uno, estaría destinado a salvar a la gente.

Allí donde no llegaran los horrores del sufrimiento humano real, su imaginación suministraría los elementos más extremos, transformando lo meramente impactante en genuinamente espantoso. No había sima que no hubiera sondeado. No había horror del que hubiera apartado la mirada. Y la verdad era que su libro ya estaba listo. Esta noche no era más que una juerga, una simple vuelta de honor. Las criaturas que ahora estaba contemplando, aquellos bebedores y drogadictos, aquellas aberraciones con extremidades de menos o de más, con aletas y dedos palmeados… Dentro de pocas semanas hasta la última persona culta de la calle podría maravillarse de ellos y murmurar sus nombres secretos: Waltraud Ojos Rasgados, Cocodrilo Holger, Bertina Cabeza Mellada.

Felix ansiaba oír las historias que solo se contaban a medianoche, en voz baja y con lágrimas en los ojos. Anhelaba ver qué había detrás de la cortina de todo lo que era visible. Y con esta meta patrocinaba la cerveza de los desconocidos, a fin de extraerles su locura. Así facilitaba su parte de la tarea. Porque los hombres no pueden conocerse de verdad, al menos mientras son dueños de sus facultades. Las palabras convencionales son más un obstáculo que una ayuda. Tampoco sirven de nada los gestos. Solo después de que se venga abajo el intelecto existe alguna comunicación verdadera.

Y ahí estaría su venganza, porque entre aquellos marginados, Manfred Borrachuzo, Fritz Marie el Leproso y Bruno el Hermafrodita Albino, entre ellos se contaba su padre, todavía irreconocible. El mismo padre que había abandonado el seno de su familia por este mundo de vulgaridad, y a modo de represalia Felix M. iluminaría todo lo que había allí abajo con un foco de destrucción. Con la misma edad que tenía ahora su hijo, Felix se había visto obligado a convertirse en su propio guía por la vida, y le había tocado el papel de oyente del sufrimiento y las preocupaciones interminables de su madre. Este compendio de circunstancias sería la base de su fortuna en el mundo, y con suerte devastaría la de su padre.

Estos eran los pensamientos que se agitaban en su cerebro cuando una voz se elevó en la otra punta de la sucia taberna. Hasta la última cara de boca desdentada y ojos purulentos levantó la vista a modo de respuesta, y la voz volvió a llamar. Una voz masculina, lo bastante vibrante como para oírse por encima del estruendo, dijo:

—¿Quién me paga una copa sin tardanza?

Alguien soltó una risa despectiva.

—Una copa, lo suplico —dijo la voz—. Una copa, pardiez, y a cambio quizá os enseñe al más repugnante de los monstruos.

A Felix le picó la curiosidad. Quizá los barrios bajos, aquellos fosos y pozos sépticos de perdición, todavía le podían ofrecer algún espanto que le hubiera pasado por alto. Sería un buen añadido a su misiva. Aunque todavía no podía ver con claridad al que había hablado, Felix contestó también a pleno pulmón:

—¿Qué monstruo?

Mientras la curiosidad silenciaba a la concurrencia —puesto que incluso entre los deformes y los dementes existe curiosidad por quienes son más monstruosos—, Felix se metió una mano en el bolsillo del abrigo y contó las monedas necesarias para una jarra de cerveza.

La voz, con su falsa dicción ática, volvió a elevarse:

—Es un monstruo pequeño, pero se me antoja que no se asemeja a criatura alguna que jamás vierais.

Y, diciendo esto, el que había hablado dio un paso adelante y se dio a conocer entre aquella masa de subdegenerados bamboleantes, babosos y con marcas del pecado en la piel.

El que acababa de presentarse era un granuja de la índole más exuberante. No mostraba señal alguna de los efectos nocivos de haberse entregado al vicio que lo rodeaba. Sus extremidades parecían en buen estado. Su edad y su físico no eran muy distintos a los de Felix, que supuso que tenía delante a un depredador, a alguien que se aprovechaba de los más débiles y les extraía sus escasos recursos. Una considerable chispa anaranjada de locura le centelleaba en la mirada. Acompañar a aquel robusto individuo a la noche desierta sería una locura absoluta. Cualquier propuesta de excursión terminaría sin duda con Felix siendo robado y drogado y con su cadáver vendido al profesor de anatomía del colegio de cirujanos local. Al día siguiente amanecería con sus vísceras desplegadas sobre una mesa de mármol para edificación de una galería llena de estudiantes de primer curso bostezando.

Pese a todo, Felix le hizo una señal con la mano al hombre para que se le uniera y le indicó al camarero que les sirviera una ronda. Cuando el desconocido tomó asiento en una silla lo bastante próxima a la suya como para que pudieran hablar en voz baja, Felix se fijó en que no era un hombre mal parecido. Por desarrapado que fuera, su atuendo delataba a un caballero disipado. Su cabello alborotado y largo hasta los hombros recordaba a un profeta en el desierto sacado de algún versículo del Antiguo Testamento. Felix se preparó para verse decepcionado. Había llegado a considerarse un conocedor experto de lo grotesco, y lo más seguro era que la promesa del desconocido se quedara en hipérbole. En el mejor de los casos, la oferta

revelaría algo semejante a la Sirena de Fiyi del circo Barnum: el torso disecado de una desafortunada víctima injertado en las piernas de otra, con unas garras de emú pegadas para hacerle de brazos y unas orejas de zorro cosidas a la cabeza de un chimpancé largo tiempo difunto.

Pese a todo, Felix M. sabía que su genialidad no radicaba tanto en lo que le enseñaban sino en su talento para describirlo. Daba igual cómo de burdo y mundano fuera el horror en sí, él podía insuflarle mucha más vida sobre la página. Aprovisionaría a aquel chistoso de cerveza y haría el breve trayecto que lo llevaría a presenciar a aquel supuesto monstruo, aunque lo que fuera que el tipo le revelara nunca sobrepasaría la imagen que ya estaba cobrando forma en la imaginación de Felix. En ella, el producto abandonado de una puta retrasada mental y de su agresor físicamente deforme, ese hijo de la violencia, no era más que un bolo de carne con unos rasgos apenas reconocibles como humanos. En las notas que garabateaba Felix, el monstruo ya estaba arrastrando su cuerpo sin huesos por el suelo inmundo de un sótano. La criatura abandonada sobrevivía por cualquier medio posible. Sobrevivía como un perro callejero que se alimentaba de las heces de otros animales. Devoraba los actos derramados de onanismo, como si fueran leche cuajada o claras viscosas de huevo. Para su sustento, masticaba con sus encías trapos empapados de menstruación rancia, y era en las ocasiones en que las cloacas se desbordaban cuando el monstruo de Felix se podía dar un banquete.

Oh, mientras el desconocido se lo llevaba de la taberna, Felix juró en silencio que le sacaría todo el partido posible a aquella criatura monstruosa. La usaría como pieza central de su taxonomía y convertiría su redención en un caso célebre. Sometido a su crónica, ningún corazón sensible quedaría incólume. Lo cautivaba la posibilidad de perpetrar dicho golpe de efecto. La compasión del público se vería enormemente excitada. Una campaña de rescate, montada por iniciativa suya. Pero Felix no iba a encontrar ningún monstruo, o por lo menos ninguno que rivalizara con el que ya habían ideado sus facultades mentales.

El desconocido lo llevó por pasajes y callejones inundados de charcos de podredumbre y le dijo:

—Avante, mi señor.

Felix conocía bien aquellos sórdidos pasadizos gracias a sus meses de vagabundeos. Había llegado a ser una autoridad en aquellos túneles y laberintos que formaban una ciudad debajo de la ciudad.

Caía una fuerte nevada. Los remolinos blancos convertían las escasas farolas del distrito en altas novias envueltas en largos velos nupciales. La

oscuridad tenía un aire sarcofagal. Los copos de nieve se deshacían en pleno descenso tricarulento. Y a medida que la pareja caminaba, un silencio sepulcrítico se condensaba a su alrededor.

Felix M. dedicó un momento a pensar cálidamente en su mujer, dormida, y en su cuerpo hecho de leche.

Cada vez que se acercaban a una farola, sus sombras se alargaban por detrás de ellos, y cuando se alejaban sus sombras se extendían hacia delante. De esta forma, cada porción del trayecto constituía un día falso en el que un sol parpadeante salía y se ponía. A través de esta sucesión de semanas aparentes, siguieron caminando hasta llegar al final de un callejón sin salida. Allí un muro imponente y pintarrajeado obstruyó su avance. La obra de los vándalos era copiosa: sus opiniones pintadas y sus firmas, sus opiniones tapando otras opiniones, llenaban el muro y se sucedían con tanto vigor que el material mismo de la pared quedaba borrado. Felix no consiguió discernir si estaba hecha de ladrillo o de madera, de piedra con mortero o de yeso aplicado con paleta. Tan espesa era la aplicación de pintura, y tan frenético el esfuerzo por tapar las pinceladas rivales, que no quedaba ni un solo indicio de cuál era el propósito original del muro ni de a quién pertenecía.

Tan denso era el clamor de voces pintadas que ninguna resultaba legible. ¿Acaso eran palabras de advertencia? Todas aquellas palabras en forma de garabatos chorreantes se fundían en tonos rojizos de sangre y alquitrán.

Ni siquiera ante este callejón sin salida se detuvo el desconocido, sino que siguió avanzando hacia el batiburrillo de obscenidades y reniegos. Sus dedos asieron algo invisible situado entre aquellas blasfemias que censuraban con su pintura otras blasfemias. Felix miró cómo el hombre torcía la muñeca y oyó el golpe metálico y el chirrido de un cerrojo al descorrerse. Un resquicio oscuro se abrió en lo que había sido una muralla sólida de palabras. Luego el resquicio se ensanchó a medida que el desconocido abría una puerta. Sí, se maravilló Felix: ante ellos había una puerta tan cubierta de distintas capas de manchas rivales que nadie podría descubrirla nunca.

El desconocido posicionó el cuerpo de tal manera que bloqueó la entrada y habló:

—Le ruego preste atención: la primera regla relativa al monstruo es que jamás mencionará usted que ha conocido al monstruo.

El desconocido siguió hablando de esta forma, en el estilo de sus ancestros de un siglo atrás.

—La segunda regla relativa al monstruo es que jamás mencionará usted que ha conocido al monstruo.

Y entonces, solo cuando Felix hubo aceptado estas condiciones, el desconocido se apartó a un lado y le dedicó un gesto de bienvenida con el brazo, y Felix se adentró en el vacío del otro lado de la puerta misteriosa. Nada más dar un paso al otro lado, un breve tramo de escaleras descendía a un reino todavía más oscuro.

Juntos, los dos hombres descendieron los peldaños de piedra en medio de una oscuridad casi total. Se orientaron por unos túneles que no paraban de descender, en medio del olor de las goteras de los cementerios bajo los cuales pasaban. Avanzaron dando tumbos por unas galerías subterráneas igual de oscuras que catacumbas. Bajo una lluvia de filtraciones de las fosas sépticas, atravesaron hedores tan biliosos que Felix temió que se le envenenaran los pulmones. Durante aquellos tramos adoptó el hábito de respirar a través de una manga de su abrigo.

Cada edad traía su terror específico. De niño Felix no había podido dormir por miedo a que se quemara la casa. De adolescente había temido a los matones de la escuela. Más tarde su angustia había sido el alistamiento forzoso. O el no poder encontrar un oficio. O no encontrar esposa nunca. Después de los estudios, el trabajo. Después de que naciera su hijo, ya le tuvo miedo a todo. Su sueño secreto era hacer frente a un horror tan grande que lo dejara vacunado. Así ya nunca volvería a tenerle miedo a nada.

Aquellos túneles resultaron ser más antiguos de lo que él había creído posible. A juzgar por las hendiduras dejadas por las herramientas primitivas, aquellas paredes ya habían sido antiguas cuando los magos de Babilonia habían puesto la primera piedra del Keops de Leteo. Allí enterrados, aquellos rancios pavimentos eran anteriores a la triste ruina e invasión por parte de la selva del legendario Templo Lunar de Larmos.

El barro lo confirmaban el plunch y el caplanch de cada pisada mugrubrienta.

Llegado aquel punto, Felix se fijó en un extraño fenómeno. El desconocido exhibía una leve luminiscencia en el pelo largo. Asimismo, una luz anaranjada parecía emanarle de la piel desnuda de las manos y la cara, una variante más pálida del mismo color naranja frenético que distinguía sus ojos febriles. Este resplandor, otro detalle con el que adornar su futura crónica.

Nervioso ante la posibilidad de perderse, Felix había empezado a arrancar trocitos de papel de su cuaderno y a tirarlos al suelo para dejar un rastro y así poder regresar. Al principio no eran nada vital, simples páginas en blanco. Cuando se le terminaron, sin embargo, empezó a arrancar palabras sueltas.

Ninguna palabra era lo bastante importante, razonó, como para que su pérdida malograra el libro entero. Entre accesos de tos, preguntó:

—¿Está lejos?

—¿El monstruo? ¿Hállase cercano? —replicó el desconocido, siempre varios pasos por delante.

—¿Nos queda mucho camino? —preguntó Felix, listo para dar media vuelta y desandar sus pasos.

Llegado este punto, ya tenía suficiente monstruo en la cabeza como para sobrepasar cualquier cosa que el otro le enseñara.

Como si le estuviera leyendo los pensamientos, el desconocido le preguntó:

—¿Tenéis vos planeado hablarle al mundo de mi monstruo? —El eco de sus pasos era el único indicio de que tenían más túnel abierto por delante. En tono provocador, el desconocido preguntó—: ¿Tenéis planeado escribir de ello en vuestro libro?

A Felix ya le había fallado el sentido de la orientación. Cada paso le resultaba más inquietante. Desesperado, se hurgó en el bolsillo del abrigo y encontró una caja de cerillas. Encendió una y en el momento de encenderla vio que el desconocido lo había dejado atrás y que ahora se desviaban túneles secundarios en todas direcciones. La cerilla se apagó y Felix pugnó por encender otra. Con ella vio que su guía se había alejado todavía más y que ahora corría el riesgo de quedarse atrás de forma definitiva. Cuando Felix se apresuró para alcanzarlo, su aumento de velocidad apagó prematuramente la cerilla. Corrió un trecho antes de encender la siguiente solo para ver que su luminoso anfitrión ya casi había desaparecido en la lejanía cada vez más estrecha. A fin de alargar la vida de la luz de su cerilla, usó la llama para encender una página de su cuaderno. Una sola página apenas importaba. Podría recrear la parte perdida usando la memoria. Ante aquel desafío, estaba seguro de que podría reconstruir todas sus excursiones por el cenagoso submundo a lo largo de los años. Sosteniendo en alto la pequeña antorcha, levantó la voz para dirigirse a la figura ya lejana:

—Si te pierdo, ¿cómo voy a encontrar al monstruo?

Una vez más se apagó la llama y se vio sumido en la oscuridad total. El resplandor anaranjado del desconocido ya no estaba.

Pudo ver entonces que aquellos pasadizos de piedra ya habían sido antiguos antes del gran Onus de Blatoy. Antes incluso del predruidismo, antes de que los paganos erigieran el Altar de la Cleóplide Cimérica. En plena

confusión, Felix acercó la llama a otra página de sus reflexiones a fin de obtener otro vislumbre de aquel entorno anciano y mesoesomérico.

Más adelante, procedente de delante y de detrás y de alrededor de él, Felix oyó la risa del desconocido. Y procedente también de todas las direcciones, la voz del hombre le aseguró:

—No os preocupéis.

Se hizo un lapso de silencio, marcado por el ruido del agua que goteaba y por nada más. Felix intentó como pudo encender otra cerilla.

A fin de romper la espera aparentemente infinita, la voz del hombre añadió:

—No me cabe duda de que el monstruo os encontrará con presteza.

Tras encender con éxito una cerilla nueva y sacrificar otra página del cuaderno, Felix la sostuvo en alto y se encontró completamente solo. Completa, total e inconfundiblemente abandonado. La luz chisporroteó y se apagó, pero él decidió no malgastar otra cerilla quemando otra página hasta haber puesto en orden sus pensamientos. La rabia le serviría mejor como aliada que el pánico, y Felix se imaginó una escena en el futuro no muy lejano en que encontraba al hombre que lo había conducido a aquella misión inútil. Aquello no le venía de nuevo: una vez más había sido abandonado, rechazado, dejado atrás. Sobreviviría. Si era necesario, desandaría hasta su último paso. Las circunstancias lo habían llevado a iluminar su propio camino durante todos los días solitarios y difíciles de su vida. Desde que era niño nadie le había dado nada y tampoco nadie le había explicado nada, y este legado vacío había construido en él una gran fe en sus propias capacidades. Nunca había perdido la esperanza. Al contrario: la adversidad únicamente había templado su determinación.

Aquella miásmira.

Las volutas vapóricas polihediondas.

La ausencia de sonidos resultaba tan opresiva que parecía hacerle presión en los tímpanos igual que hacía el agua a grandes profundidades. El silencio empezó a asfixiarlo.

Felix M. se encontró con que tenía los puños cerrados. La respiración rápida y entrecortada. Un acceso de furia amenazaba con cegarlo. La sensación le parecía un eco de tercera generación de corretear para seguirle el paso a su padre, mucho tiempo atrás; toda aquella situación evocaba una furia que no sentía desde que se había hecho adulto.

—¡Vete, pues! —le gritó Felix al espectro—. ¡Al infierno contigo! —Agitó su cuaderno por encima de la cabeza, a oscuras—. Sufrirás más todavía

cuando yo cuente todo esto.

El nombre del desconocido era un misterio, y se maldijo a sí mismo por no habérselo preguntado.

—Hace veinte años que encuentro mi camino sin consejeros de ninguna clase, como aprendiz de mí mismo, sin que nadie me dé ánimos más que yo mismo.

No se iba a dejar derrotar tan fácilmente. Ahora estaba gritando y sus maldiciones resonaban por todos los túneles contiguos al suyo. Despotricó sobre la marcha de su padre. Blasfemó sobre los años en que los matones de la escuela habían abusado de él de chico. Le pegaban palizas y él no tenía a nadie que le enseñara a manejarse ni a defenderse.

A pesar de la aciaga diamonsidad de su situación, no iba a ser víctima de las ideas nerviosas. El miedo lo seguía por la oscuridad, al alcance de la mano, y el pánico acechaba justo detrás. Abandonado sin punto alguno de referencia espacial, Felix se concentró en el sabor reconfortante y glulubre de su propia lengua.

Ser un chico sin padre es que te crezcan armas de fuego en vez de brazos y un cañón cargado en vez de boca. Es estar siempre y en todo momento bajo asedio y sin refuerzos. Adentrarse corriendo a toda velocidad en la oscuridad total con la furia venciendo a tu miedo, sin saber que lo que quieres en realidad es chocar contra una pared de ladrillo o precipitarte en un pozo; encontrar límites, restricciones y disciplina. Una pierna rota. Una conmoción cerebral. El castigo de un padre sustituto, por mucho que ese padre sea simplemente la física, que te arree un buen bofetón y te haga respetar una línea última.

Desde niño, la furia se había convertido en su padre. En su hermano mayor. En su único protector. La furia le daba fuerza y coraje y lo espoleaba para que avanzara siempre a pesar de hacerlo todo siempre mal y de fracasar siempre y de que no hubiera mentor alguno para ayudarlo ni enseñarlo y de que todo el mundo se riera de él siempre. La rabia le impedía hundirse. Se había vuelto su mayor recurso y su única estrategia.

Su vida estaba alimentada por una batería que tenía la soledad en un polo y la rabia en el otro, y Felix existía suspendido entre ambos, impotente. Su padre nunca había conocido a la mujer amargada y rabiosa en que se había convertido la madre de Felix. Nunca había sabido que, de niño, ella lo sermoneaba sobre la debilidad de su padre. Que lo obligaba a recitar aquel catecismo de bilis. Y cuando él se había convertido al crecer en la viva imagen de su marido desaparecido, su madre había empezado a someter a

Felix a toda su furia despechada. La tarea imposible de Felix, su tribulación, había sido salir adelante en aquella casa furibunda donde hasta la última rebanada de pan estaba untada con la mantequilla del desprecio.

Felix odiaba a su padre por haberlo dejado bajo la custodia única y maltratadora de aquella mujer. Los odiaba a ambos, los amaba y los despreciaba con una pasión que dominaba y coloreaba todo lo demás en su vida.

A fin de escapar, se había casado con una mujer que ya contaba sus afectos penique a penique y los prodigaba con avaricia, a modo de pago exiguo por las conductas que deseaba cultivar en su marido y en su hijo. Incluso en las circunstancias más felices, la mujer de Felix podía entregarse a un humor aciago. Y él reconoció demasiado tarde que su mujer compartía aquellos atributos con su madre. No resultaba imposible en absoluto que se hubiera aclimatado a encontrar consuelo en aquel familiar desconsuelo.

Si no conseguía regresar, su hijo, aquel modelo a escala de sí mismo, tendría que soportar la carga de la animosidad de su esposa.

Al día siguiente por la mañana el hijo de Felix descubriría ese mismo destino. La mujer de Felix se despertaría para encontrar vacía la mitad de su marido del lecho conyugal. Poco después ella se enteraría de que no lo habían llamado del trabajo. Descendería entonces la preocupación, seguida por un miedo que maduraría en forma de desesperación. Al elegir a su esposa, a pesar de sus virtudes, Felix se había visto atraído por cierto potencial soterrado de venganza. Un rasgo de carácter no muy alejado de la frugalidad emocional de su madre.

Por algún túnel situado muy por encima de él pasó un tren. Para describir cómo temblaba el suelo, Felix vaciló entre los términos «abeltómico» y «abelhómico». El ruido chirriante se adueñó de todo y después desapareció.

Apagada su furia, Felix se detuvo para recobrar el aliento y en la quietud oyó un ruido de pasos lejanos que se le acercaban en la oscuridad. No eran los del desconocido; estos eran unos pasos pesados, que se arrastraban y trastabillaban. El monstruo al que había imaginado como la suma de todos los horrores de su mente cobró forma en el túnel que tenía delante.

Lo glorioso de la furia era que no dejaba espacio al miedo. Tanto si lo que se aproximaba por las tinieblas sin luz era el guía mentiroso como si era su grotesca criatura, Felix se preparó para estrangularlo. A fin de liberar ambas manos, se metió el cuaderno en un bolsillo del abrigo. Para evitar que la criatura que se aproximaba se adelantara a él, silenció su respiración agitada y afianzó su cuerpo, de las piernas al cuello, listo para el momento en que su

adversario y él entraran en contacto ciego. Se echó hacia delante y corrió tanto como pudo, caóticamente, dando puñetazos al aire, luchando contra todo y sin golpear nada.

Sus puños se convirtieron en bombas listas para explotar al mero contacto. Cuando sintió que tenía a la criatura al alcance de los brazos, Felix se arrojó sobre ella. Blandiendo como armas todas sus articulaciones duras, las rodillas y los codos, los puños y los tacones de los zapatos. Un arsenal de garrotes y cachiporras para aporrear a aquella figura a la que no podía ver.

Sintió su propio peso presionando y machacando la carne aplastada y los órganos maltrechos de aquel enemigo invisible, y su oponente apenas hizo esfuerzo alguno para defenderse. Era más grande que un niño, pero aun así la figura parecía frágil. Con la rabia de su lado, Felix se dedicó a golpear hasta que el otro dejó de ofrecer resistencia.

La masa temblorosa que tenía debajo emitió un suspiro enorme. Con voz herrumbrosa y polvorienta por culpa del desuso, emitió un sonido. Aplastada por la certidumbre, la voz dijo:

—Sohnemann. —Emitió un suspiro trágico—. Has venido.

En la oscuridad, el monstruo ofreció una plegaria y dijo:

—Por favor, no seas mi hijo.

Luchando por encender una cerilla, Felix localizó el origen de aquella voz en sus recuerdos más antiguos. La cerilla centelleó y él la aplicó a una página del cuaderno.

A la luz chisporroteante, una cara cerró los ojos y se torció a un lado para apartar la vista del resplandor.

El *shock* dejó petrificado a Felix. No era posible. Qué truco tan cruel. El guía, aquel fullero rufián, había averiguado algo de su pasado y había escenificado aquella falsa reunión. Lo único monstruoso era la broma en sí.

Todavía atenazado bajo las rodillas de Felix, la aparición declaró:

—He esperado, confiando siempre en que nunca vendrías.

Frente a él tenía simplemente a un mendigo contratado, a un burdo impostor, y Felix soltó un soplido de burla ante el ingenioso sadismo de aquella farsa. Se preparó para apartar a un lado a aquel cadáver.

—¿Cómo te atreves? —dijo en tono despectivo.

Tan herido estaba su corazón que le dio un bofetón de revés al frágil anciano, derribándolo al suelo. De pie frente a él, incapaz de alejarse, paralizado donde estaba tanto por el amor como por la repulsión, exclamó:

—¡No eres mi padre!

El anciano lo examinó.

—A ti también te ha engañado.

—A mí no me ha engañado nadie —juró Felix.

—Te ha engañado Tyler —dijo el monstruo.

Con frenesí desesperado, Felix M. llamó a gritos al guía para que volviera. Por muy incorrecto que fuera aquel calificativo, puesto que la tarea de un guía era llevarlo a uno a su destino, mientras que aquel únicamente lo había llevado a la confusión y la desorientación. Tragándose su rabia y su desesperación, Felix vociferó:

—¡Ya has gastado tu broma! —gritó—. ¡Ya me has herido mucho más de lo que podría herirme cualquier golpe o cuchillo! —Bajó la vista para contemplar la figura que había en el suelo y gritó—: ¡Y ahora, ponle fin a esto o te doy mi palabra de que le pegaré una paliza a tu vil cómplice!

La única respuesta fueron sus propias palabras, «golpe o cuchillo», «paliza» y «vil», regresando en forma de ecos de la oscuridad. A fin de cumplir con su amenaza, Felix levantó a la frágil figura, le agarró la garganta huesuda y sintió latir su pulso como si fuera el corazón de una liebre antes de que le partas el espinazo.

Y en aquel momento, con voz estrangulada y gorgoteante, el impostor preguntó:

—Hijo mío, ¿todavía te gusta inventarte palabras? Desde pequeñito siempre tuviste tu idioma secreto.

Era un detalle de su infancia que Félix no le había confiado a nadie más que a su padre.

Al oír aquellas palabras, Felix contempló a su torturador con más atención. El ceño del hombre era el mismo que aparecía retratado en un daguerrotipo que la familia poseía pero se negaba a exhibir. Los ojos del hombre eran versiones envejecidas de los ojos que Felix veía todas las mañanas en el espejo que usaba para afeitarse. Aflojó su presa sobre la garganta flácida. Félix solo pudo preguntar:

—¿Cómo?

La triste mirada se encontró con la suya.

—Hijo mío, igual que tú. —Sus labios sonrieron con resignación—. Tyler no regresará hasta dentro de muchos años.

—¿Tyler? —preguntó Felix.

Y aquel hombre, su padre, le dijo:

—Tu guía.

Sin él resultaba imposible escapar de aquel lugar. Estaba claro que aquel hombre, si es que realmente era el padre de Felix, ya habría descubierto una

salida después de buscar durante tanto tiempo. Aun así, era una posibilidad imposible de contemplar. Era demasiado atroz para que Felix la asimilara.

Felix pensó en su hijo. En el niño que estaba en casa, todavía en cama, dormido. Dentro de una hora el mundo de aquel niño cambiaría su rumbo y no le quedaría más remedio que convertirse en su propio guía. Otro joven que crecería indefenso en compañía de una mujer huraña y amargada.

—Volverás a verlo —le aseguró su padre—. Eso es lo más triste. —El anciano sonrió débilmente—. Dentro de unos veinte años. Entonces tu hijo te tirará al suelo, lleno de rabia y amor, igual que yo derribé a mi padre.

Porque allí, en aquellos pasillos oscuros, era donde el padre de Felix había encontrado a su padre. Y donde el abuelo de Felix se había reunido con su progenitor. Allí estaban su padre y su abuelo y también los huesos de su bisabuelo y de todos los que los habían precedido. Y más todavía: yacían allí los padres de hijos incontables.

—Ese Tyler… —preguntó Felix—. ¿Cuál es su propósito?

Como si el viejo pudiera adelantarse al pánico creciente de su hijo, esbozó una débil sonrisa. Ya le estaban apareciendo magulladuras violáceas en las pálidas mejillas y en la frente:

—¿Perdonas a tu padre?

—Sí —dijo Felix en tono vacilante.

—¿Y perdonas a Dios?

Felix negó con la cabeza.

Y al oír aquello, su padre trazó un amplio arco con el brazo y le asestó un puñetazo a Felix en el costado del cráneo.

Hubo un estallido de fuegos artificiales, unas chispas que solo Felix pudo ver. Gimoteando, se frotó el punto golpeado:

—¡Me has arreado en toda la oreja!

—Nuestra salvación pasa no solo por perdonarnos los unos a los otros —declamó su padre—, sino también por perdonar a Dios.

Sin disculparse, su padre añadió:

—Yo buscaré contigo —dijo—. Buscaremos juntos.

Y al oír esto, Felix se volvió para seguir el rastro de sus palabras de fabricación casera: sarcofagal… tricarulento… sepulcrítico… mesoesomérico… miásmira… polihediondas… diamonsidad… glulubre… abeltómico y abelhómico. Pegó fuego a otra página de su diario, confiando en encontrar el rastro que llevaba de vuelta a la primera palabra antes de que su luz se apagara para siempre. Mientras buscaba el reguero de palabras que había ido dejando, Felix oyó que su padre le decía algo:

—No tengamos tanta prisa en encontrar el camino de vuelta —declaró el anciano—. Adentrémonos más. —Las palabras resonaron contra la piedra—. Descubramos alguna aventura valiosa antes de regresar a la luz y al aire que ya sabemos que amamos.

El anciano se había dado la vuelta y ya estaba internándose en el laberinto, surcando las tinieblas. Indagando a ciegas en aquel denso interrogante. Tras un momento de vacilación, Felix se giró para seguirlo.

DON ELEGANTE

No me preguntéis cómo lo sé, pero la próxima vez que os veáis gordos, sabed que hay gente que está mucho peor. Imagináoslo cuando estéis en el gimnasio contando abdominales o haciendo levantadillas de rodillas para tonificar los músculos del abdomen; sabed simplemente que hay gente que tiene a otra persona creciéndole de esa parte del cuerpo. En esa zona carnosa y flácida que hay por debajo de la caja torácica, donde vosotros solo tenéis la «curva de la felicidad», esa otra gente tiene brazos y piernas y la mayor parte de otra persona colgándoles por encima del cinturón.

Los médicos lo llaman «parásito epigástrico».

Hay médicos que llaman a esa persona extra «heteradelfiano», que es una forma pija de decir «hermano distinto». Significa alguien que debería haber sido tu hermano o hermana pero que nació con la cabeza dentro de tu vientre. Esa persona extra nace sin cerebro. Sin corazón. No es más que un parásito y tú eres el anfitrión.

Son cosas que no se pueden inventar.

Y escuchad, por favor. Si os estoy contando todo esto y resulta que vosotros tenéis a otra persona creciéndoos del sobaco, no os sulfuréis.

Si os estoy contando esto es porque yo antes también tenía uno, en cierta manera.

Y confiad en mí, si hay algo peor que tener un poco de grasa subcutánea colgando, es que os salga de ahí un desconocido sin corazón y sin cerebro. Y a veces pasa muchos años después de que hayas nacido.

No me preguntéis tampoco cómo sé esto, pero después de hacer cien millones de abdominales, cuando os presentéis para el puesto de bailarín sexy tipo Chippendales —o simplemente para que os contraten como bailarín exótico desnudo y musculoso—, os preguntarán: «¿Sufres ataques de epilepsia?».

La pregunta está en el formulario que te dan en la consulta del médico donde vas a hacerte la revisión médica justo después de la audición. La enfermera te da una tablilla sujetapapeles llena de formularios con un

bolígrafo y un vasito de plástico para que lo llenes de pis. Y la compañía de baile ni siquiera es la auténtica Chippendales, pero si le preguntas a cualquier bailarín exótico masculino fondón y de capa caída en qué conjunto de baile está, para evitarse un montón de explicaciones te dirá que está en Chippendales.

Todos reconocemos esos puños de papel blanco y esa pajarita negra protegidos por *copyright*.

En realidad, mi audición fue para los Savage Knights. «Knights» con «K» mayúscula. Los Savage Knights son la típica compañía de bailarines masculinos entusiastas y sonrientes estilo Chippendales, con clientela femenina. Su oficina central puso el anuncio en la página web Backpage. Bajo la categoría «Empleos para adultos», su anuncio iba bajo el epígrafe «Vive Tu Fantasía».

En la sala de banquetes del Holiday Inn del aeropuerto, aquel domingo por la tarde, la sonrisa de mi cara era una mentira. Mi bronceado era una mentira. También mi pelo rubio. En la solicitud para el puesto, puse ochenta y cuatro kilos, lo cual también era mentira. En vez del color de mis ojos puse el color de mis lentillas. Durante la parte de la entrevista que se hace sentado, dije que quería ser un Savage Knight porque me gustaba viajar a sitios interesantes y conocer a gente nueva.

Pero la verdad era que solo quería una carrera en la que todas las noches cientos de vírgenes jóvenes y borrachas me metieran billetes en los calzoncillos con los dientes.

Cuando me preguntaron mi edad, mentí por un margen de tres años y dije que tenía veinticuatro. Hasta el último de mis dientes metidos en fundas era una mentira blanca y reluciente.

Me rasuré el vello púbico castaño y la agente de Savage Knights me dijo que tenían una vacante para un Don Elegante. En todo momento, me contó, había dieciséis compañías distintas de Savage Knights viajando por el mundo, satisfaciendo la demanda de *strippers* masculinos de miles de millones de personas por todo el planeta. En cada compañía había un bombero, un agente de policía, un soldado y un trabajador de la construcción con casco de obra amarillo. Era como la versión itinerante del Día de Orientación Profesional de las escuelas secundarias. Y también un Don Elegante, que hace su entrada vestido con un esmoquin de *stripper* y les da rosas a todas las mujeres de las mesas de alrededor del escenario. Sofisticado y cosmopolita. Un desenvuelto James Bond.

El último Don Elegante de la Compañía Once se había asustado y se había largado después de que una chavala enfarlopada de Fairbanks que estaba celebrando su cumpleaños le diera un tirón y le causara una torsión testicular.

Y fue entonces cuando empezó a salirme el parásito.

En aquel salón de baile del Holiday Inn, yo no me parecía en nada a como me había visto en el espejo de mi cuarto de baño. Bronceado y untado de loción. Rubio y sonriente.

Y la agente me estrechó la mano resbaladiza y me dijo:

—Muy bien. —Me dijo—: A partir de ahora serás Don Elegante.

La emergencia de mi viejo hermano distinto sin corazón ni cerebro. La vida no es más que una simple cuesta abajo engrasada con loción de bebé.

Lo cierto era que yo creía que, si hacía un esfuerzo continuado e incansable, podría aparentar veinticuatro años para siempre. Para la parte del baile de la audición, la canción *Bodyrock* del artista Moby te proporciona 3′ 36″ de tema ideal para arrancar. Puede que mis gustos sean un poco retro, pero si empiezas con canciones que le gustan a la peña, ya tienes medio partido ganado. Además, el cambio de ritmo del final, cuando el tema pasa a ser solo la voz, te da la ventana perfecta para montar un buen numerito. En esa parte hice un flip flap, me abrí de piernas en el suelo y me incorporé haciendo el muelle. Tras comprobar mi bronceado, mi rasurado y mis sonrisas, la agente de Savage Knights me dio una hoja de papel donde había impresas las instrucciones para llegar a una clínica. La enfermera me dio un vaso de papel para mear dentro. Y los formularios preguntaban: «¿Tiene usted antecedentes de ataques de epilepsia?».

Así que después de tantas trolas, no me costó nada marcar la casilla que decía: NO. Simplemente me aseguraría de tomarme el Clonazepam.

Si habéis visto ese vídeo que circula por internet del tipo desnudo y musculoso que se sacude en el suelo como si fuera un pez, rodeado de mujeres con Rum Hurricanes y Blue Hawaiis en las manos, con las pelotas rosadas saliéndosele por el lado del tanga negro y chapoteando en un charco de sus propios meados, ya sabréis qué clase de equivocación resultó ser esa última mentira.

No hay nadie en el mundo que no haya visto ese vídeo. Ahora los cabroncetes de adolescentes incluso hacen un baile que ellos llaman el Baile de Don Elegante, en el que se tiran al suelo de la pista de baile y se sacuden como epilépticos hiperactivos recibiendo descargas eléctricas. Niñatos hijos de puta.

La gente se imagina que es fácil ser un bailarín exótico entusiasta estilo Chippendales. Los hombres se imaginan que el peor problema es que no se te ponga dura.

En el mismo formulario de la revisión médica te hacen preguntas del tipo: «¿Sufre usted de incontinencia asociada con el estrés?». Y «¿Alguna vez ha tenido un episodio de narcolepsia?».

Solo por esas preguntas yo ya me tendría que haber imaginado por dónde iban los tiros. Los abogados no se sacan esas preguntas de la chistera. Cualquier compañía grande de baile, desde el ballet del Bolshói hasta Chippendales, ya ha planificado las peores situaciones posibles. Quizá en mitad de *El lago de los cisnes* a uno de los cisnes le da un ataque en medio del escenario, los ojos se le ponen en blanco y le empieza a chorrear baba por el pico largo y amarillo. Sudando. Meándose en las encantadoras plumas blancas.

En el folleto de formación, los Savage Knights te enseñan a estar alerta por si hay alguien en el público tomando notas con un cuaderno y un lápiz. Es un rollo llamado ASCAP —que quiere decir Asociación Americana de Compositores y No Sé Qué Más—, que si te pillan bailando una canción sin pagar los *royalties* te denuncian a ti y a Savage Knights. Además de ellos, todos los estados mandan espías de la comisión de licores para multarte si tocas a una clienta de forma inapropiada. Hasta por el mero hecho de llevar puños blancos de papel y pajarita negra ya te arriesgas a que te llegue una orden de cese y desista del Chippendales auténtico por infracción de *copyright*.

Ni se os ocurra preguntarme por el tema de gestionar el vello corporal. En serio, lo peor de este trabajo es tener que pagarle a alguien otro Tequila Sunrise después de echarle sin querer en el vaso un pelo púbico. Un simple contoneo de caderas puede significar que les tengas que pagar una ronda entera de Banana Daiquiris a las dos primeras filas.

Vive Tu Fantasía… En serio, es imposible inventarse todo esto.

Conseguir que una persona borracha te meta dinero en los calzoncillos con los dientes es infinitamente más difícil de lo que parece. Igual que tener veinticuatro años eternamente. Puedes verte agitando el paquete delante de una mujer que está celebrando su despedida de soltera y que va tan beoda que puedes oler la brasa de su cigarrillo encendido chamuscándote el vello púbico rasurado. Entretanto, la fea de la dama de honor te está metiendo un billete de un dólar en el culo con la lengua mientras su madre lo graba todo en vídeo. Así es como se comportan las vírgenes borrachas. Los agentes de policía o los

bomberos —los de verdad, quiero decir— se quejan del estrés de la profesión. Pero no conocen el auténtico estrés. Hay bailarines con los que he trabajado que solían ponerse el paquete en remojo en agua con sal, igual que los boxeadores se curten la cara para endurecérsela antes de una pelea importante. Hasta el último momento libre de tu vida te lo pasas curtiéndote las pelotas y quitándote el vello corporal.

La única otra parte igual de importante dentro de la formación necesaria para este trabajo es aprender a contar el tiempo con las canciones. «I'm Afraid of Americans» de David Bowie te da cinco minutos exactos de acordes de quinta distorsionados. «One on One» de Keith Sweat es un tema lento y contundente (5.01) perfecto para coreografiar a un elefante. Y con eso me refiero a cualquier bailarín demasiado hormonado para moverse salvo para hacer poses de competición. Paso, flexión, paso. El bíceps doble. La pose del cangrejo.

La forma de impedir que se te ponga dura es contar todo el tiempo lo que falta para que se termine cada canción. Tú me dices una canción y yo te puedo decir el tiempo exacto, y no solo los minutos y segundos que pone en la funda del CD. Te puedo decir el tiempo real que aparece en el equipo de la cabina. Un buen bailarín sabe que la remezcla de Digweed del «Slave to Love» de Bryan Ferry dura cuatro minutos y treinta y un segundos según la funda del CD pero en realidad son cuatro con veinticuatro. El bailarín perezoso se encontrará todavía sumergido hasta la cintura en mujeres borrachas cuando pare la música.

Bambolear el plumero al son de una remezcla machacona del «Mo Move» de Underworld —un latido de bajos incansable de seis minutos y cincuenta y dos segundos— es algo artístico. Pero si no te has retirado del escenario cuando se termina la música y continúas durante un solo momento de silencio, estás meneando las partes rasuradas delante de unas desconocidas, y eso es acoso puro y duro.

Otro berenjenal. Y no me preguntéis cómo lo sé.

El silencio. El silencio y las luces de cierre, brillantes, son el momento en que Cenicienta se convierte en un tío sonriente, desnudo, grasiento y sudoroso con el nabo demasiado cerca de tu cara y de tu White Russian aguado de diez dólares.

Tal como se compendia en el folleto de formación de Savage Knights, Don Elegante hace su entrada y se pone a repartir rosas por las mesas de las primeras filas. Baila la remezcla de discoteca a cargo de Joey Negro del «Fascinated» de Raven Maize. Un tema de arranque de tres minutos y

cuarenta y dos segundos. Luego camina hasta el borde del escenario y baila un tema enérgico más corto para hacer que asomen los billetes. Se trabaja el borde del escenario y la zona del público, frotándose contra los regazos y recogiendo propinas y sale de escena un compás antes de que empiece el tema de arranque del Agente de Policía.

La noche siguiente, en Spokane, lo mismo. Luego Wenatchee. Pendleton. Boise. Un trabajo tan simple que hasta un parásito sin cerebro ni corazón lo puede hacer.

A Don Elegante le encantaban las propinas y los números de teléfono. Los números de teléfono apuntados en las propinas. Los números de teléfono apuntados en trozos de servilletas de papel y metidos debajo de las ligas elásticas de su tanga negro. Hasta llegar a Salt Lake City.

No me preguntéis cómo lo sé, pero hay gente que sufre la enfermedad de Milroy, que provoca que no se desarrollen nunca los ganglios linfáticos de las piernas, de manera que les crecen unos pies del tamaño de maletas y unas piernas que parecen troncos de árboles. O bien ciclopia, que hace que nazcas sin nariz y con los dos ojos en la misma cuenca.

Don Elegante tenía unos pezones demasiado pequeños y de color rosa pálido, así que para dilatárselos y que fueran grandes y rojos, aprendió a pintárselos con una cosa llamada Lip Plumper. Que viene en un frasco con un pincelito, como si fuera pintauñas, y cuando te lo aplicas en los pezones, los labios o la punta de la polla se te inflan hasta ponerse enormes. Don Elegante se perfilaba la cuadrícula de la musculatura abdominal dibujándose los contornos con lápiz de ojos. Luego se lo difuminaba con un pañuelo de papel arrugado para que la barriga no le pareciera un tablero de tres en raya.

Si se sacaba una de las lentillas azules y se miraba en el espejo empañado de un lavabo de motel, sí, podía aparentar veinticuatro. Pero entre Billings y Great Falls y Ashland y Bellingham, entre las ladillas que le había contagiado el Bombero a todos y los ronquidos del Soldado, Don Elegante empezaba a estar agotado. Al llegar a Salt Lake City ya le arrastraban las pelotas en salmuera por el suelo.

Don Elegante salió pisando fuerte y con su ramo de rosas rojas en brazos. Todavía con el esmoquin de *stripper*, se puso a repartir rosas y luego empezó a desabrocharse los botones de la camisa plisada. La única diferencia entre Salt Lake City y Carson City o Reno o Sacramento fue que después de quitarse las piezas del esmoquin, cuando Don Elegante ya estaba contando el tiempo de su segunda canción, sonriendo y evitando que le cayeran pelos púbicos en las copas de la gente, viendo cómo salían los billetes de un dólar

de los bolsos y de las carteras, cómo las vírgenes apuntaban sus números de teléfono en recibos viejos de cajeros automáticos, entre el momento en que bajaba al suelo abriéndose de piernas y se volvía a incorporar haciendo un muelle perfecto, una inhalación antes de su voltereta y su salto mortal completo en el aire, cuando la versión de N-Trance de *Stayin' Alive* (4.02) ya iba por el minuto dos y treinta y seis segundos… las caras y las bebidas y los billetes empezaron a volverse borrosos. Don Elegante se metió los pulgares por debajo de las bandas elásticas de las caderas, bien altas y prietas para dar su voltereta, se agachó, dio un salto… y ya no recuerdo más.

Por si no os habéis dado cuenta, la música se ha terminado y aquí sigo, sacudiéndoos la polla en las narices. Como si después de todo este tiempo no hubiera aprendido la lección.

Menudo atontado.

Desde que tengo uso de razón, he sufrido síndrome de Mirada Fija, que es una forma de epilepsia del lóbulo temporal. Mis padres me hablaban y yo me quedaba petrificado. Lo veía todo borroso y se me paralizaban todos los músculos. Seguía oyendo hablar a mi madre, diciéndome que le prestara atención y quizá chasqueándome los dedos en la cara, pero no podía ni hablar ni moverme. No podía hacer otra cosa que respirar durante medio minuto que se me hacía una eternidad.

Me llevaron a hacerme resonancias magnéticas y electrocardiogramas. Yo no podía ir en bicicleta más que por calles desiertas. Trepaba a los árboles y lo empezaba a ver todo borroso. Me despertaba en el suelo y rodeado de mis amigos preguntándome si estaba bien. Durante una obra teatral de la escuela, el niño Jesús, María, José, seis pastores, tres camellos, un ángel y los otros dos reyes esperaron durante lo que pareció una eternidad mientras yo permanecía petrificado con mi regalo de incienso y con la señora Rogers asomándose entre bastidores y apuntándome en voz baja: «Bendíceme, porque te traigo esta humilde ofrenda… ¡te traigo esto!».

Pero después de diez años de Clonazepam, ya básicamente lo tenía controlado.

El problema es que la medicina se me había acabado en Carson City. Estar cansado empeora la condición. La bebida, el humo de cigarrillos, la fatiga y los ruidos fuertes son todos factores de riesgo. En Salt Lake City sufrí lo que se llama una crisis tónico-clónica, lo que la gente solía llamar un ataque del *grand mal*. Me desperté en la parte de atrás de una ambulancia con la sirena a todo trapo, a tiempo de ver a un paramédico meterse un grueso fajo de billetes de un dólar empapados de meados en la billetera y diciendo «Don

Elegante…» y negando con la cabeza. Una manta envuelta en correas me mantenía horizontal, y olía a mierda. Le pregunté al paramédico qué había pasado y él se guardó la billetera en el bolsillo de atrás y me dijo:

—Colega, no quieras saberlo…

Para cuando el hospital me dio el alta, la Compañía Once ya estaba en Provo esperando a que el nuevo Don Elegante que les habían mandado se reuniera con ellos en el local del espectáculo. En el Motel 6 donde nos habíamos alojado la noche antes me estaban guardando la maleta.

Una trabajadora social vino a sentarse a la cabecera de mi cama de hospital y me dijo que la mente humana no es más que un ciclo constante de actividad eléctrica. Me dijo que un ataque de epilepsia es como una ráfaga de estática, como una tormenta dentro de tu cabeza.

Yo le dije: Cuéntame algo que no sepa ya, chata.

Y ella me habló de la focomelia, una condición que te hace nacer con las manos saliéndote de los hombros. Sin brazos. De hecho, el nombre antiguo de este defecto congénito era «aletas de foca». Estaba vinculado al sedante talidomida, pero ya existía mucho antes. Me habló de la sirenomelia, que es cuando naces con las piernas fundidas entre sí, creando lo que parece una cola de sirena. Aquella trabajadora social me dijo que se llamaba Clovis y que ella también había sido bailarina, bailarina exótica, y que había intentado esconder el hecho de que tenía narcolepsia. Antes tenía el pelo rubio y ojos azules, unas piernas largas y suaves y sin marcas de bronceado. Ahora que estaba al lado de mi cama, tenía el pelo rizado y castaño. Los ojos eran castaños, y las perneras del traje pantalón le venían tan prietas en los muslos que no podía ni cruzar las piernas a la altura de la rodilla.

Mientras bailaba, mantuvo su afección controlada con Provigil, pero se le acabó y se empezó a saltar dosis, partiendo pastillas por la mitad, las falsas medidas de ahorro de toda la vida. Una noche en que estaba de cabeza de cartel en un bar de moteros de Rufus, Nuevo México, Clovis hizo su entrada triunfal, se subió a lo alto del poste metálico y empezó a girar usando la fuerza centrífuga, con el pelo rubio meciéndose y el cuerpo bronceado bajando en espiral hacia el escenario de más abajo.

Al hablarme de esto, se le humedecieron los ojos castaños. Clovis no recordaba haber llegado a la base de aquel poste. Se había despertado en los camerinos y embarazada de treinta y dos clientes. De algunos dos veces.

¿Qué canción?, le pregunté.

Y con los ojos húmedos, Clovis me dijo:

—«Sour Times» de Portishead.

Ah, asentí. La dulce y oscura voz de Beth Gibbons. Cuatro minutos y once segundos.

—Cuatro minutos y ocho segundos —me dijo Clovis. Mirándome con una ceja enarcada, me dijo—: Mira siempre el tiempo en el equipo de música. Nunca confíes en las notas de la funda del CD.

Le pregunté cuál había sido su nombre artístico.

Y Clovis, mirándose el reloj de pulsera, me dijo:

—De eso hace mucho tiempo. —Me dijo—: Tengo casi treinta años.

Yo también, le digo.

Ymirando un formulario del hospital que tenía en su tablilla sujetapapeles, Clovis me dijo:

—Ya me imaginaba que esta edad que habían puesto aquí era mentira.

Antes de que pudiera levantarse y marcharse, le pregunté a Clovis qué había pasado. Qué había pasado en realidad.

Que el bebé nació, me dijo, nueve meses después de que se despertara, un parto de manual. Era niño. No se parecía a nadie, y se largó inmediatamente en limusina a vivir en un vecindario privado de la Colonia de Malibú con dos ejecutivos de Hollywood millonarios y gays.

—Hablando de que te salga del cuerpo un desconocido sin cerebro y sin corazón —dijo Clovis.

Ya me había hablado de los parásitos epigástricos.

Y yo le dije: No. Me refería a qué me había pasado a mí.

Y durante un minuto largo de silencio total y extremo, Clovis se limitó a mirarme parpadeando. Por fin, con voz de profesional sanitaria, me dijo:

—Hay una grabación en vídeo del… suceso.

Una mujer que estaba celebrando su despedida de soltera había metido a escondidas una cámara de vídeo portátil en la discoteca y me había estado filmando mientras yo repartía rosas rojas de tallo largo. Yo había iniciado mi repertorio y ella había seguido filmando. Habían tenido que desdibujar digitalmente la parte en que yo me sacaba las pelotas, pero el vídeo había salido por televisión. Primero solo en un programa japonés de vídeos graciosos, pero después también en Europa. En internet, el clip de cuatro minutos y veintiún segundos se había vuelto viral y se había descargado en el mundo entero. Era objeto de pitorreo en todos los programas nocturnos de entrevistas.

La ASCAP estaba poniendo denuncias a todas las páginas web y páginas de búsquedas por la difusión no autorizada de «Stayin’ Alive». El sindicato de Chippendales estaba mosqueado por mi uso de puños de papel blancos.

Alguien que afirmaba ser un productor del *Late Show* había llamado a la centralita del hospital y había pedido que le conectaran con mi habitación.

Le dije a Clovis que quería verlo por mí mismo.

Y Clovis me dijo:

—No. —Me dijo—: No quieres.

Yo le pregunté cómo de terrible era.

Y Clovis me dijo:

—Durante el episodio, perdiste momentáneamente el control de tus esfínteres.

El olor de la ambulancia.

—Un tanga no deja demasiado margen de error —me dijo.

No llegué a ver el vídeo.

Utah era un buen lugar para esconderse, de forma que me quedé en Salt Lake City y me dejé crecer el vello púbico. Me teñí el pelo rubio de castaño. Me deshice del bronceador y comí todo lo que Don Elegante no comería nunca: pollo frito, tartas de fruta Hostess y patatas fritas a la barbacoa.

Para cuando cumples treinta años, tu vida consiste en escaparte de la persona en la que te has convertido a fin de escaparte de la persona en la que te has convertido a fin de escaparte de la persona que eras de entrada. De forma que durante una temporada me convertí en Don Cerdo Barrigudo Lechoso y Amargado. Trabajaba en un local de comida rápida y cada dos o tres millones de hamburguesas con queso algún cliente se me quedaba mirando desde el otro lado del mostrador grasiento y trataba de recordar de qué le sonaba mi cara.

Y yo chasqueaba los dedos y le preguntaba:

—¿Lo quiere con patatas fritas?

Nunca acepté un solo billete de dólar de nadie sin lavarme las manos.

Quizá si hubiera estado revolcándome en mis propias heces, la gente habría atado cabos, pero luego salió el vídeo de una cámara de seguridad en el que se veía a toda aquella gente que murió en un incendio la mar de tonto en unos grandes almacenes de China y el mundo de la comedia se olvidó por completo de mí y de mi calamidad pestilente.

Pero Clovis no se olvidó. Y yo tampoco pude.

Clovis vino a almorzar un día, hamburguesas con queso, y se trajo a un joven cliente que tenía los dedos fusionados entre sí en forma de pinzas de carne y las piernas atrofiadas e inservibles. Síndrome extrodactílico, lo que antes se llamaba «síndrome de pinza de langosta». Me presentó a una mujer joven que tenía pigomelia, lo cual significa que tenía cuatro piernas,

básicamente dos pelvis una al lado de la otra y cuatro piernas funcionales que escondía debajo de una falda larga.

Yo seguía contando el tiempo por medio de las canciones. «Steppin' Out» de Joe Jackson dura cuatro minutos y diecinueve segundos, tiempo suficiente para fumarse un cigarrillo en el callejón. «You Keep Me Hanging On» de Kim Wilde dura cuatro minutos y quince segundos, que es el tiempo que tardo en cambiar el tanque de gas carbónico de la máquina de soda. Todo lo que quieres olvidar es imposible de olvidar. Todos esos momentos de los que quieres escapar.

Finalmente Clovis me pidió que fuera un día a su apartamento a conocer a unas personas. Yo le dije que me pasaba el día entero sin hacer nada más que conocer a personas. Y Clovis me dijo que aquello era distinto.

En su apartamento me presentó a una chica que tenía dos brazos y piernas, casi una persona entera, saliéndole de debajo del borde del top sin hombros. La primera heteradelfiana de verdad que conocía, se llamaba Mindy. Luego conocí a un chaval con la cara enorme y llena de bultos como una almohada. Neurofibromatosis, la enfermedad del Hombre Elefante. Tenía veintitrés años y se llamaba Alex. Conocí a una guapa pelirroja sin piernas y con los pies saliéndole de la barriga. Osteogenesis imperfecta. Se llamaba Gwen y tenía veinticinco años.

—Conoces la música —me dijo Clovis—. Y conoces la escenografía —me dijo—. Se les ha ocurrido a ellos, pero confían en que les puedas dar clases de baile exótico…

Se refería a hacer de *strippers*. Una compañía de bailarines exóticos con necesidades especiales. Eran todos jóvenes y estaban aburridos de Salt Lake City. Y pensaban que cualquiera puede muscularse, decolorarse el pelo y ponerse espray bronceador. ¿Por qué no ofrecerle al público algo que no se base en un montón de mentiras? ¿Por qué no ofrecer bailarines que no se escondan detrás de sonrisas falsas? Menuda panda de chavales chiflados e idealistas. Solo podía pasar en Utah.

Yo les dije: Muy bien, sois jóvenes y estáis llenos de sueños. Muy bien, estáis monstruosamente deformados. Pero ¿sabéis *bailar*…?

Y Clovis me dijo:

—Yo les he enseñado todo lo que sé de *pole dancing*, pero confiaba en que…

Los ejecutivos millonarios de los estudios habían ofrecido un adelanto de siete cifras de financiación inicial a bajo interés. Demonios, si yo podía

enseñar a bailar a algunos de aquellos elefantes inflados de esteroides, podía enseñar a cualquiera.

Como dice en la web de Backpage: Vive Tu Fantasía.

Ojalá pudiera decir que ha sido fácil. La gente siempre malinterpreta tus intenciones. La gente me acusa de explotador. Está eso y está el hecho de que ningún pequeño negocio es coser y cantar. En Boulder, Glenda, nuestra chica con los dos ojos en la misma cuenca, se escapó con un agente de Bolsa millonario. En Iowa City, Kevin, nuestro bailarín con enanismo parastremático, dejó embarazada a una mujer que estaba celebrando su despedida de soltera. Nos ayuda el hecho de que Clovis vaya de gira conmigo y con la compañía, haciendo un poco de madre protectora. Dios sabe qué haremos cuando llegue septiembre, que es cuando ponemos en marcha nuestro servicio de acompañantes.

Personalmente, no hay espectáculo que no empiece conmigo sudando entre bastidores. Contando los segundos de cada canción. Buscando con la mirada a la gente de la ASCAP con sus cuadernos de notas y sufriendo espasmos en todos los músculos de brazos y piernas, reviviendo hasta el último salto mortal, pirueta de lado, voltereta en el aire y muelle que hice a la perfección en el escenario. Cada vez que veo a esos chavales chiflados provocar al público para sacarles los billetes y haciendo bailes eróticos en sus regazos para conseguir propinas, me sorprendo a mí mismo susurrando.

Susurrando:

—Bendecidme, porque os traigo esta humilde ofrenda…

Susurrando:

—¡Os traigo *esto*!

EL TÚNEL DEL AMOR

Dicen que el pelo humano sigue creciendo después de la muerte. Se cuentan casos de cuerpos desenterrados de sus sepulturas, de cadáveres con melenas largas y glamurosas que no tenían en el funeral. De cadáveres desenterrados con unas uñas tan largas que solo una dama de sociedad se las podría dejar así. Es como si al morir a todos nos hiciera un cambio de imagen una agencia de modelos.

¿Mito o realidad? En mi última cita del viernes por la noche, ella me dice:

—Vamos a averiguarlo.

Hace una semana que me telefoneó para pedirme la última cita que yo le pudiera dar. Me dijo que nunca se le ha dado bien quedarse sentada sin hacer nada.

En mi estudio, se saca una vela del bolso.

—Enciéndela —me dice, y me la da.

Me pregunta si tengo música que no sea de sitar.

Ha aparecido quizá un poco tambaleante. Costaba de saber porque iba en silla de ruedas. En este negocio, a nadie le extraña que venga alguien en silla de ruedas. Toda clase de gente paga para sentirse mimada. Es como ir a que te hagan una permanente cuando lo único que te hace falta es la sensación agradable de que alguien te esté lavando la cabeza. Tampoco es que esta mujer necesite acicalarse. Ya se ha arreglado el pelo y se lo ha teñido de rubio Hollywood de la raíz a las puntas. Las piernas suaves y lisas como el hueso. Todo forma parte del experimento. Cuando termina de desvestirse, está completamente desnuda salvo por una pulsera sellada al calor alrededor de la muñeca, como las que llevan los bebés al nacer, con la diferencia de que esta dice: «NO REANIMAR».

Me cuenta que se ha depilado a la cera la mitad del pelo, la mitad del cuerpo. La otra mitad se la ha teñido de rubio Jean Harlow, de rubio Lana Turner. Antes de que yo la suba a la mesa de masajes, me dice que le haga las piernas lo último. Me dice que si noto que le están naciendo los pelitos, eso

demostrará que el mito es cierto. Y me dice que lo mejor de estar en la fase terminal es que ya no se tendrá que volver a retocar las raíces.

Lo peor de estar en una silla de ruedas, me cuenta la mujer, no es que tus piernas se conviertan en lastre inservible. Lo peor es que la silla de ruedas te vuelve inservibles la mayoría de los muebles. Me cuenta que tiene unos muebles exquisitos, butacas estilo Luis XVI con tapizados bordados, canapés Luis XV. En cuanto se vio confinada a una silla de ruedas, sin embargo, todas sus posesiones más preciadas —butacas, sofás, corazón, cerebro— se convirtieron en simples obstáculos.

Me cuenta que tiene el bolso atiborrado de billetes.

—Cuando terminemos, puedes meter la mano en plan Halloween y atiborrarte.

No hace falta que la policía sepa que llevaba dinero en efectivo. O un reloj de pulsera de diamantes.

Me doy cuenta de que los fármacos le están funcionando porque no se ha reído. La clase de fármacos que se ha tomado son legales en este estado. Se usan tan poco para suicidarse que el seguro médico le ha cubierto la receta. Hay un copago de diez dólares, pero aun así el ahorro es considerable comparado con la clínica de cuidados paliativos. La ironía es que el seguro no le cubre el masaje.

Le cuento que, en mi experiencia, a menos que hayas tenido un accidente de coche grave, el seguro nunca te cubre el masaje. En esta profesión, lo que ella tiene en mente es la nueva definición de ofrecer un «final feliz». Normalmente eso hace reír al cliente. A la gente le cuesta quedarse callada.

Después de un silencio particularmente largo, le pregunto si está bien.

—Lo siento —dice ella—. La fenilalanina me tiene callada.

Yo le digo que no va a ser la primera vez que alguien abandona el mundo sobre mi mesa. Es por eso por lo que ahora los masajistas terapéuticos exigimos cobrar antes de empezar la sesión. Se hace raro decirle a alguien en la situación de ella que no ha tenido una idea tan original. Es como el insulto final. Después del primero de esos incidentes, el agente de policía que vino a mi consulta me dijo:

—Le recomiendo que guarde todos los mensajes de voz, en caso de que haya una investigación judicial.

Cualquier cosa que demuestre que no he sido cómplice.

Le doy las gracias por pedir la última hora del día. Se me haría raro tratar un manguito rotador hinchado después de esto. Por no mencionar el hecho de

que nadie que está sentado en la sala de espera quiere ver al cliente anterior salir de la consulta dentro de una bolsa cerrada con cremallera.

Nadie me dice abiertamente qué es lo que tiene en mente. Pero en cuanto les sube ese cóctel de sustancias de la ciencia moderna, ese sustituto de la cicuta, me sueltan toda una vida entera de secretos.

—Las caricias largas aceleran el riego sanguíneo —le digo.

Lo que quiero decir en realidad es «las drogas».

Para hacerla hablar, le pregunto a quién tengo que llamar. Le intento sacar el nombre de los parientes más cercanos, de alguien más íntimo que el médico forense.

Ella me dice que cuando su primer marido quiso terminar con todo, a los médicos no les permitieron asistirlo. En vez de ayuda profesional, acudió a una cuchilla Gillette de doble filo. Ella lo encontró en la bañera.

—¿Cuál es el peor masaje que te han hecho? —me pregunta.

Yo le pregunto si se acuerda de un libro titulado *Todo lo que siempre quiso saber sobre el sexo pero nunca se atrevió a preguntar*.

Ella asiente con la cabeza y dice:

—Mil novecientos sesenta y nueve.

En el capítulo sobre las feromonas, el libro aconsejaba a los lectores varones que hicieran lo siguiente: al despertarse por la mañana, y antes de vestirse, frotarse los testículos desnudos con un pañuelo limpio de lino. Doblar con cuidado el pañuelo y llevarlo todo el día asomando del bolsillo de la pechera. El libro prometía que el olor resultaría irresistible para las mujeres. Funcionara o no, el consejo popularizó mucho los pañuelos de bolsillo.

El peor masaje que me han hecho nunca fue en 1985, le digo. Empecé tarde.

La masajista era una chica. Debía de estar resfriada. O bien tenía alergia. Quizá fiebre del heno. Algo relacionado con los senos nasales, porque no paraba de estornudar. No era eso que llaman un «masaje feliz», y que siempre termina con una «expulsión de fluidos». Pero quizá sí que había trabajado en uno de esos tugurios de mala muerte, donde le había tocado esquivar una salpicadura caliente tras otra. Como si estuviera intentando vengarse, se dedicó a estornudar y estornudar, y ni siquiera cuando le dije «Jesús» se tapó la nariz y la boca. Yo estaba tumbado boca abajo en la mesa y la nube de gotitas no paraba de salpicarme la espalda.

Lo hacía sin disculparse. Lo hacía con tanta facilidad que empecé a preguntarme si no sería una modalidad nueva de masaje. Y volvía a

estornudar. Sin perder ni un segundo, se dedicaba a frotarme el siguiente estornudo por la piel. Debía de ahorrarse una fortuna en aceite de masajes.

Al terminar la sesión me vestí y pagué. Ella seguía sorbiéndose los mocos, de forma que, como un buen caballero, me saqué el pañuelo del bolillo y se lo ofrecí. Cuando se lo acercó a la boca y la nariz, sin embargo, se le puso una cara rara, como si el libro se equivocara acerca de las mujeres. Le dije que se lo quedara. Y a modo de salva final, añadí que se cuidara. Nunca se sabe a qué te puede llevar una infección.

La mujer que tengo en la mesa se ríe. Lo noto a través de las manos. Por fin he triunfado.

Me dice que me ha encontrado en internet, en Angie's List, lo cual se me hace raro. Los clientes que acuden a mí para esta clase de trabajo corporal tan especializado no suelen remitirme a sus amigos o familiares.

—Nunca he tenido clientes que repitan.

No para esta clase de sesiones.

La forma en que se enteró, me cuenta, fue yendo a Zoom Care por un resfriado que no se le marchaba. Era el Zoom Care que hay al lado del Centro Comercial de Westfield, entre el Shoes-For-Less y el Connecticut Candles, donde venden restos de fábrica rebajados. Velas que chisporrotean. Velas que se apagan.

—El sitio no tenía nada de «Doctor Kildare» —me dice.

Ella pensaba que tenía una infección de estreptococos y… blam. La enfermera que expendía las recetas no le dijo que fuera Fase Cuatro, pero seguramente con su salario no se le exigía dar esa información. Sin dudarlo un momento, ella fue al local de al lado y se compró una vela de color calabaza diseñada para oler a nuez moscada.

Para cuando la diagnosticaron, ya era demasiado tarde para esa parte en que se te cae el pelo.

Le pregunto si ha pensado qué hacer con el cuerpo. Ella me dice que en una fase tan avanzada ya le costó horrores encontrar a una esteticista que le quisiera hacer una depilación brasileña.

Me cuenta que le dijo al director de la funeraria que quería féretro abierto y minifalda. Y con eso se refería a un salto de cama.

—Quiero que mis exmaridos puedan ver lo que se están perdiendo.

Cuando le pregunto «¿Por qué rubia?», ella me pregunta si no leo la prensa. En tono incrédulo, me dice:

—Siempre es más trágico cuando muere una rubia.

Ha mencionado a sus maridos, de forma que desvío la conversación.

—¿Cuántos? —le pregunto.

Ella me dice que el primero fue hace tanto tiempo que la licencia matrimonial solo le costó diez dólares. Cuesta más un masaje. Hasta lavar el coche cuesta más si cuentas el IVA.

—Diez dólares por joder el resto de mi vida —me dice—. ¿Cómo iba a dejar pasar semejante ganga?

Me pregunta si le puedo hacer los pies lo último.

—Tengo tantas cosquillas que ya no quiero estar aquí cuando llegues a ellos.

Paso a darle golpecitos fuertes y percusivos entre los omóplatos, pero no tan fuertes como a ella le gustaría.

—Me gusta —dice, pero me intenta persuadir para que la golpee más fuerte.

Me asegura que en el bolso tiene una nota escrita a mano que lo explica todo, por si acaso la policía pregunta por qué está cubierta de moretones.

Yo finjo que le doy más fuerte. Tampoco es que se vaya a dar cuenta llegado este punto. Ha mezclado los fármacos para una sobredosis que multiplica por doce la dosis normal. Está tan ida que le podría arrear puñetazos y no bastaría.

—¿Sabes a qué me recuerda esto? —me dice.

No, no lo sé.

Le estoy dando el masaje tan fuerte que le salta la voz como si estuviera pisando baches por una carretera en mal estado.

—Cuando mi primer marido me pidió que me casara con él —dice—, me llevó al túnel de lavado.

Y me dice el nombre de la franquicia.

Yo he estado en ese mismo túnel de lavado de una docena de ciudades distintas. Lo más difícil siempre es apuntar bien con las ruedas para encajarlas entre los pequeños rieles. El adolescente con granos que te guía te va haciendo señales con las manos, señalando a la izquierda o a la derecha como si estuviera en una pista de aterrizaje indicándole a un Jumbo por dónde tiene que circular. Pagas por la ventanilla del conductor y te dicen que dejes el coche en punto muerto y que no apagues el motor. Pase lo que pase, te dicen que no toques los frenos. Sale del suelo una cinta transportadora y se te lleva.

Aquel túnel de lavado por el que la llevó su primer marido era igual que todos: un edificio alargado y estrecho con unas cuantas ventanas y en cuyo interior siempre había un tifón.

—Él lo llamó «el Túnel del Amor» —me dice, y suspira.

Aquel primer prometido le dijo:

—No te preocupes, nena. Yo tengo inteligencia por los dos.

Y encargó el lavado más caro, ese en el que las escobillas automáticas rodean tu coche durante lo que parece una eternidad mientras descienden del techo otros cepillos giratorios. Hay una humedad selvática y el proceso dura lo mismo que echarte una siesta. En su equipo de música de ocho pistas sonaba «We've Only Just Begun» de los Carpenters. Su coche tenía ventanillas eléctricas y bloqueo de puertas.

Ella me dijo:

—Creí que estaba flirteando.

Y me dijo:

—Yo no sabía que se suponía que iba a doler.

Cuando ya se habían adentrado dos o tres metros en el túnel, me explicó, él usó los controles para bajar la ventanilla de ella. Para entonces ya era demasiado tarde para abrir la portezuela y escaparse de un salto. Y aunque se escapara, no tenía adónde ir. Los robots estaban completamente pegados al coche. Un chorro de agua hirviendo le barrió el costado de la cabeza y la hizo gritar. Él debía de estar usando los controles para la seguridad de los niños, porque ella no consiguió bajar su ventanilla.

—«Sheilah», me dijo.

Gritando para hacerse oír por encima del ruido, le dijo: «Antes de que te cases conmigo, quiero que sepas lo que es el matrimonio». A aquellas alturas los chorros hirvientes de jabón ya la estaban cubriendo de espuma y quemándole los costados del cuello. Las gruesas tiras de gamuza descendieron para azotarla.

Moviéndose a ritmo de caracol, me dice:

—Eran como cilios. Como si yo fuera comida en plena digestión.

Intentó desabrocharse el cinturón de seguridad y escapar a la parte de atrás del coche, pero un chorro de detergente a alta presión la dejó ciega. Le escocían los ojos. Cuando abrió la boca para gritar, le vino más detergente y la ahogó. Ni siquiera podía ver qué le estaba cayendo encima, pero la sensación era como si tuviera animales salvajes arañándole la piel de la cara y del cuello. Y cuando las escobillas giratorias le frotaron más jabón contra las heridas abiertas, la sensación fue de ácido clorhídrico.

Aquel joven con el que había planeado casarse le gritó:

—¿Te creías que el matrimonio era vivir felices y comer perdices? ¡Pues mira, se parece más a esto!

A juzgar por cómo le borboteaban las palabras, ella se dio cuenta de que él también tenía su ventanilla abierta y de que tenía planeado ahogarse sentado a su lado. Se imaginó el túnel escupiéndolos al final: dos cadáveres empapados. Tosiendo agua, él le gritó:

—Puede que creas que solo estoy siendo mezquino, pero la verdad es que te estoy haciendo un favor enorme.

Rememorando el dolor, ella me dice que no había discusión posible acerca de cuánto dolía. La intuición le dijo que él ya había emprendido aquel viaje antes, con otras mujeres, y que era por eso por lo que seguía soltero.

Y durante todo aquel tiempo unas fauces prensiles se dedicaron a agarrarle el pelo y a intentar arrancárselo de la cabeza de raíz. Un diluvio de agua de lavado helada la empapaba. Era como una tortura. Como tirar a una bruja al río para ver si flotaba. Era como si te hicieran la tortura del agua pero sin tener ningún secreto que confesar. Ciega y en plena agonía, ella sintió que él estaba sufriendo a su lado y ese fue su único consuelo. Los cepillos que la frotaban dejaron paso a unos robots insensatos que le disparaban chorros de cera para carrocerías directamente a los oídos. No oía nada más que un rugido de engranajes. Una maquinaria inconsciente que chirriaba y cambiaba de marchas y le desgarraba su blusa favorita.

Y su prometido iba gritando:

—¡Tú y yo nunca volveremos a practicar el sexo juntos por primera vez!

Y siguieron rodando hacia delante. No había forma de ir más rápido. No había forma de pararse ni de dar marcha atrás.

—Cuando estemos casados —gritó él—, nos diremos cosas el uno al otro que ahora mismo parecen agua de rosas.

Después de la cera para carrocerías, los azotaron unos rodillos enormes. Unos huracanes atronadores de aire les machacaron las caras y se las estiraron. Para entonces ya se sentía como algo que la tormenta ha arrojado a la playa. Los dos estaban bastante maltrechos. El pelo que les quedaba estaba todo reluciente por el jabón y la cera.

—A eso me está recordando ese masaje —me dice—. Con perdón.

Va perdiendo la conciencia por momentos. Se lo noto en la forma en que se le ralentiza la respiración. No es ningún crimen, pero ya estoy preparando la versión que le voy a contar a la policía. Para mantenerla despierta, le pregunto:

—¿Y por qué no te gusta la música de sitar?

Su primer prometido nunca le tocó un pelo, pero después del túnel de lavado ella quedó toda magullada y llena de arañazos y quemaduras. El pelo

que le quedaba estaba todo enredado y apelmazado. Por entre los pechos le caía un hilo caliente de limpiador industrial Simoniz.

Los secadores en forma de ventiladores de alta potencia que había al final del túnel la golpearon con su viento abrasador. Hacían un ruido como si se estuviera acabando el mundo. Como si Dios estuviera estornudando encima de ellos.

Ella le aceptó el anillo de todas formas, creyendo que lo peor había terminado. Y tenía razón, aunque solo durante diecisiete años.

Le pregunto por qué lo ayudó cuando lo encontró en la bañera y ella me dice que no le quedó más remedio. No ayudarlo, me dice, «habría sido como dar a luz a solo medio bebé». Con lo de «ayudarlo» se refería a que tuvo que masajearle los brazos. Para impedir que se le hicieran coágulos. Me dice que fue como ordeñar una vaca. La idea era hacer que todo se siguiera moviendo en dirección al mundo exterior. Para que él pudiera irse antes de que se enfriara el agua de la bañera.

Y me dice esto mientras yo le hago los brazos.

Me dice que lo que ella hizo por su primer marido fue la definición verdadera de lo que la gente quiere decir cuando se refiere a «medidas heroicas». Pero ¿qué más da, si es lo que la persona quiere? Fue agotador tener que trabajar tanto para convertirse en viuda. Visto con la distancia que da el tiempo, tendría que haberlo dejado mientras llevaba ventaja. Los placeres de la viudedad solo duran hasta que te vuelves a casar.

INCLINACIONES

Había una chica. Se llamaba Mindy. Mindy Evelyn Taylor-Jackson. El mismo nombre que un secretario de juzgados terminaría leyendo para que constara en acta. Porque todo lo que viene a continuación concluirá en los tribunales. No es para arruinar la intriga, pero terminará imponiéndose la justicia.

Hay mucho por explicar, pero lo primero que necesitáis saber es que Mindy se quedó preñada. Y con trece años, nada menos. Lo que ella quería era un puesto en el equipo de animadoras y una carrera de asistente jurídica y un Porsche 911 Carrera 4S Cabriolet en color obsidiana n.º 2 con el interior de cuero de Stuttgart Edición Especial. Lo último que Mindy quería era un bebé. Pero sus padres no lo veían igual que ella. Eran cristianos renacidos y antiabortistas. La vida empieza en la concepción, le dijeron. Pese a todo, al final tuvieron que prometerle que si llegaba al final del embarazo y daba el bebé en adopción le comprarían el Porsche.

Al principio solo la dejaban conducir el Porsche fuera de horas en el enorme aparcamiento de su iglesia. Mindy dibujaba círculos y ochos humeantes de goma quemada de neumático en el suelo como un animal enjaulado. Por aquí, por entonces, no se veían muchos Porsches. Eran como la Seguridad Social o como ir al Cielo. Los adultos te decían que trabajaras mucho y que no te metieras en líos. Y ya te llegaría tu turno.

Sus padres la habían querido instruir sobre la belleza y la santidad de la vida. Pero Mindy aprendió algo distinto. Antes de cumplir dieciséis años ya tenía tres Porsches. Tres Porsches y las tetas más grandes de la clase de primer año. Y sin estrías. Eran algunas de las ventajas de empezar temprano. Lo que se rumoreaba era que se llevaba una comisión del concesionario Porsche de Saint Cloud. Y Radio Macuto decía también que hacía poco que había vuelto al ginecólogo, y si a sus padres les llegaba el dinero —y si su cuello uterino aguantaba—, la gente decía que Mindy Taylor-Jackson esperaba dos Porsches gemelos. Eso significaba que tendría cinco coches antes de graduarse del instituto.

Lo que pasó a continuación fue que Kevin Clayton vio a Mindy al volante de su coche de 400 caballos, conduciendo sobre ruedas cromadas de lujo con radios de metal. Así pues, para su dieciséis cumpleaños Kevin Clayton pidió una suscripción a la revista *Elle Decor*. En septiembre se pidió un jerbo. Al cabo de unos días, cuando el animal desapareció, pidió otro. Para el Baile de Bienvenida ya iba por el cuarto jerbo. Para Halloween, por el sexto. En la lista de la compra de su madre, que estaba sujeta con un imán a la puerta de la nevera, escribió: «Necesitamos más vaselina». Había limpiado con unos kleenex el bote en el cuarto de baño y había tirado por el retrete la mayor parte de su grasiento contenido.

Cuando su madre le compró más, él vio que había trazado una línea en el costado del frasco con rotulador permanente negro. Era para registrar el nivel, igual que la gente marcaba las botellas de vodka y ginebra del mueble bar. Kevin extrajo con una cuchara parte de la vaselina del bote y la tiró por el retrete. Luego se fue a su dormitorio y abrió la jaula del jerbo. Metió la mano dentro y cogió la bolita peluda por la cola.

Alguien llamó a la puerta del dormitorio. Kevin sostuvo en alto a su jerbo más reciente. Desde el pasillo, su padre le dijo:

—Tenemos que hablar, jovencito.

Kevin llevó el jerbo hasta la ventana. Abrió la hoja de guillotina y bajó con cuidado al pequeño roedor hasta dejarlo a un palmo o dos del suelo.

—Voy a entrar —dijo el señor Clayton.

Se oyó un ruido de llaves. Kevin dejó caer al jerbo y lo vio alejarse correteando. Era otoño. La vegetación se preparaba para el invierno. Todo era comida. Cerró la ventana, se dejó caer en la cama y abrió el último número de *Elle Decor* en el mismo momento en que su padre entraba por la puerta. El primer sitio que su padre miró fue la jaula vacía.

—¿Dónde está tu hámster? —preguntó.

Kevin se encogió de hombros. Puso cara de estar intentando no parecer culpable.

—Sé sincero —le dijo a su padre. Le señaló una foto de la revista de diseño y le preguntó—: ¿*De verdad* crees que puede estar volviendo el pared de papel metalizado con diseños llamativos?

Bostezó y puso una sonrisita como de boa constrictor que se acaba de tragar una cabra.

La mirada de su padre fue lentamente de la jaula a la cama en la que Kevin estaba despatarrado. El señor Clayton intentó sonreír, pero los labios le

temblaron y la sonrisa se le quedó en nada. Cuando habló, le salió una voz tensa y aguda.

—¿Se te ha escapado otro?

Se estremeció y se secó la cara con la palma de la mano.

Kevin se juró a sí mismo que algún día, cuando fuera adulto y estuviera casado y llevara a casa a sus futuros hijos para que a los abuelos se les cayera la baba, le contaría a su padre la verdad: que había soltado a los jerbos. Para entonces ya se habría producido una explosión de la población de jerbos. Su padre y él beberían cerveza en el porche de la casa y se reirían de las imágenes terribles que en este mismo momento le estaban pasando por la cabeza al señor Clayton.

Tumbado en la cama, Kevin pasó página e hizo una mueca, murmurando por lo bajo:

—Basta ya de azulejos de cristal, en serio.

Miró a todas partes excepto a su padre. Se tiró un pedo. Le irritaba un poco la facilidad con que su padre sacaba conclusiones apresuradas y atroces.

Antes de que aceptaran comprarle otro jerbo, los padres de Kevin le pidieron que fuera a ver al médico de la familia. No le mencionaron ninguna razón. Él sospechaba que querían examinarle las nalgas en busca de marcas de zarpas diminutas.

Cuando empezaron a llegar ejemplares de *Playgirl* a su puerta, sus padres se quedaron desconsolados.

Kevin no quería un Porsche. No finjamos. Ningún chaval quiere un Porsche. No estábamos en 1985. Pero ¿qué otra cosa podía pedir? No podía ser nada demasiado fácil. Tenía que ser todo un desafío. Aun así, Mindy Taylor-Jackson había establecido el estándar de medición del poder adolescente y del amor de los padres. Un Porsche. Dos Porsches. Etcétera. El récord a batir era el de ella.

La vez siguiente que se acabó la vaselina, sus padres fueron a hablar con Kevin a su habitación. Había desaparecido otro jerbo. Sus padres se plantaron junto a la jaula abierta sobre la mesilla de noche mientras Kevin permanecía tumbado en la cama.

Kevin sabía exactamente qué teclas tocar.

—¿Por qué iba a querer ser como vosotros dos? —Hizo una mueca mezquina—. ¿Para poder ser infeliz? —Se dio un golpe dramático con el puño en el pecho—. ¿Para poder criar a una aberración de la naturaleza que me rompa el corazón?

Tiró el último ejemplar de *Elle Decor* para que se estrellara contra su póster nuevo de Lady Gaga y ambos se arrugaron y cayeron al suelo. Perdió los papeles y tiró la jaula vacía al suelo, desparramando virutas de madera de cedro por la alfombra de lana trenzada. Sobreactuó con ganas. Le resultó más fácil llorar después de ver lágrimas reales en las mejillas de la señora Clayton.

Era una sensación maravillosa. Había contado chistes antes. Cualquier payaso podía hacer reír. Pero aquella era una habilidad nueva y terrible. Tenía el poder de hacer llorar a su madre. No es que fuera un gran superpoder, pero por algún sitio se empezaba.

—No eres ninguna aberración —berreó la señora Clayton.

—¡Sí que lo soy! —Kevin lo dijo con tanta ferocidad que se impresionó a sí mismo—. ¡Soy un invertido sexual! —le espetó a su madre—. ¡Tendrías que haberme abortado!

Pronunciar aquellas palabras resultaba emocionante y al mismo tiempo autocomplaciente. Por mucho desprecio a sí mismo que implicaran, seguían poniéndolo en el centro de atención. El problema de ser adolescente era que los padres nunca perdían la calma. De pronto le pasó por la cabeza una nueva trayectoria profesional. Estaba actuando. Podía convertirse en estrella de cine.

Como para ratificar el talento natural de Kevin, su padre agarró a su madre de los hombros y refrenó su intento de acercarse a su hijo y abrazarlo. Su padre tenía la cara toda agarrotada. Los amigos de Kevin en la escuela iban a enloquecer de celos. Se moría de ganas de contarles lo angustiada que se había puesto su madre. O cómo gimoteaba su padre. Kevin había forzado su reacción. Aquello era amor. Por fin se veía cuánto lo querían.

Se tenía a sí mismo de rehén. Iban a tener que acceder a sus demandas.

Los padres de Mindy Taylor-Jackson la habían mandado a un sitio que había fuera de la ciudad. Era un edificio enorme y vallado, con pinta de internado o de clínica de desintoxicación. Y no muy lejos de aquel edificio había otro para chicos. Consistía en unas cuantas hectáreas de grava que rodeaban un edificio de ladrillo de seis plantas. Solo *parecía* una fábrica. De acuerdo con la rumorología, dentro las únicas actividades eran levantar pesas y ponerse inyecciones de testosterona. Los residentes podían jugar a cartas y mirar porno en internet. Era como una cárcel pero sin la amenaza constante de que te petaran el culo. Y además te traían *strippers* y putas.

Kevin se maravilló de cómo su campaña atormentaba a sus padres. Era una apuesta arriesgada. Y también era una trampa, hasta Kevin se daba cuenta. Jamás iba a poder confesar. No al menos sin renunciar a toda su credibilidad por siempre jamás. Verlos así, temblorosos y afligidos, era como

asistir a su propio funeral. Nada de lo que había hecho en su vida le había resultado nunca tan satisfactorio. El padre de Kevin pareció envejecer y convertirse en un anciano de espalda encorvada ante sus ojos. Viendo cómo sus padres se marchitaban y lloraban a moco tendido de aquella manera, la profundidad de su dolor no le resultaba por menos que asombrosa. Se había producido un cambio permanente y ya nunca más volverían a ser sus amos.

Viéndolos presa de semejante agonía, Kevin les tuvo que tirar un hueso. Rodó para darse la vuelta en la cama y pegó la cara a la almohada para sofocar sus risas. Con voz amortiguada, dijo:

—Ojalá hubiera una cura…

No es que se estuviera ablandando. Simplemente se había dado cuenta de que tenía que parecer que la solución se les había ocurrido a ellos. Tenían que ser ellos quienes sacaran a colación aquella fábrica de ladrillo situada en medio de la nada.

Oficialmente no se llamaba la «Clínica para Maricones». Originalmente había sido otra cosa, un hospital o una prisión. Pero luego había llegado el Comandante con sus teorías sobre la reorientación. Lo primero que hizo fue reorientar el edificio a base de levantar verjas a su alrededor. Era un bloque de ladrillo que se elevaba seis plantas por encima de los campos de maíz. En el espacio que quedaba entre los muros de ladrillo y la verja, donde solía haber césped verde y bien cuidado, el Comandante puso grava y una jauría de perros sueltos y sedientos de sangre tipo Stalag 13.

Cuando sus padres lo llevaron allí en coche, se encontraron con la habitual muchedumbre bloqueando la verja. Una aglomeración de Rock Hudson blandiendo letreros de protesta y tirados en la carretera, como una alfombra humana, intentando que alguien los atropellara. Había jugadoras de softball con camisetas demasiado ajustadas con triángulos de color rosa y sin sujetador, aunque era prácticamente Navidad. Los globos con los colores del arcoíris tenían estampados signos de «=». Los manifestantes llevaban montones de aquellos globos y también bebés. Por alguna razón todos tenían bebés.

El padre de Kevin tuvo que hacer sonar la bocina mientras su coche esperaba al ralentí, con las portezuelas bloqueadas y la calefacción a todo trapo. Los Rock Hudson se les echaron encima desde todas las direcciones. Hicieron señas con la mano para llamar la atención de Kevin y le gritaron que no tenía que estar avergonzado. Algunos iban vestidos de monjas barbudas y

con sombra de ojos. Kevin fue incapaz de mirar las caras de los Rock Hudson que había pegadas a las ventanillas del coche, tan cerca de él que les podía ver el fondo de las gargantas cuando gritaban. Lo que hizo fue mirar a los bebés. Examinó a los bebés y fue como mirarse en un espejo.

Uno de los Rock Hudson le gritó:

—¡Todo mejorará!

Kevin tuvo ganas de gritarle: «¡Piérdete!».

Había cámaras instaladas en los postes de la cancela, que ahora giraron para seguir su avance. Sobre el tejado se erguía una figura con un rifle echado al hombro.

—Tienen buena seguridad —dijo el señor Clayton—. Imaginaos lo que pasaría si estos pervertidos asaltaran alguna vez el edificio.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la cancela. Y volvió a hacer sonar la bocina.

Incluso ahora Kevin sintió la tentación de explicarle lo de Mindy y los jerbos, pero había demasiado en juego.

La verja estaba rematada por unos rollos en espiral de alambre de púas. Dentro de aquella verja había otra verja con letreros que decían: «Peligro: alto voltaje». Cuando llegaron al interior de la primera cancela, esperaron. Solo cuando se cerró la de fuera, empezó a abrirse la cancela interior. Y aun entonces, dentro de la segunda verja apareció una jauría de pastores alemanes ladrando y tratando de morder el coche. Los perros olisquearon las ventanas hasta que salió un viejo por las puertas del edificio. Apoyado en un bastón, el viejo se detuvo en lo alto de la escalinata de entrada. Levantó un silbato metalizado que le colgaba por medio de un cordel del cuello esmirriado. Lo estuvo soplando hasta que se le inflaron las venas de la frente cubierta de manchas de vejez. Kevin no oyó nada, pero los perros se dispersaron en todas direcciones.

Al viejo que había salido a recibirlos lo llamaban el Comandante, salvo a sus espaldas. A sus espaldas la gente lo llamaba señor Cacahuete, por su piel. La tenía toda arrugada en forma de cuadraditos y se le veía amarilla como una cáscara. Era igual de calvo que un cacahuete. Los pelos de su barbilla eran amarillos. Hasta el blanco de los ojos lo tenía amarillo.

El Comandante les hizo una señal para que entraran deprisa. Cuando estuvieron a salvo en el interior, los hizo sentarse a una mesa y les entregó un fajo abultado de documentos. No había tiempo de leer todas las páginas, así que simplemente les dijo dónde tenían que firmar. Kevin olió el perfume del viejo. Olía a comida de cafetería. Su madre estaba lloriqueando con un

pañuelo pegado a los ojos. Su padre estaba rellenando un cheque. La señora Clayton le dio un beso a Kevin en la mejilla y el señor Clayton le estrechó la mano.

Los demás chavales asignados a la planta de Kevin Clayton eran: Jasper, Cerebrito, el Pirata Metesaca, Tomás, Ballena Júnior, Buscapleitos y Alubia. Eran los nombres que llevaban escritos a rotulador en sus respectivas etiquetas de papel pegadas a las camisas. «Hola, me llamo…» Jasper, Cerebrito, el Pirata Metesaca, Tomás, Ballena Júnior, Buscapleitos y Alubia. En el caso de algunos era su nombre de pila. En otros casos era solo un apodo.

Su planta, la sexta, que era la de arriba del todo, daba una sensación de altura vertiginosa rodeada de campos de maíz. Si te llegaba la vista lo bastante lejos, un poco por encima de la curva del horizonte, se veía el campamento para chicas al que habían mandado a Mindy Taylor-Jackson para tener un parto inducido y renunciar al pecado. Desde una de las ventanas podían ver la cancela de entrada. La multitud de Rock Hudson estaba demasiado lejos como para verles las caras, pero Kevin sí podía distinguir los letreros con triángulos rosa de sus piquetes y sus banderas con los colores del arcoíris. Mirándolos, se sintió como si fuera el ángel atrapado dentro de la casa de Lot en el Antiguo Testamento. Fuera, los sodomitas congregados mantenían su asedio sobre el edificio.

La primera tarde que Kevin pasó allí, los chavales se dedicaron a deshacer sus maletas. Los nuevos reclutas. La sala entera era un espacio abierto, como un barracón del ejército. Cada uno de ellos tenía asignado un catre. Y al lado de cada catre había una taquilla metálica, como las de los institutos de secundaria. Nadie rompió el hielo, ni siquiera para decir «Hola» ni preguntar «¿Habéis visto a esos maricas?». Nadie se presentó. El supervisor de planta le asignó a Kevin el camastro que quedaba entre Cerebrito y Ballena Júnior. A Alubia le asignaron el siguiente, el del rincón. Tenían hasta la hora del comedor para instalarse.

En cuanto se marchó el supervisor de planta, Buscapleitos fue a la cama del rincón, agarró la ropa de Alubia con los brazos y la tiró en dirección al otro lado de la sala, que era donde le habían asignado su cama a él. Una vez reclamado el rincón, Buscapleitos levantó las manos por encima de la cabeza. Dio unas palmadas y gritó:

—¡Escuchadme todos, camaradas pervertidos!

En la parte de dentro de la muñeca llevaba tatuado un murciélago vampiro o quizá un hacha de mango largo.

Chasqueó los dedos y silbó hasta conseguir la atención de todos. En cuanto tuvo a todo el mundo mirándolo, dijo:

—Para que lo sepáis…

Flexionó los bíceps y eso hizo que las mangas cortas de la camiseta negra se le replegaran hasta los sobacos, dejando al descubierto unas tupidas matas de pelo sobaquil negro. Un tatuaje de color negro azulado le recorría un costado del cuello. Con letras erizadas de espinas, el tatuaje decía: «Terciopelo». Menudo gañán.

Buscapleitos clavó su mirada en Kevin; sus pupilas recorrieron los dos o tres palmos de distancia que separaban la cama de Kevin de la suya. Esperó a que Kevin se girara del todo para escucharlo con los oídos y los ojos. Y hablando despacio, como si estuviera enumerando una lista de palabras en vez de decir una frase, Buscapleitos dijo:

—No… soy… homosexual.

Levantó la frente con gesto expectante y esperó a que sus palabras surtieran efecto.

El resto de la planta había quedado en silencio. Todo el mundo parecía petrificado, como si estuvieran posando para una fotografía de grupo de chavales deshaciendo su equipaje.

Buscapleitos puso los dedos de una mano en forma de pistola y se pegó el cañón al centro del pecho. Como si fuera Tarzán, dijo:

—Yo: heterosexual. —Y dirigiéndose a la sala en general, añadió—: Solo estoy aquí para chantajear a mi familia y que me regalen una Yamaha Roadliner S. —Buscapleitos dijo—: *Capisce?*

Kevin se lo quedó mirando, asombrado.

Solo hizo falta que confesara una persona para que se desencadenara una auténtica epidemia. Ballena Júnior les contó que había engañado a su iglesia entera. En alguna parte de Montana había un pueblecito donde las señoras estaban organizando ventas de pasteles. Donde los adolescentes estaban montando maratones de lavar coches. Hasta los niños pequeños estaban aportando las monedas que les dejaba el Ratoncito Pérez. Ballena Júnior se jactó de que cuando volviera a su pueblo sería un héroe local. El Club Rotary y los Kiwanis lo llevarían por la calle principal en un enorme desfile de

Bienvenida a Casa. Podría saludar con la mano a todo el mundo, subido en lo alto de la plataforma de atrás de un Cadillac descapotable.

La visión hizo que a Ballena Júnior se le entelaran los ojos. Sería la prueba viviente ante todos sus vecinos y conocidos de que se podía curar la corrupción de aquel mundo enfermo. Con los pasteles y las tartas que habían cocinado… con los pavos que habían rifado… habían salvado un alma. A pesar de lo que predicaban los progresistas liberales y ateos, la buena gente de aquella nación podía cambiar el mundo. Hasta el último centavo que reunieran ayudaría a convertir a Ballena Júnior en un salido hambriento de chochos.

Por supuesto, ya lo era. Nunca había sido una estrella del fútbol americano. Nunca había llevado a casa un boletín de notas con todo sobresalientes. Pero por el simple hecho de que le gustaran las chicas, pronto Ballena Júnior sería adorado por todo el mundo que conocía. Su pueblecito entero se entregaría a la causa de que siguiera dedicándose a perseguir faldas. Jactándose de su plan, Ballena Júnior sonrió. Se frotó las uñas contra la pechera de la camisa blanca almidonada. A fin de subrayar su propia genialidad, bajó los ojos con gesto de falsa modestia.

A modo de respuesta, Jasper dijo que lo del desfile era una pura insignificancia. Igual que el hecho de ser un héroe de su iglesia. Cuando a Jasper le dieran el alta de la clínica, sus abuelos habían prometido pagarle la universidad.

Con una sonrisa de oreja a oreja, el Pirata Metesaca les contó que su recompensa eran lecciones de vuelo. Tomás había negociado un pase de temporada para ver a los Bruins.

Escuchándolos, Kevin confió en que Dios calificara siguiendo un sistema de curva. Algún día, lo que le salvaría de ir al infierno no sería tanto su propia bondad como el hecho de que los demás cometían peores pecados. Kevin había forzado la reacción de sus padres. Les había hecho demostrar lo mucho que le querían. Pero había otros chavales que tenían a pueblos enteros rezando por ellos. Que volverían a casa convertidos en santos falsos. En pruebas vivientes de los milagros de Dios en la tierra.

De acuerdo con el trato que había hecho con sus padres, cuando llegara a casa convertido en un pervertido rehabilitado, Kevin Clayton recibiría nada menos que veinte mil dólares en metálico. No era un Porsche, pero era lo que sus padres estaban dispuestos a pagar.

Aquella noche los chavales de la sexta planta acercaron las cabezas entre sí para hablar por encima de sus platos de ternera Stroganoff. Antes de que se les fundiera la mantequilla sobre las judías verdes, todos habían confesado ya que estaban cometiendo más o menos la misma estafa. Todos, hasta el último de aquellos chicos, eran invertidos falsos. Y como tales, se habían comprometido a obedecer las reglas de allí. Rebajándose si hacía falta. Resultaba agradable. El hecho de estar con otros chavales, chavales listos, les daba la sensación de ser una banda de raterillos salida de algún libro de Charles Dickens. Era mejor que el crimen organizado, porque su plan hacía feliz a todo el mundo. No había ni un solo julandrón auténtico entre ellos.

Todavía estaban bromeando y dándose palmadas en la espalda, felicitándose los unos a los otros por ser tan brillantes, cuando entró el Comandante por la parte de atrás del comedor. Avanzó como un ataúd por el centro de la sala, en dirección a un podio que había en la otra punta. El aire de la sala estaba cargado de vapor y de olor a leche agria. Para cuando ocupó su lugar, los chicos ya se habían callado. Pasó unas cuantas páginas. Sin levantar la vista, se puso a leer:

—Caballeros. —Carraspeó—. Caballeros, bienvenidos al Centro de Curación. Por favor, tengan claro que esta institución nunca ha fracasado en su misión. Estas puertas jamás han dejado salir a nadie de vuelta al mundo con inclinaciones problemáticas…

Y procedió a explicar que los residentes quedaban allí retenidos hasta que sus custodios los declaraban plenamente reorientados. A fin de evitar las tentaciones de la carne, se ducharían por separado. Se vestirían en situación de aislamiento. Nunca se verían los unos a los otros sin ropa. Una vez que se decidiera que estaban listos, se integrarían en la población general de las plantas inferiores. Los documentos que sus padres y ellos habían firmado durante el proceso de admisión equivalían a la plena aceptación legal y voluntaria de un programa residencial de tratamiento y recuperación.

—Por favor —leyó el Comandante—, por su propia seguridad no intenten abandonar este edificio. —Les recordó la presencia de la verja eléctrica y de los perros. Les explicó que iban a tener un contacto extremadamente restringido con sus familias—. Pueden ustedes escribirles cartas, pero sepan que esas cartas serán leídas por el personal del centro, que tendrá la opción de censurar lo que interprete como comunicaciones falsas o manipuladoras.

A Kevin el señor Cacahuete le sonaba cansado, como si hubiera pronunciado aquel discurso demasiadas veces y ya le fallaran las energías. Kevin tenía el estómago demasiado lleno y había sido un día largo. Mientras

el Comandante seguía parloteando con voz monótona, Kevin intercambió miradas aburridas con el Pirata Metesaca. Jasper bostezó. Tomás suspiró como si ya fantaseara con su futuro asiento junto a la línea de cincuenta yardas. Cerebrito se miró el reloj de pulsera con petulancia. Los guardias de planta les habían confiscado a todos sus teléfonos. Nadie podía mandar mensajes de texto. Cerebrito era el único que sabía la hora que era porque llevaba reloj de pulsera.

Mientras escuchaba, Kevin combatió una sensación de temor frío. Lo que lo asustaba no era lo que estaba diciendo el Comandante. Era su forma de decirlo, como si estuviera leyendo de unas tablas de piedra que le habían sido reveladas en lo alto del monte Sinaí. Resignado y ominoso, el Comandante hablaba como si fuera un juez emitiendo una sentencia de muerte.

Jasper bostezó tapándose la boca con las manos. Buscapleitos apartó a un lado la bandeja de su cena y apoyó la cara en la mesa, con la cabeza entre los brazos cruzados. Apenas había empezado a roncar cuando el Comandante levantó la vista de su guion.

—¿Alguna pregunta? —dijo.

Nadie contestó. Kevin no pensaba correr ningún riesgo. Se quedó sentado con la espalda recta y las manos recatadamente juntas delante del cuerpo. Imaginándose ya sus veinte mil pavos.

—Caballeros —insistió el Comandante—. ¿No hay nada más que quieran preguntar?

Cerebrito levantó la mano como si estuvieran en la escuela. Cuando le dieron la palabra, preguntó por sus estudios generales. A modo de respuesta, el Comandante le explicó que se les impartirían lecciones de Historia, Literatura Inglesa, Latín, Matemáticas y Geometría. También tendrían a su disposición una biblioteca de tratados religiosos. Por debajo de la mesa, alguien le dio una patada a Cerebrito por ser tan pelota.

—No me esperéis en la biblioteca —susurró Buscapleitos.

—¿Y los deportes? —preguntó Alubia.

El Comandante se lo quedó mirando. Buscó con sus ojos ictéricos su etiqueta identificativa.

—Señor Alubia —continuó—. Si hay tiempo, será usted libre de usar la pista de baloncesto que hay detrás del edificio, así como la piscina ubicada en el sótano.

Miró con expectación a los chicos por si tenían más preguntas.

—¿Qué pasa con los esteroides? —preguntó el Pirata Metesaca.

—¿Y con lo de levantar pesas? —añadió Jasper.

Nadie se atrevía a preguntar por la promesa de putas y *strippers* como parte de su rehabilitación.

El Comandante ladeó la cabeza, confundido. A pesar de los rumores que habían oído, no iba a haber esteroides anabolizantes ni musculación. Kevin vio por la expresión afligida de Ballena Júnior que los músculos habían formado parte de su regreso soñado a su pueblo: ser un macho fornido y cachas bañándose en la adoración de la multitud. Ballena Júnior pareció abatido.

Kevin oyó que sonaban unas notas musicales. Cuatro notas nítidas. Alguien estaba pulsando las teclas de un panel numérico en el pasillo. Vio que entraba un guardia de planta procedente del fondo de la sala. El guardia llamó la atención del Comandante y señaló con el pulgar hacia la salida. El Comandante asintió con la cabeza y dijo:

—Si no hay más preguntas, es hora de que regresen ustedes a…

Una voz lo interrumpió:

—Una pregunta. —Era Buscapleitos. Levantó la cara de los brazos que tenía cruzados sobre la mesa y preguntó—: ¿Cuándo nos juntamos con Betsey?

Todo el mundo se lo quedó mirando con apreciación y respeto renovados. El nombre «Betsey» quedó flotando en el aire. A juzgar por la cara del Comandante, el nombre había tocado una fibra. Era obvio que Buscapleitos tenía información privilegiada.

El Comandante sonrió. No era una sonrisa feliz, sino la sonrisa de alguien que tiene un secreto.

—Mañana, caballeros, les espera un pequeño premio. —Levantó las manos descoloridas—. Mañana conocerán a una joven encantadora. —Cerró los ojos como si lo abrumara la felicidad—. Es completamente… —Para demostrar lo que las palabras no podían transmitir, moldeó con las manos una silueta en forma de reloj de arena y llena de curvas. Juntó las manos y se las llevó al pecho. Se pegó las manos al corazón. Como si estuviera perdido en un sueño extasiado, cerró los ojos. Suspiró—. Y ella les dará acceso a todos los misterios eróticos del cuerpo femenino.

Para desayunar había huevos y torrijas. Después el guardia los acompañó por unas escaleras nuevas y les hizo cruzar un par de puertas de seguridad. A cada paso que daban, más les costaba respirar. Más rancio era el aire. Más cargado iba de humedad y de calor. Durante un trecho breve, Kevin olió el cloro de la

piscina. Eso demostraba que estaban en el sótano, pero el guardia todavía los hizo bajar dos o tres pisos más. Detuvo al grupo como si fuera un policía de tráfico, con la palma de una mano. Aguantando las puertas abiertas, les hizo señas para que entraran. Aquellos pasillos parecían más bien túneles. Por los techos circulaban tuberías y el suelo era de cemento desgastado. La humedad se condensaba y goteaba de las tuberías. Los charcos los obligaban a mirar por dónde pisaban.

Se habían pasado la mayor parte de la noche despiertos, susurrándose entre ellos el nombre «Betsey».

Ahora actuaban como si aquello fuera una gran aventura, pero cada paso les daba la sensación de estar siendo enterrados en vida.

—Espero que nos dejen llevar condón —susurró Jasper—. Mi semen puede corroer el acero.

Tomás se mostró de acuerdo.

—Sería una mierda salir de aquí con un crío.

En voz baja rezongaron sobre la posibilidad de convertirse en padres adolescentes. Sabían de primera mano que los niños podían ser unos monstruos. Cerebrito especuló con la posibilidad de que Betsey quizá fuera una de esas muñecas tan caras, increíblemente realistas y anatómicamente correctas. El único que estaba callado era Buscapleitos. Cada vez que llegaban a una puerta nueva, el guardia tecleaba una combinación en un panel numérico de la pared. Cada combinación de teclas emitía una serie distinta de notas musicales. Parecía que cada cerradura tenía un código de cuatro dígitos distinto.

Betsey. El nombre resonaba en las mentes de todos. Se habían pasado toda la mañana repitiéndolo mientras mojaban los peines bajo el grifo y se repeinaban hacia atrás. El Comandante les había dicho que tenían que vestirse como si fueran a asistir a un baile formal. Mientras se anudaban las corbatas y se sacaban lustre a los zapatos, el nombre de la chica los había obsesionado.

Ahora se agolparon detrás del guardia. Se tropezaron con sus propios pies y se chocaron contra los bloques de cemento. Sus susurros y risillas reverberaban por entre las paredes y el suelo. Era nerviosismo, puro y simple. Se comportaban como ocho listillos de mierda pero en realidad estaban cagados de miedo. Ocho adolescentes en una cita a ciegas. A Kevin la situación le recordó los exámenes de fin de curso de la escuela. Fueran cuales fueran las condiciones, pensó que si conseguía tener relaciones sexuales con aquella desconocida llamaría a sus padres para que lo vinieran a recoger al día siguiente.

Una vez más se le echó encima el miedo. Estaba a punto de participar en una sesión de sexo en grupo en un sótano, de compartir a una chica a la que seguramente no volvería a ver nunca. La vida ya estaba demasiado llena de gente a la que solo veías una vez. No le cabía duda de que Cerebrito y Alubia se sentían igual, pero tampoco quería decirlo en voz alta y estropearle la diversión a todo el mundo.

A fin de justificar lo que estaba a punto de pasar, el Pirata Metesaca se dedicaba a decir todo el tiempo que la chica, Betsey, debía de ser puta. Para no ser menos, Ballena Júnior insistió en que era ninfómana.

Kevin estaba completamente intrigado. Cada paso los hacía descender más. Hasta una profundidad de mazmorras. De cámaras de tortura. Estaba a punto de ganar veinte mil pavos con un solo polvo. Eso debía de convertir a Betsey en una de las mayores putas de la historia. A fin de blanquear las ganancias obtenidas de forma tan sucia, su mente las convirtió en un televisor a color de pantalla ancha, un ordenador portátil y pañales.

Llegaron a una puerta sin manecilla. El guardia pulsó el botón de un interfono instalado en la pared. Se acercó al aparato y dijo:

—Residentes de la sexta planta.

Del interfono salió una ráfaga de estática y luego una voz que decía:

—Apártense.

Era la voz del Comandante.

El guardia les hizo una señal para que se echaran hacia atrás y a continuación la puerta se abrió hacia fuera. Salió un aire gélido como de cámara acorazada. Entraron arrastrando los pies. En cuanto la puerta los dejó encerrados dentro, sus ojos tardaron unos cuantos parpadeos en acostumbrarse. Kevin oyó un gorgoteo de agua corriente. Olió a perfume mezclado con unas sustancias químicas que hicieron que le escocieran los ojos. Lo único que vio fue al Comandante. Estaba debajo de la única lámpara de la sala, rodeado de tinieblas. A su lado había una mesa alargada. Lo que fuera que había sobre la mesa, estaba tapado con una sábana grasienta de plástico lechoso.

—Caballeros —dijo el Comandante. Se encorvó para agarrar un borde del plástico. Mientras lo levantaba, les dijo—: Permítanme que les presente a Betsey.

El Comandante apartó la sábana. Encima de la mesa había algo. Una cosa. Extendida a lo largo de toda la superficie de trabajo metálica.

La piel de aquella cosa se veía blanca como el jabón. Llevaba un vestido floreado que le dejaba al descubierto los brazos y los pechos. Los pliegues de la falda le cubrían las piernas esbeltas hasta las rodillas. Tenía los brazos rectos a los costados. Kevin rezó para que fuera simplemente un maniquí a tamaño real. Se dijo a sí mismo que no era más que una estatua moldeada en cera. Y en caso de que fuera una persona, rezó para que solo estuviera dormida.

Y aquel era el origen del olor dulzón y acre que habían estado notando a través de una docena de puertas cerradas bajo llave.

La cosa estaba rodeada de moscas negras. Se le posaban en la piel, recorriéndole el dorso de las manos y subiéndole y bajándole por las extremidades flacas y desnudas. Ponían morritos con las probóscides y le besaban los brazos como si fueran Romeos de cine antiguo. Tenía una muñeca envuelta en vendas de tela. Y más vendas en un lado del cuello.

Una cadena de oro le rodeaba la otra muñeca flaca. Con medallitas colgadas de los eslabones. Una pulsera de amuletos. Y Kevin reconoció unos cuantos de los amuletos. Uno era una Biblia diminuta y dorada. Otro eran las dos caras de la Asociación Teatral, una sonriente y una ceñuda. A su lado colgaba una pelota de béisbol de oro. Al lado de la pelota de béisbol estaba la minúscula antorchita llameante que simbolizaba la Sociedad de Honor del instituto. El cuello del vestido estaba bordeado de encaje, pero Kevin le pudo ver una cruz dorada apoyada en el hueco de la base de la garganta. La cruz le colgaba de un fino hilo de cuentas de oro que le rodeaba el cuello.

Kevin no se atrevía a mirarla directamente a la cara. Todavía no. Por si acaso todavía tenía los ojos abiertos. Cuando la vio, se le erizó el cuero cabelludo. Hasta el último pelo de la cabeza se le puso tan dolorosamente de punta que le dio la sensación de que había fantasmas tirándole de las raíces del cabello.

La cosa desplegada en la mesa tenía unos rizos largos de color castaño rojizo. Que le caían en cascada alrededor de la cara cenicienta y en forma de corazón y se le quedaban apoyados en los hombros del vestido floreado. Algunos rizos se le desplegaban en abanico. O bien le colgaban por el borde de la mesa como si fueran un flequillo lacio. Estaba claro que Kevin y su grupo no eran los primeros en echar mano de aquella cosa llamaba Betsey. Cuanto más se le acostumbraba la vista, más le pudo ver Kevin los puntos negros de sutura, como costuras de una pelota de béisbol pero cosidas con hilo negro. Aquellas suturas mostraban los lugares donde la piel pálida había sido rajada y luego vuelta a coser. Había cortes recientes y otros antiguos.

Daba la impresión de que aquella cosa había sido desmontada demasiadas veces para contarlas. Desmembrada por demasiados chavales para llevar la cuenta.

El Comandante les clavó una mirada de compasión.

—Mis jóvenes caballeros —les dijo en tono tranquilizador—. No han de tenerles terror a las mujeres.

Tomás susurró que los puntos de sutura parecían líneas ferroviarias diminutas. A Ballena Júnior le recordaban a cremalleras, como si no les fuera a hacer falta cortar nada. Solo había que tirar de un hilo y todo se desmontaría.

El Comandante miró aquella cosa llamada Betsey. Ladeó la cabeza como si la estuviera escuchando. Y le preguntó:

—¿Qué dices, cariño? —Se llevó un dedo a los labios arrugados, como para pedirles silencio a los chicos. Se inclinó hacia delante y giró la cabeza de lado para acercar la oreja amarilla a la boca de labios pintados. El brillo de labios rosa rutilaba como purpurina. El Comandante cerró los ojos un momento y asintió con la cabeza—. Sí, por supuesto, cariño.

Levantó la mano y dobló el dedo para hacerles señas y que se acercaran.

Ninguno de ellos se movió.

El Comandante puso los brazos en jarras y dio un pisotón enfurruñado en el suelo. Indignado, dijo:

—Caballeros, ¿puedo recordarles que sus familias les están sufragando este programa a razón de mil dólares semanales? Muchas de ellas han hipotecado sus hogares y sus granjas. —El Comandante les clavó una mirada de reproche—. Cuanto antes se apliquen ustedes al temario, menos carga financiera les estarán imponiendo…

Mil dólares semanales. Kevin sabía que ningún seguro médico en el mundo pagaría aquella suma. La brutalidad de la cifra se le grabó en la mente. Se acercó más a la puerta. Palpó por detrás de su espalda, pero sus dedos no consiguieron encontrar el pomo. No había pomo en la parte de dentro de la puerta.

A la luz de la única lámpara del techo, reconoció más amuletos de los que le colgaban de la pulsera a aquella cosa. Había unas zapatillas de ballet minúsculas y doradas. Una nota musical que representaba el Coro. Los Futuros Granjeros de América. El aire de la sala estaba tan inmóvil que no se movía ninguno de los amuletos.

La cosa llamada Betsey tenía abiertos los ojos de cera. Opacos como manchas de pintura azul, miraban fijamente la bombilla desnuda y

resplandeciente, sin parpadear.

—Mandarla aquí fue la venganza de sus padres —susurró Buscapleitos.

Se refería a las pestañas falsas y a las uñas falsas pintadas de rosa con purpurina que llevaba pegadas encima de las maltrechas uñas de verdad.

El dedo del señor Cacahuete salió disparado hacia delante, como una vara nudosa de hueso, para señalar al grupo de chicos. La frágil punta del dedo fue de un chico a otro mientras aquella voz de Halloween recitaba:

—Me quiere… no me quiere… me quiere… no me quiere…

Aquella noche ninguno de ellos durmió. Después de la cena todos se bebieron un vaso de leche con cacao en el que les habían echado sirope de ipecacuana. El Comandante no lo escondió. Todos se tragaron un vaso entero de leche adulterada y luego los dejaron viendo una copia de *Magnolias de acero* por televisión en el salón de la sexta planta. Aquello también formaba parte de la terapia. Antes de que Julia Roberts se casara, el Pirata Metesaca ya estaba echando la primera papilla sobre el suelo de linóleo. Hacia el final del banquete de bodas, Buscapleitos había vomitado. Oleadas enormes y espumosas de vómito de chocolate. Ni siquiera pudieron oír a Olympia Dukakis maldecir a Shirley MacLaine de tan fuerte que era el ruido de las tralladas. Chorros enormes de sirope de ipecacuana. Para cuando Sally Field se plantó frente a la tumba de su hija, el salón de la televisión ya estaba inundado de vómito.

Ahora estaban todos de vuelta en el dormitorio, metidos en cama. La sala completamente a oscuras. Incapaz de dormir, Kevin seguía temblando. Se le había quedado en las narices el olor tóxico del sótano. Ni siquiera el olor acre del vómito podía hacerlo desaparecer. Oyó a Alubia, a dos camas de distancia, sollozando con la cara pegada a la almohada.

A Kevin le dolía la cabeza. Salió de la cama y gateó hasta la ventana. Hacía tanto frío que el cristal estaba escarchado por dentro. Allí de rodillas, apoyó el dolor de cabeza en el vidrio. A oscuras, Kevin supo que estaban cometiendo otro grave error. Había sido una equivocación forzar la reacción de sus padres. Al obligarlos a demostrarle su amor, había hecho algo terrible. Y le asustaba la posibilidad de tener que hacer ahora algo peor para demostrar que era normal. Aun así, se aferraba a la esperanza de que otra mentira, otra más grande, lo pudiera arreglar todo.

A fin de bloquear el recuerdo, Kevin masculló:

—Demonios.

La palabra quedó suspendida en el silencio y la oscuridad. Al día siguiente les tocaba regresar a la sala de terapia. Tenían su segunda sesión con la cosa llamada Betsey.

Aquella noche alguien dijo algo. Fue Cerebrito. Gimiendo en la cama, con voz cargada de pesimismo, dijo:

—Estamos en manos de un viejo lunático. —Esperó, pero nadie mordió el anzuelo—. Y no me refiero solo a Dios. Me refiero a un *lunático de verdad*.

Desde otra de las camas, Jasper dijo:

—Lo único que tenemos que hacer es contarles a nuestros padres lo que ha pasado.

—¿Cómo? —lo cuestionó Kevin.

El Pirata Metesaca insistió:

—El Comandante les dirá que estamos mintiendo para escaparnos del tratamiento.

Mirando por la ventana, Kevin se quejó:

—Nunca conseguiré mis veinte mil pavos…

—Ni yo mi desfile —se lamentó Ballena Júnior.

Escupiendo furioso, Cerebrito replicó:

—A la mierda tu desfile. Tenemos que hacer todo lo que nos mande ese chiflado o mis padres se endeudarán para el resto de sus vidas.

Alubia volvió a sus sollozos.

—No pienso follarme un coño muerto —dijo.

—Que os zurzan a todos, llorones —gritó una voz desde la oscuridad. Era Buscapleitos. No hablaba como un chaval de dieciséis años que compartiera habitación con una panda de críos que mojaban la cama. Su voz sonaba firme. No aterrada. Hablaba con voz de héroe. Y como un líder que arenga a sus tropas, dijo—: Hay alguien más importante a quien tenemos que rescatar.

A Kevin le llegó una serie de largas cartas de su madre. En ellas le escribía que su padre se estaba matando a trabajar para pagar los recibos semanales de la clínica. Garabateaba sus notas en tarjetas de pronta mejoría y le contaba que su padre se había desplomado por culpa del exceso de trabajo. Lo describió como un «episodio cardiaco», pero implicando que básicamente tenía el corazón roto. Concluía pidiéndole que obedeciera al Comandante y que completara el programa en el menor tiempo posible.

El señor Clayton le escribía con menos frecuencia, pero sus cartas contaban con todo detalle que la señora Clayton había cogido dos trabajos de

media jornada. Uno de camarera y otro de doncella de hotel. Y le explicaba que la pobre se dejaba caer en una silla todas las noches y lloraba al verse los pies inflados y sanguinolentos.

Por su parte, Kevin no podía escribir nada sin que lo revisara el personal del Comandante. Era fácil imaginarse los informes de progreso que les debía de estar mandando el viejo. Aquel chiflado les iba a chupar la sangre a todos.

Había otros chicos en el edificio. A juzgar por el ruido de pasos, había muchedumbres enteras encerradas allí. A las horas de las comidas y en el patio, los chicos de la sexta planta estaban segregados del resto. Cuando no llovía, Kevin veía a los demás en la pista de baloncesto que había al otro lado del ventanal contiguo a su cama. Se les veían los tobillos por debajo de los bajos deshilachados de las perneras de los pantalones. También se les veía un buen trozo de las muñecas desnudas entre las manos y los puños de las camisas. Como si se les hubiera quedado pequeña la ropa. Como si aquellas camisetas demasiado estrechas y vaqueros de rodillas desgastadas fueran la misma ropa que llevaban desde hacía por lo menos un año.

Una tarde Ballena Júnior dijo que le dolía la cabeza y el guarda de planta lo acompañó a la enfermería. Cuando volvió, tenía los ojos vidriosos del *shock*.

—No me aticéis —dijo—. Solo soy el mensajero, ¿vale?

Por lo que le había contado la enfermera, todas las remesas nuevas de chicos empezaban en el piso superior. Al cabo de unas semanas, cuando aprendían cómo funcionaba todo, se integraban en la población general de la clínica. La enfermera se había mostrado indiferente. Le había puesto dos aspirinas en la palma extendida de la mano y le había dicho que se hiciera a la idea de estar allí. En aquella clínica no le daban el alta a nadie. Por lo menos hasta que pasaban años y años. Solo cuando un chico cumplía los dieciocho se lo podía declarar oficialmente redimido.

Algunos de aquellos chavales a los que habían visto jugar al baloncesto llevaban ingresados allí desde lo trece años, o incluso los doce.

Para Kevin, las cosas empezaban a encajar. La Clínica para Maricones era una gallina de los huevos de oro. A todo el mundo que trabajaba en ella le reportaba una fortuna. En última instancia hacía felices a las familias, pero no sin antes llevarlas al límite de la pobreza. Por todo el país había congregaciones eclesiásticas que patrocinaban a pervertidos igual que antaño habían financiado las misiones de ultramar. El Comandante, las enfermeras, los supervisores de planta… todos eran cómplices.

Kevin supuso que un chico podría denunciarlo. Si recobraba la libertad, un chico podría llevar la historia a los medios de comunicación. Cuando lo soltaran, podría demandar a la clínica por secuestro, o por retenerlo en contra de su voluntad, aunque eso requeriría admitir que había fingido su perversión y había catalizado la situación a base de provocar a sus padres. Era bastante probable que sus padres se pusieran furiosos. Además, siempre se podría convencer al juez o al jurado de que el chaval en cuestión no era más que un Rock Hudson incurable y vengativo que estaba haciendo acusaciones injuriosas. Sería la palabra de un adolescente mentiroso confeso contra la noble autoridad del Comandante. Además, estaban todos aquellos documentos legales que él había firmado de buena gana.

No, valía más la pena esperar lo que hiciera falta y salir de allí convertido en héroe. Puede que su victoria llegara tarde, pero llegaría intacta. Entretanto no había nada que hacer más que estudiar. Trigonometría. Cálculo. Retórica. Física. Las asignaturas más duras. Como para amortiguar el impacto, la enfermera le había dicho a Ballena Júnior que los chavales del programa casi siempre estaban en el diez por ciento de notas más altas de la selectividad.

Cada vez que cruzaban una puerta, el segmento siguiente de pasillo era más oscuro. Y en cada umbral que cruzaban, unos detectores automáticos de movimiento encendían las luces. Reinaba tal silencio que Kevin podía oír el ping-ping microscópico del parpadeo de las bombillas fluorescentes antes de que se encendieran del todo.

El grupo estaba apiñado, siguiendo al guardia de planta por otro pasillo. Buscapleitos iba rezagado por detrás, hablando en voz baja con Kevin. El Pirata Metesaca seguía demasiado de cerca a Tomás y le pisó el talón, y Tomás le soltó una palabrota en español. Tomás se quedó unos pasos por detrás y se recolocó el talón del zapato.

—Me pregunto cómo murió —susurró Ballena Júnior.

—No se llamaba Betsey —dijo Buscapleitos.

—¿La conocías? —preguntó Cerebrito.

Buscapleitos les contó en voz baja que la chica hacía carreras de motos. Así era como se había hecho la cicatriz de la pierna. Se había caído durante la vuelta final de una carrera de motocross. En vez de ganar, se había matado al tomar la curva demasiado deprisa para las condiciones de la pista. Lesiones internas masivas. Buscapleitos lo contó con una sonrisa nostálgica. Con los ojos centelleando de admiración.

—¿Era tu novia? —le preguntó el Pirata Metesaca.

—Era tremenda —contestó Buscapleitos.

Kevin se estaba examinando la mano. Mientras caminaba, cayó en la cuenta de que en aquella mano se le veía la vida entera. A través de las uñas era visible la piel rosada y joven con la que, de bebé, estaba recubierto su cuerpo entero. Cada uña era una ventanita a la persona que había nacido. Y al revés: los callos de la palma de su mano mostraban el aspecto que tendría al morir. Después de muerto, su cuerpo entero quedaría cubierto de aquella misma piel amarilla y envejecida. Era la prueba de que el tiempo pasaba. Mirar la diferencia entre su piel de bebé y su piel muerta hacía que Kevin no quisiera desperdiciar ni un momento.

Siguiendo las instrucciones del Comandante, se agolparon en torno a la mesa de acero. Mientras él retiraba el plástico grasiento, le levantaba la falda a la cosa muerta y empezaba a cortar unas cuantas suturas, Kevin fingió que lo ayudaba. Retiró la venda de tela que envolvía la muñeca de la chica. Los callos que tenía en la palma de la mano eran impresionantes. También los músculos de sus brazos. Allí donde Kevin había esperado encontrar cortes, la piel de su muñeca estaba intacta. Descolorida, pero intacta. Había un moretón de color azul oscuro que, al desenrollar más venda, resultó ser un tatuaje. En el interior de la muñeca tenía tatuada una mariposa. Aunque si la mirabas más de cerca, era una cruz extraña. Por fin Kevin vio que era un hacha de doble filo.

El Comandante atenuó las luces del sótano. Se sacó algo del bolsillo de los pantalones. Tenía forma de puro pero era más corto. Pulsó un botón que había en el artilugio y se proyectó una mancha roja en el suelo: era un puntero láser. Dirigió su minúsculo punto rojo sobre las entrañas apagadas y descoloridas de Betsey.

—¡Contemplad la gloria del ovario!

El puntito rojo señaló un bulto anodino.

Kevin y Buscapleitos observaron cómo Cerebrito quitaba el vendaje del costado del cuello. Todos pudieron ver que el pelo de la chica era una peluca, sin pelo de verdad debajo. Solo una cabeza afeitada. Por debajo del vendaje del cuello, Kevin reconoció otro tatuaje. Empezaba con una «B» de color azul oscuro. Seguida por una «U». Luego una «S». Al quedar desvelado del todo, decía «Buscapleitos» con letras erizadas de espinas.

Fue entonces cuando Buscapleitos se vino abajo. Precisamente a él, el tipo duro, le fallaron las rodillas y se desplomó en espiral al suelo de cemento.

El Comandante dejó el puntero para ayudarlo. Tras dejar a Buscapleitos en una silla y darle un vaso de agua, el Comandante devolvió su atención a los ovarios, pero el puntero láser había desaparecido. Buscó por toda la cavidad torácica, miró entre el bazo y los pulmones, pero no lo pudo encontrar.

Igual que cada noche, Kevin salió de la cama. Después de apagarse las luces, esperó a que el supervisor del turno de noche cerrara la planta con llave. El tintineo de las llaves y el chirrido de las zapatillas de tenis se alejaron por el pasillo. En aquel lugar hacía falta una llave para encender las luces. Hacía falta una llave distinta para manipular el termostato. A fin de mantener a todo el mundo en cama y bajo las mantas, el guardia apagaba la calefacción. Al cabo de una hora, el vetusto edificio era como una cámara frigorífica. La planta entera estaba demasiado a oscuras para que funcionaran las cámaras de vídeo. Kevin no veía nada más que la noche al otro lado de los cristales. Expulsó el aliento sobre la ventana fría y usó los dedos para limpiar un agujero en la escarcha.

Apoyó los codos en la repisa y juntó las manos delante de la cara. Si alguien lo pillaba, siempre podía decir que estaba rezando. Sus plegarias consistían en un clic seguido de un clic doble, un clic triple, un clic-clic-clic que se repetía. Al mismo tiempo centelleaba una lucecita roja, y Kevin apuntó con ella a la oscuridad en la que confiaba en que estarían acechando los Rock Hudson. Se dedicó a mandarles parpadeos largos y cortos de luz roja de láser. Punto, línea, punto doble, línea triple, blablablá, blibliblí, punto, línea, punto, línea doble.

Buscapleitos salió de la cama, fue a su lado y le susurró:

—Buen trabajo.

En algún lugar de lo desconocido, su pequeño mensaje estaba llegando en forma de mira láser de rifle. Como si la pregunta no quisiera decir nada… como si la pregunta no lo quisiera decir todo, Kevin le preguntó:

—¿Eras su novio?

Buscapleitos guiñó los ojos para ver. Su aliento empañó el cristal y él lo limpió con la mano.

—No exactamente.

Kevin siguió mandando destellos. Enviando un SOS. Redobles centelleantes de líneas rápidas y puntos entrecortados. Confiando en que no se le acabaran las baterías, dijo:

—Los Niños Exploradores no solo sirven para que te peten el culo.

En cierta manera era una pequeña sesión de plegarias, con Kevin de rodillas junto a Buscapleitos. Cerebrito vino a arrodillarse al otro lado de Kevin. Ballena Júnior se les acercó también a hurtadillas y se arrodilló hasta que todos los pervertidos estuvieron en fila, con los codos apoyados en la repisa.

Tomás se arrodilló junto a Cerebrito y susurró:

—Buscapleitos, ese ha sido el desmayo más falso que he visto nunca.

—Pero ha funcionado, ¿no? —susurró Buscapleitos.

—Callaos los dos —les susurró Kevin en tono enojado.

Luego hizo algo que confiaban en que llamara la atención de la gente de fuera. Un hada de color rojo brillante danzando sobre la carretera de grava. Se puso a alternar clics rápidos y lentos, parpadeos con ráfagas largas y guiños de color rojo ardiente que confiaba en que por lo menos uno de los Rock Hudson pudiera leer.

Allí de rodillas, empañando el cristal, el Pirata Metesaca preguntó en voz baja:

—¿Qué les estás diciendo?

—Diles que eres pasivo dominante —le ordenó en voz baja Jasper.

Kevin no le hizo caso.

Sin inmutarse, Jasper insistió:

—Diles que tienes un culito hermoso y hambriento.

Kevin le echó una mirada enfadada.

—Promételes que si nos sacan de aquí, les meteremos las manos por el culo —susurró Tomás.

Ninguno de ellos sabía qué buscar con la mirada. Buscaron cualquier cosa. Kevin apagó la luz y esperó. Luego orientó el puntero en un ángulo un poco distinto y volvió a emitir el mismo mensaje en clave de parpadeos y dobles parpadeos.

—Nos van a pillar —susurró Cerebrito.

Todos contuvieron la respiración y escucharon por si oían el tintineo de las llaves. El chirrido de los pasos sobre las escaleras.

Ballena Júnior los amenazó en voz baja. Les juró que tiraría de la alarma de incendios antes que permitirles que le jodieran su gran regreso a casa.

Al día siguiente, Kevin apenas se aguantaba despierto mientras el Comandante usaba dos dedos enfundados en un guante de látex para enseñarles cómo tenían que introducir sus penes en Betsey durante el coito. Por lo menos en teoría. Extrayendo los dedos, cogió unas tijeras, esa especie de cizallas que usan los cocineros para cortar pollos. Le cortó al cuerpo las suturas que tenía por delante, con cuidado de desviarse a un lado del clítoris. No hubo sangre. Kevin miró a Buscapleitos, que estaba un paso por detrás, cruzado de brazos. Buscapleitos levantó una mano y se pasó los dedos por el pelo grasiento. Cuando sorprendió a Kevin mirándolo, frunció el ceño.

Kevin imaginó que tenía que ser una mierda ver cómo unos capullos adolescentes aburridos cortaban a pedazos a alguien a quien tú querías. Por mucho que estuviera muerta. No es que no tuviera empatía, pero era muy joven y el dolor ajeno lo avergonzaba. Tenía una edad en la que solo su propio dolor le parecía real, de forma que sintió vergüenza por Buscapleitos. Después Kevin decidió dejar de mirar a aquel gañán. Había estado en compañía de suficientes matones como para saber que necesitaban desfogarse de la rabia y el dolor, de forma que tuvo cuidado de no convertirse en su objetivo.

El Comandante tuvo que apretar las cizallas con las dos manos para partir el diafragma urogenital. Desolló la cavidad vaginal y la abrió en canal hasta el cuello uterino. Les explicó que el esperma se acumulaba en la parte alta. De hecho, todavía quedaba una pequeña cantidad de fluido viscoso y turbio encharcado allí. El anciano dijo una sola palabra, «Formalin», y usó una toalla de papel doblada para absorberlo. Se refería al brebaje de formaldehído en el que habían sumergido a Betsey para impedir que se pudriera. Eso lo sabía hasta Kevin. Pero hasta el último de los chavales presentes reconoció qué era aquella lefa asquerosa que el Comandante estaba limpiando.

Por supuesto, todos estos detalles saldrían a la luz durante el juicio que se acabaría celebrando. Medio año más tarde, la televisión por cable dedicaría veinticuatro horas diarias cubriendo a Kevin sentado en la sala del tribunal, testificando sobre el puntero láser y sobre la misteriosa lefa. También contaría toda la verdad sobre los jerbos y sobre la chica muerta y troceada en el sótano. A su lado estaría su novia. Bueno, más o menos novia. Se podía debatir. Lo que sí sería obvio e innegable era el hecho de que estaba muy embarazada.

Pasó una semana sin que los punto-triple-punto-rayas de Kevin obtuvieran respuesta. Ya nadie más que Buscapleitos se arrodillaba a su lado cuando mandaba sus súplicas.

Kevin presentó una propuesta. Para él, la gente que protestaba al otro lado de la verja era el equivalente de la que protestaba frente a las clínicas que practicaban abortos. Los Rock Hudson intentaban impedir a la gente que entrara aquí igual que los meapilas intentaban detener a la gente que quería entrar a asesinar a sus fetos. La ironía era que luego aquellos mismos bebés rescatados terminaban siendo adoptados por los Rock Hudson.

—Entre la gente cristiana que cría a bebés que terminarán siendo maricones y los gays que crían a bebés que terminarán reproduciéndose como conejos, no entiendo a qué viene tanto jaleo. —Kevin soltó un soplido desdeñoso—. Para mí todo es lo mismo.

Buscapleitos miró con los ojos entrecerrados en dirección a la cancela. Frotó el cristal para hacer un agujero en la escarcha por el que mirar.

—Nadie la llamaba «Betsey», solo sus padres.

Siguiendo a la suya, Kevin sugirió:

—Imagínate cómo debía de ser para ellos la clase de Educación Sexual. —Hablando entre soplidos de burla, incrédulo, dijo—: Ni una pizca de información útil. *Cero*. —A modo de punto final de su frase, le dio un puñetazo en el hombro a Buscapleitos—. Para ellos la Educación Sexual era un ejercicio inútil, un poco como el Mes de la Historia Negra para los chavales blancos.

—Su nombre de verdad —dijo Buscapleitos— era «Terciopelo».

Kevin escuchó. No sabía por qué estaban teniendo aquella conversación. No tenía ni idea de adónde iba aquello. De manera que siguió despotricando, pronunciando sus palabras en tono cortante. Señalando acusatoriamente con el dedo a la ventana, en dirección a la cancela, pontificó:

—Durante los primeros cien años de historia americana, era ilegal enseñar a leer a los negros. Hoy en día la gente los sigue ridiculizando por ser ignorantes. —Exasperado, añadió—: Ahora les negamos a los maricones el derecho a casarse y al mismo tiempo los criticamos por ir fornicando por ahí.

Kevin siguió transmitiendo línea-línea-triple-punto-línea-punto a lo desconocido.

Pasó un lapso incierto de noche antes de que ninguno de los dos hablara. Y fue Buscapleitos, con una voz cargada de especulación moralista:

—Imagínate… imagínate que todo lo que sabes de las relaciones íntimas… no lo hubieras aprendido ni de tus padres ni de tus maestros, sino

de una panda de desconocidos en un lavabo público de la estación de autobuses Greyhound…

Otro día el Comandante deconstruyó los pechos. En el sótano frío y húmedo, mientras los chavales de la sexta planta miraban, accionó las cizallas y los mondó como si fueran pelotas de béisbol. Dejó al descubierto los depósitos de grasa y las glándulas. Desollados, daban la misma impresión que si alguien hubiera arrancado de un batazo el cuero de caballo de la pelota, lanzándola fuera del estadio. Entretanto les señaló los alveolos que producían la leche… las células mioepiteliales… los conductos lactíferos… sus palabras se cargaban todo el erotismo y el misterio que habían poblado las fantasías de Kevin sobre melones turgentes.

Buscapleitos estaba tan lejos de la acción como se lo permitían las dimensiones de la sala y mirando hacia otro lado. De vez en cuando levantaba una mano para alisarse el pelo grasiento hacia atrás. El gesto llamó la atención de Kevin, que vio que el hacha que Buscapleitos tenía tatuada en la parte de dentro de la muñeca era idéntica a la que había en la chica muerta, Terciopelo.

Pese a todo, los demás estaban de buen humor. Corría el rumor de que había pizza para cenar. En medio del alborozo generalizado, Jasper confundió el colon sigmoide con el fondo uterino. Cuando el Comandante no miraba, Alubia sacó el fórnix vaginal y se lo tiró a Ballena Júnior en toda la mejilla. Buscapleitos fue el único que no se rio.

Aquella noche, a solas con Buscapleitos, Kevin intentó explicar su teoría sobre los padres en general. Empezó preguntando:

—¿Sabes lo que es un maníaco-depresivo?

Buscapleitos no contestó, de forma que Kevin continuó:

—Mi idea es que mis padres me empujaron a engañarlos.

Su mano se sabía su trabajo de memoria. El flujo constante de punto-raya-blablablá-raya-punto-punto no se interrumpió mientras Kevin desgranaba sus argumentos.

De bebé, dijo, lo único que tenía que hacer era usar el retrete y sus padres ya lo colmaban de elogios. Si se golpeaba la cabeza o bien tenía una pesadilla lo bombardeaban de compasión y de atención. A medida que se iba haciendo mayor, sin embargo, más le costaba que se fijaran en él. Ya no bastaba con

llevar a casa un examen con un sobresaliente de nota. O un suspenso. Ni los mejores acontecimientos de su vida ni los peores apenas obtenían respuesta de ellos.

Y no estaba solo. Había observado una tendencia entre sus amigos. A medida que recibían menos atención, se intensificaban sus puntos altos y bajos. No había triunfo lo bastante grande. No había derrota lo bastante baja. Todos los chavales a los que conocía se habían convertido en parodias grotescas de sí mismos. Los chavales que habían sido graciosos se convirtieron al crecer en payasos ridículos. Las chicas que habían tenido buen tipo se metamorfosearon de la noche a la mañana en bellezas de concurso.

Sus padres eran tediosos. Siempre lo obligaban a inflar hasta el último problema y convertirlo en una crisis y en un desastre antes de reconocer su existencia. Kevin se veía forzado a amplificar cada uno de sus triunfos y darle unas dimensiones gigantescas para que ellos se fijaran. Sus padres lo habían llevado a convertir su vida entera en una caricatura. Para sus padres no existían los puntos medios. No existía nada que estuviera simplemente bien. Y él se había convertido en una aberración.

Buscapleitos seguía sin contestar. La sala estaba tan a oscuras que Kevin no podía ver si se había quedado dormido. Daba igual. Independientemente de si había alguien escuchando, Kevin necesitaba decir lo que estaba diciendo.

Así que siguió divagando:

—Por primera vez en mi vida, me propuse sacar todo sobresalientes. Rompería la curva… dominaría el cunnilingus… me tiraría a unas cuantas chicas para obtener créditos extra…

Por fin, cuando no supo qué más decir, Kevin se aventuró:

—¿Has visto esos bebés que tienen en la verja de fuera? —Le habló de Mindy Taylor-Jackson. Le explicó lo de los Porsches. Y por fin, le soltó—: Uno de esos bebés es mío.

Esperó una reacción. Desafiando al silencio. Confió en que Buscapleitos lo interrumpiera y cambiara de tema.

—Uno por lo menos —siguió diciendo Kevin—. Si tuvieras prismáticos o un telescopio, verías que esos bebés se me parecen.

Le explicó que había estado con Mindy. Que habían estado enamorados. Y que él se había quedado con el corazón roto cada vez que a ella la mandaban a dar a luz a un hogar para madres solteras. Y se imaginaba que Mindy también lo echaba de menos a él. Las cartas de su madre lo decían. Su madre le contaba que Mindy se dedicaba a dar vueltas como una loca en su

coche de llantas cromadas con radios de metal. En secreto, Mindy y él habían decidido que con los veinte mil pavos podrían empezar una nueva vida juntos.

Buscapleitos se lo quedó mirando, perplejo.

—¿Eres padre?

Kevin asintió con la cabeza. Mandando puntos y rayas sin pausa con el láser en la mano. Le contó que sus gemelos tenían que nacer dentro de pocos meses.

—Por eso no me puedo quedar aquí hasta cumplir los dieciocho.

Buscapleitos soltó una risilla despectiva.

—Te gano de calle.

Kevin esperó. Simplemente se alegraba de que Buscapleitos estuviera despierto.

Buscapleitos se rio por lo bajo. Una risa impotente y atrapada.

—Lo creas o no… soy gay. —Se rascó la cabeza—. Ya ves mi dilema. —Y nuevamente, como si estuviera haciendo una lista de palabras en vez de decir una frase entera, añadió—: Y… soy… una… chica.

De acuerdo con el Comandante, Terciopelo era lesbiana. Él la seguía llamando «Betsey». Y siguió rajando contra ella, diciendo que había pecado de demasiadas formas para que Dios la siguiera queriendo. Sus padres habían donado su cuerpo a la clínica con la esperanza de redimir su alma pervertida. Kevin sospechaba que eso no era todo. Sospechaba que había alguna venganza de por medio. Incluso en la penumbra del sótano vio que Terciopelo tenía hoyuelos, en las orejas y la lengua, en los pezones y los labios vaginales, de unos *piercings* que le habían desaparecido.

El Comandante contempló la mesa, con los ojos amarillos llenos de pena por alguien tan imposible de redimir.

De acuerdo con Buscapleitos, Terciopelo y ella habían vivido el romance más tórrido desde el de Eleanor Roosevelt y Lorena Hickok. Habían sido habituales entre los manifestantes que protestaban frente a la verja de la Clínica para Maricones. Se habían recorrido el Sendero del Macizo del Pacífico. El tatuaje que él… que ella… que Buscapleitos tenía en la muñeca… le explicó que era un labris. Un hacha de doble filo, procedente de la Creta minoica. Representaba las culturas matriarcales.

Después de que muriera Terciopelo, Buscapleitos había convencido a una pareja mayor para que se hicieran pasar por sus padres y fingieran que ella era

su hijo. Con su ayuda, Buscapleitos había venido aquí para recuperar el cuerpo de su amante muerta. Como una misión sacada de la mitología griega.

Era un proyecto tan heroico que Kevin Clayton se quedó sin habla. Luchó para rememorar a Mindy. Pero ya era como un chiste olvidado: algo que antaño había poseído el poder de dejarlo embelesado al instante y sin falta pero que ahora se le escapaba.

Para la quinta semana ya habían perdido prácticamente toda esperanza. Hasta la luz del láser se había atenuado. Kevin mantenía su vigilia. Buscapleitos era el único que le hacía compañía. Mientras todos los demás dormían en la calidez de sus camas, a Kevin le dolían las rodillas de tenerlas tanto rato en el suelo. Los brazos le temblaban de frío mientras continuaba haciéndole su petición a lo desconocido, emitiendo secuencias de raya-doble raya-punto-punto triple, mordiéndose la lengua para aguantar despierto. Con el cuerpo agotado pero la mente incansable.

Sentados los dos a oscuras y transmitiendo en código, Kevin le contó a Buscapleitos en qué tenía planeado usar sus veinte mil dólares. Obtendría el alta de la clínica y se escaparía con Mindy. Conducirían hacia la puesta del sol y encontrarían un lugar perfecto en el que vivir. Su primera meta era tener a aquellos gemelos para quedárselos.

Como Buscapleitos no contestó, Kevin dejó de hablar. La situación de aquellas noches que se pasaban los dos solos sentados a oscuras y hablando le recordaba algo a Kevin. Algo de la escuela. Un libro. Un libro que trataba de un chaval que se había escapado de casa y de un esclavo fugado en los viejos tiempos. Y los dos bajaban en balsa por el río Misisipí. Un libro que llevaba el aburrimiento a un nivel nuevo. Nada de lo que decía el esclavo tenía sentido alguno. A Kevin aquel esclavo le sonaba a idiota analfabeto.

Para echarse unas risas, le explicó a Buscapleitos su truco con los jerbos. Si alguien podía reírse con aquella historia era Buscapleitos.

Pero Buscapleitos se limitó a quedárselo mirando. Torció una comisura del labio superior para hacer una mueca despectiva. Negó con la cabeza, como para repudiar la ignorancia de Kevin.

Kevin reunió todo el valor que pudo. Sin mirar a los ojos a Buscapleitos, le preguntó:

—¿No tienes miedo de ir al Infierno?

Y siguió mandando su código morse a lo desconocido. Flotando en aquel océano de noche.

Buscapleitos bostezó.

—No te lo tomes a mal, ¿vale? —Soltó una risilla lúgubre—. Pero para mí el Infierno sería ir al Cielo y estar obligada a fingir que soy como tú durante el resto de la eternidad.

Por las tardes hurgaban en las entrañas de Betsey. En las entrañas de Terciopelo. Aquello dificultaba la tarea, por lo menos para Kevin: el saber que había sido una persona real. Llegado aquel punto ya tenía casi todas las suturas abiertas. Su cadáver se veía aplanado y extendido, a excepción de la cabeza. Parecía una alfombra de piel de tigre. Ahora que solo quedaba la cabeza intacta, rodeada de un círculo de moscas, la escena le recordó a Kevin a otro libro que habían tenido que leer para una clase. Uno que trataba de unos niños que se quedaban atrapados en una isla desierta después de un accidente de avión; el típico libro que no te leerías jamás si lo pudieras evitar. Una vez hecho el examen, los únicos detalles que Kevin recordaba eran las moscas y unas gafas rotas. De momento Kevin era el único recluso que conocía la historia de Terciopelo y Buscapleitos y sus desafortunados amores.

Terciopelo estaba en ruinas. Sus órganos y demás, correosos y conservados. El corazón y el estómago estaban entremezclados. Al final de aquella lección de anatomía, el Comandante les iba a hacer un test. La gente que había pasado antes por allí había dejado chuletas escritas sobre los distintos órganos. El hígado era pan comido, pero alguien había usado rotulador permanente para escribir «bazo» en otro de los pingajos. En otro ponía «páncreas», con caligrafía distinta.

Una mano invisible había escrito «Aquí ha estado Raymond» y una fecha de dos meses antes en la pared anterior de la cavidad abdominal de Terciopelo.

Lo más enigmático era que había números de cuatro dígitos garabateados en varios huecos y recovecos difíciles de alcanzar. En la parte posterior de la vejiga estaba el número 4-1-7-9. Detrás del corazón, el número 2-8-2-6. Kevin no sabía qué significaban, pero se dio cuenta de que Buscapleitos iba repitiendo todos los números por lo bajo.

Una noche, en la sexta semana de su estancia allí, a Kevin se le agotaron las pilas del puntero láser.

Buscapleitos no vaciló. Zarandeó a Cerebrito para despertarlo y le exigió las pilas de su reloj de pulsera. Cerebrito le preguntó para qué y Buscapleitos le gritó en voz baja:

—Para sacarnos de aquí.

Emprendieron la pelea a puñetazos más silenciosa de la historia. Mudos y brutales, se liaron a puñetazos y se estrangularon entre sí, forcejeando sin hacer ruido y violentamente por el suelo, con los pijamas de franela amortiguando el impacto de los nudillos. Las narices les sangraron en silencio. En dos ocasiones el cuerpo de Cerebrito quedó inerte y pareció derrotado. Las dos veces, Buscapleitos empezó a desabrocharle la pulsera del reloj. Pero las dos veces Cerebrito se recuperó, se incorporó sobre sus pies enfundados en calcetines y rechazó a su oponente a golpes. Los dos combatientes aporrearon con codos y rodillas. Cuando Buscapleitos le asestó un cabezazo sanguinolento a Cerebrito, este ya no se levantó.

La vencedora le quitó el reloj de la muñeca y abrió la parte de atrás a la fuerza. Con los ojos centelleando, desafiando a que alguien la detuviera, dejó caer las baterías de dentro como si estuviera descargando las balas de un revólver. Recargó el puntero láser y se lo devolvió estoicamente a Kevin, que seguía frente a la ventana. Tres noches más tarde Buscapleitos zarandeó al Pirata Metesaca y le exigió las baterías de su Game Boy. En vista de que Cerebrito todavía tenía los dos ojos morados, el Pirata Metesaca se las dio sin rechistar.

Todo el mundo le decía que estaba loco, pero Kevin se mantuvo firme. Sin detener sus secuencias de punto-doble punto-línea, les recriminó en voz baja que era mejor hacer una locura que no hacer nada de nada. Les sermoneó en voz baja que era mejor emprender una acción que pareciera inútil que aceptar que no podían hacer nada.

Kevin seguía allí arrodillado al borde de la nada, con los codos apoyados en la repisa. Con las manos entrelazadas frente a la barbilla. Mascullando por lo bajo, mandó su mensaje. Era una señal de auxilio en clave a un desconocido total que seguramente no existía. Estaba intentando ponerse en contacto con alguien misterioso al que nadie podía ver ni oír.

Después de siete semanas sin dormir, Kevin estaba medio muerto, pero aguantaba el tipo. De la oscuridad no había llegado ni la más pequeña respuesta. Estaba haciendo el ridículo, pero su determinación no vaciló. Justo antes del amanecer, Kevin se desplomó en el suelo, demasiado cansado para permanecer en su puesto. Sin soltar el puntero láser, con los dedos inflamados y despellejados, empezó a sollozar en voz baja de frustración impotente.

El ruido despertó a Buscapleitos, que abandonó el calor de su cama, arrastrando su manta tras de sí. Se la echó encima al centinela caído y le quitó el puntero láser de las manos rígidas.

—Dime qué decir —susurró Buscapleitos.

—Punto —murmuró Kevin. Como un ensalmo, recitó—: Línea-línea, punto triple…

Le dictó en voz baja el mensaje, una y otra vez, hasta que Buscapleitos se lo supo de memoria.

La noche siguiente Kevin durmió mientras Buscapleitos asumía su tarea. La noche siguiente, Jasper relevó a Buscapleitos. La tercera noche el Pirata Metesaca relevó a Jasper. La cuarta noche, Tomás despertó a todo el mundo con sus gritos en voz baja…

Sin detener para nada sus centelleos en forma de puntos, rayas y más puntos, Tomás susurró:

—¡A los puestos de combate!

Susurró:

—¡Llamando a todas las unidades!

Y gritó en voz baja:

—¡Tripulación a sus puestos!

Los que se despertaron primero sacudieron a los demás. Todas las camas se vaciaron. Descalzos, se agolparon junto a la ventana.

Sin apartar la vista de la luz roja que parpadeaba a lo lejos, Cerebrito dijo algo. Nadie lo oyó. Nadie estaba escuchando o por lo menos nadie le contestó.

—Es como la luz verde.

Cerebrito esperó pero a nadie le importaba lo que dijera. Llegado aquel punto estaba simplemente hablando solo, soltando chorradas sacadas de algún ejercicio escolar.

Alguien le trajo a Kevin un lápiz y un cuaderno y él se puso a anotar todos los puntos… todas las líneas, punto-línea-punto-punto-clic-clic, a medida que llegaban. No miró lo que escribía, se concentró en no perderse detalle. La mano que sostenía el lápiz se meneaba dejando marcas en el papel. Los dedos se le movían como si pertenecieran a otra persona.

Ballena Júnior miró cómo las marcas del lápiz llenaban el papel.

—¿Qué están diciendo?

Kevin no contestó.

Tomás acercó los labios al oído del Pirata Metesaca.

—Están diciendo que tienen sida —susurró.

El Pirata Metesaca se quedó asombrado.

—Imagínate tener sida y *no* morirte… —Su voz sonó cohibida por lo horrible de aquella idea—. Durante el resto de tu vida no puedes ir de picos pardos.

Cerebrito secundó la idea y dijo:

—Prefiero morirme a no hacer el crápula.

Todo el mundo emitió murmullos de asentimiento.

—No seáis idiotas —dijo Ballena Júnior.

Negó con la cabeza, escandalizado por el nivel generalizado de ignorancia. Todo el mundo se lo quedó mirando, esperando su respuesta mágica. Todo el mundo menos Kevin, que seguía mirando los parpadeos de la luz.

—Tener sida no significa que no puedas follar —explicó Ballena Júnior, la voz del sentido común—. Tener sida significa que solo puedes follarte a chicas a las que odias.

Salvo Buscapleitos, los demás asintieron sombríamente con la cabeza para mostrar su acuerdo. Aliviados. Les asombraba el hecho de que Ballena Júnior viera el lado bueno de la situación. Siempre veía el vaso medio lleno.

Kevin no quería perderse ni un centelleo, de manera que no pestañeaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas del esfuerzo que le costaba mirar tan fijamente. A solas, garabateando aquel galimatías con la mano. Con la punta del lápiz susurrando de lado a lado de la página.

Aquella noche lo echaron a suertes. A modo de gesto de buena fe, Cerebrito sostuvo que alguien de entre sus filas tenía que enseñar la polla por la ventana. Se decidió que a quien sacara la paja más corta le tocaría bajarse los pantalones del pijama. Para ganarse el favor de los Rock Hudson.

Buscapleitos negó con la cabeza, incrédula y claramente presa del pánico por si la paja más corta le salía a ella.

Kevin se metió su paja en el bolsillo y esperó a que les salieran pajas largas a todos salvo a Buscapleitos y a él. La de Kevin también era larga, así que para salvar a Buscapleitos de ser descubierta —o de parecer una cobarde— se metió la mano en el bolsillo y partió la suya por la mitad. Luego sacó la media paja.

Pareció que Buscapleitos iba a echarse a llorar de alivio. Articuló en silencio la palabra «Gracias».

Aquello le sirvió de consuelo a Kevin mientras se acercaba a la repisa de la ventana. Se metió los pulgares por debajo de la cinturilla del pantalón del pijama y se lo bajó. Meneó las caderas flacas de lado a lado. El aire helado no le ayudó precisamente a causar una gran impresión.

Nadie dijo nada. Alguien carraspeó.

Oyeron un ruido procedente del pasillo de fuera del dormitorio comunitario. Se acercaron unos pasos. Tintinearon unas llaves.

En un abrir y cerrar de ojos todos estaban metidos en sus camas. Todos menos Kevin.

—¡Viene alguien! —le dijo Tomás entre dientes.

Kevin se arrimó a la ventana. Intentó agacharse y subirse el pantalón del pijama, pero no pudo.

—Estoy pegado —se lamentó en voz baja—. ¡Creo que se me ha congelado la polla!

Igual que hay gente a quien se le queda la lengua pegada por el frío al metal helado de un poste de bandera, las partes blandas de Kevin se le habían quedado soldadas al cristal escarchado y al marco de acero de la ventana. El forcejeo le desgarró la piel y amenazó con romper el cristal en pedacitos afilados como cuchillas. Mientras se acercaban los pasos, se echó a llorar y suplicó ayuda. Apeló al sentido de la camaradería y a la lealtad de los demás.

Buscapleitos acució a los demás, gritándoles:

—¡Aquí no abandonamos a nadie!

Cuando entró el supervisor de planta, todos estaban de rodillas alrededor de Kevin. Nadie de la plantilla se creyó que solo estaban soplando sobre el cristal.

Kevin revisó una y otra vez su traducción del mensaje en clave. No tenía sentido.

Alubia especuló con la posibilidad de que existiera una red clandestina de maricones que de día escondían a otros maricones en desvanes tipo Ana Frank o en henares falsos y de noche los transportaban a Canadá como si fueran inmigrantes ilegales, al estilo de los coyotes mexicanos. Era poco probable, pero no imposible.

La traducción de los puntos y las rayas era: «Coge el globo de medianoche».

Cerebrito rezongó:

—¿Como esos globos de Julio Verne o de *El mago de Oz*?

Buscapleitos asintió con la cabeza, con cara de saber lo que estaba pasando, y Kevin se dio cuenta de que ya contaba con un plan de fuga.

En el pasado, de vez en cuando se les escapaba un globo a la fiesta perpetua de Rock Hudson que había al otro lado de la verja. Globos de polietileno con forma de pequeños arcoíris. Otros con forma de triángulo rosa de los que colgaba una colita de cinta rosa. Y a veces los vientos dominantes arrastraban el globo fugado hasta un costado del edificio. Quizá luego el globo se deslizara por las ventanas de la sexta planta, rebotando contra el cristal, pero al final el viento se lo llevaba. Por mucho que los Rock Hudson soltaran toda su remesa de globos, no tendrían la capacidad suficiente de elevación ni para transportar a una sola persona.

Todo el mundo se mostró de acuerdo en que sería un suicidio. Kevin mandó varios centelleos para comunicar su escepticismo. A modo de respuesta, los Rock Hudson le transmitieron una sola palabra a base de puntos y líneas dobles: «Mañana».

Aquel día, Kevin se quedó cerca de Buscapleitos mientras los demás trabajaban en Terciopelo. Alguien le había escrito «Ballena Júnior es un semental» dentro de la cavidad uterina.

Sin venir a cuento de nada, Buscapleitos escupió la palabra «jerbos». Lo dijo de tal forma que solo la oyó Kevin.

—¿Podías perpetuar un estereotipo más asqueroso?

—Perdón —susurró Kevin, escéptico. Avergonzado.

Le caía demasiado bien Buscapleitos como para empezar a odiarla ahora.

Buscapleitos le contestó también en voz baja:

—La clave de una imaginación fértil es llenarte la mente de morralla.

Halagado pero receloso, Kevin preguntó en voz baja:

—¿O sea que eres lesbiana? ¿Y por qué me lo has contado?

Buscapleitos miró el desastre mutilado en que se había convertido Terciopelo.

—Supongo que porque tú me contaste lo de tus hijos. —Miró al Comandante, que estaba de pie a un lado del cuerpo. Miró la sábana de plástico con la que cubrían el cadáver todas las tardes cuando terminaban. El plástico estaba todo arrugado en el suelo. Buscapleitos bajó la voz y dijo—: Porque en todas las películas que he visto el personaje *queer* es o bien la víctima pusilánime o bien el supervillano psicótico. Y quiero que sepas que la heroína de esta historia va a ser una bollera.

A la noche siguiente Kevin y los demás pervertidos montaron vigilancia. Fuera hacía un frío terrible, pero abrieron la ventana para ver mejor. Algo surgió de la oscuridad: un globo amarillo.

—Esto tiene que ser una coña —susurró Ballena Júnior.

El globo chocó contra el marco de la ventana y rebotó. Se alejó flotando fuera de su alcance.

—Deprisa —dijo Buscapleitos—. Antes de que se lo lleve el viento.

Antes de que nadie la pudiera detener, se subió a la repisa. Agarrándose de la hoja de la ventana con una mano, salió y se quedó en la cornisa de fuera, asomada al vacío. Allí colgando, suspendida sobre la nada, intentó agarrar el globo pero no pudo.

—No llego —gritó.

Su voz sonaba crispada de frustración.

Kevin no pensó. Se limitó a actuar. Se subió a la repisa y agarró la parte de atrás de los pantalones de pijama de Buscapleitos con una mano. Con la otra se agarró a la cosa más pesada que pudo encontrar: Ballena Júnior. Mientras Buscapleitos se soltaba del edificio y quedaba suspendida sobre una muerte segura, Kevin la agarró. Ballena Júnior agarró a Kevin y todos los demás agarraron a Ballena Júnior.

Dando un manotazo frenético, Buscapleitos atrapó el globo y los demás pervertidos tiraron de ella para ponerla a salvo, hasta que cayeron todos unos encima de los otros. Aplastado entre ellos, el globo reventó.

El Pirata Metesaca contempló el látex amarillo hecho trizas y puso cara de ir a echarse a llorar. Tomás frunció el ceño y preguntó:

—¿Y ahora qué?

Frustrado, Kevin agarró el jirón amarillo roto.

—Quizá hayan puesto un mensaje dentro. O heroína.

Cerebrito intentó quitárselo de las manos, pero Jasper también tiró de él. No había nada dentro. Ya estaban todos enredados con la cinta rosa del globo cuando se dieron cuenta de que era muy larga. La cinta todavía colgaba por fuera de la ventana. Y no solo descendía por el costado del edificio, sino que se alejaba serpenteando en dirección a la verja. Parecía no terminarse nunca.

En alguna parte de la oscuridad, la cinta estaba conectada con algo. O con alguien. Todos intentaron seguirla con la vista. Buscapleitos fue la primera en hablar.

—No la rompáis —dijo.

Despacio y con cuidado, tiraron de ella, tensándola. La cinta se fue poniendo tirante.

—No dejéis que caiga —los avisó Cerebrito— o puede tocar la verja.

Se refería a la verja electrificada. Ninguno de ellos sabía si una cinta puede transmitir la electricidad, pero nadie quería averiguarlo.

A Kevin le dio la sensación de que tirar de la cinta era como tirar del hilo que mantenía cerrada la piel de Terciopelo. Y tiraron, recogiendo con cuidado lo que les parecía una cantidad imposible de cinta. Que se fue acumulando en el suelo y formando un montón alrededor de ellos. Estiraron hasta que apareció un nudo. Más allá del nudo había una fina cuerda de nailon, como una cuerda de tender la ropa. Tiraron de ella hasta que otro nudo la conectó con una cuerda más gruesa de nailon. Era tan larga y pesada que hizo falta que todos tiraran de ella en equipo, como esos caballos que arrastran carretas llenas de cerveza en la televisión. Buscapleitos metió un tramo de cuerda en la habitación y dijo:

—Necesitamos atar esto bien alto.

Le dijo a Kevin que transmitiera una señal en cuanto la tuvieran atada para que los Rock Hudson pudieran tensarla también desde su lado.

Kevin se asomó a la ventana. Sin dirigirse a nadie en particular, dijo:

—¿Se supone que tenemos que bajar por la cuerda?

La perspectiva hizo que Jasper negara con la cabeza en silencio. Era demasiado peligroso. Por mucho que no se les escapara de las manos, la cuerda podía combarse hacia abajo y dejarlos caer encima de los perros de presa o de la verja.

Para entonces la mirada de Buscapleitos ya había encontrado una gruesa tubería de aguas residuales que discurría cerca del techo, en la otra punta de la sala. Apiló una cama encima de otra y colocó una silla sobre ellas. Subió a la silla y tiró de la cuerda hasta la tubería. Ahora la cuerda recorría la sala entera, arrancando del techo y trazando un ligero ángulo descendente hasta desaparecer al otro lado de la ventana. Enrollándola y haciéndole nudos, les ordenó:

—Mandadles la señal.

Todavía iban en pijama. Atrapados por la emoción, ninguno sentía el frío.

Buscapleitos fue a su taquilla y sacó un cinturón. Se subió a la pila de muebles y enrolló el cinturón de cuero en torno a la soga. Le cerró la hebilla para formar una especie de lazo. Un arnés. Pasó la cabeza y los brazos por el arnés y puso los pies en alto para poner a prueba su resistencia. Aguantaba.

Con los pies suspendidos por encima del suelo, hizo fuerza hacia abajo varias veces. La cuerda no se combó ni se distendió.

Antes de que nadie pudiera detenerla, saltó de la silla. Como una suicida, se quedó allí colgada un momento, pataleando en medio de la nada, con la cabeza y un brazo atrapados por el cinturón. El lazo se deslizó por la cuerda. Al llegar a la ventana, Buscapleitos se soltó y se dejó caer al suelo mientras el cinturón se alejaba a toda velocidad, siguiendo la cuerda hacia el mundo libre.

Buscapleitos se levantó del suelo y se sacudió teatralmente el polvo del pijama. Fue a la puerta.

—Vuelvo en menos de una hora. —Pulsó cuatro teclas en el panel numérico. Sonaron cuatro notas y la puerta se abrió—. El código estaba escrito en la vesícula biliar.

Kevin comprendió que los códigos de todas las puertas estaban anotados en las entrañas de Terciopelo. Sus órganos servían de memoria colectiva de todos los chavales que habían pasado por ella. Kevin advirtió a Buscapleitos:

—Nunca conseguirás salir así. No podrás pasar de las puertas de la entrada.

Pero Buscapleitos ya se había ido.

Buscapleitos no había vuelto al cabo de una hora. Pasaron dos horas. Ya casi había salido el sol.

Ballena Júnior gruñó:

—Deberíamos desatar la cuerda. Me vais a arruinar mi desfile.

Ninguno de ellos había sacado ni siquiera su cinturón. Durante un rato los Rock Hudson les habían estado mandando señales desde la oscuridad, pero incluso aquellos destellos habían dejado gradualmente de llegar. Faltaba media hora para que saliera el sol. Cerebrito votó que desataran la cuerda y la tiraran fuera. Solo Kevin y Tomás estaban a favor de dejar en su sitio la cuerda salvavidas. Todos los demás estaban en contra. Oyeron un ruido en las escaleras.

Al cabo de un momento sonaron cuatro notas musicales procedentes del teclado del pasillo. La puerta se entreabrió y allí estaba Buscapleitos. Iba encorvada, con algo echado al hombro. Jadeando por el esfuerzo, entró en la sala. Lo que llevaba a cuestas estaba envuelto en una sábana de plástico. Nadie le preguntó qué era. Todos lo podían oler.

Algo se salió de la sábana, cayó al suelo y centelleó en la penumbra. Todo el mundo fingió diligentemente que no lo veía hasta que Buscapleitos lo

señaló con la barbilla.

—¿Alguno de vosotros quiere recogerlo, pervertidos?

Kevin se bajó la manga del pijama de forma que le cubriera la mano como una manopla. Estiró el brazo para recoger aquella cosa caída. Era una pulsera de amuletos. Su pijama no tenía bolsillos, de forma que se arrodilló y le cerró la pulsera en torno al tobillo a Buscapleitos.

Kevin era consciente de que estaba pasando algo, un acontecimiento que nunca le iba a hacer falta exagerar. Solo tendría que contar la historia y la gente se quedaría impresionada. Solo necesitaba no morirse para tener una vida valorada en más de veinte mil dólares.

Buscapleitos decidió ir la última. Como llevaba a cuestas a Terciopelo, pesaba el doble. Nadie quería ir primero, de forma que Kevin se presentó voluntario. Se llevaría el puntero láser y les mandaría un mensaje en clave si llegaba a salvo y no había moros en la costa. Se subió a las camas y a la silla e hizo un lazo con su cinturón en torno a la cuerda. La ventana llevaba tanto rato abierta que hacía un frío increíble en la sala, pero él tenía el pijama empapado de sudor nervioso. Pasó la cabeza y los brazos por el arnés, pero no tuvo valor para saltar. No paraba de acordarse de un libro en que unos chavales soñaban con chorradas felices y salían volando por la ventana de su dormitorio. Un cuento de hadas idiota. En Londres.

En momentos así, Kevin tenía la sensación de que solo había vivido a través de los libros o de la televisión. Sus mejores recuerdos eran un batiburrillo de distintas historias y películas. Tenía dieciséis años y había desperdiciado su vida entera.

A razón de mil dólares semanales, cada minuto era importante.

Y en ese preciso momento la habitación se llenó de luces y empezaron a rechinar timbres por todo el edificio. Ballena Júnior estaba al lado de la alarma antiincendios. Con la mano cerrada en torno a la manivela, se puso a gritar para hacerse oír por encima de los timbres:

—¡Ya os avisé!

Kevin debió de dar un respingo. La silla se le movió debajo de los pies y volcó. Antes de que Kevin pudiera desatarse el arnés, ya estaba deslizándose hacia la ventana. Antes de poder liberarse, ya estaba fuera, suspendido en la oscuridad, como un cebo para los perros de presa invisibles. La alarma los había despertado y Kevin oyó sus ladridos y sus dentelladas por debajo de él. Acordándose de la verja eléctrica, levantó los pies y se pegó las rodillas al

pecho. Estaba deslizándose por la oscuridad, empapado, suspendido a medio camino entre el sitio del que quería escapar y un futuro nuevo que no podía imaginarse en absoluto. Detrás de él quedaban las luces potentes y el ruido atronador, y ante él las siluetas sin cara de una gente silenciosa, preparada para detener su descenso. Se le escapó un largo aullido de la boca y los perros tipo Stalag 13 aullaron con él.

Por supuesto, los pillaron. La única que escapó fue Terciopelo, y solo porque Kevin, Tomás y Jasper se la habían llevado con ellos. El Pirata Metesaca y Cerebrito cavaron el hoyo y entre todos la enterraron. De momento ninguno de ellos había confesado la ubicación exacta. El Comandante había traído a perros rastreadores, pero se habían limitado a deambular en círculos por la nieve. Kevin y los demás pervertidos habían arrastrado el cuerpo, confusos, atravesando acres enteros de campos de maíz, cruzando y desandando sus propias huellas durante kilómetros, presa del pánico. Estuviera donde estuviera, nadie encontraría nunca la tumba de Terciopelo.

Buscapleitos era otra historia.

Había salido la última por la ventana, dejando atrás solo a Ballena Júnior. Tal como habían sospechado, su peso hizo que la cuerda se combara peligrosamente hacia abajo. A duras penas había conseguido pasar por encima de los perros. Podría haber dejado caer a Terciopelo para salvarse ella, pero no lo hizo.

Todos estaban esperando para cogerla. Nadie vio nada hasta que un destello iluminó la noche. Una supernova de chispas azules, como una trampa para moscas gigante. Buscapleitos ya *casi* había pasado por encima de la verja. La ráfaga de fuegos artificiales se elevó cuando la pulsera de amuletos rozó la parte superior de la alambrada. Kevin olió humo, y cuando cogieron entre todos a Buscapleitos, no le pudieron soltar los dedos del arnés del cinturón. Le salía humo del pijama, del pijama y del pelo, y le tuvieron que apagar las llamitas con las manos desnudas. Kevin vio figuras uniformadas corriendo al otro lado de las ventanas de la sexta planta.

La peluca de Terciopelo había quedado chamuscada por la descarga eléctrica. Entre el pelo de punta y las suturas parecía la novia de algún monstruo fabricado en casa por un científico loco. Buscapleitos no estaba muerta, pero tampoco se despertaba. Tenía los ojos entrecerrados y las pupilas de tamaños distintos. Parecía un monstruo.

Los Rock Hudson les prometieron bloquear las cancelas. Por primera vez no dejarían salir a la gente en vez de impedirles la entrada. Eso les daría ventaja a los chicos en la persecución. Kevin agarró a Terciopelo por la cintura. La agarraron entre todos. Se morían de frío, pero ahora la piel de Terciopelo estaba caliente, más caliente que si hubiera estado viva. Resultaba agradable llevarla en brazos. Y echaron a correr descalzos por entre las hileras interminables de tallos de maíz muerto.

Buscapleitos nunca volvió a pronunciar otra palabra. Se pasaron varios días sosteniéndola entre ellos. En la sala del televisor o en la cafetería, siempre era el centro de su grupo. Y contaron la historia de cómo había memorizado los códigos de seguridad escritos en los órganos de la chica muerta. Se deleitaron entre ellos con crónicas de cómo Buscapleitos se había asomado a seis pisos de altura arriesgándose a una muerte segura y había atrapado el globo amarillo. El Pirata Metesaca les contó el aspecto que tenía Buscapleitos cuando se había lanzado por aquella ventana llevando a una damisela echada al hombro. Y de esa forma la convirtieron en leyenda. Los días de sol la sacaban para sentarla en la pista de baloncesto. La incluían en todo.

Pero no incluían a Ballena Júnior. Nadie le volvió a dirigir la palabra a Ballena Júnior. Un día después del baloncesto volvieron a la sexta planta para encontrarse con que había puesto una cama encima de otra y luego una silla encima. Había hecho un lazo con el cinturón en torno a la tubería a la que Buscapleitos había atado la cuerda. Ballena Júnior había pasado el cuello por el cinturón y había saltado de la silla. No había ido a ninguna parte. Por lo menos su cuerpo. Su cuerpo obtuvo el desfile que siempre había anhelado, un desfile largo, lento y solemne por la calle principal de su pueblo, pero nadie lo vitoreó y tampoco fue en descapotable.

Buscapleitos seguía con ellos, pero ya no era Buscapleitos. Se quedaba mirando a lo lejos, temblando, como si estuviera sentada en una silla eléctrica que solo hubiera electrocutado su coraje. A fin de preservar su secreto, Kevin tenía que llevarla al cuarto de baño. Kevin tenía que alimentarla. Si el personal de la Clínica para Maricones había descubierto su identidad secreta, no dieron muestras de ello. Quizá alguien todavía le estaba pagando las facturas. Quizá tenían miedo de que hubiera una investigación.

Los reclusos de la sexta planta hicieron tímidos planes para volver a fugarse. Jasper esculpió una pastilla de jabón en forma de pistola y la pintó de negro con betún. Alubia se sentaba junto a la ventana por las noches por si

llegaba otro globo. La verdad era que ninguno de ellos quería volver al mundo de fuera.

Kevin ya no le veía ningún sentido. ¿Quién quería regresar a un mundo tan corrupto? ¿Quién quería ser aplaudido por una gente tan despreciable? Puede que al salir fuera un héroe, pero ¿quién quería ser rey en un mundo de gilipollas? Ninguno de los chicos quería servir de prueba viviente de que aquella farsa de sistema funcionaba. Si ahora regresaban, su deseo natural de estar con chicas le daría la razón a una gente a la que ahora odiaban. El Comandante sería un héroe. Encerrados allí, tenían el consuelo de saber que eran unas sanguijuelas. Sus familias y comunidades acabarían empobrecidas por culpa del coste de tenerlos allí almacenados. La suya sería una generación en huelga.

Kevin tenía la sensación de que se iba a pasar el resto de la vida agobiado y luchando. Así que de momento podía relajarse. No pasaba nada por estar atrapado allí. No le hacía falta conducir un Porsche a ciento cincuenta por hora. Era maravilloso estar sin hacer nada. Ahora Buscapleitos ya no parecía más viva de lo que había estado Terciopelo, y Kevin había decidido protegerla.

Vestía a Buscapleitos y la llevaba a las aulas. A base de intentar enseñarle física a Buscapleitos, Kevin terminó aprendiendo también. Tan satisfecho estaba Kevin allí que casi nunca miraba el calendario. No quería que pasara el tiempo, ni tampoco quería estar en otra parte. Su vida ya no era una carrera hacia el futuro.

Algo le decía a Kevin que aquello era un buen ejercicio. Así era como debían de sentirse los padres. Por tanto, su idea de alcanzar la felicidad fue evolucionando lentamente. De momento, era consciente de la ironía. Sus padres lo habían mandado allí para salvar su alma. Y había encontrado la felicidad como prisionero. Su vida ya estaba bien tal como estaba. No necesitaba distorsionarse a sí mismo hasta convertirse en una caricatura grotesca.

Elevándose allí sobre los campos interminables de maíz, aquella prisión había empezado a parecerle un claustro. Casi celestial.

Igual que casi todas las tardes, Kevin sentó a Buscapleitos en el retrete y esperó. Después de una comida abundante era mejor ir sobre seguro. Reinaba tal silencio en el lavabo que oyó el repiqueteo de la pelota de baloncesto sobre el cemento de fuera. Incómodo, se quedó a un lado del cubículo diminuto,

arrinconado contra la pared por las rodillas peludas de Buscapleitos. Por perverso que pareciera, el olor a meados había llegado a llenar el corazón de Kevin de dicha. Significaba que Buscapleitos estaba haciendo sus necesidades y que los dos ya podían marcharse.

No había nadie que pudiera oírlos cuando Kevin Clayton hizo su confesión en forma de diálogos unilaterales.

—La única respuesta que conozco es escaparme. —Le dio unos golpecitos a Buscapleitos para aplanarle el pelo que el alto voltaje le había puesto de punta. Una mosca negra aterrizó en la mejilla de su amiga y Kevin la apartó con la mano—. Primero me escapé de mi familia —continuó—. Me podría haber escapado de este sitio y seguir con mi vida. —Escuchó el sonido de Buscapleitos haciendo aguas menores—. El tiempo nos rescatará. —Buscapleitos se tiró un pedo. Era una señal prometedora—. El tiempo rescata a todo el mundo.

Con expresión distraída, Kevin le examinó un desgarrón que tenía en la pechera de la camiseta negra. Le metió un dedo por el agujero para ver cómo de grande era.

—Vamos a tener que remendar esto —dijo.

Sentada en el retrete, Buscapleitos todavía tenía los hombros musculados y una anatomía que se agolpaba en torno al cuello fornido. El tatuaje de «Terciopelo». Sus brazos todavía tensaban las mangas de su camiseta negra, pero Kevin la cuidaba como si fuera un bebé.

—No te ofendas —le comentó Kevin—, pero el problema de los homosexuales es que no crecen nunca.

En opinión de Kevin, los homosexuales nunca se ganaban esa dignidad que termina haciendo respetable a la gente. Los maricones nunca llevaban ante la justicia a los cuatreros ni tampoco mataban al dragón con una espada resplandeciente.

Suspiró. Arrancó unas cuantas hojas de papel higiénico. Kevin apoyó una mano en la parte de atrás del hombro fornido de Buscapleitos y la inclinó hacia delante. Usando el papel, Kevin le metió un brazo por detrás. Cuando comprobó el papel, estaba manchado de amarillo. Tiró aquel primer puñado de papel y arrancó otro. Esta vez cuando la limpió había pis pero también algo más. El papel tenía un brillo, no blanco sino iridiscente. Kevin sabía qué aspecto tenía la vaselina. Y había más. Kevin volvió a limpiarla y en el papel había un grumo de algo turbio. Era la misma lefa viscosa y cuajada que habían encontrado dentro de Terciopelo.

Puede que viniera del Comandante en persona o del guardia de planta, pero alguien había descubierto que Buscapleitos no era un chico.

Aquella primavera su madre se quejó por carta de que algo le estaba destruyendo el jardín. La estaban acosando los fantasmas de los jerbos que ella sabía que Kevin había asesinado. Kevin había desencadenado aquella maldición sobre su casa. Su madre le contó que por las noches aparecían jerbos fantasmas y se comían las fresas. Diezmaban los primeros brotes de lechugas. Era una plaga de espíritus vengativos de jerbos que habían regresado para matarlos de hambre. Las palabras que su madre le escribía temblaban en la cúspide de una verdad que ella nunca podría aceptar. Se aferraba a la única realidad que conocía: los jerbos estaban muertos, su hijo era un pervertido y el Comandante lo iba a arreglar todo.

Los guardias de planta filtraron el rumor de que se iba a producir una investigación. Se estaba preparando un posible pleito. Aun así, en la práctica nada se movió.

Kevin se imaginó a su madre llorando con los pies hinchados y sanguinolentos. A pesar de los rumores de una investigación, Kevin no esperaba que se produjera. A todo el mundo le interesaba demasiado que siguiera existiendo aquel sistema espantoso.

Antes de que nada pudiera pasar, el Comandante les anunció que se iban a reanudar sus estudios. Ya no tenían a Betsey. Eso no le gustaba. Pero los padres compungidos de otra chica habían donado su recipiente físico. La chica había muerto en accidente de coche.

Hizo falta tiempo, pero al final todos los detalles saldrían a la luz en los juzgados; la escapada de madrugada de los chicos por una cuerda floja en la oscuridad, el hecho de que había empezado a nevar mientras cavaban la tumba de Terciopelo con las manos desnudas. Mucho más adelante, cuando las cámaras de televisión le preguntaran qué había pasado, Kevin diría que aquellas semanas habían sido las más felices de su vida. Con una mano sobre la Biblia, Kevin diría lo imposible. Les diría al juez y al jurado que la naturaleza de la felicidad es que solo la reconocemos a posteriori. Nadie le creería.

Sentada a su lado estaría Buscapleitos. Con el pelo largo como una chica. Con la mirada ausente. Con la barriga del segundo trimestre de embarazo.

El abogado de Kevin le preguntaría si había llegado a temer por su vida. Y Kevin contestaría que no. Su peor miedo era que el amor verdadero solo existiera en retrospectiva.

En el futuro, cuando el abogado de la acusación le preguntara quién había matado al Comandante, Kevin declararía bajo juramento:

—Yo.

Cuando el abogado de la defensa llamara a Alubia al estrado para testificar y le preguntara quién había asesinado al Comandante, Alubia no vacilaría.

—Yo —diría.

El forense testificaría que el Comandante había muerto de una sola puñalada profunda en la garganta. Era imposible determinar quién había sido el autor. Cuando el guardia había llegado a la Sala de Terapia para recoger a los chicos, se los había encontrado a todos salpicados de la sangre de la víctima. En el suelo de cemento yacía muerto el señor Cacahuete en un charco de sangre y vísceras.

Lo que ninguno de ellos diría era cuál había sido el móvil. En un mundo en que Buscapleitos era odiada, Kevin también quería ser odiado. Si el mundo despreciaba a Buscapleitos, Alubia solo quería ser despreciable. Hasta que el mundo recibiera a Buscapleitos como merecía, ninguno de ellos —ni Tomás ni Jasper ni el Pirata Metesaca ni Cerebrito— quería ser aceptado. Bajo juramento de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, uno a uno, todos ellos dirían que habían matado al Comandante. A pesar de ser menores de edad irían a la cárcel, todos menos Buscapleitos.

Lo que ninguno de ellos dijo era lo que había sucedido en realidad. El Pirata Metesaca siempre diría que el cuchillo lo había tenido él. Cerebrito insistiría en que lo había tenido él. Y así sucesivamente, punto-punto-raya-clic-clic-toque-toque. Un Porsche. Dos Porsches. Etcétera.

En su último día en el Centro de Curación, una ambulancia llegó a las puertas pero sin sirena ni luces centelleantes. Al verla, los manifestantes se hicieron a un lado. Hasta los bebés que los Rock Hudson llevaban en brazos guardaron silencio como por arte de magia. Había llegado la chica nueva.

Aquella tarde el Comandante mandó a un guardia para que acompañara a los chicos escaleras abajo. Kevin caminó junto a Buscapleitos, cogiéndole la mano para guiarla. Todavía le tintineaba la pulsera de amuletos en el tobillo. El alto voltaje le había soldado el cierre. En los pasillos de cemento la pulsera

hacía un sonido terrible. La cadenilla y las pequeñas medallas repicaban como grilletes en una película carcelaria. Buscapleitos era una leyenda andante, pero no hacía nada más.

Cuando llegaron a la Sala de Terapia y Kevin vio la figura amortajada por la sábana mugrienta de plástico, el corazón se le llenó de miedo. Tenía unas tetas enormes. Más grandes que ninguna chica en edad de secundaria que él hubiera visto, con una sola excepción. La barriga de la chica nueva era una montaña que se elevaba por debajo de la sábana. Kevin se imaginó dos Porsches huérfanos en Saint Cloud, recién salidos de la cadena de montaje y sin nadie para llevarlos a casa. Igual que antaño, sintió fantasmas que le tiraban del pelo. Dejó caer la mano de Buscapleitos y cruzó los dedos.

El Comandante tenía un escalpelo en la mano.

—Nuestra chica nueva era una conductora temeraria. Era promiscua y sumió a su familia en unas deudas tremendas…

Antes de que el Comandante levantara la sábana de plástico, Kevin ya sabía que aquella historia no iba a tener un final feliz. La cosa muerta que había tirada sobre la mesa iba a tener una piel áspera y amarillenta como los callos que él tenía en las manos. Ya no iba a haber más bebés con la misma piel rosada y perfecta que él tenía debajo de las uñas. Ya nadie anhelaba que él volviera a casa. No hizo falta ningún esfuerzo para aceptar aquel accidente de tráfico. Resultaba horrible pero perfecto, y el destino siempre tenía una forma perfecta. Era igual de inevitable que la forma de un huevo. No podía ni negarlo ni eliminarlo con argumentaciones. Tenía la perfección de la verdad.

—Caballeros —anunció el Comandante—, hoy van a hacer su examen final.

El Comandante apartó la sábana de plástico y allí estaba Mindy Evelyn Taylor-Jackson. A diferencia de Terciopelo, carecía de marcas. Nadie la había explorado con cuchillos.

Llevaba un vestido plisado normal y corriente que Kevin recordaba. Lo había llevado en su tercera cita, aunque entonces no le había ido tan prieto. Aquella noche Kevin había perdido la virginidad. Ahora el Comandante lo llamó por su nombre y le hizo acercarse y desabrocharle los botones, y él lo hizo de forma refleja. Le produjeron la misma sensación al abrirlos que la otra vez. Mindy había permanecido quieta, conteniendo la respiración. Los dos habían tenido demasiado miedo para respirar.

El Comandante le ofreció el escalpelo y le dijo:

—Deje al descubierto el plexo hipogástrico inferior.

Kevin dijo que no con la cabeza. Se negó a aceptar el cuchillo.

El Comandante les puso el escalpelo en las manos a los demás chicos, pero ninguno quiso cogerlo. A Tomás, el Pirata Metesaca, Cerebrito y Jasper solo les hizo falta ver la cara de Kevin para saber que algo iba mal. Se quedaron atrás, pegados a las paredes. Como hombres sin pareja en un baile.

Por fin el Comandante acompañó a Buscapleitos hasta la mesa y le puso el cuchillo en la mano. La hoja resplandeció.

—Extraiga el pecho izquierdo, por favor.

Los ojos de Buscapleitos se veían igual de vidriosos e imperturbables que los de Mindy.

—No lo hagas —la advirtió Kevin—. O le contaré tu secreto a todo el mundo.

La cara de Buscapleitos siguió igual de impertérrita. Levantó el brazo, sin doblar el codo, como una marioneta o un zombi. Levantó el escalpelo hacia la piel desnuda que quedaba entre los botones de Mindy.

Kevin dijo lo único que le quedaba por decir. Como una lista de palabras, no como una frase, dijo:

—Eres… *queer*.

Kevin no lo dijo a modo de provocación. Ya no estaba seguro de qué significaba la palabra, pero la declaró de forma afirmativa. Como recordatorio de que Buscapleitos todavía podía ser la heroína de la historia.

DE CÓMO UNA JUDÍA SALVÓ LA NAVIDAD

Es un clásico. Un cuento navideño que a los comerciales todavía les encanta contar.

En cuanto se empiezan a colgar los adornos de Navidad, los empleados nuevos siempre suplican que alguien lo cuente. Lo imploran —Oh, por favor, contádnoslo— hasta que llega la Nochebuena y el gerente de planta reúne a la plantilla en la sala de personal.

—Tenéis que entender —empieza a decir el gerente— que esto pasó de verdad, pero hace muchas, muchas temporadas vacacionales…

Trabajar en ventas después de Acción de Gracias siempre ha sido lo peor. Sobre todo los villancicos. Un bucle interminable de villancicos sonando a todo trapo por los altavoces del techo.

—Después de ocho horas de oír esas canciones —dice el gerente, en tono sabio, asintiendo con la cabeza—, Miley Burke ya deseaba que ni Jesucristo ni Bing Crosby hubieran nacido nunca.

Miley había trabajado allí hacía mucho tiempo, entre semana en artículos para el hogar y los fines de semana en baños y dormitorios. A veces iba a bisutería si necesitaban a una comercial extra. Si no, Miley mataba el rato en la sala de personal porque era el único sitio en el que se podía escapar de la música.

El día en cuestión entró a trabajar un poco temprano. Se había comprado una barrita de caramelo con frutos secos, que llevaba metida en su caja y envuelta en papel reluciente con copos de nieve impresos por trabajadores esclavizados en talleres de mala muerte de algún país donde nunca habían oído hablar del invierno, ya no digamos de la Navidad. En letras mayúsculas, Miley escribió «A Clara» en un *post-it*, «De tu amigo invisible». Pegó el *post-it* a la caja envuelta y la metió en el casillero asignado a Clara.

—Clara trabajaba en ropa de bebé —explica el gerente—, vendiendo pijamitas de una pieza.

Después de tantos años, la misma parrilla de casilleros sigue ocupando una pared de la sala de personal. Un casillero para cada empleado de ventas y

uno libre para Objetos Perdidos. Una mesa alargada con sillas ocupa la mayor parte del espacio de la sala. En la pared de delante de los casilleros hay una encimera con fregadero y microondas. La pared del fondo la ocupan el reloj y las tarjetas para fichar. La última pared es la de la puerta, que tiene al lado la nevera para empleados.

Ya empezaba a llegar gente cuando Miley miró su casillero. Todos estaban marcando sus tarjetas de fichar. Miley vio que había algo metido al fondo de todo del casillero. En la oscuridad de dentro relucía un lazo rojo satinado. Estiró el brazo para cogerlo y palpó algo suave. Resbaladizo. Pesado. Mientras lo sacaba, el peso se le desplazó en las manos. Pegada al paquete con cinta adhesiva había una tarjeta con purpurina. Escrito en mayúsculas en la tarjeta, decía: «Para Miley. De tu amigo invisible».

Alguien se le puso al lado. Una voz le preguntó:

—¿Qué te ha tocado?

Una voz masculina. Era Devon, empleado de Prevención de Reducción de *Stocks*.

Miley sostuvo el regalo con las dos manos y dijo:

—No lo sé.

Era claramente un paquete hecho en casa. Algo puesto encima de un plato de cartón endeble y cubierto con envoltorio de plástico tintado de rojo. El lazo rojo estaba pegado encima de todo. Ella retiró el plástico.

Era algo marrón. Dados marrones. El marrón tenía motas de color amarillo oscuro. No olía bien.

Habían llegado más vendedores. Ahora había cola frente al reloj de fichar. Miley no quería parecer poco amable por si acaso el autor del regalo estaba entre ellos.

—¡Qué suerte! —dijo. Retiró el envoltorio de plástico y exclamó—: ¡Es dulce de leche casero!

Devon no pareció impresionado. Le dedicó una sonrisita de compasión y le preguntó:

—No te irás a comer eso, ¿verdad?

Devon era bastante imbécil. El año anterior había robado cosas de Objetos Perdidos. Una bufanda sucia, por ejemplo, o unas gafas de sol rayadas. Y las había usado como regalos del amigo invisible. Su trabajo consistía en pasarse el día vigilando unos monitores y dar por sentado que los clientes eran unos cabrones deshonestos. Él decía que era un trabajo que validaba mucho.

El dulce de leche se veía limpio. Más o menos limpio. El olor venía de los copos de color amarillo oscuro que había suspendidos sobre la superficie

marrón. Miley supuso que debían de ser virutas de mantequilla con azúcar que alguien había echado mientras la masa se enfriaba. Levantó el plato hacia Devon y le dijo:

—Sírvete.

Él entrecerró los ojos hasta convertirlos en finas ranuras recelosas. Por fin apartó la cara y miró de reojo el dulce de leche con expresión desconfiada. A Miley no le pasaba por alto que Devon y la gente como él, que era básicamente todo el mundo que ella conocía, zampaban como locos aperitivos a base de derivados cárnicos procesados en alguna planta de montaje por leprosos del Tercer Mundo que jamás se molestaban en lavarse las manos.

Al mismo tiempo, aquellos mismos amigos le ponían mala cara a un dulce de leche que obviamente había sido cocinado por alguien a quien veían todos los días. Miley les examinó la cara en busca de algún labio tembloroso, de alguna nariz arrugada, de cualquier signo que delatara asco. Deborah dijo que no, gracias, y preguntó si era kosher. LaTrey negó con la cabeza y afirmó ser medio diabético. Taylor, el único hombre que trabajaba en el área de cosméticos, le dijo:

—Ay, gracias, nena, pero no parece que merezca la pena engordar por eso.

Había más gente en la sala, de hecho casi todo el segundo turno estaba allí. Pero a Miley la había empezado a cohibir un poco ofrecer un dulce de leche que nadie quería. Oscar del almacén puso cara de valiente y aceptó un pedazo. También Barry, uno de los cajeros. Y Clara. El plato seguía lleno cuando Miley lo dejó en mitad de la mesa de la sala de personal. Hacia el final del turno, ocho horas y media más tarde, nadie más lo había tocado.

Aquella tarde Deborah se encontró un frasco de colonia que le había dejado su amigo invisible. Era colonia de la buena, mejor que nada de lo que vendían ellos en la tienda. Tan buena que Miley sospechó que la debía de haber comprado Deborah para sí misma.

Pasar el día encima de la mesa a temperatura ambiente y sin tapar no hizo que el dulce de leche se viera más apetitoso. A pesar de todo, Miley se lo llevó a casa. Menuda mala educación sería tirarlo a la papelera de la sala de personal.

Otra gente recibió frascos de nueces de macadamia de sus amigos invisibles. O bien calcetines graciosos largos hasta la rodilla y con renos bordados. Deborah no consiguió engañar a nadie cuando se encontró una pulsera de tenis de diamantes en su casillero. La única persona a quien le caía tan bien Deborah era la misma Deborah. Tampoco contribuyó a reconfortar a

Miley que Devon le mandara un mensaje de texto. Era un link a una página web mexicana en la que podías encargar huevos de lombriz solitaria. Venían dentro de un sobre, como unos polvos invisibles, y la gente gorda se los echaba en la comida para perder peso.

«Se los echaba en la comida», pensó Miley, igual que alguien había echado las virutas de mantequilla con azúcar. Cuando el dulce de leche ya se había enfriado lo bastante como para no matar nada.

Devon le mandó un link a un hospital donde hacían radiografías gratuitas de golosinas de Halloween. Le aconsejó que guardara el dulce de leche que sobrara por si acaso se moría alguno de los que se habían comido un trozo.

Al día siguiente Miley se encontró una caja de zapatos dentro de su casillero. Dentro había un gorro tejido a mano. Franjas anchas de color rosa alternándose con franjas de colores mandarina y negro. Espantoso, en una sola palabra. A Miley le recordó a algo pasado de moda. Le recordó a un capirote, y cuando se lo probó, el gorro se tragó su cabeza entera hasta los hombros. Devon estaba con ella y le dijo:

—Tu amigo invisible debe de pensar que tienes una sandía en vez de cabeza.

Aquella noche Devon se presentó a su puerta y le preguntó si todavía tenía el dulce de leche. Se había traído un microscopio y unas placas para transparencias. También un manual de ciencia forense. Eran cosas que se había tenido que comprar para un curso de repesca de la universidad. Mientras se ponía unos guantes de látex y usaba un escalpelo para cortar rodajas de dulce de leche finas como el papel, se puso a hablar de los sospechosos que consideraba más probables. Deborah, obviamente. Los judíos siempre se ponían huraños en Navidad. Si te creías la mitad de lo que decía internet, los judíos se pasaban la mayor parte del tiempo envenenando a gentiles.

¿Y LaTrey? A LaTrey no parecía encantarle la gente blanca en general. El tercer sospechoso era Taylor. Taylor del departamento de cosméticos. Que solo fingía que no despreciaba a las mujeres. Y el hecho de que Miley fuera una mujer, con los encantos naturales de las mujeres, la convertía en candidata idónea para la ira de Taylor.

Todos los años cuando volvía a contar la historia, el gerente de planta explicaba:

—Su amigo invisible era un misterio.

Entonces, igual que ahora, todos los miembros del equipo apuntaban sus nombres en pedazos de papel. Luego los papeles se metían en un sombrero.

Todo el mundo sacaba un nombre y lo guardaba en secreto. Nadie sabía la identidad del amigo invisible de nadie. Y lo que era peor, en la sala de personal no había cámara de seguridad porque a veces los dependientes se veían obligados a cambiarse allí.

Devon olió el dulce de leche de Miley y negó con la cabeza. No eran imaginaciones suyas, le dijo. Aquel dulce de leche tenía un olor sospechoso. Más que sospechoso, olía a culo. Las virutas de mantequilla con azúcar eran una treta para camuflar el olor general a culo del dulce. El humillante gorro de punto, le dijo, era una segunda salva destinada a degradarla públicamente. Devon había visto los bastantes episodios de *CSI* como para saber que había que exponer las pruebas de la escena del crimen a una luz fluoroscópica. Se llevó una muestra del dulce de leche al laboratorio de la universidad. Se llevó otra muestra a urgencias y pidió que le hicieran una radiografía. Como la radiografía no arrojó resultados, pidió que le hicieran un TAC. El seguro médico de Miley no le cubría las pruebas diagnósticas de dulces, así que aquello le estaba costando una fortuna.

Pero valió la pena. El dulce estaba cubierto de huellas dactilares. La mayoría eran de ella y de Devon, pero había algunas parciales, caracterizadas por más espirales que arcos. Posible indicio, le explicó, de que alguien de antepasados africanos había manipulado el dulce. Luego Devon cultivó algunos trozos de dulce de leche en placas de Petri. No había descartado que hubiera mocos. U orina. Lo primero que le habían enseñado en criminología era que todo el mundo tenía desviaciones.

Nadie más que Devon la había visto desenvolver el capirote de lana, de forma que Miley volvió a cerrar el paquete y lo volvió a regalar. Al día siguiente Taylor recibió un cheque regalo del Just For Feet. Otra de las chicas recibió un oso de peluche que soltaba risitas cuando le apretabas la barriga. En el casillero de Miley había otro regalo envuelto. Antes de acercarse a él llamó a Devon. Él se puso unos guantes de látex y tocó el paquete con cautela de escuadrón de artificieros. Usando solo las yemas de los dedos, lo llevó hasta el coche de Miley. Después del trabajo, cuando ya no quedaba ningún otro coche en el aparcamiento, dejaron el regalo envuelto en el suelo y pasaron una cuchilla con cuidado por los bordes pegados con cinta adhesiva del envoltorio. El papel se desprendió y se abrió como una flor para revelar… algo.

Bajo los focos del aparcamiento, parecía una bandeja de insectos. De gusanos, concretamente. Parecía una capa de gusanitos apelotonados en una bandeja rectangular de bordes plateados.

Devon fue el primero en hablar:

—Eres tú.

Miley se puso en cuclillas para mirarlo más de cerca. Sobre el asfalto soplaba un viento de diciembre helado.

Devon señaló con un dedo enguantado, trazando la forma del regalo misterioso pero sin tocarlo:

—Esa es tu nariz. Esto de aquí es tu boca.

Por fin Devon le explicó:

—Son fideos.

Y lo eran. Alguien se había pasado horas enteras de su tiempo libre, o incluso días, pintando fideos tipo coditos secos y pegándolos entre ellos para formar una imagen. Lo que Miley había creído que era una bandeja era el marco de la imagen. Alguien había creado un retrato de ella en forma de mosaico.

—Es obviamente alguien que te odia —añadió Devon.

Los fideos no eran el medio más adecuado para un retrato bonito, pero es que aquella imagen era demasiado fea para ser otra cosa que un insulto intencionado. El autor se había esforzado para que los ojos de Miley se vieran diminutos y mal alineados. Los fideos que representaban sus dientes estaban torcidos y pintados de amarillo. Podría haber sido perfectamente una muñeca de vudú. El mero hecho de mirar el retrato ya le daba a Miley la sensación de que le habían echado una maldición.

Cuando Devon volvió a hablar, lo hizo con voz firme:

—Esto es acoso criminal. —Y anunció crípticamente—: Nos toca a nosotros mover ficha.

Era hora de intentar sacar a la luz al culpable, dijo. El intercambio del amigo invisible funcionaba en ambas direcciones. Al día siguiente, Miley envolvió el cuadro de fideos para volver a regalarlo.

Estaban todos presentes, toda la plantilla del segundo turno, esperando para fichar. Deborah pareció perpleja de encontrar un paquete envuelto de gran tamaño en su casillero. Miró a su alrededor y dijo:

—Seas quien seas, amigo invisible, no tendrías que haberte molestado.

Deborah lo dijo con voz inexpresiva, como si lo estuviera diciendo en serio.

Sin quitarle la vista de encima a Deborah, Devon se acercó a Miley y susurró:

—Prepárate. —Le susurró—: Va a explotar.

A juzgar por cómo Deborah levantó el regalo, usando las dos manos, y cargó con él hasta la mesa de la sala de personal, parecía pesar mucho. Aterrizó con un golpe sordo, como si fuera un bloque de cemento. O un pavo congelado. Alguien había escrito con letras mayúsculas en la tarjeta: «Feliz Navidad, Shylock. ¡Cómeme!». Dentro del envoltorio había un jamón enlatado.

Al mismo tiempo, LaTrey estaba abriendo un sobre. Dentro había un cheque regalo del Kentucky Fried Chicken. Levantó la vista y escrutó con mirada fría a todos los presentes. Apretando la mandíbula.

Para entonces, Taylor ya había encontrado el paquete en su casillero. Costaba no verlo. Podría ser un bate de béisbol envuelto en papel navideño. Pero no lo era. Era una salchicha curada de ternera, una de esas salchichas gigantes que se venden a precio de saldo junto con los cilindros de queso y el tasajo ahumado en El Viejo Barril de Nogal del centro comercial. La tarjeta decía: «Para Taylor: tu amigo invisible está seguro de que te has zampado salchichas más grandes que esta».

Devon estaba listo. Solo el culpable sabría con quién indignarse. Todo el mundo parecía o bien avergonzado o desconsolado. Clara rompió en sollozos. Sin que nadie la viera, había abierto el retrato de fideos de segunda mano y lo estaba sosteniendo con manos temblorosas. Levantó la cara llorosa para mirar a Miley. Con la voz rota por los sollozos, Clara le dijo:

—Sé lo que estás haciendo. Sé lo que estás haciendo con los regalos. ¡Estás destruyendo la Navidad!

Todas las miradas giraron para clavarse en Miley.

La respuesta de Miley sonó enorme. Inflada de indignación. Su voz era la voz de alguien que había sufrido insultos y provocaciones hasta ser llevada al límite.

—¿Yo estoy destruyendo la Navidad? ¿Yo estoy destruyendo la Navidad? —Le temblaban los labios de indignación. Levantó un brazo trémulo, totalmente extendido, para señalar a Deborah, a LaTrey y a Taylor—. Yo estoy intentando *salvar la Navidad*. Es uno de estos quien está mandando dulces contaminados a la gente.

Lo cierto era que todas las pruebas de Devon —en busca de bacterias fecales, de VIH, de semen, de clamidia y de una legión de otros agentes infecciosos gonorreicos— habían arrojado resultados negativos o no concluyentes, pero Miley estaba lanzada a la defensiva. Y gritó:

—Uno de ellos me ha estado acosando… mandándome porquería vulgar, insultante y asquerosa.

Los tres sospechosos se miraron entre sí con perplejidad renovada. Todos los presentes en la sala miraron al trío con odio. Miley Burke quedó redimida. Ahora estaba en posición de superioridad moral. Plantado a su lado, Devon sonrió de oreja a oreja.

La sala de personal quedó en silencio como no lo estaba casi nunca. Tan en silencio que todos pudieron oír los villancicos que sonaban en la tienda, al otro lado de la puerta. Hasta Clara dejó de llorar. Contempló el mosaico de fideos que tenía en las manos.

—Dos semanas —susurró. Lo levantó para mostrárselo a la sala. Y dijo —: Yo no quería acosar a nadie. Hice lo que pude. Te tejí el gorro que luego me devolviste. Hice el dulce de leche.

La gente todavía habla de aquel momento. Siempre que el gerente cuenta la historia, hace una pausa al llegar a este punto. Para que los oyentes puedan oír la música lejana. La misma música que sonaba en aquella otra Navidad de hace tiempo. Un Bring Crosby muerto canta lastimeramente sobre la paz en la tierra y los hombres de buena voluntad. Detrás de él, un coro canta con voces angelicales. El gerente echa un vistazo a la pared de encima del microondas y todas las miradas siguen a la suya. Allí, como si fuera un icono religioso, con unos ojos diminutos y mal alineados, con unos dientes que parecen gusanos amarillos, sigue colgado. Lo único que queda de Miley Burke: el retrato en forma de mosaico.

Después de tantos años, a los empleados les sigue encantando la historia. Por muy larga y pesada que sea. La historia del dulce de leche, de Miley Burke, Devon y el jamón enlatado. Es importante recordar todos los detalles y transmitirlos a la perfección, hasta el último momento.

Porque en ese último momento, Deborah se quitó la pulsera de diamantes y se la dio a Clara.